

UNA VIOLETA
DEL
JARDÍN DE LA PASIÓN

LA SIERVA DE DIOS

HERMANA MARÍA DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE

RELIGIOSA PASIONISTA

DEL CONVENTO DE DEUSTO (BILBAO)



SALAMANCA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CALATRAVA
a cargo de Manuel P. Criado

—
1933

UNA VIOLETA
DEL
JARDÍN DE LA PASIÓN

C. 1128241
t. 104857

Es propiedad. Reserva-
dos los derechos que marca
la Ley.

UNA VIOLETA
DEL
JARDÍN DE LA PASIÓN

LA SIERVA DE DIOS
HERMANA MARÍA DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE

RELIGIOSA PASIONISTA

DEL CONVENTO DE DEUSTO (BILBAO)

*M. M^a Magdalena de Jesus
Sacramentado C.P.
(Y. Pastor)*



SALAMANCA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CALATRAVA
a cargo de Manuel P. Criado

—
1933

EDITORIAL POLIGLOTA
PETRITXOL 8-BARCELONA

A. 81047

UNA VIOLETA

JARDIN DE LA PASION

NIHIL OBSTAT

Fr. Jesus Ocio Montoya, O. P.

Censor.

IMPRIMATUR

Victoriae, dies 5 aprilis 1933.

Dr. Justus Echeguren,

Vicarius Generalis.





¡Amor! ¡Amor! Esta es la palabra que me satisface por completo y por la que aspiro. Sin él no quiero nada, ni nada me atrae; pero donde él está lo encuentro todo...

(De una carta de la Sierva de Dios a su hermano Natalio).

PRÓLOGO



Al comenzar el mes de julio, dedicado a la Preciosísima Sangre—que era el apellido de religión de nuestra hermanita—y aquel en que hace un año pasaba a mejor vida, recordamos nuestro propósito de dar a conocer esta alma angelical que, en su humilde condición de lega, practicó virtudes heróicas. Antes que llegue el aniversario de su muerte, nos es grato dar principio a este humilde trabajo, viéndonos casi obligadas a él por el vivo deseo que tantos nos expresan de conocer esta alma bella. Gustosas ponemos manos a la obra, pareciéndonos también a nosotras que haya de servir a muchas almas de estímulo y aliento, para buscar y encontrar al Señor del modo tan sencillo como le buscó y encontró la sierva de Dios.

Todas las virtudes ejercitadas por ella son accesibles e imitables para cualquiera que tenga sincera voluntad de practicarlas. No hay en éstas de grande sino la suma sencillez y naturalidad con que las practicaba, unido a una fidelidad constante y siempre creciente. Es verdad que la sometió el Señor a grandes dolores físicos de largas en-

fermedades; pero no es esto, a nuestro humilde parecer, lo más grande, sino las virtudes que en ellas practicaba, fruto inequívoco de su vida interior y unión con Dios. El Espíritu Santo, que había tomado tan de lleno posesión de esta alma cándida, la movía, con sus dones, a la práctica de las virtudes, ejercitándolas ella con gran facilidad, haciendo creer, a quien no conocía la causa interior, que tuviese otra naturaleza o no sintiese la lucha de las pasiones como todos. Su alma vivió de fe, de humildad, de amor; se deslizó derecha hacia su Dios, como un arroyuelo siempre límpido y tranquilo corre a la mar.

Nunca perdió la paz y la alegría aún en medio de sus sufrimientos, especialmente en el último período de su vida en que la sometió el Señor a dolorosos abandonos.

La esperanza de que estas páginas hayan de servir para gloria de Jesús Crucificado (habiendo brotado esta humilde violeta al pie de su Cruz, sobre el Calvario) nos hace dulce el trabajo. La opinión de santa en que teníamos a la Hermana toda la Comunidad nos indujo, dos años antes de su muerte, a ordenar a varias religiosas que fueran tomando nota de dichos y hechos de la H.^a María, lo que en efecto han ejecutado. Quien más de estos preciosos apuntes nos ha proporcionado ha sido la Madre S., que pasó casi toda su vida religiosa en contacto con la H.^a María, primero como compañera de noviciado y luego como Vicemaestra. Con modos suaves, sin hacerse sospechosa, le interrogaba, durante los recreos, e introducía digresiones espirituales, en la charla, con esta inten-

ción. Sin estas industrias, varias cosas que hemos sabido se hubieran ignorado, pues de la boca de la H.^a María no saltan palabras que tratasen de sí, si no era para desprestigiarse. De esta forma se pudieron recoger unas 50 páginas de cosas muy edificantes, que reproduciremos en sus lugares, sin hacer otra cosa que ordenarlas. Estos apuntes y los que nos han dado sus parientes, junto con lo que éstos nos han relatado y lo que hemos visto con nuestros ojos y oído de la misma sierva de Dios, cuando con el candor y sencillez de una niña venía a hacernos confidencias, serán una guía segura que nos introduzca en su alma privilegiada, descubriéndonos la acción de la gracia en ella.

El Señor, que nos ha movido a este trabajo, nos asista con su gracia para que no desfiguremos la sencillez de esta alma angelical. Es esto lo más dificultoso. El encanto de la sencillez está en ser mostrada con fidelidad. Y más difícil nos parece hablar de lo sencillo de Dios, que de las cosas grandes que Él obra en las almas que le aman.

10 de Julio 1932.

*Las Religiosas Pasionistas de Deusto,
Bilbao.*

CAPÍTULO PRIMERO

LA CUNA

La aldea del nacimiento.—Familia ejemplar.—Primeros años de su niñez.—Primer encuentro con Jesús.—Los hijos de Dios.—La pequeña maestra.

RESPLANDECE en las vidas de todos los santos, a pesar de su maravillosa variedad, la grandeza y el poder de Dios. Hay santos cuya vida, desde la cuna al sepulcro, ha sido un conjunto de admirables prodigios; la vida de otros presenta una época en que la mano de Dios empezó a obrar en ellos; y los hay, en fin, que, en toda su vida, larga o breve, viven como todos los buenos, sin que ninguna cosa extraordinaria llame la atención de nadie, ni se noten en ellos cambios repentinos o dones especiales del cielo; tanto, que los que viven a su lado dicen: son buenos, muy buenos. Y no sabrán decir otra cosa, pues no sospechan que allí está la santidad.

La vida de estas personas se desliza oculta, callada, desconocida a los ojos de las criaturas (*que ven sólo lo de fuera*), pero no a los de Dios (que pe-

netran *el fondo del alma*), corriendo ansiosas, sin pararse, derechamente hacia El; venciendo, sin jamás desfallecer, las dificultades que la corrompida naturaleza encuentra siempre para unirse con el Sumo Bien.

Nuestra biografiada pertenece a este último número. Fué pequeña entre los pequeños, y oculta y sencilla entre los ocultos y sencillos, sin que dejara por eso de resplandecer en ella, como en todos los santos, el poder admirable del Señor. Desde su entrada en este mundo, hasta que la tierra cubrió sus despojos mortales, hay una armonía tan bella de sencillez y de candor propios de los pequeños, que atrae y encanta.

Su alma, su vida, y todo lo que con ella se relaciona, lleva este sello; lo que armoniza admirablemente y nos ayuda a hacer resaltar mejor la sencillez característica de esta alma privilegiada, que pasó sobre esta tierra como violeta oculta que exhala su aroma y embalsama el aire para los demás, permaneciendo ella escondida entre las hojas.

Su familia, su pueblo, su niñez, su formación, su juventud, fueron humildes, pobres y pequeños a los ojos de los grandes del mundo; pero grandes a los del justo apreciador del verdadero mérito, Dios.

Una pequeña aldea castellana, perteneciente a la provincia de Burgos, llamada Rebolledo-Traspeña, fué la patria de esta hermosa alma. Sus padres, humildes labradores, fueron el Sr. Felipe González y la Sra. Maximiana Corralejo (1).

(1) Tenemos el honroso testimonio que, acerca de ellos, nos ha dado el entonces Párroco de Rebolledo-Traspeña, y ahora

Vió la luz del día el 28 de febrero de 1901.

El 1.º de marzo fué regenerada en las aguas bautismales, en la Iglesia del pueblo, dedicada al Obispo y Mártir San Julián, imponiéndosele el nombre de Basilia. La precedieron por orden de nacimiento nueve hermanos, siguiendo a ella otros tres. Ocho de ellos volaron muy pronto a engrosar la falange de los santos inocentes, para, desde el cielo, proteger a los hermanitos que quedaban en la tierra. El primero de los que viven, Silvino, se casó honestamente con una buena joven del pueblo. Tuvo cuatro hijas. Dos han ingresado en este convento a la florida edad de trece años. Una ha profesado ya, y la otra está en prueba esperando con ansia la edad requerida. A la tercera se la llevó el Señor al cielo a los trece años, pero también con el mérito de la vida religiosa, pues había pedido ya su admisión, siendo su único anhelo la vida del claustro. La menor está actualmente con sus padres. De las dos que viven con nosotras tendre-

cura propio de Mave, D. Victor Ruíz. Dice que entre sus buenos feiigreses de Rebolledo, «sobresalía, por su sólida piedad, la familia constituída por Felipe González, su mujer Maximiana Corralejo y sus hijos, entre los cuales se contaba la niña Basilia... Esta, como los demás hermanos, fué tiernamente imbuida en las máximas cristianas por sus piadosos padres, en especial por su madre, quien, ya en aquella época, comulgaba diariamente. Su padre lo hacía también con frecuencia, practicando la devoción de los primeros Viernes del mes en honor del Sdo. Corazón de Jesús, de quien ambos eran muy devotos... A toda la familia profesé siempre especial afecto por su bondad y virtudes cristianas, sirviéndome de grande aliento para el establecimiento del Apostolado de la Oración, y ayudándome para adquirir la Imagen del Corazón de Jesús y propagar su culto».

mos que volver a hablar en su lugar. Por eso hemos hecho aquí mención de ellas.

El segundo, Natalio, a la edad de catorce años, abandonó el mundo para ingresar en nuestra Orden en calidad de lego, añadiendo a su nombre el apellido «de la Dolorosa». Aún vive, y es un religioso ejemplar.

El último, una niña, llamada Benigna, que, después de haber probado por tres veces la vida religiosa, tuvo que ofrecer al Señor su triple sacrificio, por falta de salud. Ingresó en la Congregación de las Concepcionistas de la Sda. Familia, de donde hubo de salir dos veces por enfermedad, ocurriéndole lo mismo en las Adoratrices. A los veinte años, con el beneplácito de todos los suyos, unió su suerte a un honesto joven del pueblo. Esta hermana y la madre de nuestra niña, que todavía viven, son las que nos han proporcionado la mayor parte de las noticias de su niñez y de todo el tiempo que pasó en el siglo.

Cuando el segundo hermano abandonó la casa paterna para ingresar en los Pasionistas, Basilia era todavía muy niña, acordándose apenas de él. A pesar de esto, después de ser ambos religiosos, se quisieron muchísimo, como doblemente hermanos, teniendo entre sí íntimas relaciones, como veremos.

Antes de entrar en detalles acerca de la infancia de la niña que nos interesa, nos es grato hacer una breve descripción del modesto pueblecito o aldea que tuvo la suerte de verla nacer.

Cuenta Rebolledo unos 30 vecinos. Pertenece al partido de Villadiego, distrito de Villamartín de

Villadiego. Está situado en un terreno muy accidentado. Entre las montañas que le rodean, hay una muy notable, conocida con el nombre de Peña-Amaya, que es de las mayores elevaciones de la provincia. Rebolledo limita al N. con Renedo, al S. con Villamartín, al E. con Puenteodra, y al O. con Valtierra. Su clima es húmedo y frío, perjudicial a la salud.

Tiene buenas praderas, que, con su abundante hierba, mantienen gran número de ganado vacuno, lanar y caballar. También se crían cerdos, que, con la demás ganadería del lugar, constituyen la riqueza del país. Carece de toda vía de comunicación; no hay más salidas que caminos de herradura. La estación más próxima es la de Mave, a 10 km. de distancia; y carreteras, la de Humada a 5 km. Las casas están reunidas entre sí, todas del mismo estilo y condición, como dando a creer al viajero que pertenecen al mismo dueño.

Al subir por unos peñascos o montecitos aledaños, se abarcan, de una mirada, varias de esas aldehuelas que parecen echadas al azar por la mano del Criador, como semillas que un sembrador deja caer en el surco, para que crezcan hasta llegar a ser un arbusto que dé abundantes frutos.

Del pueblo de Rebolledo han brotado ya varias flores, que, trasplantadas a los jardines de distintas religiones, han producido y producen frutos de santidad, para recreo del divino Jardinero.

Con ser tan reducido el número de sus habitantes, casi no pasa año en que el Señor no pose su mirada de amor sobre alguna de esas almas sencillas, a veces todavía como flor en capullo, para lla-

marlas a su divino servicio. ¡Dichosa sencillez que atrae así las miradas complacidas del amante de nuestras almas!

Al contemplar desde lo alto el panorama, se ve lo que hay de más hermoso en la Creación: grandes trechos de árboles seculares: olmos, pinos, encinas... y todo, con su grave y variado verdor, matiza el cuadro, elevando el alma a la esperanza de los bienes eternos, desprendiéndola, cada vez más, de los vanos y caducos de la tierra, y trayendo a los labios la hermosa exclamación del Real Profeta: «*Señor, todo lo habéis hecho con sabiduría; llena está la tierra de las obras de vuestro poder*» (1).

Ha puesto el Criador las maravillas más grandes de su poderoso brazo a la faz de todos, para que a todos nos hablen con su mudo lenguaje.

El sol, la luna, las estrellas, las plantas, las flores, los pájaros, las mariposas, son otras tantas voces que hablan de Dios a las almas sencillas y puras. «*Los cielos declaran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos*» (2).

Estos eran los maestros que el Señor preparaba, en ese ignorado pueblecillo, para instruir a la niña que iba a escoger para Sí, décimo fruto de bendición de unos piadosos y sencillos labriegos, cuyos ojos tan sólo dejan de fijarse en las tierras que riegan con sus sudores, para levantarlos al cielo, implorando del Dador de todo bien que haga fecundos sus trabajos.

El Sr. Felipe, con sus dos niños mayores, ya capaces de guiar el arado y de echar la semilla, es-

(1) Ps. CIII, 25.

(2) Ps. XVIII, 1.

taba todo el día en el campo. Maximiana, con su pequeña Basilia, los seguía un poco más tarde, no pudiendo ella prescindir de prestar también su ayuda. Cuando había dado a la niña el alimento, la reclinaba sobre la suave almohada de la hierba, donde dormía la inocente sus plácidos sueños, quizá mejor que en dorada cuna. El suelo hacía también de mesa cuando llegaba la hora de comer. Todos alargaban la mano al mismo plato, que contenía alimento para seis, ocho, o diez personas. Si algún harapiento o miserable se acercaba al improvisado comedor, podía sentarse también y alargar la mano a la misma fuente, sin que nadie dejara de atender al inesperado huésped, que todos consideraban como enviado por la Providencia. Hablando una vez nuestra hermana de estas comidas campestres, al ver nuestra sorpresa respecto de los pobres que en ellas tomaban parte, nos contestó que esto era muy natural, ni podría ser de otra manera, porque, «¿no somos todos hijos de Dios?». A tan hermosa frase hubiéramos podido decirle: Sí, lo somos, aunque no todos vivimos como tales, unidos por el sagrado vínculo de la fraterna caridad. Hermosa vida de los que, teniéndose por hijos de tan gran Señor «que hace nacer el sol tanto para los buenos como para los malos» (1), conforman su conducta con esta bella sentencia evangélica.

A este propósito conviene recordar una inmemorable y tradicional costumbre, que tan bien nos revela el espíritu sencillo y bueno de esos humildes labriegos. Tienen una cruz de madera de la altura de un metro, que va pasando, diariamente,

(1) Matth. V, 45.

por orden, de una a otra casa. Se llama «la cruz de los pobres». Al entrar uno en el pueblo, sea quien sea y venga de donde venga, lo primero que pregunta es en dónde está la cruz. Informado de esto, se dirige sin temor a esa casa, seguro de que allí encuentra, ese día, comida, posada, todo lo que necesite; será tratado como uno de los miembros de la familia en que se hospeda. ¡Cuántas veces habrá llevado también nuestra Basilia esta cruz, y con qué amor serviría y obsequiaría a Jesús en sus pobres! Ella misma lo refirió: «mi sueño dorado era ir con ellos, de puerta en puerta, pidiendo limosna». ¡Qué reproche para los que, viviendo en la abundancia en ricos palacios, entregan al pobre una pequeña moneda para alejarlo pronto de sí, cuando no lo despiden con insultos y desprecios! Si vieran en él la imagen del que, siendo Señor de todo, se hizo pobre por amor nuestro, obrarían sin duda de distinto modo.

Cuando la noche reunía a todos nuestros labradores, a pesar de las múltiples ocupaciones que supone una casa dejada desierta durante el día, y de que las vacas y demás animales reclamaban su cuidado, se tenía como principal ocupación el rezo del santo Rosario. Grandes y pequeños, ninguno era dispensado de ofrecer este tributo de amor a María Santísima. Todas las voces debían resonar entonces en el hogar antes de sentarse a comer la frugal cena. ¡Qué dulce era luego el descanso de la noche, y qué poderoso restaurador de las fuerzas para empezar la tarea del nuevo día!

La buena Maximiana, al mirar a sus pequeñuelos, se gozaba en la esperanza de verlos todos con-

sagrados al Señor, como, desde el fondo de su alma, incesantemente lo suplica. «No pasaba día—nos confesó ella misma—que no pidiera a Dios esta gracia: Señor, que sean para Vos, y nada más que para Vos, mis hijos».

Esta constante y férvida plegaria de una madre no podía dejar de tener su efecto. La pequeña Basilia era el objeto principal de estos ruegos. Ya antes que naciese, habíala ofrecido a la Santísima Virgen, diciéndole quería tener una hija religiosa. No se preocupaba la heroica madre de que hubiese podido serle báculo de su vejez. El verdadero amor excluye el propio interés, por el bien del ser amado; y este bien estaba segura Maximiana que lo procuraba a su hija consiguiéndole, con sus oraciones, el precioso don de la vocación religiosa. ¡Cuántas veces nos dirá más tarde la sierva de Dios!: «Mi madre me hablaba de monjas, cuando todavía ni entendía yo lo que este nombre significaba... Pero ella me explicaba:—Mira, hija, que en el mundo hay muchos peligros. El convento es el mejor lugar para salvarse; ¡qué importa si se sufre algo!... Todo es poco para ganar el Cielo».

Benditas enseñanzas, dignas de una madre verdaderamente cristiana. En este ambiente de honda piedad pasaba los breves años de la infancia la niña, habiendo preocupado varias veces a su madre por su poca salud.

Pequeñita por naturaleza—pequeños eran sus padres—mostraba tener aún menor edad, por su delicadeza y débil contextura. Una fuerte erupción en la cabeza, con postemas y supuración, daba motivo para temer que aquel diminuto cuer-

pecito tuviese en la sangre algún germen insano (1). La misma madre nos habló de estas preocupaciones por la salud de su hija, y ésta lo refirió a una religiosa, holgándose y alabando a su madre, que, en tales circunstancias, renovaba la oferta hecha por ella a la Sma. Virgen. Dice: «Cuando tenía pocos meses me puse a las puertas de la muerte, y mi madre me ofreció a la Virgen de Montesclaros. Más tarde enfermé también de gravedad, y me ofreció otra vez a la Virgen de la Piedad». Estos ofrecimientos de la piadosa madre iban acompañados de un siempre creciente deseo de entregar al Señor la hija que El le había dado, suplicándole la llamara a la vida religiosa. Así esperaba con santa ansiedad el momento de asegurarla, viéndola en algún convento. Y si alguien se lo hubiera propuesto, cual otra Sta. Ana, hubiese consentido con santo gozo que su Basilia se encerrase en la casa del Señor a la edad en que la Sma. Virgen fué presentada en el templo ¡Cómo se alegraba cuando la veía rezar con gran devoción las oraciones que ella le enseñara, ir a la Iglesia y permanecer allí largo rato, muy contenta, sin mostrar la repugnancia propia de los niños para la oración. La misma Her-

(1) Varios hermanitos suyos ya habían volado al cielo; no dejaba por tanto de haber motivo para que temiese esa buena madre. Al natural dolor por la partida de estos angelitos había sucedido el consuelo de ver marchar para la religión a Natalio, el segundo de los hijos. Pero si mirado a la luz de la fe y en el sentido espiritual este suceso le fué muy consolador, naturalmente era madre y sentía también todo el dolor de la separación; pues, tanto ella como el buen Felipe, perdían en él una de sus más principales ayudas en los múltiples trabajos del campo.

mana nos dijo sencillamente: «De niña fuí muy buena; me gustaba mucho ir a la iglesia detrás de mi madre, y allí estaba quietita. En casa me gustaba ponerme algún trapo por la cabeza y arrodillarme junto a un banco con el rosario en la mano». Oía con sumo respeto y cuidado las explicaciones del Catecismo, dadas por el párroco. Muy pronto lo aprendió de memoria. Algo especial (sin duda la gracia del Señor) la inclinaba ya a lo bueno y virtuoso, a la piedad y devoción. Cuando contaba tres años vino a corroborar su alma, tan bien dispuesta, el sacramento de la Confirmación. Lo recibió el 12 de mayo de 1904, en la parroquia del pueblo, por mano del Excmo. e Ilmo. Cardenal Fray Gregorio Aguirre.

Pequeño soldadito de Cristo, guardará bien la gracia y fortaleza que este sacramento le infunde. Su camino, sembrado de punzantes espinas, hará sangrar sus inocentes carnes. Como quiere amar a Jesús, no podrá ya eximirse del dolor, pues, como dicen los santos y la experiencia demuestra, «*sine dolore non vivitur in amore*» (1).

A esta gracia especialísima con que el Padre celestial previene el alma del adolescente, preparándola a los combates contra el Enemigo, sucedió su unión con el Dios de la Eucaristía.

La voz del Soberano Pontífice ya había recordado a la Iglesia las palabras del Amante de los pequeños: «*Dejad que los niños se acerquen a mí*» (2). Anteponiendo la inocencia a la ciencia, había mandado admitirlos pronto al Banquete celestial.

(1) Kempis, lib. III, Cap. V.

(2) Marc. X, 14.

Instruída por el párroco, la maestra y su buena madre, iba la pequeña disponiéndose al primer encuentro con Jesús. Este día, memorando siempre en la vida de todos los cristianos, fué, para Basilia, el 31 de mayo de 1909, coincidente con la fiesta de María Mediadora y Madre del Amor Hermoso. ¡Cómo esta bendita Madre dispondría aquel tierno corazoncito, depositando en él el germen precioso de las virtudes que, oportunamente, produjeron sus frutos! ¡Cómo Jesús, amante de los niños y de las almas puras, la estrecharía a Sí con particular amor!

Iban con ella otras niñas de la misma edad, aunque la más pequeñita de todas era nuestra Basilia. Para convencerse que tenía ya ocho años, era necesario que lo asegurara quien supiese la fecha de su nacimiento. Esta su pequeñez, envuelta en el níveo atavío que rimaba con la blancura de su alma, atraía de un modo particular las miradas de quien contemplaba el pequeño grupo de inocentes que se acercaban al altar del Señor, haciendo a nuestra niña acreedora de especial cariño. Parecía que de todo su ser emanaba un *no sé qué* de inocencia y de candor.

Lo que obrara Jesús en ese primer abrazo con su corazón puro, no lo sabemos. Pero puede conjeturarse por la disposición del mismo; pues sabemos que en la pureza e inocencia es donde puede obrar sin impedimento la gracia, que de suyo se comunica a las almas bien dispuestas. De modo que, sin que quizá la niña lo notara, es indudable que la gracia debió extender sus dominios y tomar plena posesión de su alma.



La Hermana María rodeada de sus familiares.

Los frutos dieron de esto pruebas seguras. A la primera comunión siguieron (según costumbre del pueblo) una semana de comuniones diarias; luego, comulgaba invariablemente todos los domingos, cuando iba a misa.

Su devoción fué en aumento, lo mismo que su bondad y docilidad.

Basilia, a los nueve o diez años, hacía ya de maestra de su hermanita menor. «*Mañana y noche* —dice— rezábamos juntas las oraciones de costumbre; en particular nunca se olvidaba de rezar las tres Avemarias de la pureza de la Virgen. Poníamos fin a los rezos con la jaculatoria: Virgen del Carmelo, cúbrenos con tu manto, llévanos al cielo, llévanos al cielo».

La instruía con empeño en lo que ella había aprendido para que se fuera disponiendo a su vez al gran día. Día que señala época en la vida de todo cristiano, aunque desgraciadamente no todos le den la importancia que se merece. No así los buenos padres de nuestra niña, los cuales miraban con más respeto a sus hijos después que éstos habían albergado en su corazón al Hijo de Dios sacramentado.

En esta época, el hermano Natalio, ya religioso Pasionista, nos refirió cómo en una visita que hizo a su casa quedó profundamente conmovido al ver, un día de mayo, a su hermanita ofrecer flores a la Virgen, entregándoselas con el siguiente verso:

Todas te ofrecen coronas
Y otras flores, Madre mía,
Yo, por ser la más pequeñita
Te ofrezco una peonía.

Y otra vez


Flores vengo a ofrecerte.
¿Las quieres, Madre mía? ¡eh!

¡Como debía sonreírse la celestial Madre y devolvérselas enriqueciendo el alma angelical de esta criatura con las más preciosas flores de virtudes y gracias especiales!

CAPÍTULO II

PRIMEROS ALBORES

Cuidados maternos.—El Colegio.—La “*Salus infirmorum*,”.—Oración y trabajo.—Devoción a las almas del Purgatorio.—La aldeanita ejemplar.

UIEN de veras ama piensa siempre en el bien del objeto amado y en el modo como puede realizar este bien. La buena Maximiana amaba mucho a Dios y a su hija Basilia. Su pensamiento estaba, por lo tanto, ocupado en dar gusto al primero; y aunque no era posible hacerle algún bien, puesto que Dios todo lo bueno lo tiene en Sí, ocupábase, por El, en el bien eterno de su hija.

La tenía ofrecida al Señor para religiosa; y su ofrecimiento no consistía en estériles palabras, sino en procurar por todos los medios a su alcance que llegara esto a realizarse. Para facilitarle tan gran bien, se le ocurrió, como medio muy propio, el privarse de su hija, aunque con la pena y sacrificio que puede imaginarse, poniéndola una temporada en el Colegio del «Ave María»—que, en

su pueblo natal, Sargentos de la Lora, había hecho el insigne fundador de las escuelas del «Ave María» de Granada, D. Andrés Manjón—con el fin de que se instruyera y, al lado de la buena maestra del mismo y en contacto con otras inocentes criaturas, se inclinara más fácilmente a la virtud.

Contaba once años cuando sus padres tomaron esta determinación, tanto con el fin de que aprendiera los primeros rudimentos de las letras, como para ver si, por medio de una vida más disciplinada, instrucción religiosa, mayor frecuencia de sacramentos, se manifestaban en la niña señales de vocación. Esto era lo que, sobre todo, pretendía su buena madre.

No se equivocó. Mucho debió influir este tiempo, pasado lejos de los suyos, para hacerla luego reflexionar y disponerla a la vida del claustro.

Nos parece inútil ponderar su conducta en este tiempo. La compendiaremos en estas pocas palabras oídas de la misma boca de la sierva de Dios. «En el colegio estaba muy contenta: íbamos todas vestidas con uniforme azul marino; me gustaba mucho estudiar; hacía todo lo que la maestra me decía; no la desobedecía nunca». Sobran comentarios, pues no se puede decir más.

No sabemos de fijo el tiempo que permaneció en él; pero creemos que no debió ser más de un año o año y medio. Este poco tiempo fué suficiente para hacerle comprender que allá, lejos de todo trato y bajo la continua vigilancia de la maestra, su alma estaba más segura que en el mundo; pues, habiendo vuelto a su casa, al llegar las Navidades, rogó a su madre la permitiese ir a Sargentos para

pasar con su buena maestra esas fiestas, evitando así los compromisos en que se hubiera encontrado de tener que tomar parte en las reuniones de jóvenes, como acostumbran en esa época en el pueblo.

Hermosos sentimientos brotados espontáneamente de una jovencita de trece años, que nos revelan el candor de su alma, que teme ver empañada al contacto del mundo, y que, cual pura paloma, prefiere la compañía de esas pequeñitas y pobres niñas a las diversiones que éste le ofrece con las jóvenes de su edad. Estos principios virtuosos ya nos anuncian algo grande en el alma de nuestra todavía pequeña Basilia.

Al volver a su casa, se veía en ella a una mujercita dispuesta a emprender todos los quehaceres domésticos, silenciosa, obediente, piadosa.

Pero la instrucción recibida era muy corta: había aprendido a manejar la aguja, algo a leer y escribir, pero de todo bien poco; pues, a pesar de ser estudiosa y diligente, en tan corto tiempo no podía aprender más. Fué luego, algún tiempo, a la escuela del pueblo, en donde con otras diez o doce niñas, completaba un poco la escasa instrucción recibida. Tuvo la suerte de encontrar también en esta escuela una maestra buenísima que le cultivara los sentimientos de bondad que poseía.

En esta época, sabemos por la misma sierva de Dios que decayó de nuevo su ya débil salud. Su aspecto tan delgado y endeble lo anunciaba, y ponía de nuevo en alarma el corazón de su tierna madre. Pero habría podido decirsele como Nuestro Señor a sus discípulos en la muerte de su amigo Lázaro: «No temáis; esta enfermedad no es mortal,

sino que está ordenada para que Dios y Aquella que es llamada por la santa Iglesia *Salus infirmorum*, sean glorificados en ella» (1).

Oigamos cómo con sencillas y breves palabras nos refiere ella el hecho: «Siendo ya mayorcita, de trece o catorce años, tuve una enfermedad muy extraña, que recuerdo no me podía tener en pie, así que me tenían que llevar de una parte a otra; entonces mi madre ofreció a la Virgen vestirme del hábito del Carmen, y fué como una cosa prodigiosa, pues para el día siguiente ya podía andar». La florecita estaba bajo la protección de la celestial Madre, y no podía perecer. Quería el Señor que, antes de trasplantarla a los eternos jardines, aromatizase con el perfume de sus virtudes su pueblo y la religión en donde su próspera mano la colocó.

Aunque no son muchas las noticias que tenemos de su vida en el siglo, ni tan detalladas como las hubiéramos deseado, nos parecen suficientes para conocer la profunda bondad de nuestra aldeanita en los años más críticos de la juventud, en la que, tristemente, con bastante frecuencia, aun en las aldeas, naufraga el tesoro inmenso de la gracia o, al menos, viene a exponerse a grandes peligros.

Basilisa no había sido creada para el mundo. La gracia había prevenido su alma. Tenía en esto una prueba muy reciente en la curación recibida de su celestial Madre. Pero, a pesar de esto, sentíase ella, como sus compañeras, inclinada a la vanidad y a los pasatiempos.

(1) *Infirmas haec non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur Filius Dei per eam. Joan. XI, 4.*

La gracia no destruye la naturaleza, sino que la eleva y perfecciona. La fortalece, si el alma dócil sigue sus inspiraciones hacia el bien. En cambio, si por desgracia no tiene quien vele sobre ella en la edad falaz de los sueños quiméricos, y ha seguido libremente las tendencias naturales de libertad, dando satisfacción a sus sentidos, aunque sea en materia leve, en fuerza de los hábitos adquiridos le resultaría siempre mucho más dificultoso moderarse y detenerse en los justos límites para no ofender al Señor.

Nuestra jovencita no pertenecía, gracias a Dios, a este número. Sus padres y en particular su madre habían velado diligentemente sobre ella. Y lo mismo todos los que se ocuparon de su formación. Así que ya estaba acostumbrada a vigilar sobre sus actos y a regularlos según la ley santa de Dios. No le debió, por tanto, costar mucho, teniendo en cuenta además su temperamento. Era naturalmente pacífica, humilde, complaciente. Pero estas buenas cualidades le ofrecían algún peligro, pues la hacían muy querida de todos. Si se añade a esto su carita redonda, de graciosa aldeanita; su persona pequeña, pero bien proporcionada; el pelo largo y hermoso, nos daremos perfecta cuenta de que tuvo también ella que luchar bastante para no dejarse seducir del mundo.

Veamos ahora lo que hacía; y ojalá su conducta sirva para excitar a otras almas a imitarla. Citaremos, en primer lugar, algún párrafo de los informes que, por escrito, nos remitió la buena maestra del lugar D.^a Silvina Cascajo: «Respecto de la vida que tuvo en el siglo Basilia González

Corralejo, en términos generales le diré que, en el pueblo de Rebolledo, en los trece años que llevo ejerciendo mi profesión, no he conocido una joven tan circunspecta en todo su porte exterior, tan humilde y tan piadosa como la de referencia. Eso en el tiempo pasado. En los presentes desgraciadamente costaría más encontrarlas en todos los pueblos del mundo.

Varias veces la recomendé como la mejor amiga a otras jóvenes. Mi frase corriente en las conversaciones era ésta:—Esa es muy buena chica; me gusta mucho—. Siempre que hablé conmigo, lo hacía con sumo respeto y prudencia, muy amable en su trato; y su actitud corporal, en lo que duraba la conversación, casi siempre era estar con la vista baja.

En fin, para mi gusto, resplandeció en ella la humildad, la obediencia, la pureza, la sencillez en el vestir, la piedad y el retiro; porque sus honestas diversiones, observé yo, que siempre las abandonaba en pleno día».

En qué consistiesen estas diversiones, lo dicen otros testigos oculares. Se entretenía sentada en las praderas con sus amigas, su hermana menor, y luego las sobrinitas, hijas de su hermano, al mismo tiempo que cuidaba de ellas y llevaba a pacer las vacas.

Daba algún paseo inocente, recogiendo flores para la Virgen y cantando en su honor devotas cancioncitas. Le gustaba mucho cantar. Según nos dijo, era ella quien dirigía el canto en el pueblo, las lecturas piadosas, etc. Los domingos (dicen otros), después de haber oído la santa Misa, reci-

do los sacramentos y rezado sus oraciones de costumbre, pasaba la mañana en los quehaceres de la casa, en arreglar y preparar lo que cada cual necesitaba, tanto tocante al vestuario como a la comida, para que todo estuviese a punto y nadie quedara descontento. Era a la tarde cuando, después de haber vuelto de la Iglesia, se entretenía con sus amigas, como hemos dicho.

Acostumbran en el pueblo reunirse las jóvenes, en una plaza, las tardes festivas, donde se entretienen en algún baile, dejándolo todo al toque del «Ave María» para recogerse en sus casas. No sabemos de Basilia que tomara parte en dichos bailes. Según nos dijo su madre, en parecidas ocasiones le costaba mucho salir de casa; parecía tuviera miedo de pasar el umbral de la misma.

La oración, el recogimiento, la huida de las ocasiones, eran los baluartes que defendían su inocencia. En sus devociones, su hermana Benigna nos hace notar que, desde entonces, «era muy devota de la Pasión de N. Señor Jesucristo, pues todos los viernes del año rezaba las nueve oraciones de S. Gregorio, Pontífice Romano, que se hallan en el libro de las visitas al Santísimo, que tenemos nosotras; ella las aprendió de memoria, y yo creo que desde que las aprendió no dejaría de rezarlas ni un viernes siquiera. Algunos días las rezaba sola, pero la mayoría de las veces las rezábamos juntas, por la noche, mientras fregábamos los platos, y otros días cuando nos acostábamos. Al levantarnos y acostarnos, rezábamos juntas las oraciones. También adoraba el Crucifijo y las medallas de la Virgen y decía: *Adorámoste Cristo,*

etcétera. Todos los días al adorar el Crucifijo decía: En esta Cruz en que mueres entre agonías, Te estrecharé en mi pecho todos los días. Al salir de casa, hacía siempre la señal de la cruz.

En una ocasión en que nos mandaron nuestros padres a las dos al pueblo de Baltierra, no recuerdo a qué encargo, por el camino fuimos rezando el santo Rosario. Cuando estábamos en la tierra trabajando y tocaba el medio día, rezábamos el *Angelus*.

Esto de aprovechar el tiempo durante el camino para rezar, se conoce lo tenía de costumbre, pues también otros lo atestiguan. Un día que fué a llevar la comida a su padre, dijo al volver: «Madre, ¿a que no sabe cuántos Rosarios he rezado por el camino?... Tres; uno a S. José, otro a la Virgen del Carmen y el otro a las almas del purgatorio».

Siempre fué muy devota de las benditas almas (esta devoción se la inculcó la maestra de Sargentos), y rezaba con frecuencia por ellas, recordando lo de aquellos versos:

Cuando oigáis la doliente campana,
Doblar en la iglesia con tristes conciertos,
Al pensar qué seremos mañana,
Rezad por los muertos.

Cuando veáis de la tumba en el fondo
Pavorosos abismos inciertos,
¡Al pensar que el olvido es tan hondo,
Rezad por los muertos!

Declaró a una religiosa haber recibido gracias extraordinarias por medio de las Animas benditas.

Una de esas gracias, la vocación, que se resolvió y arregló durante una novena que hizo para ellas.

En una ocasión, dice una vecina (Sra. Juana) que la reprendió por alguna insignificante travesura de niña, y ella la escuchó con humilde silencio.

Cuenta su sobrina, ahora religiosa en esta casa: «Recuerdo que un domingo me mandaron a por agua con un botijo. Cuando llegué allí, había una cuadrilla de muchachos y más gente que estaban esperando para llenar cada uno sus calderos. Esto se hacía a medida que cada uno iba llegando. Como era pequeña (tendría cuatro o cinco años) todos cogían el agua antes que yo, y los muchachos que estaban se echaron a reír. Entonces, yo dejé allí el botijo y fuí a casa llorando. Me preguntaron por qué lloraba, y como yo no respondiese, me volvieron a preguntar si lloraba porque había roto el botijo y les respondí que no, que era porque se habían reído de mí. Entonces mi tía fué a buscar el botijo y, cuando la vieron venir, se echaron todos a reír. Ella, cuando llegó a la fuente, cogió el botijo y, sin hablar una palabra, se fué a casa, llevándolo vacío».

Este hecho demuestra bien el dominio que ya había alcanzado sobre sí, y que no le faltaban ocasiones para probar su virtud. ¿Quién la tenía así, en silencio, ante los insultos de unos impertinentes? Sin duda el pensamiento de Dios y el recuerdo de lo que sufrió N. Señor en su santísima Pasión.

En los días feriales iba a trabajar al campo con sus padres, en la labranza; y, como tenían mucho trabajo y disponía de poco tiempo, hacía sus rezos durante el camino, o mientras trabajaba.

Su madre, al observar estas buenas disposiciones, daba gracias a Dios, pareciéndole verla ya religiosa como se lo pedía. Un día le dijo: «¡Oh hija, me parece a mí que tú deberías resultar bien en un convento!» Y Basilia, para disimular por entonces sus intenciones, contestó: «También en el mundo están bien las almas buenas; ¿las quiere meter a todas en el convento?» La madre le respondió: «Si dependiera de mí lo haría con gusto, pues en el convento se santifica una más fácilmente, aunque si se quiere, ya se sabe que todos pueden santificarse».

Y de que esto no fuera sólo idea de su madre, sino que ya desde entonces diera señales manifiestas de haber recibido el precioso don de la santa vocación, no nos cabe la menor duda.

¡Oh, la gracia de la vocación! Según los santos Padres, es, después del santo Bautismo, el mayor que Dios puede hacer a un alma y por el cual ésta desprecia todo otro amor para dar todos sus afectos a Aquel Unico digno de poseerlos. «Quien pudiera comprender una pequeña chispita de mi amor, todo otro amor le parecería un error, como en realidad lo es», dijo un día ¡N. Señor a Santa Catalina de Génova.

Nuestra aldeanita lo había comprendido, y, por eso, su puro corazón era ya capaz de elevarse sobre todas las cosas y despreciarlas. Demuestra también esto lo que ella misma dijo a la Madre S.: «Al poco tiempo de salir del colegio, mi padre me llevó a un convento de clausura con intención de dejarme si podían convenirse; mas no pudo ser por cuestión del dote. Entonces sí que hubiera en-

trado, y bien contenta. ¡Qué buena impresión me hizo aquella monja que salió a hablarnos! Se veía en ella una paz y una alegría... Al tratar de mi ingreso, sin duda aquella monja se refería a corista; pero seguramente mi padre no sabía que había legas y que para eso hubiera bastado menos dote. Así que viendo mis padres que no era posible, desistieron; se conoce que no había todavía llegado la hora. Cuando me decidí a venir aquí, ya me decía el señor Cura: Tú, vocación siempre la has tenido»..

Puede suponerse la pena de sus padres, en particular de la madre, al verse obligados a abandonar la idea, aunque no por eso dejaba Maximiana de pedir a Dios para que llegara el día tan deseado por su cristiano corazón, convencida de que lo imposible para el hombre es fácil para Dios.

Entre tanto, esmerábase en vigilar, cada vez más, sobre su hija, a fin de que el mundo no entrase en su tierno corazón.

CAPÍTULO III

LUCHA Y TRIUNFO

El mundo y la gracia.—Luchas internas.—No quiero otro esposo que Jesús.—Triunfo de la gracia.



LA pena de ver cortada de un golpe su esperanza de consagrarse al Señor, sucedió en Basilia cierto enfriamiento en la piedad. Ella misma nos lo va a decir. Pero es preciso advertir al que lee que tenga presente lo que acaece en todos los santos; es decir, que al hablar de sí, desahogan su humilde corazón, ponderando todo cuanto pueden faltas a veces insignificantes, hasta hacerlas aparecer como grandes enormidades, cuando apenas llegan a pecado venial. Nosotras, por parte nuestra, estamos plenamente convencidas de que nunca perdió la gracia santificante, llevando intacta al cielo la hermosa estola de la inocencia bautismal. Las mismas palabras que ella usa para abultar sus ligerezas nos confirman en esta opinión. Al hablar en confianza con la ya citada religiosa del tiempo de su fervor y piedad, terminaba con esta expresión: «Entonces, ¡cuánto con-

suelo debí dar a mi madre! Pero después, desde que me hicieron un vestido con la marinera empecé a querer que me los hicieran a mi gusto, y cuando no lo conseguía me enfadaba; hasta que aprendí a hacerlos yo misma. ¡Cuánto debí hacer sufrir a mi madre en este tiempo, pues hasta entonces me daba lo mismo que me pusieran una cosa que otra! Ella que me había ofrecido para religiosa, y yo que no daba muestras de tener vocación... Hasta los dieciséis años fuí buena, pero de los dieciséis a dieciocho fuí muy mala».

¿En qué consistía esta maldad? Oigámoslo. Es su madre quien nos habla con la sencillez y escrupulosidad que le son características: «He dicho lo bueno de mi hija. Tengo ahora que decirle también lo malo, aunque no puedo decir mucho, porque en verdad no lo hay. Hubo un tiempo que pareció resfriarse algo. Yo estaba observándola y mirando todo cuidadosamente: Lo que me dió motivo a temer fué lo siguiente: La tenía con hábito del Carmen desde pequeña, con cordón y escudo, y delantal del mismo color, y así la mandaba a la escuela. Un día se quitó el cordón y puso un lacillo en el delantal. Conocí que era por vanidad y le dije:—Pero, hija, ¿por qué te has quitado el cordón? ¿Qué mejor para el hábito que el cordón?— Al ver esto sospeché algo y temí; fuí al cura y le dije:—Señor Cura, esto pasa. Basilia no es la de antes. Entonces él le llamó la atención:—«Mira, hija, la dijo, tú estás luchando con la gracia y con el mundo; míralo bien, que no yerres el camino.— Ella calló y se fué reformando».

Otro hecho parecido acabará de ponernos de

manifiesto hasta qué punto llegó su vanidad; y veremos que la maldad que ella se atribuye cuando dice «fuí muy mala» consistió en alguna pequeña infidelidad a la gracia que, aún en este tiempo, no dejaba de obrar en ella.

Sus vanidades no llegaron siquiera a pecado venial. Es también su misma madre quien lo refiere, y con su ya conocida sencillez nos complacemos en referirlo: «Por la fiesta del Corpus, llamada *fiesta del pueblo*, por ser la más solemne, en que se reúnen tres pueblos, un año en cada uno, Basilia nunca tuvo velo. En esta circunstancia me dijo: «Madre, todas tienen velo; por los del pueblo no me importa, pero como vienen los otros y yo soy mayordoma y tengo que encender...» Comprale hija, le dije, pero mira que no sea muy claro; si no, D. Lorenzo te echa de la Iglesia. Lo compró:—Hija, qué claro es, le dije.—Ella cont estó:—«Pues allí no me pareció tan claro; si quiere compro otro» y así lo hizo. Dicho velo lo llevó sólo aquel día; no volvió más a ponerlo. Llevaba siempre una mantilla de esas largas, de luto, como las viejas.

Un día dijo a su padre: «Padre, todas las demás ya tienen abrigo». Y él:—Pues hija, compratelo tú también—. «No sé: en las demás me parece bien, pero yo ¿qué parecería?»... Y no lo compró. Siempre iba a la Iglesia con un delantalillo negro con vainica por abajo, que le gustaba; pero las demás no llevaban delantal. Le hice un vestidillo verde y le advertí no le echen adorno; pero la modista le dijo:—Por Dios, si a este vestidillo no le echas un poco de adorno, no va a saber de nada:—Mi hija



Iglesia parroquial de Rebolledo.

contestó—«No, no le pongas porque mi madre no me lo deja poner» (1). Dirigiéndose la madre también a la otra hija cuando hacía estas advertencias, Basilia le dijo: «Madre, ¿cree que Benigna le va a hacer tanto caso como yo? No se lo hará».

Podríamos continuar relatando hechos de este género; pero nos parece más que suficiente lo dicho, para convencernos de que, aun en medio de estas sombras de vanidad, merece ser propuesta nuestra joven como modelo a las jóvenes. ¡Qué moderación en exponer sus deseos de que le compraran alguna prenda de vestir! ¡Qué indiferencia por el resultado de su petición! ¡Qué conformidad a las disposiciones de sus padres! En todas sus palabras aparece la hermosura de su alma, poseída ya por la gracia, su conciencia delicada, y, sobre todo, el amor de que estaba encendido su puro corazón, el amor de Dios, que no tardará en triunfar plenamente de todo.

Pasaron así unos dos años sin que demostrara ser, ni del mundo, ni toda de Dios. Oigámosla a ella contarle a la Madre V.: «En una ocasión, mi padre y mi confesor me aconsejaban aceptar un partido conveniente de casamiento. Pero yo les decía que no me gustaba el matrimonio. Como en mi pueblo es costumbre que las jóvenes tomen estado a la edad en que yo ya estaba, no dejaban de molestarme para que eligiese entre el convento o el matrimonio. Pero yo no sentía atractivo para ninguno de los dos. Al mismo tiempo se apoderó de

(1) Este vestido es el que tenía puesto cuando entró en el convento. Tenemos todavía algún pedazo que guardamos como reliquia.

mí una tristeza (sin poder explicar el motivo) que me obligaba a retirarme de mis amigas y a ocultarme, para dar rienda suelta a las lágrimas. Y todas preguntaban:—¿Qué tendrá Basilia, tan alegre como era y ahora triste y huyendo de los pasatiempos? Yo procuraba disimular mis penas, y ni a mi confesor podía explicar lo que sentía. Al fin me dijo que mirase bien no ser infiel al Señor, que parecía me quería religiosa, y si no correspondía daría la gracia de la vocación a otra. Continuamente me estaba haciendo estas reflexiones. Mas yo no sabía decidirme ni para el mundo ni para religiosa, y mi angustia continuaba. En esta situación, de repente, me dicen que una prima mía, no muy piadosa, se sentía con vocación y pronto marcharía para el convento. A todos sorprendió esta noticia; pero, en particular, para mí fué un dardo, pues me vinieron enseguida a la mente las palabras del párroco: «Mira que si no correspondes, te va a quitar el Señor la gracia de la vocación y dársela a otra». Creí firmemente que se habían realizado, y entonces me acosaron los remordimientos. Pasada una temporada, dicha joven no pensó más en ser religiosa, y yo recobré la paz y con ella el deseo de consagrarme al Señor».

Estas fueron todas sus faltas. No sabemos haya cometido otras.

El ojo vigilante de la madre casi penetraba en su corazón y descubría o, al menos, sospechaba estas luchas. «Un día volvió temprano de estar con las amigas; y le dije:—¿Cómo has venido tan pronto? ¿Te ha pasado algo? ¿Habéis tenido algunas palabras?—No, qué va a pasar... esos jóvenes son

más... no se puede estar donde están ellos». Otro día, la llevé conmigo a un pueblo con la intención de sacarle lo que pensaba, y por el camino le pregunté: Basilia, ¿quieres ser monja? Si quieres, mejor hoy que mañana. —Nada pude sacarle en limpio».

Desde entonces se contentó Maximiana con pedir a Dios y callar. ¿Para qué decirle si quería ir al convento, como ya otras veces se lo había propuesto, si luego, por falta de medios, no podía llevarlo a efecto? Creo que esta buena madre, feliz en su humilde condición, no haya deseado nunca riquezas; pero si alguna vez deseó tener algo más de lo poco que tenía y lo pidió al Señor, fué, sin duda, en esta circunstancia, para poder dar lo que necesitaba a su hija, y meterla en un convento.

A Basilia no se le escapaban estos sufrimientos de su buena madre y se le trituraba, a su vez, el corazón al ver que no hubiera sido posible poderle dar el dote, como ella misma nos lo declaró. Y, en medio de sus luchas, esta era la causa que la detenía, haciéndole disimular sus intenciones, sin reparar, quizá, que para su madre hubiera sido siempre un gran consuelo saber, al menos, que aquella hija tan amada y por ella ofrecida a Dios, no tenía otro deseo que el de pertenecer a El. El secreto de Basilia le hacía sufrir y aumentar su vigilancia sobre ella, pidiendo siempre y siempre temiendo.

Un hecho, que también nos refiere la misma madre, nos pondrá de relieve, a la par que su vigilancia sobre la hija, la delicadeza y fidelidad de la otra.

«Hay en el pueblo costumbre de que, cada día, uno de cada casa lleva los cerdos de todos a pacer al monte, para que de por sí se busquen el alimen-

to debajo de las encinas. Un día en que había tocado a Basilia, ya estaba para atardecer y no volvía. Por fin llegó la cerda, pero Basilia no. Fuí a preguntar a la vecina: ¿Ha venido tu cerda? Sí, la cerda ha venido, pero la porquera no. Fuí a ver lo que pasaba, y la vi detrás de un carro abrigándose. Del otro lado del carro estaba el joven que cuidaba del mismo. Miré todo sin que ella me viera, para preguntarle luego a ver si me decía la verdad. Mentiras no quería yo que dijese mis hijos. Siempre les decía: «Al mentiroso se le coge como al cojo». Cuando entró en casa le dije: ¿Cómo es que han llegado las cerdas y tú no venías? ¿Dónde estabas? «Como llovía, Fulano me dijo: Abrígate que te mojas. Y me detuve detrás del carro a abrigarme». Vi que su información correspondía fielmente a lo que había visto con mis ojos, y quedé satisfecha».

Cuando su madre nos dió estas noticias, terminó con unas palabras que compendian todo lo que de bueno hemos dicho de su hija. Ellas solas bastan para hacerla un digno modelo de jóvenes: «Nunca la he cogido en mentira. Esto puedo asegurarlo. Era muy obediente. No me faltó nunca, ni a la hora, ni a lo que la mandaba. La encontré siempre fiel». Elogio grande, que es un verdadero motivo de gozo para padres que pueden decir eso de sus hijos.

¡Dichosos los hijos que tienen una madre como Maximiana que vigile sobre ellos! ¡De cuántas caídas preserva la vigilancia de los padres! ¡Cuántos pecados de los jóvenes se hubieran impedido si los padres hubiesen sospechado de ellos, en vez de permanecer tranquilos e indiferentes cuando sus hijos estaban lejos de su vista!

Generalmente, todos ven bien la bondad. Por eso, a pesar de su modestia en el vestir, de su sencillez y gravedad en el trato, Basilia atrajo sobre sí las miradas de algunos jóvenes. Uno (tal vez aquél a que hemos aludido) la pidió a sus padres, considerándose dichoso si pudiera tenerla por esposa.

Pero ella, cuyo corazón había ya entregado a otro Amante más digno de poseerle, contestó terminantemente: «No quiero otro Esposo que Jesús». Nos es grato pensar cómo en ese momento debió Nuestro Señor decir a su vez: «Te quiero para esposa mía». Después de esto ya no cabe duda. La aldeanita, a quien todos juzgaban humilde, sencilla, piadosa, buena, pero que dejaba suspensos los ánimos sobre en qué pararía, cuáles serían sus ideas y sus afectos, qué estado tomaría... al fin se decidió, aunque no lo manifestara por entonces. Sus pensamientos abarcaban más allá del tiempo. Sus afectos eran para Aquel Único, digno de su corazón que había escogido por Esposo. Pronto se divulgó entre los vecinos del pueblo la generosa renuncia. Sin duda no dejaría de admirar a alguna joven que hubiera deseado tener tan propicia ocasión de hacer un buen casamiento.

Sólo al alma iluminada por la gracia divina es dado despreciar lo visible, por amor a lo Invisible. Basilia recibió esta gracia, fué fiel, y, por esto, luchó y venció al mundo y a sí misma. Que tal favor le fué otorgado por las manos de la Madre de la gracia, María Santísima, de la que era singularmente devota, no nos cabe duda. ¡Cuántas súplicas tiernas y confiadas habrá dirigido a la Celestial

Madre, que sabía todos sus anhelos, para obtener tan glorioso triunfo! Su hermana Benigna nos habla de esta su particular devoción a la Sma. Virgen. «En los últimos años que estuvo con nosotros, dice, el día que tocaba venir a nuestra casa la visita domiciliaria de la Virgen Milagrosa, Basilia entraba en la habitación en donde estaba la Virgen y se quedaba allí sola largos ratos, leyendo o rezando, y también trabajando, bajo la mirada de María».

¿Qué otra cosa más interesante podía entonces ocupar la mente de nuestra joven sino tratar con la celeste Madre el asunto trascendental de la elección de estado? Sí, con María Santísima lo trató y de Ella recibió la gracia de que, de un modo tan providencial, todo se le arreglara felizmente. Pues es cierto que quien sigue a María, como dice San Bernardo, llegará sin duda a la meta de sus deseos. *Ipsam sequens perveni.*

CAPÍTULO IV

SÍGUEME.—SEQUERE ME

La gracia de la vocación.—El Esposo divino.—El adiós al mundo.—En el nido de sus amores.

SÍGUEME». Esta palabra, que encierra un misterio profundo del amor de Dios hacia su pobre criatura, salió varias veces de la boca divina de Jesucristo, y aquellos — ¡dichosos! — a quienes la dirigía quedaban escogidos entre millares y hechos Apóstoles suyos.

Con esta misma palabra ha continuado Nuestro Señor, a través de los siglos, llamando y escogiéndose almas a su divino servicio. Bienaventurado el que la oye y corresponde: tiene con esto una señal cierta y segura de su eterna predestinación.

Miserable aquel, que, infiel a la gracia, pertenece al desgraciado número de aquellos «muchos» de quien dijo N. Señor: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos» (1). Nuestra buena joven tuvo la suerte de recibir esta tierna invitación del divino Maestro y de corresponder a ella.

(1) Matth. XX, 16.

Tal gracia se llama, comunmente, *vocación religiosa*, que es lo mismo que decir *llamamiento divino*. Mediante este precioso llamamiento de Dios se obran en el alma unos cambios admirables, maravillosos y, a veces, repentinos. No nos deben sorprender, pues quien pronuncia la mágica palabra es el Todopoderoso, Aquel que dijo y todas las cosas fueron hechas (1). El alma que la ha oído, poco a poco, va cambiando de ideas, de deseos y de afectos. Con sus pensamientos va dejando las cosas de la tierra para remontarse a las de arriba; sus deseos suben hasta el cielo, y sus afectos, enfriados para las cosas que fenecen, van a posarse sobre las que no fenecen jamás. ¡Cómo cambian los pensamientos de quien entiende, ama y mira las cosas a la luz de esta gracia sobrenatural! ¡Qué modo de pensar tan distinto el de aquellos que no recibieron esta luz!

En el alma de Basilia resonó temprano esta palabra, como hemos visto, y, poco a poco, produjo sus efectos. Pero en su plenitud sólo los produjo cuando sonó la hora marcada por la Providencia. Entonces las cosas le parecieron de distinto modo de como las había visto hasta entonces. Existían aún las mismas dificultades que, en otra ocasión, la hicieran desistir de su intento. Sin embargo, ahora no la preocupaban. Las veía ya todas como superadas o fácilmente vencibles. Sentíase con ánimo para luchar como quien está seguro ya de la victoria. En todo y en todas partes, experimentaba desabrimiento, fastidio, tedio. Nada la atraía ya. Esa querida aldea de tantos recuerdos, esos her-

(1) Ps. CXLVIII, 5.

mosos panoramas, que años antes la entretenían con sus amigas en inocentes diversiones, habían perdido, para su corazón, todo el encanto. Los afectos de las amigas, de las conocidas, y hasta los de su propia familia, incapaces de llenar su anhelo, le dejaban un inmenso vacío... Todo, hasta el cariño de sus piadosísimos padres, ese hogar de paz en donde había aprendido a conocer y amar a Dios, todo le parecía acibarado... Y todas las cosas, deficientes y pequeñas para su corazón elevado, por la gracia, a regiones superiores.

«Nada me satisface, todo me cansa, me pesa y molesta como una carga que tengo sobre los hombros», nos decía no ha mucho un alma que estaba para abandonar el mundo e ingresar en un convento. Lo mismo sucedía a Basilia: «Parece que las cosas han cambiado y no son para mí lo que antes eran».

Efectos portentosos de la fuerza de esa Voz poderosa que ha dicho al alma: «Sígueme». Ellos darán también a la misma alma esfuerzo y valor para responder al llamamiento divino con las palabras del buen publicano: «Te seguiré a donde quiera que vayas». *Sequar te, quocumque ieris* (1).

Cuando, por la gracia de la vocación, ha llegado el alma a esta santa intrepidez—que el mundo juzga locura—, todo lo puede, de todo es capaz, no teme ya nada, pasa montañas de dificultades, rechaza los impedimentos que le obstaculizan el paso, y va adelante en seguimiento de Aquel que es su único amor, su ideal...

(1) Mat. VIII, 19.

De estos sentimientos estaba animada nuestra joven al frisar en los veinte años.

Sabiendo que nada podían hacer sus padres, trató con su hermano religioso, reservadamente, su determinación de abandonar el mundo e ingresar en alguna Orden religiosa, a ser posible, de clausura, y, con preferencia, en la misma donde él estaba, por la devoción que tenía a la Pasión de Jesús, y por su austeridad. «Deseaba mucho (decía ella, a veces, por humildad) una Orden de mucha penitencia, aunque, después de entrada, no tenga gana de hacer tanta».

Su confesor la aconsejó también acudiese a su hermano Pasionista, pidiéndole su protección y ayuda. Este, queriendo poner a prueba su vocación, antes de tomar la cosa en serio y dar los pasos debidos, creyó conveniente no contestarla sobre el particular, como si no hubiese dado importancia a las palabras de Basilia. Pero, como ésta hablaba de veras y quería resolverse, no se amedrentó ante tal indiferencia, y le escribió de nuevo, recriminando resueltamente su proceder, y, para que tuviese mejor éxito la carta, la hizo acompañar de una del párroco y propio confesor.

En vez de detenernos en detallar el modo cómo la divina Providencia llevó a efecto las santas aspiraciones de nuestra joven, transcribiremos una carta de su mismo hermano, en la que nos contestaba a las preguntas que, sobre el particular, le hicimos. Dice así: «Tendría unos trece o catorce años cuando ya me hablaba de que quería ser monja y, aunque nuestra correspondencia no era muy frecuente

en aquel tiempo, siempre me escribía eso mismo. Yo me limitaba a decirle que se aplicara a la escuela, que fuera obediente a los padres, etc.

De esta manera fué transcurriendo el tiempo, y recuerdo haber recibido una carta de mi padre (q. e. p. d.)—contaría ella entonces unos diez y siete años aproximadamente—en la que me decía que no hiciera caso de lo que me decía Basilia, pues a ellos les parecía que no había tal vocación. En qué se fundaban para hablar así, yo no lo sé. Probablemente el excesivo apego que hacia ella sentían fuera el motivo, pues me consta de que la querían mucho. Según testimonio de mis mismos padres, era tan buena, que nunca les dió el menor disgusto, y veían en ella un no sé qué, que les obligaba a quererla con predilección a los otros hermanos.

A medida que fué creciendo en edad, fué aumentando el deseo de hacerse religiosa, pensando las cosas con seriedad, y para poder recabar de mí un poco de apoyo y protección, empezó a escribirme ella aparte de mis padres.

Debo advertir que, a pesar de que mi gusto era de que fuera religiosa, y esto le pedía al Señor en mis pobres oraciones, sin embargo, nunca jamás le dí a ella la menor esperanza, a pesar del deseo que ella mostraba, y ni siquiera la animé para ello, pues siendo éste un asunto tan delicado, como es el de la elección de estado, lo puse todo en las manos de Dios, para que El lo resolviera según su divina voluntad.

No tardé en conocer cuáles eran los designios del cielo sobre aquella alma, por una carta que ella me escribió quejándose amargamente al ver tanta

frialdad e indiferencia por parte mía, diciéndome que parecía mentira que, siendo yo religioso, no tomara parte en su bien espiritual. Estas quejas debió sin duda de dárselas también a su director o confesor, el párroco del pueblo; el cual, convencido de que Dios la llamaba para sí, me escribió también una carta, suplicándome que hiciera por mi hermana cuanto pudiera, pues estaba persuadido de que tenía verdadera vocación.

Desde este momento, teniendo pruebas tan seguras de su vocación, es cuando yo empecé a tomar las cosas por mi cuenta, y en adelante todas mis cartas fueron de aliento y esperanza, asegurándola que si Dios la llamaba, sería religiosa a pesar de todas las dificultades.

La Providencia se valió de mí (pobre pecador) para afianzarla más y más en sus santos propósitos, con motivo de una visita que yo tuve que hacer a mi familia; y allí es cuando yo concebí una opinión muy elevada de la virtud de mi hermana, pues me descubrió todos los secretos de su corazón, y entre otras cosas me manifestó que, aunque siempre se había sentido llamada a abrazar el estado religioso, este pensamiento se dejaba sentir en ella con más fuerza cada vez, y que eran esos todos los anhelos de su corazón; siéndole motivo de mucho sufrimiento el no ver medio de poder conseguirlo, mucho más siendo su deseo de ser de clausura, para lo cual no disponía del dote necesario. Esta idea de ser de clausura la tenía grabada profundamente en su corazón, aunque no sabía en qué religión, sintiendo sin embargo predilección por las Pasionistas. ¿Pero cómo conseguirlo? Sin

dote, ya sabía que no podía ser; y sus padres no podían dárselo, aunque sí le podían ayudar algo.

Todo esto me lo contó ella cuando estuve en casa, lo cual le había ocasionado muchas lágrimas al ver un horizonte tan oscuro para ella, pero sufriendolo todo ella sola sin darlo a conocer a los padres, pues no quería hacerles sufrir proponiéndoles cosas imposibles a sus fuerzas. Para acabar de acibarar su corazón, la propusieron una ocasión que se la presentaba de contraer matrimonio (pues los padres ignoraban que estaba completamente resuelta a no tener otro Esposo que a Jesús); proposición que ella rechazó con mucha entereza, sin manifestar a los padres el por qué. Viendo yo su deseo de hacerse religiosa y con tan buenas disposiciones para ello, la dí palabra y la prometí que llegaría a serlo, ofreciéndome a buscar el dinero para su dote; con lo cual quedó ella consolada y animadísima. Desde esta fecha hasta después de un año (pues tuve la dicha de volver por ella para llevarla a Deusto) me dijo mi madre que había llevado una vida completamente retirada, consagrando el tiempo libre (sobre todo los domingos) en leer libros piadosos, privándose hasta de las diversiones más inocentes, para de este modo hacerse digna de la gracia que tanto anhelaba».

Trató este hermano sobre el particular con la M. R. Madre Gertrudis, Superiora entonces de esta Comunidad, siendo admitida al fin, aunque con algunas dificultades, por su pequeña estatura, y por temor de que no tuviese suficiente salud para los trabajos de hermana lega. Pero el Señor lo quería, había llegado la hora de la Providencia y pron-

to se arregló todo. Cuando vió Basilia que las cosas estaban aseguradas, comunicó gozosa tal noticia a sus padres que, a su vez, se llenaron de santa alegría, viendo al fin realizado su sueño más querido. Sobre todo su madre, cuya satisfacción no tuvo límites. Nos dijo ella misma. «Cuando comuniqué a mi madre mi resolución, vi en su semblante algo extraordinario. Pareció que se le transformaba con el gozo que experimentó. Hacía mucho tiempo que pedía al Señor tal gracia para mí; y ya casi había perdido la esperanza de conseguirla».

En los primeros días de mayo de 1922 el buen hermano Natalio se encontraba, con permiso de sus superiores, en su casa de Rebolledo, con el fin de acompañar al convento a su hermana; la cual se despidió generosamente y para siempre de sus amados padres. Su madre le dió sus postreros consejos, dignos de una madre heroica y sólidamente cristiana, como nos lo refiere ella misma: «Al marchar para el convento, mi madre me hizo con sumo interés esta recomendación: Hija, vas al convento, no para ser buena, sino para hacerte santa».

Manifestó ella a una religiosa, Madre C., con ocasión de la muerte de su padre (acaecida a los pocos meses de su ingreso en el claustro), que, al despedirse de él, había sufrido horrores, pues le pareció presentir su cercana muerte. Esto fué lo que más le costó, y que, en el tren, aun durmiendo, cuando despertaba, la primera palabra que siempre venía a sus labios era ¡*padre!*, sintiendo una angustia tal, que la impulsaba más a volver con él que a proseguir el viaje.

Estos presentimientos aumentaron en ella la

pena natural de la separación. El amor de Dios, que parece entibiar los demás amores, no hace sino purificarlos y afinarlos por la mayor perfección del corazón, más cercano al centro de todo verdadero amor.

Lágrimas tranquilas, pero muy sentidas, cayeron de sus ojos al pronunciar el ¡adiós! que la separaba para siempre de seres tan queridos como sus padres y los sobrinitos, que tenían en ella una madre. Este día y ese *adiós* dejan siempre en el corazón de la religiosa memorias indelebles...

Es el primer sacrificio de esa nueva vida, que hará de ella un sacrificio de holocausto perenne, tan doloroso para la naturaleza como dulce y glorioso para el alma movida en su principio, en su medio y en su fin, por el amor. ¡Adiós!... que no olvidará nunca... que repetirá, en las horas de prueba, a todo lo que dejó, cuando la naturaleza se rebeló y lo reclame. ¡Adiós!... cuyo recuerdo le dará cada vez nueva fuerza para repetirlo a lo que se oponga al amor Divino; y que será, sobre todo, de gran consuelo cuando llegue para ella la hora del *adiós postrero* a todas las cosas de esta vida, para entrar en aquella vida nueva, donde ya no existe el sacrificio, sino sólo y para siempre el premio que el sacrificio mereció: el eterno gozo del puro amor.

Un conocido de nuestros viajeros les preguntó, en el tren, el motivo de su viaje. Enterado, dirigiéndose en tono compasivo a la futura Pasionista, le dijo:—«Oh, hija, que no tengas que volver». Ella respondió: «Ay, señor N., si yo volviera, muy mal tendría que andar la cosa». Palabras que revelan la

intrepidez de su alma para la vida de sacrificio que iba a abrazar.

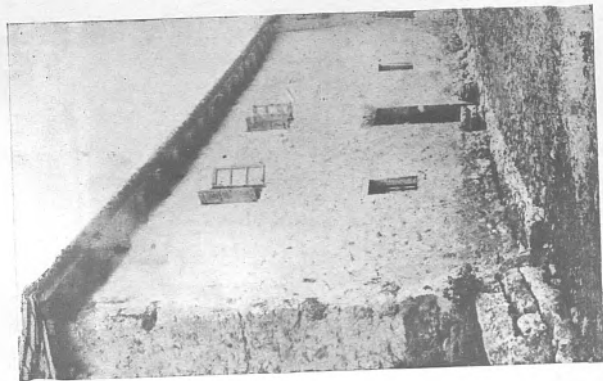
Al llegar a Deusto y divisar el convento, tenía tal deseo de ver a las monjas, que lo primero que hizo fué (nos lo decía ella más adelante, riéndose) mirar si había alguna en las ventanas; y mucho le sorprendió no ver a nadie. La mañana del mismo día que entró, 6 de mayo, vino al locutorio en compañía de su hermano. Al verla, nos quedamos sorprendidas de su excesiva pequeñez, mayor de la que ya habíamos ideado. La felicitamos por ser de Castilla, tierra de Sta. Teresa, diciéndola que a ver si llegaba a la santidad de la mística Doctora. Contestó con su voz gruesa, que nos hizo mucha gracia por oírla de semejante personita: «No llegaremos a tanto; no llegaremos a tanto».

Luego, antes de ingresar, la llevó su hermano a dar una vuelta por los pueblos cercanos: Bilbao, Las Arenas, Algorta. A pesar de no haber visto más que su pequeña aldea y pueblecitos circunvecinos, siendo acaso la vez primera que viajaba en tren, no sintió ningún atractivo ni admiración al ver la ciudad con todos sus adelantos, cosa que tanto cautiva a la juventud. Aunque pequeñita y de porte humilde, tenía allá, en el interior, aspiraciones infinitas. Era incapaz de contentarse con las hermosuras efímeras de la tierra la que aspiraba a los bienes imperecederos del cielo. Como ella nos decía, ninguna novedad le llamó la atención. Por el contrario, echaba de menos las peladas peñas de su pueblo.

Fué por último a Begoña, al hermoso santuario



Su hermano Natalio.



Casa natal de la Hermana María.

de la excelsa patrona de Vizcaya, y allí, prosternada a los pies de la Sma. Virgen, renoyó al Señor, por sus benditísimas manos, la entrega de todo su ser, pidiéndole la santa perseverancia en el divino servicio. Bendeciría con gusto, la Celestial Reina, a la sencilla aldeanita que ocultaba en su corazón deseos más grandes, quizá, que todos los que se encontraban en ese mismo templo.

El día siguiente (7 de mayo), cuando se levantó la Comunidad, se encontró con la nueva postulante. Las monjas no la habían visto ingresar. Como Basilia y su hermano volvieron tarde de sus excursiones, las religiosas se entregaron al descanso, quedando solamente para recibirla la Rda. Madre Superiora y la Maestra de Novicias. Ellas tuvieron la satisfacción de abrir las puertas de la casa de Dios a esta hermosa alma que debió atraer desde entonces de N. Señor miradas de singular complacencia, como las atrajo de la Comunidad, muy satisfecha, desde el principio, de poderla contar entre sus miembros.

CAPÍTULO V

LA NOVICIA

Primeras impresiones.—La postulante niña.—La santa túnica de la Pasión.—Jesús Crucificado.

LA vida religiosa, tan distinta siempre de la vida del mundo, aun de la que llevan las personas piadosas, produce, de ordinario, al principio, a todos los que tienen la suerte de abrazarla impresiones santas y dulces emociones. Se encuentran como un pez sacado de un charquito de agua (su único elemento) y lanzado en la inmensidad del océano.

El corazón, que estaba como oprimido por haber suspirado y esperado tanto por la vida del claustro, se encuentra ya a sus anchas; bebe el agua de la gracia que le es ofrecida en abundancia en todas partes; no tiene ya otro deseo que engolfarse, más y más, en aquel dichoso mar en el que podrá en adelante vivir toda su vida.

Esta felicidad la experimentaba en su plenitud nuestra aldeanita, y la movía a decir: «Me siento feliz; no deseo ya nada, porque todo lo que deseaba o he encontrado».

Su cara alegre y sonriente repetía esto sin cesar. Toda la Comunidad se dió cuenta de esta su alegría, sabiendo que, en esta postulante, nos había hecho el Señor el don de un alma de virtudes no ordinarias. Ya durante los primeros días, cuando no habíamos visto aún en qué grado las poseyera, nos hizo a todas esta impresión. Sin darnos cuenta del motivo, nos decíamos:—Basilía tiene un *no sé qué* de buena... parece consuela el verla.

Con frecuencia, por su grande sencillez e ignorancia, recibía sorpresas y admiraciones que a nosotras nos proporcionaban ratos muy alegres. Se paraba con la boca abierta a contemplar algunas cosas que no había visto nunca: estatuas de santos, algún Niño Jesús, cuadros, etc. Cuando vió aparecer la luz eléctrica, se quedó admirada de la rapidez con que la luz se presentaba. Casi se asustó, hasta que la aseguramos de que no había peligro. Al decirle que apagara, al salir de la habitación, demostró algún miedo, y dijo que nunca había hecho cosa semejante. Lo mismo en la comida: ¡qué de impresiones y sorpresas se llevaba cuando pasábamos cosas que ella no conocía! Un día, al servirle un plato de vainas, tenía miedo de comerlas, porque no pudo formarse idea de lo que podían ser. Lo mismo algunas frutas: los higos nunca los había visto.

Pero la sorpresa mayor, y que le hizo quedar verdaderamente asombrada, fué cuando vió tocar el armonium en el coro. Fijó sus ojos en las manos de la organista y no pudo quitarlos de allí mientras duró la música. ¿Cómo será—dijo—que con sólo

tocar esas cositas blancas (aludiendo a las teclas) sale ese sonido tan bonito?

Todo esto, unido a su pequeña estatura, nos hacía mucha gracia y nos entretenía. Tuvo que entrar aquellos días el médico en clausura. Casualmente, se encontró con Basilia que aún ignoraba debía retirarse al toque de la campanilla, que anunciaba el paso de una persona extraña. Al verla, preguntó el doctor: «¿Qué: tienen ustedes niñas?...» quedando asombrado al saber que se trataba de una postulante de veintiún años.

Nos es grato, a este propósito, transcribir aquí un trozo de los apuntes que nos dió la Madre C., referente a lo que estamos tratando. «Cuando el Hermano Natalio nos dijo que su hermana era pequeña, que aquí todas éramos más altas, no nos imaginábamos fuese tanto, por lo que al verla quedamos admiradas. No parecía que habían traído una postulante, sino una niña; no podíamos mirarle entre nosotras sin que nos diese la risa. Ahora pienso que aquella risa y alegría que sentíamos era un poco como profética, o sea prelude de la que hoy experimentamos al considerarla una santita. Lo que puedo asegurar es que inmediatamente sentimos por ella el afecto que inspira la infancia por su inocencia y sencillez. Hacía entonces un año que teníamos otra postulante, fuertemente combatida por grandes tentaciones contra su vocación, la cual con razón podía decir, como el Salmista, «que su pan cotidiano eran las lágrimas». Esto parece que debiera impresionar a la nueva aspirante, y, sin embargo, no fué así; pues conservaba siempre su

tranquilidad y alegría, hasta el punto de decir la misma compañera que Basilia gozaba de grandes y extraordinarios fervores. Pero se equivocaba: sufría ella también grandes luchas, tal vez más penosas por ser menos conocidas, que soportaba varonilmente. Todas nos quedamos admiradas, cuando ahora en estos últimos años, nos las contaba».

Estos sus interiores sufrimientos, con la alegría que exteriormente manifestaba, nos demuestran claramente la virtud que ya desde entonces poseía nuestra buena hermana.

«Al día siguiente de entrar (dice la Madre P.) pregunté a Basilia si no tenía más que un libro; a lo que me contestó sencillamente y sin la menor sombra de pena: «Si hago todo lo que él me dice, tengo bastante». Se celebraba aquellos días la novena del Espíritu Santo, y ella, el día que le tocó en suerte, hizo en el refectorio las mortificaciones que se acostumbra, y comió de rodillas. A los dos días volvió a hacer lo mismo, cosa que nos hizo conocer su deseo de mortificarse, pues, en la convicción de que para lo bueno no hacía falta permiso, lo hizo de propia iniciativa, sin decir nada a nadie. Nosotras la dejamos por hacernos gracia, viendo cómo todo lo hacía espontáneamente y cómo había aprendido tan pronto. En breve se hizo cargo de las obligaciones de su nueva vida, y cada vez que tocaba la campanilla, acudía con presteza a los actos de común observancia. En opinión general, era una postulante muy fervorosa. La otra compañera, de la que hemos hecho mención y que poco tiempo después profesó como corista, con el nombre de María Trinidad del Corazón de Jesús

(no tenemos dificultad en declarar su nombre, por haber pasado ya a mejor vida), Madre muy culta, fervorosa y de mucho criterio, decía y repetía con frecuencia, al verla siempre sobre sí, tan pronta, mortificada, silenciosa y humilde: «Basilia se ve claramente que se ha propuesto hacerse santa; y lo conseguirá». Y una vez que oyó que la Madre Maestra decía que como Basilia no había otra, contestó: «Me alegro mucho que la Madre diga eso, pues yo soy de la misma opinión: como ella no hay otra».

Era tan medida y circunspecta en todos sus actos, que se veía claramente provenían de un principio sobrenatural que la impulsaba a buscar lo mejor. Se conocía, sobre todo en sus relaciones con las hermanas legas, su espíritu de sacrificio y abnegación, tomando para sí, cuando podía, los trabajos más penosos y repugnantes. Nuestros temores acerca de que no tendría fuerza suficiente para los pesados quehaceres de las legas, se disiparon muy pronto. Estaba siempre dispuesta, lista y pronta para todo, especialmente para los trabajos de la huerta y el cuidado de los animales. Manejaba el azadón y la guadaña, superando casi a un hombre. La veíamos luego cargar con grandes cestos de hierba, mayores que su personita, y llevarlos a la cuadra, teniendo sumo cuidado que la vaca tuviese siempre de comer. Cuando ella la cuidaba, podía uno quedarse tranquilo; que nada le había de faltar. Esta diligencia en los quehaceres, que en una hermana se aprecian casi como la bondad y santidad, por consistir en estas faenas sus principales obligaciones, no dieron lugar a ninguna duda acerca de su admisión al Noviciado.

Pasado el año de prueba que exige nuestra santa Regla, era deseo de todas ver a la postulante revestida con el Santo Hábito de la Pasión. Varias veces cayeron tiernas lágrimas de sus ojos sólo con pensar en tanta dicha. Ella, que siempre había sido devotísima de la Pasión de Jesús, llevaría ahora su librea de luto, que siempre le recordaría sus dolores y su muerte. «Entendía (dice ella) que el tomar el hábito era ya un gran paso, el cual me obligaba a tener presente lo que costaba a Jesús el favor grande que me concedía». Para hacerla compenetrarse mejor de estos sentimientos, era muy propia la liturgia del día 1.º de julio, en que se celebra la fiesta de la Preciosísima Sangre, precio infinito de todo nuestro bien.

Este fué el día destinado para su toma de hábito. Al empezar la Misa cantada que debía preceder a la piadosa ceremonia, el Intróito, tan propio para una fiesta de pasionista, nos recordaba el mayor de los beneficios: nuestra redención y la de todos los pueblos y naciones de la tierra, por medio de la Sangre Preciosísima de Nuestro Divino Salvador, poniéndonos de nuevo en la mano ese mismo tesoro, para dar gracias al Señor por sus incesantes beneficios (1). Terminada la Misa, se presenta la postulante a la ventanilla a tal efecto destinada para las tomas de hábito y profesiones, pidiendo humildemente al celebrante el ser admitida, mediante la toma del santo hábito, a convivir con las religiosas, en la esperanza de poder perseverar to-

(1) Redemisti nos Domine in ságuine tuo ex omni tribu, et lingua, et populo, et natione; et fecisti nos Deo nostro regnum. (*Apoc.* V, 9, 10).

dos los días de su vida. Le contestó el Ministro celebrante: «Dios lleve a su término la obra que en ti ahora comienza». Amén (1). Después de un breve discurso y la bendición de la negra túnica y demás objetos, el celebrante los entrega a la R. Madre Superiora, empezando por el hábito, mientras la dichosa aspirante se despoja, gozosa, del elegante vestido de seda, con el cual, por última vez, se mostraba al mundo, representado por el pueblo que asistía a la ceremonia.

Presenciaban también el solemne acto su buena madre y su hermana menor.

Revestida por completo del sagrado sayal, más precioso que los más ricos vestidos de las reinas del mundo, y puesto sobre la cabeza el velo blanco que llevan las novicias, el Amante divino ofreció a su prometida la corona de espinas y la cruz, preciadas alhajas con que quiere ver adornadas a sus esposas, como para advertirlas de lo que su amor les tiene preparado. Las recibió la novicia con gratitud, besando ambas cosas con amor. La Reverenda Madre le puso en la cabeza la corona de espinas, y la cruz sobre las espaldas. Y en esta forma, al lado de ella y en compañía de la Comunidad, se fué procesionalmente por el claustro, cantando salmos en señal de fiesta y agradecimiento al Señor, terminando así la imponente ceremonia, repleta de las más puras e íntimas alegrías; ceremonia que nos parece siempre nueva cada vez que tenemos la satisfacción de presenciarla. Contribuyó a aumentar el gozo de nuestra escogida el dulce nombre que

(1) Deus, quod incipit in te Ipse perficiat. (Ceremonial de la toma de Hábito).

se le había impuesto y con el cual la llamaremos en adelante. «Hermana María de la Preciosísima Sangre».

Conservaba una estampita simbólica, recibida de la Maestra en esta circunstancia. Es una tarjeta en la que está pegada una pequeña estampa de la Santísima Virgen. Debajo está pintada la mar y, en ella, una barquilla con la inscripción «María». Anda a velas hinchadas, como desafiando sin temor cualquier peligro. Dentro de la barquilla está una persona que representa a nuestra hermana, y, en la bandera que ondea, un escudito de la Pasión; como para indicar que, en la marcha que emprendía, podía estar segura, protegida por María y en nombre de Jesús Crucificado, cuyo escudo ostentaba airoso. Debajo de todo, la inscripción «María Madre mía, en Ti confío». ¡Cuántas veces, cuando las olas del dolor azotarán la barquilla de su alma, mirando a esta estampa, o acordándose de su significado, invocará a su dulce Madre y se sentirá animada en su doloroso camino!

Era la Celeste Reina, tan tiernamente amada por ella, quien le daba su nombre. El apellido se lo daba la fiesta del día; mejor, su Esposo divino. Como si le dijera: «En tus manos pongo ya desde ahora todas mis riquezas», puesto que todo lo que hay de grande en el cielo y en la tierra es precio de la Sangre de Jesús.—De ahora en adelante, cuando mire y bese el Crucifijo, al ver la sangre que cae de sus llagas sacrosantas, se acordará que ella tiene una particular obligación de recogerla, para aplicarla a las almas y salvarlas de la muerte eterna.

Veremos, en capítulo aparte, cómo se hacía cargo de esta obligación y la cumplía. Ahora sólo nos limitaremos a hacer notar que, desde su toma de hábito, sintió una devoción más íntima y profunda hacia la Pasión Santísima de Jesús y un tierno y constante amor a Jesús Crucificado.

Era fidelísima en besarle cada vez que entraba y salía de la celda, como se enseña a las novicias, para que adquieran la costumbre de hacerlo con frecuencia, como nos manda la Santa Regla. Jesús Crucificado ha sido el poderoso imán que la arrancó del mundo y es quien la atraerá constantemente, ocupando su pensamiento y su corazón y siendo como el centro a donde convergen todos los actos de la Pasionista. Lo encontrarán sus ojos en todas partes, para que en todo tiempo y lugar sea su fortaleza y aliento, para abrazar generosa el sacrificio y perseverar en él hasta la muerte. De él sacaba fuerzas la Hermana María, para prepararse a subir el calvario, que no tenía muy lejos...

Nuestra dichosa hermanita, al hablar con su madre, le dijo «que no podía tener ni mayor alegría ni mayor satisfacción que estar aquí. En ningún otro sitio se habría encontrado tan contenta». Mas, al ver a esta santa mujer derramar silenciosas lágrimas, le interrogamos por la causa. A lo que nos contestó: «Es que me acuerdo de mi marido (que en paz descansa). El, que tenía tantos deseos de verla religiosa, ¡cuánto hubiera gozado también en este día!» Pero no dudamos que desde las celestes regiones (donde piadosamente creemos se encontrará) participaría, con mayor plenitud, de la felicidad de su amada hija y del gozo de todos los suyos,

estando (aunque invisiblemente) unido a ellos en estos felices y solemnes instantes.

No nos detenemos a repetir, lo que ya dijimos acerca de la fidelidad con que cumplía sus nuevos deberes de novicia, yéndose a acusar enseguida de rodillas, si por inadvertencia había faltado con alguna palabra no del todo necesaria, o por algún olvido en no hacer las cosas a su tiempo. La candidez con que acudía a la Madre Maestra y decía, de rodillas, su culpa, recibiendo en silencio la corrección y sin la mínima alteración en el rostro, manifestaban claramente la inocencia y pureza de su alma. Dada su habitual delicadeza y fidelidad en el cumplimiento de sus obligaciones, rara vez se le presentaba a la Maestra ocasión de reprenderle, por lo que cierto día aprovechó una aparente falta o imperfección que vió en ella. Durante el recreo, estando sentada hablando con una compañera, la llamó una religiosa; ella, en vez de levantarse e ir, continuó su conversación. La Maestra, que estaba vigilando, le dejó pasar la cosa, como si no se hubiese dado cuenta; pero recogía todos los detalles, para servirse de esto como motivo para reprenderla, alegrándose en cierto modo de poder ejercitarla en la humildad. Al día siguiente la llamó diciéndole si no le reprochaba la conciencia su desobediencia, y que no pensaba fuera todavía tan imperfecta; que donde no hay obediencia, no hay ninguna virtud; y que ¡qué se debía esperar de una novicia que todavía no había aprendido esta virtud fundamental! La Hermana María oyó todo callada, de rodillas, cayéndole de los ojos gruesas lágrimas.

Al fin le preguntó. ¿Por qué no ha ido V. cuando la llamaron? «Madre (contestó), me pareció que me llamaban de broma, y en broma también contesté yo que estaba bien allí y no iba».

Con esas humillaciones, serena y tranquila, crecía en gracia su alma. Y era la paz, que habitualmente gozaba, fruto de su vida interior y de la recta intención de todas sus acciones.

Permitió el Señor que se abriera con ella el Noviciado en forma, según manda nuestra Santa Regla, debiendo estar las habitaciones de las novicias separadas en lo posible de las que habitan las profesas. Con éstas no pueden hablar las novicias, ni tener ninguna relación, excepto en las recreaciones, que hacen juntas.

Durante cinco años después de la profesión continúan bajo la dependencia de la M. Maestra en los recreos. En lo demás dependen enteramente de la Madre Superiora.

No se había podido hacer antes esta separación, por ser insuficiente el número de profesas mayores (1).

La Hermana María fué, por lo tanto, providencialmente la primera novicia del «Noviciado» de esta casa. Y fué digna, en verdad, de ser propuesta como perfecto modelo a las que después vendrían.

En esta circunstancia fué nombrada Maestra o Directora del Noviciado la que había venido de Italia por compañera de la Rvda. Madre Gertrudis,

(1) Llamamos profesas mayores a las religiosas después de cinco años de profesión, en que definitivamente dejan el Noviciado.

fundadora y Superiora. La misma, luego de haber estado cuatro años en aquel oficio, sucedió a la citada M. Gertrudis en el gobierno de la Comunidad, continuando actualmente en el cargo, por lo cual ha estado más que nadie en contacto con la Hermana María y ha penetrado en su alma.

Esta separación de las profesas llenó de consuelo a nuestra buena novicia, por verse de este modo más vigilada, con menos libertad y más obligada a la mortificación y abnegación. «Cuántas gracias tengo que dar a Nuestro Señor (dijo a la Madre P.) de que se haya abierto el Noviciado antes que yo profesara. Esta ha sido una de las mayores que me concedió; propiamente, me ha cogido por la pata». Dijo esto porque estaba en los últimos meses de Noviciado. Pero aunque fuese por corto tiempo, su ejemplo sirvió muchísimo para animar y enfervorizar a las tres o cuatro postulantes que con ella hablaba. ¡Con qué humildad y espíritu de fe se arrodillaba delante de la Maestra, para pedirle los permisos que necesitaba, proponerle sus dudas y temores y recibir sus consejos! Aunque no podía hacerlo tan fácilmente como las coristas, que permanecen siempre en el Noviciado; pues ella se dedicaba durante el día a los quehaceres de la casa y a las labores de la huerta.

Nos dice la ya conocida Madre S., que fué postulante cuando la Hermana María era novicia: «Muchas veces, durante mi noviciado, me daba pena viéndome yo tan a la mano para acudir a la Madre Maestra, y en cambio ella lo tenía más difícil; pues al mismo tiempo me confió alguna vez el estado interior de desolación y aridez espiritual en que se

encontraba, diciéndome a la vez: «Sé que este estado es el que más me conviene y el que mejor hará a mi alma si sé aprovecharme de él». Por lo que me daba pena no tuviese con quién desahogarse; pero, después de mucho tiempo, me asombré cuando le oí decirme en intimidad: «Yo cuando tengo alguna duda o intranquilidad de espíritu, muchas veces me sucede oír a la Madre Maestra alguna cosa durante el recreo (aún sin preguntarle yo nada ni dirigirse a mí particularmente) que me viene tan bien... se disipan por completo mis dudas y me viene una paz tan grande... Es que habla el espíritu de Dios por ella».

Y nosotras añadimos: es, también, que el espíritu de Dios estaba en la fervorosa novicia y le daba esta fe en la autoridad, medio seguro para obligar al Señor a dar a las almas las luces y seguridades que necesite, aun sin que los mismos Superiores se den cuenta de lo que dicen o hacen.

Al acercarse la Hermana María al fin del Noviciado, fué diligentemente examinada por la Maestra, para asegurarse que estaba bien instruída acerca de las grandes y graves obligaciones que iba a contraer mediante la santa profesión, especialmente con los santos votos. El examen (como puede suponerse) fué de los más satisfactorios. Como para nosotras el quinto voto que hacemos de propagar la devoción a la Pasión de Jesús, por ser peculiar de nuestro Instituto y que caracteriza nuestro espíritu, es de mucha importancia, se le hicieron sobre el particular algunas preguntas especiales para asegurarse de cómo ella entendía su cumplimiento, mostrándole al mismo tiempo que no

era posible cumplirle sin tener antes grabado en la propia alma el recuerdo de las acerbísimas penas sufridas por Nuestro Señor en su santísima Pasión y muerte. «Madre (contestó la fervorosa novicia), ya hace tiempo que pensé esto y entendí lo importante que esto es para una Pasionista; y, a fin de asegurarme de poder cumplir luego este deber, he destinado dos tiempos durante el trabajo, uno a la mañana y otro a la tarde, para pensar en algún punto particular de la Pasión de Jesús, ahora sea sobre lo que se ha leído en el coro, o bien alguna otra reflexión que yo misma leo». Aprobamos su parecer, dando gracias al Señor que tan bien instruye a las almas dóciles y humildes como ella.

Tenemos pena de no conservar ninguna carta de las pocas que escribió en este tiempo a los suyos, las cuales nos hubieran introducido aún mejor en su alma. Lo supliremos transcribiendo un párrafo de una del actual párroco, D. Lorenzo García, que dice así: «Siento no conservar las cartas que, durante los años de religiosa, me ha dirigido, en las que me manifestaba su alegría, paz y consuelo, y la grande satisfacción que su alma sentía en su retiro y vida religiosa» (1).

También nosotras lo sentimos; pero no nos faltan, gracias a Dios, otras noticias, que pongan de manifiesto las sublimes ascensiones hacia Dios de esta alma privilegiada en los breves años de su vida mortal.

(1) Sólo nos ha remitido tres que guardamos celosamente y quizá daremos a conocer más adelante.

CAPÍTULO VI

PARA SIEMPRE DE JESÚS

Siempre a tu lado.—En la cruz con el Esposo.—Sufrir y callar.—Antes morir que ofenderle.

EL 16 de julio de 1924, fiesta dulcísima de la Sma. Virgen del Carmen, a eso de las nueve de la mañana, se encontraba toda la Comunidad reunida en la capilla para asistir a una fiesta de familia. Era el día destinado para la profesión de la Hermana María.

¡Con qué gusto la Celestial Madre—que conoce, como nadie, lo que el Corazón de Jesús ama a los pequeñuelos—ofrecerá a su Divino Hijo, para que se desposase con ella, a nuestra hermanita, que era, bajo todos los aspectos, la sencillez y humildad personificada!

Y el ambiente modesto de la fiesta, y las personas que asistían al sublime acto, armonizaban bien con el sujeto que la motivaba.

Las pompas y aparatos de las cosas exteriores son, siempre, elementos indispensables para las fiestas mundanas, en las que no hay más que apa-

riencias. Pero quien está en gracia de Dios tiene lo sustancial de toda fiesta y alegría: tiene al mismo Dios. Por eso puede prescindir sin pena de las exterioridades. Sabe que no son sino miserables entretenimientos de la debilidad humana.

Nuestra hermanita ya estaba libre de estas miserias. Al ver las sacristanas ocupadas en preparar una guirnalda de flores para adornar la ventanilla donde debía profesar, mostró con delicadeza su agradecimiento a las que se ocupaban en tal trabajo, diciendo pediría al Esposo Divino las recompensara, y añadió: «No se molesten. Total, de aquí a algunas horas están secas». Palabras que, por la expresión de gravedad con que las dijo, dieron a conocer que ella no reparaba en estas cosas exteriores, que pasan como el sonido, sino que iba a la substancia de las mismas, buscando lo que no fenece.

Asistían de nuevo al acto su madre, su hermano mayor, su hermana y el Pasionista.

Encontramos en un papel escrito de su puño, durante los ejercicios (por no tener fecha, no sabemos si de los ejercicios que precedieron a su profesión) la súplica y entrega que de sí misma hace a la Santísima Virgen. Por el asunto suponemos los hiciera en esta circunstancia. Dice así:

«Propósitos de los santos ejercicios: Con vuestra ayuda, Dios mío, os prometo trabajar por adquirir la virtud de la obediencia; y a este fin dirigire el examen particular. También propongo llevar con resignación todas las contrariedades que me sobrevengan, tanto exteriores como interiores, y también trabajar con exactitud en las obligaciones de

mi estado. Para esto, postrada a vuestros pies, oh María, os tomo por modelo y guía para adquirir éstas y las demás virtudes, y a este fin me entrego toda a Vos, por el voto de esclavitud, y os prometo una constante devoción y crecer cada día más en vuestro amor, y ser fiel en la práctica de la asociación de amor a la que me voy a subscribir; y así, oh María, puesta bajo vuestra protección, espero crecer en la perfección y después podré, por vuestra intercesión, alabar con Vos a Dios, N. Señor, Amén. Jesús, María y José, ayudadme».

Los apuntes con listas de propósitos que de su letra tenemos son pocos y breves; lo que es propio de aquellos que los hacen y los cumplen con fidelidad, y sin esas ilusiones y entusiasmos sensibles tan frecuentes en las jóvenes. Con madurez y reflexión, se presentó al Esposo Divino para estrechar los nudos que debían unirle para siempre a El.

Le pregunta el Celebrante si conoce las Reglas del Instituto que iba a profesar y si tiene algún impedimento para observarlas. Su respuesta fué categórica, la voz algo temblorosa. Después de una breve plática alusiva al acto, se procedió a la bendición del velo negro, que debía cubrir la cabeza de la nueva escogida, y del escudo de la Pasión, que, desde ese día, deberá posar sobre su corazón todo lo restante de su vida. Empezó luego la lectura del «*Passio*», según S. Juan. La novicia, mientras, se extendió en el suelo sobre una alfombra y fué cubierta con un tenue paño negro, simbolizando su muerte al mundo. La campana, con toques fúnebres, anunciaba su mística muerte. Momento éste siempre solemne y emocionante para

los que presencian el heroico acto. Más para la afortunada protagonista de la renuncia. Al pronunciar el sacerdote las palabras «*emisit spiritum*», se levanta la novicia. Por los méritos de la muerte de Jesús, que se acaba de recordar, surge a una nueva vida. Vida más celestial que terrena. Porque no amará, ni aspirará, ni respirará, más que para el Esposo de las vírgenes, a quien se consagra, gozosa, con los santos votos, pronunciados con la fórmula de costumbre: «*Yo, María de la Preciosísima Sangre, hago voto y prometo—con voto y promesa simple—a Dios Todopoderoso, a la gloriosa Virgen María, a toda la Corte Celestial y a mis legítimos Superiores, guardar Pobreza, Castidad, Obediencia y Clausura, como también de promover la devoción a la Santísima Pasión de Jesucristo, según lo determina la Santa Regla*».

Acto seguido, le es cambiado el velo blanco por el negro, e impuesto el escudo de la Pasión, distintivo de la Pasionista, para que a ella y a los demás recuerde, siempre, los excesos de amor y de dolor, que por nosotros sintió Nuestro Divino Salvador, en su santísima Pasión y Muerte. Luego le es ofrecida la cruz, que besa con amor y carga sobre sus hombros significando que está pronta a llevarla todos los días de su vida, para poder con ella seguir a Aquel que ha dicho: «*Quien quiera venir en pos de Mí niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame*» (1).

Igualmente recibe la corona de espinas, que besa y pone gozosa en su cabeza, para asemejarse a

(1) Matth. XVI, 24.

Aquel Rey soberano, con quien está desposada, que antes de ser coronado de gloria quiso serlo, por amor nuestro, con una corona de punzantes espinas que traspasaron su divina cabeza.

La nueva esposa del Cordero Inmaculado entona un canto de júbilo, alternando con las religiosas, en el que expresa su alegría y gratitud al Señor por tan gran beneficio. Luego, todas las religiosas, comenzando por la Superiora, dan a su nueva hermana la señal de paz, y un tierno, sincero y afectuoso abrazo, en señal de la caridad en N. Señor, que las unirá ya para siempre.

Tres años después, se repetía la misma ceremonia para la profesión perpetua. Omitimos su descripción. No hay nada nuevo en la segunda para el alma que se entrega ya irrevocablemente al Señor, como hizo la Hermana María.

Cuando se tocaba la campana a muerto, sucedió un hecho gracioso. Después de unos toques se rompió la cadena, continuando la campana, largorato, tocando por sí misma. A todas nos llamó la atención, aunque no atribuímos al hecho una causa sobrenatural. Poco antes había sido untada la campana; y era verosímil que, por inercia, continuara tocando. Pero lo hemos querido recordar, sin darle mayor importancia de la que merece, porque, tratándose de la Hermana María, a nadie hubiera sorprendido que ocurriera algún prodigio.

Huelga decir la alegría de su buena madre y hermanos, al ver, al fin, cumplidos los deseos de sus corazones. En semejantes circunstancias las lágrimas son la voz del corazón agradecido. Y así,

de los ojos de Maximiana brotaron en abundancia, pero muy dulces; más dulces, quizá, que todos los consuelos experimentados en su vida.

Hemos encontrado, en los libros de nuestra hermana, dos estampas. Las conservaba celosamente, habiéndose desprendido de las demás recibidas como recuerdo en esta circunstancia. Eran las dedicadas por la Maestra y Vicemaestra del Noviciado. El motivo porque guardaba estas estampas con preferencia lo dirá ella: Porque «me hacen bien, y porque tienen escrito algunos recuerdos y versos que me sirven muchas veces de meditación».

Una es una tarjeta, en la que está pegada una estampita de Jesús Crucificado, y abajo tiene escritos los versos siguientes:

Aquí junto al madero
Do sufres, Jesús mío,
Pasar mi vida ansío
Sin otro amor que Tú.

Tú eres lo que busco.
Sin Ti no ansío nada.
¡Vivir quiero abrazada
Del árbol de la Cruz!

Que el mundo se divierta,
Que pise sobre flores,
Que viva en sus errores
Creyéndose feliz.

Que yo lejos, bien lejos,
De su ilusión mentida
Pasar quiero mi vida
Llorando junto a Ti.

En el dorso de la misma lo que sigue:

«16 julio 1924.

Los recuerdos de Jesús en el día de mi Profesión.

Mejor callar que hablar:
mejor obedecer que mandar:
mejor padecer que gozar,
mejor las espinas que las rosas,
mejor las arideces que los consuelos,
mejor los desprecios que las alabanzas,
mejor complacer que contradecir,
mejor la voluntad ajena que la propia».
Amar el silencio.

Sin ser preguntada no decir nunca el propio parecer.
Ser fiel en las cosas pequeñas».

La otra tiene la fecha de su profesión perpetua.

16 7-1927.

Tiene un Niño Jesús Rey sentadito, con los brazos abiertos, como en acto de recibir a su pequeña esposa, y el verso siguiente:

«Dejos de amor.

A la luz de la aurora
sola voy con mi carga al monte umbrío
donde mi Amado mora:
que si El juró ser mío,
yo olvidé entre sus manos mi albedrío.

Cruzóme por la mente
el día en que me até con dulce lazo;
allá cuando en la fuente
sentéme a su regazo
reclinando mis sienes en su brazo.

Su serena hermosura
me encadena a sus pies y me arrebatá,
¡oh dulce ligadura!
que esclaviza y rescata
y da más libertad cuanto más ata.

Si quieren buscarme
creyéndome perdida los del mundo,
les digo, no han de hallarme,
que en mi amor escondida
ya no tengo más vida que su vida.

Ya al calor de su abrazo
que en vida de mi vida se convierte,
me duermo en su regazo,
y aguardo a que la muerte
en pleno mediodía...
me despierte.

.....

También nos dijo le hacía mucho bien recordar
el verso de los votos. Este verso, que se canta en
las profesiones antes de comenzar la función o
mientras el sacerdote se reviste, es el siguiente:

Con júbilo y voluntad
Te ofrezco, Bien de mi vida,
Votos de santa pobreza,
De obediencia y castidad.

Como avecilla que, en la arboleda,
rompe sus alas para volar,
así, Bien mío, vengo a ofrecerte
los santos votos ante tu altar.

Como sintiendo gratas congojas
tiembla de amores mi corazón,
al ofrecerte los santos votos
como holocausto de un tierno amor.

¡Oh dulce Esposo, Dueño querido,
loca de amores vengo hacia Ti,
porque mi alma enamorada
siempre a tu lado quiere vivir!
Quiere vivir.

.....

A este propósito, refiere la Madre S.: «Grandes sobre toda ponderación debieron ser las gracias y consuelos que recibió en aquel encuentro, como me dió a entender una compañera que presenció aquel acto y que se sintió profundamente emocionada. A ella misma la he oído muchas veces hablar con santo ardor de aquel venturoso día, oyéndole también decir alguna vez, después de cierto tiempo, que, cuando sentía alguna tristeza o melancolía, no tenía más que acordarse del cantar de los santos votos para que se le pasara enseguida.

Cualquiera pequeña cosa servía a su alma, bien dispuesta para subir a Dios y encenderse más y más en su amor. En las estampas-recordatorios que los suyos le hicieron para la profesión, estaba la siguiente sentencia de S. Agustín: «El placer de morir sin pena, vale bien la pena de vivir sin placer». «¡Qué bien me hace esta sentencia!», decía. Veremos cómo los dos primeros versos arriba indicados, sin que se lo propusieran sus autores, describían perfectamente dos fases o estados por los que pasó en su vida espiritual. La primera, de sufrimiento al pie de Jesús Crucificado, para recibir de El aliento y fuerza. La segunda, llevada por el amor que ya había echado más hondas raíces en su alma, esperando tranquila al Amado, para dormir en sus brazos el dulce sueño «en pleno mediodía», como en efecto sucedió, aún materialmente, según veremos...

La corona de espinas, que ha recibido en sus bodas la feliz desposada, se lleva puesta, entre nosotras, como señal de amor y agradecimiento, durante tres días. Así vimos, por dicho tiempo, adór-

nada la cabeza de esta pequeña reina, esposa de Jesús Crucificado. Y parecía que la corona le diera un resplandor especial.

Es costumbre, además, que, el día de la profesión, se conceda a la nueva profesa el lugar de honor en el refectorio; es decir, a la derecha de la Reverenda Madre, de la cual recibe la campanilla, para que sea ella la que dé la señal de comenzar a comer y de terminar. Era muy gracioso ver esa pequeña monjita al lado de la Superiora, encogerse, riéndose, avergonzada de tanto honor, cuando tenía que tocar. Pero todas estas cosas exteriores pasaban con el día. Lo había dicho la Hermana María por la mañana a las que preparaban las flores. Y su alma se paraba en lo que queda; en lo único seguro en el camino de Dios—la virtud y el sufrimiento—. Se dió a la práctica de la primera, con toda la energía de su alma ya tan adelantada; y recibió el segundo, que bien cerca lo tenía, llevando generosamente a sus labios, el cáliz del dolor como digna esposa de Jesús Crucificado.

No habían pasado todavía unos quince días de su profesión, cuando nos dimos cuenta que la Hermana María tenía detrás de las orejas una erupción que supuraba. Nos sorprendió, y le preguntamos qué era aquello. Contestó, sencillamente, con el candor que le era ordinario: «No será nada, porque no me duele. Ya hace bastante tiempo que lo tengo». Efectivamente, lo había tenido casi todo el noviciado. El velo impedía que nos diéramos cuenta. Las hermanas que lavaban la ropa, lo habían conocido por las fundas de su almohada, pero en la convicción de que nosotras (las Madres) estuviése-

mos enteradas, les pareció más conforme a la caridad callar y no decir nada a nadie. Al descubrir el suceso, se le hizo notar a la Hermana María, su obligación de manifestarlo antes de profesar. ¿Cómo pudo estar tranquila diciendo la Santa Regla debía manifestar todos los males ocultos? Contestó que a ella no le pareció un mal, porque no le dolía ni le impedía sus obligaciones, y decirlo era como pedir cuidados y atenciones. Con frecuencia se le presentaban también en otras partes del cuerpo granos y supuraciones. Fué consultado el médico; el cual dijo era señal de sangre enferma y de poca salud, y que nunca estaría bien. Como se comprende, la Comunidad quedó algo decepcionada. Una lega que nunca estuviera bien... para nada servía... La Hermana no dejaba de comprenderlo. Se le eximió de ciertos trabajos, no se le dejaba ir a la cocina por temor de que hubiese algún contagio, y se le señaló también toda la ropa de su uso. La pobrecita veía todo y callaba, como si nada hubiese sentido; dejaba que hiciéramos de ella y de todas sus cosas lo que queríamos, sin perder su habitual serenidad, aunque sufriera grandemente. Empezaba su calvario. Jesús le ofreció pronto su cáliz; y nadie podía alejarlo de sus labios. Era preciso sirviera alguno de instrumento para componer la amarga bebida que debía purificar y hermo-sear su alma. No faltó quien le dijera que, tal vez, su profesión no habría sido válida, recordándole el punto de la Santa Regla que dice: «Todas las novicias que hayan de emitir los santos votos, antes de profesarlos manifiesten fielmente y con toda sinceridad sus enfermedades y males corporales ocul-

tos; porque si se descubre después que el mal oculto es grave e incurable, en este caso se declara nula su profesión, porque no es intención del Monasterio recibirlas como tales; sino, recibidas de esta manera, descubierto y manifestado el mal, serán expulsadas, como inhábiles, del Monasterio». Este conjunto de cosas imbuyó a la conciencia delicada de nuestra hermana temores de haber faltado. Sólo pensar si había ofendido al Señor asustaba a esta alma pura, cuyo lema era «Antes morir que ofender a Dios».

Manifestó ella misma a una religiosa, años después: «¡Cuánto me hizo sufrir todo esto!» Añadiéndole: «Venga repetir confesiones. A pesar de que me dijeron que no había faltado, no dejaban de volverme temores y dudas, especialmente cuando oía decir algo sobre esto».

Se conoce que Dios mismo le retiraba su luz, para que sufriera, encontrándola tan pronto digna de beber el cáliz de los escogidos.

Pero, a pesar de este su estado de salud, la Comunidad en general, lejos de tener pesar de haberla admitido, se alegraba. Reconocía en todo una señal más de predilección divina hacia la Hermana. De este modo era Dios mismo quien la admitía. Pues si las religiosas hubiesen sabido este su estado físico, probablemente la hubiesen excluido pensando no poder admitirla en conciencia. Contra Dios no hay consejo que valga. El quería a la Hermana María Pasionista, para encontrar en su alma, lo que tantas otras, quizá consagradas a El, le niegan, compañía en los sufrimientos y amarguras de su Pasión y Muerte, aceptando con amor el cáliz

del dolor que El bebió. Y nosotras damos infinitas gracias a Dios que así lo haya dispuesto.

A primeros de noviembre de 1925 escribía a los suyos: «Se me olvidaba decirle que ya hace unos ocho días que me encuentro con reuma en una pierna; no son dolores fuertes, pero me molesta bastante al andar, que tengo que andar coja; no sé lo que será». ¡Pobrecita! Parece que presentía fuese más que reuma. En efecto, era ya el principio de la terrible enfermedad en los huesos, que, después de largos sufrimientos, consumió al fin su existencia.

Con el régimen reconstituyente, inyecciones y especial alimentación, tuvo alguna mejoría, pero sólo a intervalos más o menos largos; y volvía luego a recaer. En cuanto desaparecían o se calmaban algo los dolores, enseguida se ponía a todos los trabajos de las hermanas, sin ninguna consideración; pues su ardiente deseo era ser útil en la casa de Dios. Le mandó el médico baños de sol; y con esto, en el verano sentía notable mejoría, pero también era pasajera.

En una carta a su madre y hermanos, fechada a 19 de diciembre de 1925, les decía: «Deseo que al recibir ésta se encuentren buenos, pues yo como les dije en la última, que tenía reuma en una pierna, ha empeorado bastante y desde últimos de noviembre, hasta el 10 de éste, he tenido que guardar cama, porque no podía dar un paso, ni siquiera estar sentada; lo que he tenido de bueno ha sido que podía estar en la cama bastante bien, que apenas sentía el dolor; así que hasta ahora no he tenido que sufrir mucho, porque por nada me han dejado mover de la cama, asistiéndome con mucha

caridad, y sirviéndome en todo. Así, querida madre, por esto puede estar descuidada y muy tranquila, pues si hubiese estado en casa ya no podían tener más atenciones, ni para el alma ni para el cuerpo. También me han traído la santa comunión a la cama todos los días, no siendo los primeros; pero gracias a Dios me encuentro bastante mejorada, y desde el 13 de éste, bajo todos los días a comulgar, no yo, sino que tiene una hermana que llevarme del brazo, y con la otra tengo que apoyarme a un bastón; lo demás nada puedo hacer; así que me siento en la celda y allí me llevan de comer y me lo hacen todo; de suerte que a mí no me queda otra cosa que dar gracias a Dios por tantos beneficios que a todas horas me concede».

En otra, dirigiéndose a su hermano religioso, de mayo 1926, le decía también: «Acabo de recibir carta de casa, la que me ha puesto un poco de cuidado, si te encontrarás mal: en esta vida, hay que estar siempre dispuestos para recibir cuando menos se piensa algunos golpecitos que no nos gustan mucho, pero que nos queda la esperanza de así pasar de estos cuatro días por la misericordia de Dios, tendremos una felicidad sin temor de perderla.

Tocante a mi enfermedad, gracias a Dios, voy bastante mejor; ya hace unos ocho días que ando sin bastón, pero es ridículo que se resiste a salir terriblemente; de vez en cuando tengo que ir en busca del bastón, pero vamos, ahora me parece que se me va a quitar por entero; mas si el Señor no quisiera se me quitara, espero que me daría fuerza para llevarlo por su amor...»

En noviembre del mismo año escribía a su ma-

dre: «Tocante a mí, debe estar tranquila, me encuentro bien, el reuma no me ha vuelto a molestar en la pierna, sólo unos días sentí algún dolor a la espalda, y me dijo el médico que provenía de la sangre y necesitaba se purificase; me mandó unas inyecciones que me han hecho muy bien; por ahora no siento ningún dolor».

Desde el 1926 al 27 lo pasó bastante bien. Pero no estaba curada. Se aprovechaba de esta mejoría o aparente curación para seguir la santa observancia, sirviendo a la Comunidad como si quisiera indemnizarla del tiempo que no había podido trabajar. ¡Con qué gusto se la veía entregada a toda clase de trabajos, olvidándose completamente de sí, sin hacer caso de las molestias que le aquejaban! Acostumbrada ya a sufrir y a no dar ninguna importancia a su mal, seguía adelante como si estuviese completamente bien. Pero no era así. Años después nos dirá: «Ningún día, me parece, he pasado sin sufrir algo. Si no era a la mañana, era a la tarde. Todos los días algún dolor me recordaba de pensar en los de Jesús».

El dolor, que fué su inseparable compañero en la tierra, sea ahora su gloria y su gozo en el cielo.

CAPÍTULO VII

EN EL MUNDO SOBRENATURAL

La obra de la gracia.—Vida de fe y de abandono.—El último lugar.—Su característica.—Pequeña y grande.—Grande y pequeña.

HABIENDO dado ya una idea general de la vida en religión de nuestra hermanita, antes de entrar en detalles particulares de sus virtudes (bastante tendremos que detenernos al tratar de ellas) nos parece oportuno dar una idea también general de su espíritu característico, es decir, de la forma que adoptaba en ella ese Espíritu multiforme, que obra, formando o informando, en todos los santos, pero en cada uno de un modo distinto y genuino.

Una vez entendido el espíritu que animaba a la Hermana María, más fácilmente se podrán apreciar sus actos, aún los más insignificantes. Sabido es que, en la vida espiritual, el mérito de nuestras acciones no depende de la obra en sí, sino del espíritu que las anima. Ojalá podamos dar una idea acertada de la obra admirable de la gracia en esta

hermosa alma. Nada hay de grande en ella, o mejor, de lo que se llama grande por ser extraordinario. Aunque, en verdad, siempre es grande lo que Dios hace. Y quizá más, cuanto más oculto, lo que, en lo íntimo del alma, se verifica sin llamar la atención de nadie, excepto de los que el Señor ha destinado para penetrar en el santuario mismo de esas almas escogidas a fin de darles, de su parte, las seguridades necesarias. A nosotras, aunque miserables, nos confió la Providencia (por los respectivos cargos) esta delicada misión, tanto más delicada, a nuestro humilde parecer, cuanto el alma es más sencilla y está bajo la acción inmediata de la gracia, puesto que, en este caso, es preciso más bien mirar que obrar. Hay que mirar, porque el enemigo puede meterse en todas partes. Pero luego de haber examinado y vigilado a estas almas que guía el Señor, más que hablar y obrar, hay que admirar y animarlas en el glorioso camino en el que, más que andar, son llevadas por el Espíritu Santo.

La Hermana María nunca tuvo director, ni deseó tenerle, ni—añadiremos—convenía que lo tuviera. Nos convencimos de esto durante su Noviciado, sobre todo al final. Un día solicitó hablarnos, diciendo que tenía alguna duda. Después de animada a decir lo que la intranquilizaba, empezó el siguiente sencillo relato: «Madre, al ver que otras van con frecuencia a conferenciar con los Padres, o hacen largas confesiones, y que yo no puedo hacer ni una cosa ni otra, se me ocurre sea descuidado y que Dios me retire sus gracias por no aprovecharme de las palabras de sus Ministros, habiéndolos El puesto para que nos aconsejen. Alguna

vez este temor me ha movido a hacer algún esfuerzo y probar a detenerme un poco, haciendo alguna pregunta; pero todas las veces que he hecho esto, por la violencia que me hacía y la dificultad en explicarme, me quedaba más afligida y encogida que antes; pero si es necesario abrirse de este modo, y si es mejor, estoy dispuesta a hacerlo aunque me cueste. Dígame, le ruego, lo que he de hacer».

Le contestamos lo siguiente: «Es necesario hablar con los Ministros del Señor y consultarlos todas las veces que el alma tiene alguna duda o siente necesidad de eso para asegurarse y tranquilizarse con sus palabras. Pero en absoluto, no. Sólo Dios es necesario para hacerse santo. De los demás se puede prescindir. No teniendo cosas particulares que decir al confesor, no hay motivo para ir a hacerle perder tiempo. Además, si el ir produce los efectos que a V., de violencia antes y de intranquilidad después, no sólo no está obligada, sino que no debe hacerlo, puesto que no le sería medio para ir a Dios, sino un obstáculo. El tiene muchos modos para santificar las almas, y el mejor para cada una es el que El le tiene destinado. Para V. no es por el director o padres espirituales. El quiere ser su único Director y Maestro. Si alguna duda le viniere, dígasela a quien más confianza le inspire. Se quedó muy satisfecha, añadiendo que, excepto lo que era materia de absolución, prefería decirlo a la Maestra, porque, como ella la veía continuamente, más fácilmente la entendería, aunque no hubiese sabido explicarse. Y así lo hizo mientras duró el Noviciado, diciéndonos, después de algún tiempo,

la gran paz y tranquilidad que, desde entonces, había gozado, y que ya no le volvieron dudas sobre el particular.

Sus confesiones semanales eran de sólo cuatro o cinco minutos. Nunca pidió confesor extraordinario ni confesar fuera de tiempo. Sólo una vez, que vió a una confesándose, vino a preguntar:—«Madre, ¿puedo ir yo después a confesarme?». Le fué contestado.—Sí, vaya; pero avise antes de que termine, para que no se marche el Padre. Fué a la sacristía. De allí a unos diez minutos la volvimos a ver, y le preguntamos: ¿Ha ido ya a confesarse?—«No, porque se ha marchado el Padre».—Tontita, ¿por qué no ha tocado y avisado?—«Toqué; pero no me contestaron, y no quise molestarlo».—Bien se ve que su intranquilidad no debía ser muy grande. Y añadió sonriéndose:—«Intranquila, ni estaba antes ni estoy ahora».

Con un alma de esta sencillez ¿qué podía hacer el confesor?

Uno que no viviese con ella y la viese en sus actos no hubiera podido conocerla. La relación que ella hubiera dado de su alma sería la de cualquier alma piadosa. Aun más breve y sencilla. Nuestra hermana era de pocas y pobres palabras. Tratándose de su interior o estado íntimo de su alma, era casi nada lo que sabía decir. Nosotras mismas no comprendimos bien la obra de la gracia, o el grado en que actuaba sobre ella, hasta los últimos años de su vida. Compendiaba toda su cuenta de conciencia en estas o parecidas palabras. «No hago nada. Antes algo hacía o deseaba y procuraba hacer. Ahora me pasan los días no sé cómo. Parece

que estoy abobada, y que ni deseo ya el bien ni la virtud; pero (añadía) me siento siempre muy contenta y me parece que ni podría desear nada». ¿Y no son éstas, acaso, las quejas de la mayor parte de las almas devotas? Aunque creo que no en todos sus puntos; pues esas palabras «*me siento siempre muy contenta, y ni podría desear nada*», no pueden decirlas todas las almas, sino solamente aquellas en que mora, de un modo permanente, el Espíritu Santo produciendo en ellas este su fruto—el gozo.—Y este «estar contenta» sin hacer nada, ni desear nada ¿no es acaso, para un alma que ama a Dios, y sólo vive para amarlo, una prueba segura de que Dios obra en ella y quiere en ella?

Había conocido la propia «nada» y pequeñez y se gozaba en eso mismo. Viendo que esa «nada» glorificaba al Señor, se había entregado a El sin reserva, y mantenía tranquila su entrega.

Nos viene a la mente a este propósito una hermosa frase de Monseñor Gay, el cual, admirado de esta entrega, exclama. «¡Oh que perfecta es! Lo es más que el amor de los sufrimientos, pues nada inmola tanto al hombre, como ser sincera y tranquilamente pequeño». Esta era la inmolación de la Hermana María. Y podemos afirmar que subía aún de valor si se considera que se inmolaba de este modo: vivía esta vida y procuraba perfeccionarse más y más en ella mediante una fe ciega y un abandono siempre más perfecto, pero sin la satisfacción de saber que éste era su camino, o el medio que le daba el Señor para ir a El, y que, conocido, sirve siempre de apoyo y descanso para el alma. Privada ella aún de este consuelo, no dudamos afir-

mar que su inmolación era grande, heroica y digna de admiración. La fe era base de toda su vida. «El justo vive de fe» (1); pero es necesaria una fe bien viva y profunda, para que eleve un alma hasta el abandono. Nuestra hermanita la poseía. Privada en absoluto, durante toda su vida, de atractivos o entusiasmos, que, aunque no son virtud, facilitan su práctica, solamente le quedaba la fe por compañera en su doloroso viaje. Y como la fe se engrandece o esclarece a medida que el alma se purifica y crece en virtud, cuanto iba más adelante en su carrera, más adelantaba también en el abandono, y por consiguiente, en la paz y serenidad del alma, por deshacerse siempre más (como veremos) de lo sensible, y apoyarse en la luz oscura de la fe. Dice una compañera suya de Noviciado: «Su unión con el Señor no me extraña fuera grande, pues El se comunica según el vacío que encuentra en el alma, y el más ardiente deseo de la Hermana María, aun en el noviciado, era el despego de todo; lo que le costó verdaderos sacrificios, particularmente cuando se dió cuenta de su apego a la R. M. Superiora, que dice la hizo vigilar más sobre sus afectos». Respecto de esto dice otra religiosa (Madre P.) que le dijo una vez: «Cuanta compasión me da la hermana N.—¿Y por qué dice esto, Hermana María?—¡Por qué digo eso! ¿Y no ve que con ese excesivo afán busca a la criatura en vez del Señor? ¡Pobre, no hace nada!»

Le gustaba mucho y recordaba con frecuencia un verso de nuestro santo Padre que empieza: «La fe oscura, guía segura del alma pura»... Mediante

(1) Rom. I, 17.

la fe, el abandono es fácil; sin ella, no es posible elevarse a Dios y vivir unido a El, de un modo habitual e intenso, como ella vivía.

Deseando conocer a fondo esta alma pura, para poderla aconsejar mejor, le preguntamos en una conferencia espiritual cuál era su atractivo o camino particular hacia la santidad. Nos contestó francamente y al instante: «Ninguno, Madre».—¡Ninguno!. ¿Entonces anda V. por el aire? ¡pues si no tiene camino...!—«Sí, Madre, así parece en verdad. Yo creo que, si tuviese un camino determinado, me extraviaría o no continuaría mucho en él».—¿Y por qué, hija mía?—«Siento que el Señor quiere que le siga momento por momento, sin que yo sepa por donde voy. Sé que Dios me tiene marcado uno, y ese es el que yo quiero, sin conocerlo; no me importa saber cuál sea. Sólo El me pide que acepte lo que me manda y que procure cumplir cada día mejor su santísima voluntad». Nos quedamos asombradas de tan sólida y profunda virtud y de la convicción, firmeza y seguridad con que hablaba; lo que bien daba a entender que no era cosa suya, sino del Espíritu Santo en ella, y que lo que decía no eran cosas oídas o pensadas, sino su vivir, su misma vida.

Esta conferencia, que tuvo lugar cerca de un año y medio antes de su muerte, y que prometemos hacerla conocer por completo en su lugar, es la que más nos introdujo en el fondo de su alma y nos hizo comprender lo sólido y seguro de su virtud. Ahora, solamente referiremos alguna otra palabra que viene al caso sobre lo que estamos diciendo. «He conocido claramente, añadió, que no soy ca-

paz de hacer absolutamente nada de bueno, ni de hacerme santa, y, así, ahora no pienso ya en eso. Tanto que si alguien me preguntara ¿desea hacerse santa? le tendría que contestar *no*; porque así lo siento (1). Sé que Dios quiere que yo sea santa y que, para eso, regula y dispone todas las cosas que suceden. Así, a mí me parece que no me hace falta querer yo ser santa, sino recibirlo todo de su mano, momento por momento, sin preocuparme de ninguna otra cosa».

Esta doctrina tan sencilla y, al mismo tiempo, tan profunda y de tanta perfección, oída de labios de quien la practicaba tan fielmente, que era como ver en ella la virtud viviente de que hablaba, penetraba en lo íntimo del alma, dejándonos igual convicción y seguridad que si la hubiésemos oído de boca de un teólogo.

Tal vez se le ocurrirá a alguno: pero ¿y cómo decía que no tenía camino, si su camino era el del abandono y de la fe ciega? Para nosotras, al oírlo, parece que así era; y es en realidad. Para ella, es cierto también que no tenía camino propio. Aquel que se entrega a quien no sabe lo que hará de él, no puede decir que tenga camino. Se deja llevar a donde otro quiere, sin saber a dónde le llevará.

¡Dichosa entrega y dichosa ignorancia, que libra de un golpe de tantos peligros al alma y la hace correr derecha a su último fin—Dios—llevada en

(1) Efectivamente, alguna vez cuando se hablaba sobre esto en los recreos, dirigiéndose a ella le preguntaron: ¿quiere hacerse santa? Contestó redondamente, no. Contestación que hubiera podido sorprender a quien no supiese el sentido o no conociese la perfección de su vida.

sus mismos brazos con la seguridad y tranquilidad del niño dulcemente dormido en los brazos de su madre!

Esta era la vida de la Hermana María. Convencida de que todo ha sido criado por Dios, que El todo lo conserva y gobierna para conducirlo a su fin, que El rige los astros, regula las revoluciones de la tierra, concurre al trabajo de la hormiga, al movimiento de una hoja, y que sin El el viento no puede transportar ni un solo grano de arena, nuestra hermanita vivía tranquila y serena, sin preocuparse ni reparar en lo que pasaba en torno suyo. Dios no le faltaría nunca, y su Providencia tampoco: Estos eran los dos ejes seguros en donde ella se apoyaba. Aunque el mundo se derrumbase, ella no caería. Nos lo ha asegurado el divino Maestro: «Todos vuestros cabellos están contados; ni uno caerá de vuestra cabeza sin la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos» (1).

Pero, al hablar de dulce descanso, no debemos imaginarnos que todo fuese dulzura sin sacrificio. La primera era un efecto de éste. El alma goza en este abandono o indiferencia, pero, como dice muy bien un piadoso escritor, *mortificándose*. «En vano sería sin la mortificación tratar de conseguir la indiferencia; puesto que tan sólo por la mortificación, sobre todo por la mortificación, puede uno llegar a ser y mostrarse indiferente» (2). Y Taulero añade: «Encontré a Dios, allí donde yo me dejé a mí mismo; y allí en donde me encontré a mí mismo, perdí a Dios». Que estaba bien convencida de esta

(1) Matth. VI, 25.

(2) P. Rosthan, S. J.

verdad la Hermana María, y que su paz era fruto de continuos vencimientos y sufrimientos interiores y exteriores, no nos cabe ninguna duda. Entre otras muchas pruebas, nos lo asegura la siguiente relación de la Hermana A.: «Varias veces me manifestó sus sufrimientos interiores, diciéndome que toda su vida religiosa había sido un puro sufrimiento y sin ningún consuelo de ninguna clase, hasta que el Señor le hizo entender que, procurando obrar siempre con buena intención, todo lo demás lo dejara a El. Así me decía: «Ahora parece que ya no sufro; todo lo veo en El, todo lo miro en El, como si fuera insensible a todo. Que no me hablen de nada; nada entiendo si no es de Dios mismo». Prosigue la misma hermana: «Un día me decía: «Hermana A., ha estado aquí la Madre y me ha hablado del mérito del sufrimiento, y que mis sufrimientos pueden repercutir en las almas, y un sin fin de cosas que yo no sé decir. A la verdad, no sé por qué la Madre me habla a mí de estas cosas que no hacen sino marearme la cabeza. Yo no sé sufrir mis enfermedades sino porque es cosa del Señor. El lo quiere, y yo también. Otra cosa no sé ni quiero entender». Otro día me dijo que la misma Madre le preguntó si tenía deseo del martirio y que le contestó redondamente *que no*. Entonces yo le dije: Pero, Hermana María, ¿y no quiere V. ser mártir? —«No, eso tampoco».—Pues entonces ¿qué es lo que V. quiere?—«No deseo otra cosa, me contestó, que estar en todo unida a la voluntad de Dios, y fuera de esto no puedo desear nada». Lo mismo me decía de su enfermedad: «Ni deseo curar ni estar enferma; y así cuando se me presentó la hora

del martirio, lo acepté tranquila porque venía de El» (1).

¡Qué bien había entendido y practicaba las enseñanzas que nuestro santo Fundador nos da acerca de esto!. Dice: «Una de las pruebas más claras de amor de Dios es buscar únicamente su voluntad y no desear sino a Dios: *Dilectus meus mihi et ego illi* (2), mi amado es mío y yo soy de El; y ejecutar prontamente su voluntad apenas se conoce. Como la cera a la proximidad del fuego se ablanda y toma todas las formas que en ella se imprimen, así el alma amante debe derretirse luego que habla el Amado. Que la voluntad de Dios sea nuestro elemento, nuestro centro, nuestro reposo; entonces gustaremos un sueño dulce, tranquilo y pacífico; ningún acontecimiento podrá causarnos turbación».

Hacia el fin de su vida, cuando le fué preguntado, ¿desea ir al cielo?, contestó: «No pienso en el cielo, no temo el infirno, ni me preocupa el purgatorio; mi único deseo y pensamiento es cumplir la voluntad de Dios y recibir de sus manos lo que El dispone de mí, directamente o por medio de sus criaturas. En esto no me pone límite; siempre me pide mayor perfección».

Cuando oía decir de algunas almas que se ofrecen víctimas, y fuele dicho alguna vez a ella misma si quería ofrecerse por un pobre y desgraciado religioso que no vivía según su elevada dignidad de sacerdote, contestó: «Pero yo no sé por qué se hacen estas cosas; yo no entiendo qué sea eso de

(1) Veremos más adelante a qué se refería con esta palabra martirio.

(2) Cant. II, 16.

ofrecerse víctimas. Cuando uno se ha dado a Dios por entero, El es el Dueño, y puede hacer de nosotras todo lo que quiere. ¿Qué falta hace decirle que nos ofrecemos víctimas, siendo suyas? El sabe lo que más conviene para su gloria, y, si le dejamos hacer, sin duda lo hará» (1).

Un día, dice también la enfermera, después de haber hecho un poco de lectura espiritual, hablamos de lo que tiene que padecer el alma cuando se cree abandonada de Dios, sin experimentar consuelos ni sentimiento alguno. «Yo le dije que quizá había almas que hacen al Señor el sacrificio para dar a otros estos consuelos, por que, sin ellos, tal vez no le servirían, y que me parecía lo aceptaría esto con mucho gusto El. Ella me contestó: «Sí, pero yo no he hecho este ofrecimiento». A estas palabras me vino al pensamiento la idea de que ella había hecho lo mejor, pues una hija no necesita ofrecer nada a su padre; puesto que éste sabe que siempre está dispuesta a darle cuanto le pide; y ella, que lo tomará con entera libertad cuando lo necesite».

Cuán cierto es todo esto y cómo deberían tenerlo presente ciertas almas que, transportadas por un arranque de fervor, se ofrecen a Dios como víctimas, pero en cuanto acaba el entusiasmo y llega la hora del sacrificio—con frecuencia no extraordinario como en su fantasía se lo imaginaban, sino el ordinario de la vida, del que nadie puede

(1) Sin embargo, nos dijo varias veces que, en las crisis más dolorosas y en las largas noches de insomnio, cuando se sentía muy mal o no podía dormir, se acordaba del citado religioso. Esto demuestra que, en sus sufrimientos, eran éstas sus peticiones, y así tenían el mérito de estos actos generosos sin que a sus ojos tuvieran apariencia de serlo.

eximirse—llenen el aire de quejas inquietas, ha-
ciendo víctimas a las personas que con ellas viven
y no tuvieron valor de decidirse a acto tan heróico,
pero que lo practican mejor que quien lo hizo. De
estos errores estaba muy lejos la Hermana María,
que, iluminada por una luz sobrenatural, había
comprendido su insignificancia y pequeñez delante
de Dios y aun delante de las criaturas, como lo de-
muestra el hecho siguiente que nos refiere la Ma-
dre C.: «Un día, dice, durante la enfermedad de la
Hermana María, se encontró algo mal la R. Madre;
y, diciéndoselo yo, me dijo: «Lo sé: antes de meter-
se en cama ha venido por aquí. Si viera: no me
siento con ánimo de ofrecerme víctima por ella...
(yo me eché a reír). ¡Es que eso de víctima, añá-
dió, me parece cosa tan grande!... y además en-
cuentro una diferencia tan grande de la Madre a
mí, que hasta parece que no debo ofrecerme por
quien es mucho más que yo».

¡Oh, sí, es verdad!, eres pequeña; pero qué
grande te hace esta tu pequeñez así reconocida y
vivida! Eres pequeña y grande, porque has conoci-
do tu nada; y eres grande y pequeña, porque ig-
noras la grandeza en que te ha puesto esta verdad
conocida; y eres también pequeña, porque así nos-
otras gozamos viéndote, seguras de que estás en
el reino de los cielos, prometido a los pequeños.

CAPÍTULO VIII

EL SECRETO DE LA FELICIDAD

Siempre sufriendo y siempre feliz.—¿Quién soy yo?—

Sublime misión.—El martirio.—Un consuelo.—Jesús

Crucificado.—El mejor medio.

LEÍMOS una vez, en Comunidad, que el Señor dijo a un alma amante suya que, antes que terminara el tiempo, quería ser recompensado de todos los ultrajes que había recibido y difundir todas las gracias que habían sido rechazadas y que, para esto, suscitaría El almas fieles, capaces de recibir sus dones y reparar esas infidelidades a su amor.

Hablando luego o comentando lo leído, cada una de nosotras hubiera deseado ser una de estas almas. La Hermana María se contentó con decir: «Me parece que tiene que escogerlas el Señor para que sean fieles; yo me contentaría con dejarme escoger».

Note el lector en estas palabras su humildad habitual y cómo brilla en ellas su espíritu de fe, de abandono, de entrega. Con *dejarse* escoger o po-

nerse en Sus manos, no le hace falta otra cosa. Así está hecho todo, o sabe que todo lo harán esas manos de Padre, no poniendo obstáculo. ¿Quién soy yo? repetirá siempre con las palabras y con los hechos. Y, a vista de su indignidad y miseria, se alegraba de que hubiese almas que el Señor prefiriese a la suya para esta grande misión. Estaba tan lejos de pensar que a ella pudiese caber tanta suerte... y, sin embargo, todo nos da a creer que sí le cupo, y que fué una «escogida» de este número, porque se entregó de lleno a Dios y le dejó obrar libremente en todo su ser, es decir, en su alma y en su cuerpo, y consintió que la donación de sí misma a Dios llegara hasta el fin.

Las almas que de este modo se le entregan las asocia Jesús a la obra grande de la Redención. Posee en ellas como una prolongación de su Humanidad, en la cual puede sufrir todavía y por las cuales puede usar de misericordia con el mundo, haciendo pagar a las mismas las grandes gracias que no aprecian, como deben, o rehusan tantas otras. Una vez que el alma esté en las manos de Dios para tan alta misión, no hay duda ninguna de que, aun sin que ella se lo pida, no le escatimará ningún género de sufrimientos, ni la dispensará de beber el cáliz de amargura que bebió primero el Divino Salvador. Por el contrario, se lo ofrecerá lleno hasta el borde para que lo apure hasta las heces, hasta la muerte, como permitió lo bebiera su amadísimo Hijo.

A veces son dolores físicos, enfermedades desconocidas, raras y prolongadas; otras, humillaciones, desprecios, persecuciones; otras, en fin, pe-

nosos abandonos del alma, desolaciones y tristezas mortales, porque todo esto lo pasó primero Jesús.

En nuestra hermanita, entregada incondicionalmente a Dios, hubo algo de todo. Lo que menos experimentó fueron desprecios y persecuciones. Tanto en el mundo como en el convento, fué muy amada de todos. Como es imposible no querer a los niños por su inocencia y candor, así no se podía dejar de amar a la Hermana María. Pero la mano misma de Dios se encargó de que no le faltaran tampoco estos rasgos de semejanza con el divino Modelo Crucificado.

Un día le dijo una hermana que ella había sido de poca utilidad para el convento, pues no pudo trabajar sino muy poco. Ella contestó con una gran paz y con una sonrisa celestial: «Sí, es verdad, si hubieran sabido esto no me hubieran admitido». Estas inconsideradas palabras, dichas a una pobrecita que ya sentía al vivo no sólo su impotencia de servir a la Comunidad, sino el aumentarle el trabajo con sus frecuentes indisposiciones, debieron de hierla en el alma, pero esa herida quedó para ella, ocultándola bajo esa angelical sonrisa. No faltaron varias otras de este género, como iremos viendo al tratar de sus sufrimientos físicos y morales. Uno de éstos, no pequeño, se lo proporcionaron los médicos con no acertar en su enfermedad.

Nunca estuvo bien—ya lo sabemos—; no pasaba día sin que tuviera que ofrecer algún sufrimiento al Señor; pero, delante de la Comunidad, aparentaba sólo que, de vez en cuando, sufría algún trastorno intestinal o digestivo. Se sentía, de repente, acometida de fuertes dolores al vientre y a

la espalda, acompañados de vómitos y fiebre que la obligaban a guardar cama unos días. A veces estas crisis se distanciaban algunos meses, pero lo más frecuente era que se repitiesen cada diez o quince días. Cuando eran más frecuentes y más agudas llamábamos al médico, pero no servía más que para aumentar el sufrimiento a la pobrecita. Cuando había oído lo que la enferma le decía, contestaba: «¡Qué raro! ¡qué raro! Dolores que vienen y se marchan, no hay que hacerles caso. Piense usted que estamos en el valle de lágrimas». Le receptaba algún remedio para el reuma: fricciones, etcétera... y se marchaba.

Al oír esto la pobrecita, en cuanto le era posible moverse, despreciando el malestar, se levantaba, esforzándose por seguir a la Comunidad e ir al trabajo. Durante el otoño, sintiendo alguna mejoría por los baños de sol tomados, y, a causa de encontrarse algo enfermas dos hermanas legas, pidió la Hermana María suplirlas en sus trabajos, y, así, hasta hizo alguna vez, acompañada de otra, su semana en la cocina, diciéndonos que el calor del fuego le hacía muy bien. En esta época escribía a sus parientes...: «En mi enfermedad sigo bastante aliviada, sufrimientos de importancia por ahora no tengo, y además siento gana de comer, lo que hace mucho tiempo no tenía; con todo, estas mejorías son para ir viviendo nada más, pues la enfermedad es difícilísimo que se me quite, y así estoy expuesta a estos cambios: una temporada mal y otra mejor; pero estén tranquilos, que yo estoy muy bien, tanto enferma como sana; y si no le vuelvo a escribir tan pronto es porque no hay cosa de cuidado.

Quiero también decirle que desde que estoy enferma me han dado el oficio muy honroso, que le va a dar contento el saberlo, y es de ayudar a las que hacen las hostias...»

En otra que escribió por Navidad, decía...: «En cuanto a mi enfermedad, estoy pasando un invierno bastante bueno. Ha dicho el médico que con cuidado puedo ir viviendo. Así que todo el Adviento comiendo carne y durmiendo toda la noche y llena de atenciones, de manera que de Pasionista no tengo más que el nombre y la voluntad, gracias a Dios».

Del resultado de las visitas del médico, con su gracia ordinaria y como bromeando, nos decía: «Han oído lo que dice, que no tengo nada y que no hay que hacer caso; pues no hacerlo: le ruego no me lo haga». Mas el mal la desengañaba pronto. A las pocas semanas y, a veces, a los pocos días, la Hermana María faltaba de nuevo del refectorio, del recreo... Estaba en la celda vomitando sin poder tomar nada. Su fuerza de voluntad la reanimaba y de nuevo, en cuanto se pasa lo más agudo del dolor, volvía a hacer vida de comunidad. Se la veía aparecer, de repente, pálida, con cara de sufrimiento, o en el coro (lo que más le interesaba), o en el refectorio, o en cualquiera otra parte donde se encontrase la Comunidad, que ya, casi acostumbrada a verla de este modo con tanta frecuencia, y por lo que el médico decía, no daba tampoco mucha importancia a sus males.

En febrero de 1928, en una de estas crisis más largas, temimos perderla. Hasta le fué administrado el santo Viático. Así pasó años, antes que se



Hermana María (a los 12 años) con sus sobrinas.

descubriera la grave enfermedad que le causaba tales trastornos. Hacia fines de 1929, en una de esas fuertes acometidas del mal, llamado el médico, al auscultarla, notó sobresalientes algunos huesos de la columna vertebral y un bulto debajo de la misma.—Bueno, bueno,—dijo. Y, moviendo la cabeza, salió de la celda de la enferma diciendo:—Al fin se ha descubierto; se trata del mal del Pot, o tuberculosis en el hueso de la columna vertebral. No hay remedio. Mucho debe haber sufrido esta pobre, y más es lo que le queda que sufrir, aunque su constitución es débil. No resistirá mucho.

La enfermita se dió perfecta cuenta de las impresiones del doctor en esta visita, tan distinta de las anteriores en que, bromeando, siempre despreciaba sus dolores. Pero nada nos preguntó. Nosotras, al pronto, le ocultamos la gravedad diciéndole que Dios todo lo puede, y empezamos a hacer novenas y oraciones a varios santos. Pero el cielo, que la había escogido para ser víctima con la Víctima del Calvario, era sordo a nuestras súplicas. Sin perder en nada su acostumbrada serenidad continuó su vida, ya en cama, ya levantada, apoyada en un bastón, arrastrándose como podía de un lugar o otro para estar con la Comunidad.

En vista de tanta virtud y con la intención de que, aceptando el cáliz del dolor con conocimiento del acíbar que contenía, aumentara sus méritos y diera más gloria a Dios, pasados unos días nos pareció bien declararle la dolorosa diagnosis del médico. Un día que vino a nuestra celda, le hablamos del modo siguiente: Hermana María, Jesús parece que en esta tierra no quiere dar a V. más

que sufrimientos, ¿los acepta de buena gana? Contestó con su cara siempre amable y serena: «Madre, eso es lo mejor; me da lo que ha dado a los santos; no merezco tanta suerte». Cuando vimos su alma tan bien dispuesta, nos pareció que podíamos y debíamos sin reparo abrirle todo el cuadro de dolores, según lo había anunciado el doctor, para que por su acto generoso en aceptarlo pudiese también recibir todo el mérito. Se trata de tuberculosis en el hueso. Los dos o tres que sobresalen son vértebras fundidas. Los dolores que ahora tiene quizá se aumenten y se hagan más frecuentes y más agudas las crisis que ahora padece. «Yo, dijo, por mí no puedo nada, pero confío en el Señor. Nunca he tenido dolores tan fuertes de no poderlos resistir. Dios no abandona». Sí, hija mía, es cierto, muy cierto, Dios no nos abandona. De esto esté V. segura. Dios está de un modo especial con los que sufren. Sobre V. me parece que tiene algún particular designio de su amor, para gloria Suya y bien de las almas; tal vez para el bien de esta Comunidad. Si para establecerla sólidamente se necesitara una víctima y el Señor escogiera a usted, ¿estaría contenta? «Sí, Madre, ¡pero soy tan pequeña!...»

En su cara pálida y calenturienta brillaba una serenidad inalterable y una gran satisfacción.

Cuando se marchó, confundidas y consoladas a la vez al ver tanta virtud, dijimos: ¡Oh Jesús, cómo os vemos claramente, en esta almita, continuar vuestra misión redentora sobre la tierra!

Desde que supo la enfermedad grave que tenía, declarada por el médico como incurable, se le qui-

tó la pena o temor que tanto la había hecho sufrir, de quejarse sin motivo, y no tener más que aprensión, como lo hacía pensar también el facultativo con la poca importancia que daba a sus males.

Este temor la había hecho sufrir, durante unos dos o tres años, más que el saber la gravedad de su estado, según ella misma decía y se lo escribió a su hermano: «Deseo hayas pasado unas felices Pascuas, resucitando con Jesús a una nueva vida. Yo, aunque hecha una *calamitatis*, las he pasado, gracias a Dios, muy felices haciendo su santa voluntad. No sé si sabrás que no me encuentro nada bien de salud, ni con esperanza de tenerla en lo que viva; después de varias visitas del médico que decía no tenía nada, a principios de cuaresma caí por fin en la cama y me sentí bastante mal; apenas podía alimentarme, y lo poco que tomaba lo arrojaba, y también sentía un malestar general, en especial al vientre, que me hacía sufrir un poquito, y entonces fué cuando conoció el médico la enfermedad, que dijo era infección en los huesos; que la espina vertebral estaba toda infeccionada y que de ahí provenía todo el malestar que sentía y la gana de arrojar; por conclusión dijo que no tenía cura, únicamente baños de sol podían hacerme bien. No puedes figurarte lo tranquila que quedé el día que me lo dijeron, se me quitó una preocupación que hacía tiempo me tenía algo inquieta pareciéndome que exageraba al decir lo que tenía, y a esto se juntaba la afirmación del médico que decía no tenía nada. Ya me había ofrecido al Señor a sufrir aquel pequeño sacrificio toda la vida si así era su voluntad; pero conmigo es así el Señor; me basta acep-

tar un sacrificio para que al instante me lo quite por completo, así que puedes creer (pues te digo lo que siento) que he quedado tan tranquila, contenta y despreocupada de todo, que nada me inquieta; ya los Superiores saben lo que tengo, yo nada más que descansar tranquilamente en ellos; y en cuanto a lo que el Señor disponga, tanto la muerte como una vida larga, no sirviendo sino de traste impertinente, también el Señor me concede esta grande gracia de no desear otra cosa que su santísima voluntad».

En el año anterior, 1928, el Señor, que como Padre bondadoso, sabe siempre templar los dolores con los consuelos, proporcionó uno muy grande a nuestra hermana: la admisión en esta casa de una sobrinita suya de trece años. Como ella había ayudado su vocación, tanto con sus oraciones como facilitándole el modo de llevarla a efecto, se alegró mucho al verla al fin ingresar el 21 de noviembre de dicho año. «Pido a Dios, decía, que Isabel sirva a la religión y haga por la misma lo que yo no he podido». También estaba con ella muy distraída, pues, en atención a la corta edad de la joven aspirante, aunque ingresó como religiosa de coro, la dejamos más de un año con las hermanas, para ayudarlas en el trabajo de la huerta a fin de que respirara el aire libre y se fortaleciera. La pequeña, de índole buena, pero siempre alegre y juguetona, hacía víctima a su tía con inocentes bromas y travesuras como iremos viendo.

En una carta de la Hermana María a su madre, le decía: «Isabelita sigue muy bien de salud y ha

crecido mucho; le gusta reirse de mi estatura diciéndome que a cuándo espero para crecer, y otras cosas por el estilo; siempre está con ganas de broma».

En el otoño de este año, nuestra enfermita sintió de nuevo alguna pequeña mejoría, a que nosotras, desengañadas ya de años anteriores, no dábamos ninguna importancia, y su aspecto nos confirmaba en esta opinión. Al fin del invierno escribía a los suyos: «He recibido sus atentas cartas que me han llenado de satisfacción al ver su conformidad con las disposiciones del Señor; esta es la ofrenda más agradable que podemos ofrecer a Dios, estar siempre dispuestas a sujetar nuestra voluntad a la suya, que con tanta sabiduría y bondad lo ordena todo para nuestro mayor bien; así que estemos todos tranquilos y abandonémonos en sus brazos, que El cuidará de proporcionarnos aquello que nos sea más necesario. En cuanto a mí no tenga ninguna pena, porque me encuentro completamente tranquila y feliz; porque para el alma religiosa, que ha encontrado toda su dicha en vivir en la casa del Señor, su mayor consuelo es vivir en ella, confiando en la bondad del Señor que la admitirá en el cielo a celebrar las bodas eternas, para vivir eternamente unidos, sin temor de separarse jamás.

Muy arriba he subido, nada menos que al cielo, pero por ahora tengo que contemplarlo de lejos, pues aunque la enfermedad que tengo no se me quitará, con todo, no estando peor, ahora puedo vivir varios años (aunque yo no lo espero). Isabel me dice:—con esa vida que lleva, ya puede llegar

bien a vieja.—Por ahora sufrimientos grandes no tengo, todo es muy llevadero; de vez en cuando tengo que pasar algunos días en la cama, siento un malestar general, que me deja muy abatida, y algo de calentura; lo demás, cuando se me quita, por aquí ando haciendo nada; alguna vez voy a la huerta y quito algo de hierba, o alguna otra cosita de poco, y cuando me canso lo dejo; los días que estoy en la cama, me traen la santa comunión; y servida en todo como una princesa; ¡sí, ya quisiera una princesa estar tan tranquila y despreocupada como estoy yo!

Así que ya ven, no tienen ningún motivo para apenarse, sino para dar muchas gracias a Dios, por tantas como nos concede; lo que les agradezco mucho son sus oraciones, y les ruego continúen pidiendo por mí para que me aproveche de esta *visita* que el Señor me hace, que ciertamente es para mucho bien mío...»

Al ver que nada podíamos para mejorar su estado, la hicimos ver de otros médicos. Uno dijo que el único remedio hubiera sido enyesarla por unos tres meses y luego ponerle un corsé fuerte que la impidiera todo movimiento. Enseguida se decidió llevarlo a efecto. Todo nos parecía poco para salvar una vida que tanto apreciábamos. Pero no se obtuvo otro resultado que prolongar algunos meses más su existencia.

En cambio las humillaciones, los sufrimientos físicos y morales, los sacrificios y dolores que se iniciaron y añadieron con esta determinación a los que ya sufría la pobre víctima, fueron sin número.

En abril de 1930, le fué enyesado todo el cuer-

po. Lo que sufrió en esta ocasión, especialmente durante los primeros días, es incalculable. Los médicos tal vez no se habían hecho cargo de lo adelantado que ya estaba el mal. La primera noche que la encerraron en esa tapia de yeso, nos dijo ella algún día después, «era casi de no poder resistir».

Esta palabra «casi», en la boca de la Hermana María, acostumbrada siempre a disminuir y ocultar sus dolores, decía claramente que eran éstos insoportables. Y no se oyó una queja de sus labios... Estaba con 39 grados de fiebre; el calor y sudor que ésta le producía y el frío y la humedad de las vendas que habían quedado mojadas, le ocasionaban unos escalofríos terribles. Si añadimos a esto el no poderse mover; la provocación casi continua al vómito; la tos, etc..., podremos hacernos alguna idea. ¡Qué días y qué noches de dolor fueron aquéllos!—¡pobrecita!—tan heroicamente soportados... De sus labios no salió una queja...

A los tres meses le fué quitado el yeso, y para ponerle un fuerte corsé de celuloide, debió antes el ortopédico sacar el molde del cuerpo. De allí, nuevas humillaciones y sufrimientos, llevados con heroica conformidad a la voluntad de Dios y en silencio, poniéndose en manos del facultativo (así nos dijo después) como si hubiesen sido las manos de Dios. Y para que le fuese más penoso el sacrificio, permitió el Señor que, al dar principio a la operación, no estuviéramos nosotras, sino sólo las enfermeras. Fué con ocasión de sacarle el molde cuando dijo a la Hermana A.: «Cuando se me pre-

sentó la hora del martirio, lo acepté tranquila porque venía de El (de Dios). Fueron aquellos, continúa, unos momentos para mí, cual ninguno en la vida; sentí propiamente traspasarme el alma y el corazón. Sin estar la Madre presente, sola con las enfermeras y el hombre aquél, que me mandó salir de la cama y quitarme la única prenda que me cubría... fué para mí un acto tan sumamente doloroso, que no pude pensar en otra cosa que en el martirio... Mi mayor sufrimiento fué en aquel momento el temor que me vino de si lo querría el Señor, puesto que era un acto que realizaba yo. En aquel momento me sentí sola y que todo me faltaba. Una sola palabra o mirada de la Madre me hubiera bastado para cerciorarme que el Señor lo quería. Pero, a pesar de estos momentos de angustias y repugnancias que permitió el Señor (en los que no pude hacer otra cosa que cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma para mirar a El), me encontré enseguida en la acostumbrada paz y tranquilidad».

Acuérdese el lector de lo que hemos dicho, es decir, que todo lo hizo prontamente, en silencio y sin la menor resistencia, a pesar de la grande dificultad o repugnancia interior... ¡Cuántos actos parecidos de vencimiento tendrá que hacer todavía durante el año de vida que le resta! La misma gracia la asistirá no sólo para vencerse, sino hasta para convertirle en gozo sus dolores y sacrificios.

Después de algunas semanas de empezar esta nueva cura, aparentó alguna mejoría o, a lo menos, así lo aseguraban los médicos, y nuestra enfermita se apresuró a comunicárselo a su hermano... «Te voy a explicar cómo sigo de salud; gracias a Dios

con esperanza de ponerme bien, según lo que ha dicho el especialista; hace poco tiempo vino porque me sentí peor y dijo que era a causa del frío y por haberme movido demasiado, pero que la enfermedad seguía muy bien; me recomendó mucho descanso, así que ahora apenas salgo de la celda, y cuando hace mucho frío me acuesto; llevo una vida muy cómoda, y con todo comprendo que sin especial gracia del Señor, no tendría paciencia para llevarlo con tranquilidad, porque verdaderamente una cosa tan larga se me hace pesada, siempre con atenciones, que no sé cómo no se cansan—por la mucha caridad que tienen—, pues están conmigo como si fuese el primer día: por ahora sigo así como cuando estuviste aquí, contenta como siempre. Pero me parece que esta carta va un poco melancólica y temo vayas a creer eso; por lo que te digo que, gracias a Dios, puedo decir que no conozco la melancolía, y me siento feliz en cualquiera manera y modo que el Señor me ponga».

Si por lo que acabamos de decir alguien se imaginara a nuestra hermanita triste bajo la carga del dolor, se equivocarfa muchísimo. Dedicaremos un capítulo aparte para tratar de su habitual alegría y buen humor. Ahora bástenos conocer la causa de esta su serenidad, la cual no es otra que el cumplimiento de la voluntad de Dios y el recuerdo de lo que el Señor ha sufrido por amor nuestro. Una vez que le dijimos que cuando tuviera que hacer alguno de estos actos que tanto le costaban, pensara en Jesús Crucificado, contestó: «El crucifijo es el mejor medio, ¡me ha atraído siempre tanto la Pasión de Jesús!...»

Con El a la vista y en el corazón, todo lo podrás, y con el recuerdo de sus dolores, de sus llagas, de sus virtudes, se te harán dulces los primeros y fáciles las segundas y, unidas a las que en su Pasión santísima ejercitó el divino Salvador, serán de un valor muy grande aún tus más mínimos actos virtuosos, y tus dolores capaces de atraer gracias de misericordia y perdón sobre la tierra.

CAPÍTULO IX

LA BASE DE LA PERFECCIÓN

El aroma de la violeta.—La propia nada a la luz del cielo y la enfermedad.—El ángel del consuelo.—Con las enfermas.



AL empezar a tratar en particular de las virtudes de la Hermana María, encontramos gran dificultad en hacer la división de ellas para presentarlas al lector separadamente. La causa es porque en toda su persona, en sus actos y sus frases y en lo que de ella dicen otros y en los apuntes que tenemos, se ven tan unidas entre sí la humildad, la caridad, la paciencia, la obediencia, etcétera, que sospechamos será imposible separarlas por completo. Acaso ni sea eso conveniente. Nos expondríamos a cortar relaciones o hechos que así perderían bastante de su encantadora gracia y sencillez. Perdonen, pues, los lectores, si no guardamos un orden y, si al tratar de una, tocamos también otras, o volvemos a repetir algo ya dicho. Lo que se pretende con estas páginas es dar a conocer a Dios y su Santo Espíritu en la santificación de las

almas, presentando a éstas, en la Hermana María, un modelo accesible y fácil de imitar. Y esto estamos convencidas de obtenerlo, tanto más fácilmente cuanto mostremos más en su pureza y naturalidad la acción de Dios y la actitud del alma que la recibe. Este es el motivo por el cual, descuidando este punto, irán íntegros los textos de donde extraemos lo que vamos a decir.

Siendo las virtudes fundamentales de la perfección la humildad y la caridad, empezaremos por éstas. La humildad de la Hermana María era verdaderamente extraordinaria. Le salían tan espontáneos los actos de esta virtud, sin que ella ni remotamente pensase los realizaba, que se dirían el aroma de la violeta que se hace sentir permaneciendo ella oculta.

A pesar de su buen entendimiento y una más que ordinaria instrucción para su condición humilde, se tenía por muy ruda e ignorante, como quien apenas sabe nada.

El Señor le había concedido luces especiales sobre esta virtud como ella misma nos lo dió a entender. De otro modo este sentimiento de la *propia nada*, no hubiera podido ser en ella permanente como era. Escribimos una vez a su hermano Pasionista hablándole de la virtud de la Hermana María y de la gravedad de su estado físico. Cuando ella lo supo por él mismo y volvió a escribirle, le dijo: «Me he alegrado mucho que la Rda. Madre haya tenido la bondad de escribirte, dándote todas las noticias que tú desees, pues nadie mejor que ella puede decírtelo todo.

Has hecho muy bien en escribir directamente a

la Rda. Madre, porque yo a la verdad no valgo para nada, ni soy capaz de ocuparme de nada; y creo que el Señor así lo quiere, y me pide que abandone todos mis cuidados en sus manos, que El dispondrá que otras personas se ocupen con más acierto (de lo que yo pudiera hacer), de todo lo que directa o indirectamente me pertenece, y veo que así es, por lo cual me conformo una vez más, que parece que el Señor se complace en mi apocamiento y que ante todo, lo que de mí quiere, es que le ame mucho y viva tranquila y confiada en sus brazos divinos, que de lo demás ya cuidará El...

Supongo te cansarás con mis palabras repetidas y sin sentido, pero tienes que aguantar, porque de otra manera no llenaría el papel y ese es mi apuro. Sobre todo pide por mí para que sea muy humilde...»

Había entendido la necesidad de esta virtud y la pedía a Dios sin darse cuenta de que ya se la había concedido. Esta era la causa por qué al lado suyo se encontraban todas contentas y con deseo de ser mejores.

Dice la Hermana A..., una de las que más han estado en contacto con ella en el Noviciado y en los trabajos: «Casi siempre tuve la suerte de tener por compañera a la Hermana María en nuestros trabajos, en los que, a pesar de su enfermedad, era siempre la primera, escogiendo para sí lo peor, aunque para ello se daba tanta habilidad que apenas si se notaba. Después he tenido más ocasiones de cerciorarme de su virtud, cuando le fué más avanzada su enfermedad, en la que tuve el gran privilegio de ser destinada para prestarle algún

pequeño servicio, a los que correspondía siempre con una sencillez encantadora, reflejando en su misma sencillez el espíritu propio del Señor. Nunca noté en ella la más ligera alteración de espíritu, al mismo tiempo que pude ver era de una sensibilidad delicadísima. Si alguna vez nos descuidábamos en hacerle alguna cosa y me lamentaba con ella de nuestro descuido, con gracia sabía siempre disculpar, como sucedió una vez que se olvidaron de llevarle la merienda a la hora que debían; mostrándole yo disgusto por lo sucedido, dijo ella: «Es porque hoy fulana ha tenido mucho que hacer, la pobre no ha tenido tiempo». Diciéndole yo que no había excusa y que para las enfermas había que dejarlo todo y sobre todo ser muy diligente, contestó: «Bien, y si el Señor quería que sucediese así, ¿de qué le sirve a la criatura toda la diligencia del mundo?». Por lo que siempre quedaba yo confundida de su imperturbable tranquilidad, y esto aunque se tratara a veces de cosas muy necesarias. Todo lo veía en el Señor, y como cosa suya lo recibía todo».

La Madre S., dice: «Varias veces he notado en ella una inalterable serenidad ante palabras mortificativas; en una especialmente, en que recibió una mortificación áspera en tiempo de recreo, la oyó sin replicar una palabra y después dió las gracias (a quien se la dijo) con la mayor sencillez; acto que me sirvió de muy grande edificación, y lo que llegó a edificarme más fué, que al poco tiempo hizo a aquella misma persona un acto de caridad de tan buena voluntad, que ví claramente no había quedado rastro de amargura en su corazón hacia ella.

También recuerdo, entre otros, un hecho que me da idea de la naturalidad con que desnaturalizaba sus mejores acciones. Habiendo practicado durante el recreo, *no sé qué acto bueno* de virtud que no se escapó a nuestras miradas, dijo en tono de broma: «Claro; ¡también sería que una profesora vieja no hiciera así delante de estas jóvenes! por el buen ejemplo; y después... por amor propio...» Una vez la oí decir en recreo: «A mí la Madre no me riñe nunca, pero no crean que eso me honra, pues no es esa buena señal»; queriendo dar a entender con esto que lo hacía por no tener ella virtud para soportar la humillación. Una semana en que estuve ayudándola en la cocina (oficio en que no era tan experta por haberlo ejercitado poco, lo que le proporcionaba bastantes apuros), noté sin embargo en ella tal serenidad y dominio de sí misma, que me llamaba la atención, al ver sobre todo la mucha prisa que tenía y lo poco que yo la ayudaba. Cuando tenía que mandarme algo, lo hacía con mucha humildad y mucho respeto, notando yo la violencia que se tenía que hacer para ello. A este propósito la oí decir durante el recreo: «Qué cosa me da ver a una corista que está a mis órdenes; tener que mandarla yo... lo que es la vida religiosa...» También la oí decir alguna vez: «Muchas veces temo mande el Señor algún azote a la Comunidad por mis muchas infidelidades; pero entonces presento al Señor a las demás religiosas y le digo: Detened, Señor, vuestros castigos en atención a estas almas santas».

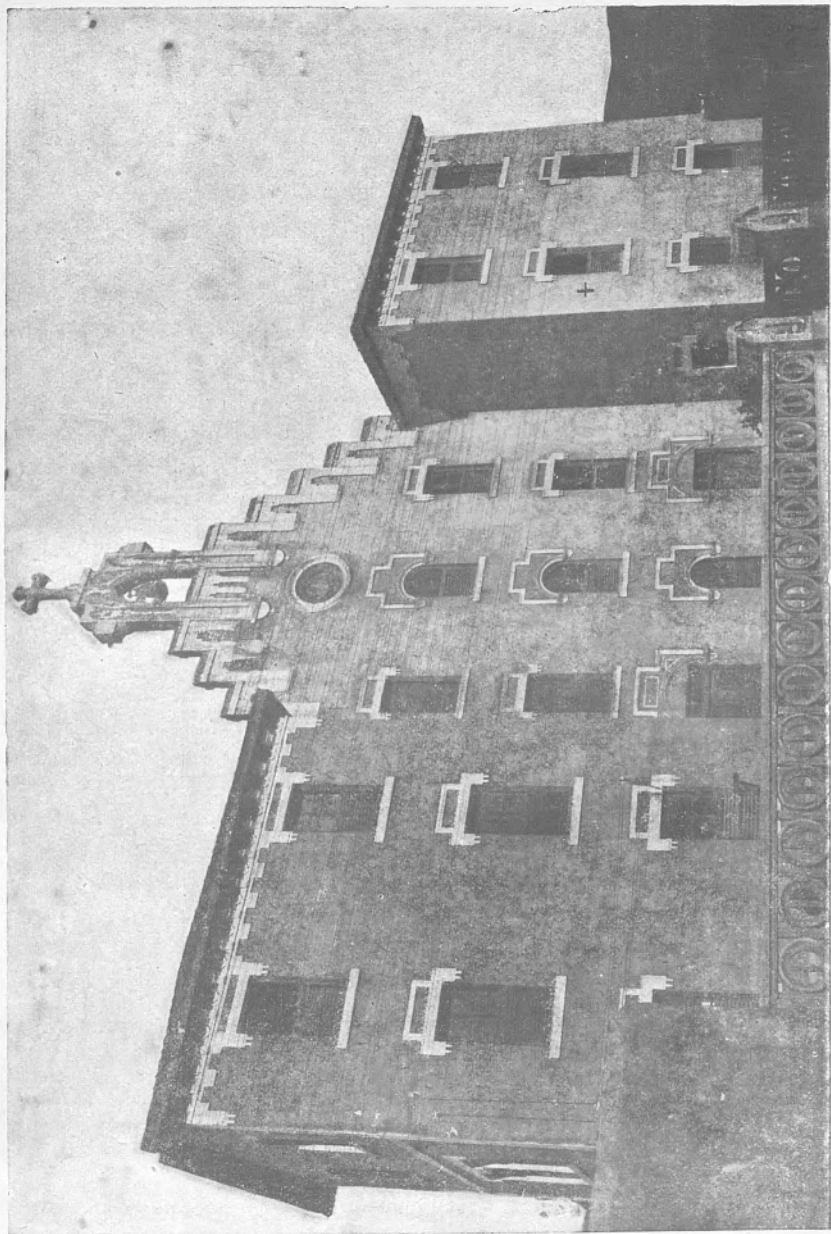
Su sobrinita, niña todavía, con frecuencia se bromeaba de ella, pues como la Hermana María

era tan pequeña, se ponía muchas veces junto a ella, diciéndole: «Yo soy más alta que V... Usted no crece como yo», hasta que la hacía subirse de puntillas. Sobre este punto bromeábamos a veces con ella y nos decía con gracia: «Cuando esté en el cielo ya seré bien alta; me parece que no me conocerán». Con la misma gracia nos hablaba cuando nombrábamos a su pueblo (que era uno de los más pequeños y remotos de Castilla), por lo cual ponderaba bromeándose, su rusticidad, lo que nos hacía mucho reír y nos denotaba al propio tiempo la poca pasión y apego que tenía hacia sus cosas».

De esta misma opinión son todas las religiosas, y nunca acabaríamos si tuviéramos que referir todo lo que cada una dice.

«Tenía pena, sigue la misma Madre S., de no poder abarcar todo el trabajo que hubiera deseado, como me dijo un día: «Yo, de buena gana quisiera hacer todo el trabajo de la huerta, pero me es imposible»; y como me mandase a mí la Madre ayudarla, muchas veces sentía dificultad de aceptar mis pequeños servicios, diciéndome: «V., corista, va a hacer esto y lo otro...» y diciéndole yo, que puesto que lo hacía ella, por qué no lo podía hacer yo, me decía: «Pero nosotras, hermanas, tenemos la gracia especial de nuestra vocación para hacer estos trabajos»; y aquí me cabe decir que a pesar de la poca pericia y maña que tenía yo para aquellos trabajos, jamás la ví contrariada ni disgustada, ni me dirigió nunca ningún reproche».

Añadiremos a esto, lo que refiere la arriba citada Hermana A.: «Amaba con delirio su condición de lega, y si alguna vez en atención a su poca sa-



Convento de MM. Pasionistas de Deusto. La † indica la celda en que murió la Hermana Maria.

lud, le daban algún trabajo de aguja, más propio de coristas que de hermanas, calladita lo recogía y me decía: «Mientras no me manden terminantemente que haga esto, no lo hago; porque ese trabajo no es de las hermanas». Siempre estaba dispuesta a servir a todas aunque le costase mucho sacrificio, dada su poca salud, como muchas veces tuve ocasión de presenciar; y si sucedía que no nos mostrásemos prontas en hacer lo que ella decía (pues la Rda. Madre le había dado el encargo de disponer y dirigir nuestros trabajos), si podía, lo hacía ella, y si no, callaba y esperaba. Este su silencio paciente y humilde nos reprochaba y movía a ir a hacer enseguida lo que mandaba. Recuerdo un hecho del que tengo pesar y le tendré mientras viva, y creo lo permitió el Señor para poner más de relieve a mis ojos su mucha virtud. Un día, estando yo en la cocina, me vino a decir con la humildad que acostumbraba, si le hacía la caridad de quitarle el corsé para ir a tomar el sol. Le contesté con modo algo despreciativo: dígalo a la Hermana N... yo no puedo. Ella bajó los ojos y dió vuelta a la cabeza, y calladita, calladita se fué. Yo, en cuanto terminé de pronunciar aquellas palabras tan poco caritativas, me di cuenta enseguida de la falta cometida y corrí tras de ella diciéndole: Hermana María, perdóneme por lo que le he dicho, y fuí a quitarle el corsé y a ayudarla a ponerse al sol, pues ella no podía nada».

Nos parece todavía verla en actitud de confusión y vergüenza en una circunstancia en que le demostramos algún particular aprecio. Un piadosísimo señor de Bilbao, D. Manuel Aguirre, bienhe-

chor de la Comunidad, pidió, por una caridad que nos hizo, que una religiosa de las más santas rezara todos los días por él tres ave-marías. Le dijimos que había una hermanita lega enferma a quien teníamos por santa y que a ella daríamos el encargo, como lo hicimos, diciéndole: Hermana María, quiere D. Manuel que sea la más santa la que tome tal compromiso. Si V. no lo es, está obligada a hacerse. Contestó: «Madre, todo hay que hacerlo; todavía no he empezado, pero las ave-marías las rezaré lo mismo; y como dicen que la Sma. Virgen escucha a los más malos—basta que estén arrepentidos—, me escuchará más a mí que a otra por eso». Se lo dijimos a dicho señor, el cual desde entonces preguntaba con frecuencia por ella, y deseó verla, pidiéndonos tal favor. Le contestamos que entre nosotras no hay costumbre de dejarnos ver, excepto de los parientes... y teníamos darle motivo de pensar que lo hacíamos por otro fin, o por la estima que de su virtud teníamos, con daño de su humildad; pero que tendríamos presente tal deseo para cuando se presentase la ocasión, por ejemplo, cuando tomara el hábito la sobrinita. Y así sucedió al año siguiente. Bajó la Hermana María al locutorio con la novicia, más alta que ella a pesar de ser tan jovencita. Al presentarle las dos al buen caballero, le dijimos refiriéndonos a la Hermana María: Esta es tía de la otra, pequeña de cuerpo y grande de alma; al menos, esperamos que así sea por los golpes que le está dando el Señor para purificarla. Ella contestó, toda encogida y avergonzada: «De alma mucho más pequeña que de cuerpo. Si me vieran...» Y nos pareció ver en su rostro su alma

bella cubierta con el precioso manto de la santa humildad.

¡Mucho más podríamos añadir sobre el particular! Pero nos haríamos interminables. Diremos, sólo, que fué humildísima siempre y con todos y en todas las circunstancias, pero sobre todo en su enfermedad. «Dios me la manda, decía, para que toque con la mano mi nada. Me parece que no hay cosa que tanto humille como la enfermedad, y más la que imposibilita y hace necesitar de todos. Por eso es una gracia grande de Dios. Es tan difícil reconocer la propia nada, que, a veces, no bastan consideraciones ni verdades; nada se entiende. Pero cuando esta «*nada*» se siente en el alma y en el cuerpo, entonces sí, quedamos convencidos. En cuanto al alma me parece que es necesaria una luz especial del Señor; y en cuanto al cuerpo, las enfermedades son el mejor medio».

Recibía como avergonzada las atenciones y cuidados acerca de la comida y cosas de su uso, lugares de preferencia, etc., con que procurábamos darle siempre lo mejor y más cómodo, como acostumbramos hacer con las enfermas. Parecía le robado ese poco de alimento distinto del de la Comunidad, que, por necesidad, tomaba. A veces decía: «Lo mejor denlo a las coristas, que están acostumbradas mejor; yo tantas cosas y comodidades no las tenía tampoco en mi casa». Nunca le faltaban modos y palabras para humillarse.

Una vez sucedió que, al hacerle la enfermera la cura al hueso de la espalda, hecho llaga, estaban las vendas muy pegadas a la misma. Instintivamente, casi sin darse cuenta, el dolor que sentía al

despegársela la hizo decir: «Le ruego haga con mucha suavidad». En cuanto hubo dicho estas palabras, empezó a reírse, diciendo: «Ya ven qué penitente soy». Y se sirvió de esta expresión involuntaria para humillarse, repitiéndola con frecuencia a las que iban a visitarla, y añadiéndoles riéndose: «Si llego a hacerme santa, ya tienen una cosa para ponerme en la vida».

Retrasándose por alguna dificultad el ingreso de su sobrina, una religiosa le dijo: Parece que el Señor está probando a Isabel. Contestó: «Nosotras somos demasiado pequeñas para ser probadas», dando a entender con esto, que se consideraba como las almas que no tienen virtud suficiente para ser probadas,

Acerca de la caridad tenía una delicadeza grandísima, que es lo que da todo su lustre a esta excelsa virtud. Cuando había que hacer alguna cosa repugnante, procuraba adelantarse a hacerla calladamente o a ofrecerse, para dar a entender que nada le costaba. Lo mismo prevenía los deseos y necesidades de las demás. Y cuando hacía algunos servicios, procuraba no la vieran las que los recibían. Siempre estaba haciendo algo: asegurar el mango a una escoba, arreglar un cepillo, tender o recoger la ropa, poner clavos a alguna cosa que se caía, preparar dobladillos pedazos de saco para fregar, a fin de que, cuando alguna lo necesitase, estuviese listo. Todo lo que estuviese descompuesto o fuera de su lugar, si lo veía la Hermana María, pronto lo dejaba arreglado. Cuando componía las sandalias, tenía en cuenta a quien más las necesitaba, y se sacrificaba para terminarlas pronto, y

que las encontrara en la puerta de la celda la religiosa a quien pertenecían. No gustaba la Hermana María de que la vieran, para que no le mostraran agradecimiento, siguiendo así aquel consejo del Santo Evangelio: «Cuando des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha: para que tu limosna quede oculta; y tu Padre, que ve lo oculto, te recompensará» (1).

Con las enfermas tenía delicadezas especialísimas para ayudarlas o complacerlas. Dice la Hermana B.: «Puedo asegurar con toda verdad que los años que el Señor me concedió estar en compañía de la Hermana María en religión hasta los últimos momentos de su vida, he visto en ella un alma muy humilde, pacífica y abnegada en todo lo que le permitían sus fuerzas, y muchas veces con bastante sacrificio a causa de su poca salud, pero todo lo acompañaba siempre con mucha caridad para con el prójimo. Su sola presencia producía una santa paz y consuelo entre nosotras; así que podía llamarse de todas con verdad un ángel de paz. No había vez que se acudiese a ella sin ser atendida. Una vez (cuando era todavía postulante) trataba de transportar un cajón de una parte a otra. No pudiendo sola, con una humildad de niña, se volvió hacia mí para ver si la ayudaba. Yo (aunque sin voluntad de ofenderla) le dirigí algunas palabras con modo algo imperioso; ella calló, pero vi que caían lágrimas de sus ojos. Al ver esto se apoderó de mí una pena tal, que le pedí perdón, y terminamos llorando las dos. Después de esto se quedó con la acostumbrada amabilidad como si nada

(1) Matth. VI, 3, 4.

hubiera ocurrido. Desde esa fecha comprendí que la Hermana María era más sensible de lo que se pensaba. Así lo tengo comprobado alguna vez; pero también puedo decir que tenía un corazón de oro, porque reinaba en ella la verdadera caridad. De un modo especial con las enfermas era la caridad por excelencia. Yo hablo por experiencia propia. ¡Qué dulce consuelo se sentía en compañía de la Hermana María, aunque fuese en medio del dolor!»

Otra hermana añade a su vez: «Era llena de caridad. Recuerdo ahora un hecho en particular: Cuando estaba yo de semana para preparar el pan por la mañana para el desayuno, me dijo una vez: «Hermana T., delante de N. ponga el pan más fresco, porque la pobre no está bien, tiene poca gana de comer. Teniendo cuidado en estas cosas, pueden hacerse con frecuencia muchos actos de caridad».

Una vez sucedió que dos religiosas que tenían la celda junto a la Hermana María pasaron algunas semanas en cama. En los ratos que nuestra hermana se levantaba, iba a visitarlas y hacerles algún servicio. La enfermera le dió a entender que correspondía a ella este servicio y era mejor no lo hiciese. La Hermana María vino a exponernos la duda: no podía dejar de prestar esos servicios, ni quería disgustar a la que le había demostrado no agradarle eso. Pareciéndonos una dureza privarla de lo que para ella era motivo de tanta satisfacción, le dijimos: Diga a la enfermera que la Madre ha dicho que desea haga a las enfermas las caridades que necesiten, y que todas pueden hacer lo mismo; porque todas (aunque no seamos enfermeras) somos hermanas. Se quedó con eso muy satis-

fecha y continuó sus caridades. Durante el recreo pidió ella permiso para hablar, y así las tres, cada una desde su cama, tenían un recreo muy divertido. Pero la que más hablaba y con más animación era siempre la Hermana María. ¡Qué bromas las suyas, tan graciosas, para distraer y entretener a las otras! Todo lo hacía movida por la caridad. Por ella llegaba a olvidarse de sí misma para consolar a las demás.

Sólo Dios sabe los actos de caridad que hizo o deseó hacer nuestra buena Hermana, y sólo El pudo darle y le dió el premio que ha prometido a los humildes y a los caritativos. Por humilde, la paz y el descanso de su alma (1); y por su caridad, una mirada de infinita misericordia (2).

(1) *Invenietis requiem animabus vestris. Matth. XI, 29.*

(2) *Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur. Matth. V, 7.*

CAPÍTULO X

EL DEBER

**La regla.—Su fidelidad.—Aprovechamiento del tiempo.
—Los mejores ejercicios.—Su trabajo favorito.—Me-
jor obrar que hablar.**

LA palabra *deber* tiene un sentido muy profundo y muy amplio para el alma que ama a Dios. Se extiende a todo y lo abarca todo. El cumplimiento del deber es la prueba del amor. Es el alma haciendo la voluntad de Aquel a quien ama. El deber es la ley que impone el Amor. Por esto el apreciar y someterse al deber, es amor. Amar y buscar el *deber*, procurando cumplirlo con fidelidad, es buscar el amor y amar con fidelidad.—Ir siempre perfeccionándose en el cumplimiento del deber, a veces en medio de grandes sacrificios, contrariedades y sufrimientos, es la perfección del amor. Quien así no lo hace y se imagina amar y amar mucho, o no ama o ama poco. Estaba tan penetrada de esta verdad nuestra hermanita, que todavía resuenan en nuestros oídos las ideas y sentimientos que a tal propósito nos expresaba. Recor-

damos, sobre todo, la fidelidad con que los llevaba a la práctica. «Madre, nos decía, yo, fuera de este modo, no entiendo lo que sea el amor, y comprendo que debe ser esto así, pues obrando de esta manera me siento satisfecha y parece descansa el corazón, y sin esto nada me satisface. Si no hago lo que tengo que hacer o no procuro hacerlo con diligencia, o descuido algún detalle, parece que luego no puedo decir a Dios que le amo, sino más bien que debo decirle: Señor, perdonadme mi poco amor». Con frecuencia salían de sus labios estas o parecidas expresiones: «Es mi deber; toca a mí; es mi obligación; primero el deber», etc.; y, llegando la hora de cumplirlo, se la veía con prontitud dejarlo todo y marchar a donde le marcaba la Obediencia.

También gozaba mucho en los recreos, especialmente los largos de los días festivos, en los que nos entretenemos, con frecuencia, en piadosas discusiones sobre la virtud o espíritu particular de algún santo, comentando cada cual a su modo sus hechos, o leemos anales de las misiones o cosas por el estilo que, sirviendo para recrearnos santamente, sirven también de instrucción. La Hermana María mostraba mucho interés por saber y oír, con esa candidez propia de los ignorantes y humildes, y hacía a veces preguntas parecidas a las de aquel monje antiguo que interrogó «si era antes Jesucristo que los Profetas», aumentando con eso la alegría de nuestros recreos; pero al dar la hora en que debía ir a llevar la comida a los animales, o a algún otro quehacer, todo lo dejaba, serena y tranquilamente, e iba a donde el deber la esperaba. ¡Cuán-

tas veces la hemos visto hacer estos actos! Y con frecuencia no sólo para cumplir un deber, sino también para ir a atender a alguna cosa que era conveniente y provechosa, aunque no hubiese recibido orden expresa de hacerla: «Voy a ver, decía, si está cerrada o abierta la ventana de la cuadra... Voy a llevar agua a los animales, por si acaso quieren beber... Voy a sacar un poco a la vaca, porque hoy es tiempo bueno y le hace bien». Nadie le había dado esas órdenes; pero sabía que todo eso lo deseaba la Madre, y tal deseo era un deber para ella. Se privaba a veces casi enteramente de los recreos para apacentar la vaca, y cuando llegaba, ya faltase media hora o un cuarto, sin media palabra de descontento, tomaba parte enseguida con alegría en lo que se estaba haciendo o diciendo, sin insinuar, ni remotamente, a las demás hermanas que hubieran podido suplirla o ayudarla. Ella pensaba en sus deberes; de los demás, nada le importaba: no era asunto suyo.

Al ingresar su sobrinita, la prevenimos que no la tratara con demasiada familiaridad, sino que se portase con ella como si no fuese pariente, tratándola de usted, desde un principio, como se trata a las demás. Su misma sobrina, ahora profesora, nos dirá con qué fidelidad cumplió esta advertencia: «La Hermana María, a pesar de ser yo sobrina (lo digo tal como fué), nunca me trató con confianza, sino siempre como a las demás, sin ninguna preferencia. Hoy mucho se lo agradezco; pues si yo me hubiera visto apreciada y consentida por ella, no sé si hubiera perseverado. El Señor sabe lo que ella ha hecho y pedido para que yo pudiese venir

aquí; y cuando vió realizados sus deseos ¿no era lo más natural que se le escapara alguna vez alguna caricia o alguna palabra de particular afecto? Pero no, nunca; y conocí muchas veces que debía hacerse violencia para obrar de este modo. Los primeros meses, cuando tenía que estar con ella para cortar la hierba u otros quehaceres, alguna vez me preguntaba: «¿está contenta?»; pero nada más. Por el modo con que me lo decía comprendía yo que hubiera deseado decirme otras muchas cosas, pero nunca me hizo otra pregunta, y esto sólo al principio.

Recuerdo que un día me mandó recoger un poco de hierba seca que había en la huerta, y yo, como siempre, hecha un diablillo, en vez de recogerla, me senté encima. Al poco rato la veo venir con su santa paciencia; se me quedó mirando y dice: «bendito mi Jesús». Yo me eché a reír, y ella coge un palo, y... detrás de mí, pero no me pudo coger. ¡Cuántos actos de paciencia la hice hacer! Cada vez que me encontraba con ella ya sabía que tenía una riña segura. Cuando me mandaba alguna cosa, lo hacía con gravedad: «haga la caridad de hacer esto, pero hágalo pronto; parece increíble, es eterna; tan lista como anda por la huerta, y cuando se le manda hacer una cosa, yo no sé cómo tarda tanto...»

Todos sabemos cuán difícil es no dejarse llevar del cariño hacia los sobrinos, y más respecto de una niña de trece años, que tiene iguales aspiraciones. Sólo el deber, fielmente practicado, era capaz de moderar esta natural inclinación del corazón; y el deber era también el que regulaba sus

más caros afectos respecto a los demás miembros de la familia. En una carta dirigida a su hermana y cuñado se expresa de la siguiente manera: «Tenéis que dispensarme por no haberos escrito antes; no penséis que por haber tardado, os haya perdido el afecto, nada de esto; por el contrario, en todo este tiempo me he acordado mucho de vosotros, y no he dejado de encomendaros al Señor, y lo hubiese hecho al momento si siguiera mi deseo; pero me detuvo un poco el temor, porque la Santa Regla nos dice que no escribamos a menudo sin necesidad, y éste ha sido el motivo».

Cerca de los dos últimos años de su vida, cuando el médico declaró su enfermedad, la dispensamos por completo de toda la santa observancia, diciéndole que, respecto de la misma, lo que había hecho, hecho estaba, el Señor ya no le pedía eso; podía ir a los actos comunes cuando pudiese sin violencia, y cuando quisiera quedar en la celda o en la huerta, que estaba libre de hacerlo, y era nuestro deseo lo hiciera libremente sin que se esforzara.

Manifestó una vez a la Madre S., hablando del aprovechamiento del tiempo, la impresión que esto le produjo: «A mí, dijo, el Señor sólo me ha pedido siete años de vida regular. Qué impresión tan grande me produjo cuando la Madre me dijo: V. ya no tiene que hacer la santa observancia; lo hecho, hecho. Parecíame que me decía: se terminó el tiempo de dar prueba de amor a Dios sobre este particular, tanto si me he aprovechado o no. Me acordaba de cuando se me presentaba algún sacrificio, y como viniéndome en el primer momento al pen-

samiento toda la vida tendré que estar así, me contestaba interiormente: ¿quién sabe si será este el último sacrificio que me pide el Señor? y si fuese el último ¿cómo lo haría?, y así lo hacía con mucha paz y alegría».

Durante los Ejercicios del año 1927, aludiendo al empeño con que, en esos días, se prescindía en lo posible de las ocupaciones exteriores para darse más de lleno al recogimiento interior, le oí decir, al tiempo de la recreación: «A mí apenas me dejan tiempo mis ocupaciones, ni siquiera para la lectura espiritual. Sin embargo, me parece que no tengo excusa ninguna, si quiero aprovecharme. Recuerdo que decía Sta. Margarita María que, en los ejercicios que precedieron a su profesión, no hizo sino correr detrás de una yegua que estaba a su cuidado; y aseguraba ella que era en los que más aprovechó de todos los que hizo» (1). Y pude notar al mismo tiempo la paz y serenidad de que estaba poseída su alma, siendo difícilísimo no demostrar exteriormente algún pequeño detalle, cuando no se abraza con generosidad el sacrificio.

Un año más tarde, aludiendo a las alegrías escondidas en el sacrificio, y refiriéndose al caso acabado de citar decía: «Experimenté esto de un modo especial durante los ejercicios del año pasado (1927), en que estaba encargada de cuidar la vaca. Apenas tenía que darle de comer; la hierba estaba muy corta y necesitaba todo el día para cortar la

(1) Con que hiciera notar a la Rvda. Madre la dificultad del trabajo y la escasez del tiempo, hubiera recibido enseguida ayuda. Pero su rara virtud prefirió callar, supliendo su amor al sacrificio la falta del tiempo para las cosas espirituales.

necesaria. En cuanto terminaba la plática, tenía que coger la hoz, sin que me quedara tiempo ni para la lectura; además que me sentía con el dolor a la espalda. El primer pensamiento que me vino fué: ¡oh, qué ejercicios voy a hacer, todo el día arrastrada cortando hierba! Pero parece que, al mismo tiempo, sentí interiormente que se me decía: ¿quién sabe si serán estos los últimos ejercicios que me pide el Señor haga así? Pues voy a sacar por fruto hacer esto que hago con mucho contento y paz. A pesar de esto hubiera podido venirme al pensamiento: ya podrían venir a ayudarme... y otras cosas; pero no, me quedé tan contenta, que nunca creo haber hecho mejor los ejercicios. Este año ¡cuánto contento he sentido al acordarme de aquellos días de retiro! Efectivamente, eran aquellos los últimos que me pedía el Señor en aquella forma, pues este año los hice sin tener ninguna otra ocupación. ¡Oh, cuánto me acordé del año pasado! Parece que me decía el Señor: ¿Ves? Ya pasaron para ti aquellos sacrificios; después de esto, puedes estar tranquila. Así que a mí me parece lo mejor fiarse del Señor y abandonarse a su santísima voluntad, con paz y alegría; que lo demás El lo hace: el Señor ayuda mucho. ¿Qué hubiera yo adelantado entonces con inquietarme y afligirme? Así que las almas santas que se aprovecharon de todas las ocasiones ¡cuánto contento debían de tener a la hora de la muerte!»

Hablando del oficio de hacer las hostias, dijo a la misma religiosa: «¡Si viera cuánta envidia me daba antes este oficio!... A cada una que destinaban a él, me decía: ¡Cómo la prefiere a ésa el Se-

ñor! Lo que menos hubiera creído yo entonces es que me tocaría a mí también. Es cierto que (como lo he leído en algún sitio) cuando uno quiere cumplir la voluntad de Dios, El se complace en contentarle aun en cosas muy pequeñas; aunque al presente estoy indiferente para todo. Oí decir un día a la Madre Maestra que no nos hace santas el oficio, sino que nosotras tenemos que santificar al mismo. Y así pienso que más puede ganar, por ejemplo, una que está sacando basura, si lo hace con amor, que no la que está haciendo las hostias, si no lo hace con espíritu de fe. A mí me parece que tiene que ganar mucho ante Dios el alma que reprime los sentimientos naturales, aunque sea en cosas buenas, venciendo el amor propio».

Estos sentimientos de la buena Hermana, expresados de ordinario con pocas y sencillas palabras, hacían mucho bien en las oyentes, y eran tenidos en mucho aprecio. La causa de esto debía ser sin duda por ajustar a su convicción todos los actos. En el convento siempre se habla de cosas espirituales, edificantes y buenas; pero no todo lo que se oye produce estos efectos. El motivo es porque no todas conformamos nuestra vida con lo que decimos. Pocas palabras, y a veces ni muy bien dichas, expresadas por una de estas almas fieles en el cumplimiento de sus más insignificantes deberes, dejan un eco inolvidable para llevar al bien a los que las oyen.

Dice la misma citada Madre: «Teniendo la Hermana María en los principios el encargo de cernir la harina de las hostias, por el poco tiempo que disponía, tenía a veces que hacer bastantes sacrificios

para coger un rato libre para cumplir con este oficio; a pesar de esto observé con edificación el gusto con que cumplía este acto de obediencia. Habiéndome luego dado a mí la Rda. Madre este encargo, venía a menudo a decirme: «¡Oh, que ya no me mandan a mí cernir la harina! ¡Ya me ha quitado mi oficio!» Lo cual me servía de muy buena lección y aliciente cuando sentía alguna desgana o dificultad en cumplirlo, al pensar ¡con qué gusto haría esto la Hermana María!, pues era tanto su gozo espiritual cuando desempeñaba estos trabajos que se relacionan más directamente con el Sacramento del Amor, que no reparaba en ningún sacrificio al tener que hacerlos. A este propósito recuerdo que, teniendo en alguna ocasión bastante prisa para hacer las hostias, la Rda. Madre nos designó a nuestra buena hermanita para que nos ayudara en algo. Vino en efecto, y con tanta satisfacción, que la notábamos como si estuviese saboreando dulzuras celestiales. Así que, viendo esto, procurábamos en adelante llamarla, aunque nouviésemos tanta necesidad de su ayuda, pues sabíamos que le proporcionábamos una gran satisfacción. Y para darle mayor consuelo, le poníamos un ratito en la plancha a fin de que hiciese dos o tres panales, y otro rato a que cortara unas cuantas hostias, pues nos satisfacía el pensar los actos tan elevados de fe y amor de Dios que haría en esta su ocupación favorita; si bien podemos imaginarnos, por lo que ella misma nos ha referido ya, que su espíritu de fe no estaba reducido a sólo estas ocupaciones santas en sí, sino que se extendía a los más humildes trabajos, como sacar basura, etc., y los abrazaba con gusto

por obediencia. Y en las crisis de la enfermedad que le impedían los trabajos domésticos, cuando se reponía un poco y se hallaba en condiciones de hacer los trabajos de las hermanas, rehusaba humildemente cuando le proponíamos viniera a ayudarnos, diciéndonos: «Lo sabe la Madre?», dándonos a entender que de lo contrario no le correspondían esos trabajos mientras pudiese atender a los de las legas».

Una Hermana de las más ancianas atestigua: «Era muy exacta y puntual en lo que se le encomendaba. Se notaba especialmente cuando tocaba la campanilla a la lectura espiritual prescrita por la santa Regla. De ordinario dejaba todo y sacaba el libro; y si por algún trabajo muy urgente no hubiese podido a la hora prescrita, era muy cuidadosa para suplirla en el primer momento libre de que disponía.

Cuando tocaba al coro o algún otro acto común, si conocía no poder dejar el trabajo sin concluir, iba enseguida a consultar el caso con la Rda. Madre, sin atreverse de por sí a quedarse, no gustándole interpretar la voluntad de la misma, sino que de ordinario quería conocerla claramente.

Hay la costumbre entre nosotras de que, cuando tenemos los ejercicios espirituales, vayan las religiosas a conferenciar con el Padre que los da, que de ordinario es un Pasionista. La Hermana María iba también, pero no estaba más que pocos minutos, los necesarios para recibir la santa absolución. Satisfecha con la gracia sacramental, no deseaba ni buscaba otra cosa. Una vez que se hablaba de esta su brevedad con el P. Extraordinario, contes-



tó: «Si yo no supiese lo que tengo que hacer para agradar a Dios, se lo preguntaría; pero, puesto que lo sé, lo que necesito es obrar, no preguntar».

Preguntando una vez a las religiosas si habían felicitado las Pascuas al Padre confesor, nuestra hermana contestó: «Yo, si no me dicen que lo haga, no me atrevo por temor de faltar a la santa Regla, que dice no se hable en el confesonario sino de cosas concernientes al espíritu».

¡Hasta este punto llegaba su delicadeza y fidelidad en el cumplimiento del deber! «Me hace entender el Señor tan claramente, decía, que no son las cosas extraordinarias y grandes las que atraen tanto su mirada de complacencia sobre un alma, cuanto el ser fiel en el cumplimiento del deber». Y nosotras añadiremos: Así lo entendió y cumplió perfectamente. Entenderlo sólo, poco sería: muchos entendemos ésta y otras verdades; pero, para agradar a Dios, es preciso, como dice S. Pablo, «no sólo oír la ley, sino practicarla» (1).

(1) *Non enim auditores legis justi sunt apud Deum, sed factores legis justificabuntur.* (Ad Rom. Cap. 2.º, 13).

CAPÍTULO XI

LOS VOTOS

**La obediencia.—Me ha gustado siempre ser pobre.—
Aroma de ángel.—Mortificación y oración.—Los lim-
pios de corazón.**

Lo que constituye a la religiosa en estado de perfección y la eleva a una categoría superior a la de los demás cristianos, son los votos que hace. Pero también, entre todas sus obligaciones, la principal y más grave es el cumplimiento de los mismos.

A esto aludía el divino Salvador cuando dijo: «Mi yugo es suave y mi carga ligera» (1). El amor y la generosidad del alma es lo que hace ligero y suave ese peso, o el cumplimiento de las obligaciones que lleva consigo.

Conviene, por lo tanto, dar una mirada, aunque sea breve, y ver cómo los cumplió la Hermana María, empezando por el primero, o sea el de la santa obediencia.

(1) Matth. XI, 30.

Confió ella misma a la Madre S. que no sentía ya ninguna contrariedad en las disposiciones de la Madre o de quien tuviera sobre ella autoridad.

«Una vez que tenía que venir el médico a auscultarme, me dijo, quiso éste descubrirme. Di un a mirada a la Madre; y ella dijo:—déjelo—. Lo hice tranquilamente; y me quedé en paz. También sucedió en otra circunstancia parecida, en que debía de venir el médico, darme la enfermera una camisa bastante ridícula, en forma de blusa. En el primer momento me vino al pensamiento: ¿ahora, qué facha voy a hacer con esto? ¿qué dirá el médico? Pero luego dije: la Madre ve, y si a ella le parece bien, nada me importa; y no sentí ya ninguna repugnancia, sino mucha paz y alegría».

Alguna vez, en que se le designó, para ayudarla en los trabajos de la huerta o de la cocina, a alguna corista, su humildad le hacía sentir alguna dificultad en mandarle. «Pero sin embargo, dijo, habiéndolo dispuesto así la Madre, me parece que aun a ella misma mandaría igualmente, pues en aquel momento sería el Señor quien la pone a mi disposición».

Bien se deja descubrir en esto el ambiente sobrenatural en que vivía, y que todas sus acciones las impregnaba en él, dándoles vida y hermosura.

La misma religiosa refiere, acerca de su espíritu de fe y obediencia ciega, el hecho siguiente: «Deseaba mucho leer la «Evolución Mística» del célebre y docto dominico P. Juan Arintero, y consiguió tenerla. Un día le preguntó la Rda. Madre Superiora lo que leía, y, al decírselo, ésta le contestó

que ese libro tan elevado no lo entendería, y que mejor le vendría otra cosa (1). Cuando nos lo contó durante el recreo, añadiendo que le gustaba mucho y «le hacía bien», hubo alguna que le dijo: «podría haber dicho a la Madre que le hacía bien aquel libro». Pero ella contestó: «No necesitaba nada más que me mostrase la Madre que no le agradaba que leyera aquello, para que lo dejara enseguida». Y añadió: «Me pondré otra vez a leer *La Monja santa*; yendo con fe, todo hace bien». Habían pasado de esto unos cinco años cuando me dijo una vez: «No puede creer todo el bien que me ha hecho *La Monja santa*. ¡Cuánto debo a ese libro!». Al recordar el hecho narrado, parecióme que había pagado el Señor con largueza su espíritu de fe y de obediencia».

Deploraba no haberla practicado con perfección desde que ingresó: «Madre, nos dijo un día, yo entonces no conocía lo que era obedecer...» (2).

(1) Sin duda que la misma Madre le había meses antes concedido permiso para leerla. Se colige por lo que vamos a referir: Un día encontramos a la Rda. Madre riéndose: nos dijo que acababa de hablar con la Hermana María, la cual había ido a pedirle permiso para leer la «Revolución Mística», y que le había contestado: Hija, ¿pero qué ha de entender si ni siquiera sabe decir su nombre? Evolución... no Revolución.

Fuéle más tarde de nuevo permitido; y los últimos años de su vida, era casi el único libro que leía, y decía que le hacía mucho bien. Nos parece por lo tanto lo más probable que la Reverenda Madre se olvidara de la licencia concedida, o bien lo hiciera para probarla. Pero, sin duda, Dios lo permitió, ya para ejercitar la virtud de nuestra hermana, ya para dejarnos este ejemplo más de perfección en la obediencia.

(2) Recuerde el lector a este propósito lo que dijo su madre, «que nunca le había faltado a la obediencia, sino que la

Cuando me llamaban, si estaba en la huerta o en la cuadra, antes de ir, terminaba de hacer lo que tenía en la mano, como recoger la hierba que había cortado, llevar la cesta a la cuadra, cerrar la ventana o echar la comida a la vaca; y esto no me parecía desobedecer, ni faltar, pareciéndome que bastaba hacer lo que mandaban. ¡Cuántas faltas e imperfecciones he cometido! Ahora no pienso así. Cuando me dicen una cosa, si no la hago pronto, no puedo estar tranquila. ¡Cuán distinta es la obediencia cuando se piensa que es el Señor quien llama o manda».

Le habíamos encargado por su fidelidad, ir a la noche, después del rezo del santo Rosario, inmediatamente antes de acostarse, a cerrar la cuadra. Su estado de debilidad, y sobre todo la hora, hacía sentir deseo de retirarse pronto a descansar, y, por lo tanto, le era un sacrificio ir a cumplir ese encargo; pero sacrificio bien dulce para su corazón. Ella misma dijo que sus mayores gozos los había pasado en el cumplimiento de su deber, especialmente en la obediencia; y así iba a cumplir esta orden con la alegría de quien va a hacer el remate de todas las obras del día. Así lo confió a una religiosa, diciéndole: «Volvía con mi llave estrechada al pecho, como si en ella estuviera mi tesoro, y sentía una alegría que no sabía decir». Muchas veces, al pasar por ese mismo camino, nos acordamos de ella, y nos parece verla estrechando

había encontrado siempre fiel». De esto se comprenderá que las palabras «no entendía lo que era obedecer» significan «no entendía la perfección de esta virtud, como la entiendo y practico ahora».

esa llave, convencidas de que era más grande delante del Señor, en el cumplimiento de su insignificante deber, que un Rey o Emperador dando leyes para el gobierno de una nación, si éste no intentara agradar al Señor y cumplir su santísima voluntad.

Un día, durante el recreo, nos oyó decir que, en Italia, las Hermanas más cuidadosas en vez de amontonar los cacharros y pucheros que usaban, los iban fregando y guardando, pues recién vaciados se limpian más fácilmente y se gastan menos. Nuestra buena hermanita, sin decir ni media palabra, tomó para sí la advertencia, y, al siguiente día, al ir a fregar los platos, todos los pucheros estaban fregados y guardados en su sitio. Lo cual nos demuestra, al mismo tiempo que su perfecta obediencia, el amor a la santa pobreza, cuyo voto guardaba tan fielmente. «No sé por qué, decía, siempre me ha gustado ser pobre». Este gusto no era natural, sino sobrenatural, e inspirado en el ejemplo de Nuestro Señor, como aconseja nuestra santa Regla. «Siendo la pobreza de espíritu, una de las ocho bienaventuranzas en la tierra, a la cual corresponderá una bienaventuranza mayor en el cielo, las Religiosas de la Pasión procurarán que todas sus acciones vayan informadas de ella por haber sido una virtud característica del Verbo Encarnado, su Señor y Esposo, el cual quiso nacer pobre, vivir pobre y morir pobre; de tal modo, que exhaló su último suspiro sobre un durísimo leño, por nuestro amor y ejemplo». (Regla, 6, 8, número 60).

Este modelo divino era quien la movía a amar

tal virtud y contentarse siempre con lo peor y más pobre.

Habíase hecho dos delantales: uno negro, para los días festivos, y otro de color, para los laborales. Todo de pedacitos pequeños de muestrarios, que casi llegarían a un centenar (los cuales guardamos ahora como reliquias). Tenía, asimismo, para su uso, sustituyendo al vaso de beber, el fondo de una botella cortada por medio, sirviéndole la otra mitad, es decir el gollete, para sujetar un cábito de vela, haciendo así oficio de excelente candelero. Objetos que le sirvieron hasta los últimos días de su vida y que hoy conservamos con veneración.

Desde la primera vez que se vió obligada a guardar cama, unos quince días— refiere una hermana—, sintió pena de ser carga para la Comunidad, y me dijo: «Hermana T., ya que las manos las tengo libres, tráigame todo lo necesario para hacer sandalias»; y empleaba en este trabajo todo el tiempo de que disponía, contenta (aun en este estado de sufrimiento) de ser de alguna utilidad. Siempre mantuvo este amor al trabajo, hasta casi el fin de su vida, ocupándose en arreglar sacos, preparar trapos para fregar, hacer escapularios o cosas por el estilo. Cuando sabía que con eso se sacaba algún dinero, se alegraba. Hubiera querido trabajar aún de noche para ayudar a la Comunidad, si la obediencia no le hubiese prohibido el trabajo, como sucedió en los últimos meses de su vida, a fin de evitarle el más ligero movimiento, que se temía le fuese perjudicial. Nunca estaba ociosa: limpiaba la hortaliza o legumbre y preparaba la

comida a las gallinas, aprovechando a veces pequeñas cosas que otras, por la prisa o descuido, hubiesen dejado perder.

Le gustaban mucho las naranjas (dice la enfermera), y, por la mucha sed que siempre sentía, recibía con ellas un alivio especial. Pero cuando empezaron a encarecer, decía que no se las dieran ya. Le parecía faltar a la pobreza por no ser cosa necesaria. Debido a la gran inapetencia, le era frecuente no poder tomar los alimentos que le dábamos, y sentía de esto mucha pena. A menudo decía: «No me traigan esta cosa; no compren la otra, porque temo no poderla luego tomar, se desperdicie y faltar a la santa pobreza». Le dijimos que, si hubiese habido falta, no era suya, sino de quien se la llevaba, pero que estuviese tranquila, pues con las enfermas no obliga la santa pobreza tanto como la caridad, y que bastaba la esperanza de que alguna cosa le agradara o le hiciera bien, para tener suficiente motivo de dársela, aunque luego la dejara yuviésemos que tirarla. Le pareció esta regla muy justa para las demás enfermas, pero no con ella; y, de vez en cuando, volvía a repetir lo mismo. Le habíamos ordenado que cualquier cosa que se le ocurriese tomaría con gusto la pidiera a la hermana de la cocina o a la enfermera. Dócil a la obediencia, fué, varias veces, a pedir alguna cosa preparada del modo que ella indicaba; pero luego venía diciéndonos: «Madre, he ido a pedir esto u otro, porque me dijo V. R. lo hiciera así, pero me parece un permiso muy amplio; será demasiado. Los pobres no tienen todo lo que quie-

ren». Por lo que teníamos que renovarle con frecuencia la orden para que continuase.

Un día nos preguntó si sería faltar a la santa pobreza, el que se le secase la tinta en la pluma, por no ocurrírsele pronto las cosas que escribía. «Soy tan torpe e ignorante (decía) que no sé ni juntar cuatro palabras».

Una vez fué a acusarse, en el refectorio, de haber faltado a la santa pobreza por haber roto un plato. Y, para poner de relieve el agravante de que había tirado su contenido, dijo con mucha gracia: «He roto un plato, y estaba lleno».

Cuando pedía, lo hacía con tanta humildad, que bien demostraba su persuasión de que era pobre y nada merecía. Cuando le hacían algunos servicios, tenía presente que era pobre, para no tener mucho tiempo las enfermeras ocupadas. Dice una de ellas: «Todo el tiempo que tuve la satisfacción grandísima de ser su enfermera, ni una sola vez la vi, no digo de mal humor o disgustada (cosa tan frecuente en las enfermas), sino ni siquiera sería: siempre en sus labios había una sonrisa encantadora. Era muy agradecida por cualquier insignificante servicio que se le hiciese. Muchas veces, cuando le preguntaba si necesitaba alguna cosa, contestaba que nada; pero el Señor me hacía comprender lo que podía hacerle falta, y se lo hacía. Entonces riéndose me decía: «Le dije que no necesitaba nada por no hacerle perder tiempo, pues podía esperar». Cuando me levantaba de noche para visitarla y me quedaba en su compañía, toda su preocupación era que me fuese a descansar.

Recordando ahora la gran paciencia que tenía en sus sufrimientos, junto con el temor de molestar, pienso que debía haber pasado muchas molestias y privaciones, y quizá también por olvido mío o falta de precaución. Que el Señor me perdone si en algo he faltado, pues por ella no podía caer en la cuenta de mis faltas, porque nunca se quejó ni mostró estar en lo más mínimo descontenta».

Nos parece poder asegurar que la Hermana María había llegado a la posesión de ese «reino de los cielos» prometido por Nuestro Señor, aún en esta vida, a los pobres de espíritu. Pues su amor hacia esta virtud no consistía sólo en los actos externos o privaciones de cosas materiales, a que nos obliga a los religiosos el voto de la santa pobreza, sino que poseía la verdadera pobreza de espíritu, a la que está vinculada esa bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (1). Este reino era la paz imperturbable de que siempre disfrutaba.

En premio de su desprendimiento y desnudez de todo, se encargaba el Señor mismo de proveerla, moviendo a las personas que estaban en torno suyo a rodearla de pequeñas atenciones y delicadezas, que le proporcionaban alivio y satisfacción, tanto mayor cuanto más grande era el espíritu de fe que le hacía ver a Dios en todas las personas y cosas. A nosotras mismas nos ha pasado esto muchas veces con esta alma angelical. Sin conocer ni remotamente ciertas necesidades o deseos suyos íntimos, nos sentíamos movidas a llevarle alguna cosa, a ofrecerle otra, o hacerle preguntas que le

(1) Matth. V, 3.

venían muy al caso. ¡Cómo se quedaba ella en estas circunstancias! Parecía quisiera derretirse de agradecimiento al Señor.

En el cumplimiento del tercer voto religioso no fué menos perfecta. La pureza del alma se transparentaba herloseando la castidad de su cuerpo. Estamos en la persuasión de que debió recibir del Señor algún don especial tocante a la virtud angélica, que con tanta fidelidad encomendó a la Virgen Inmaculada desde niña, rezando mañana y noche las tres *avemarías* a su pureza.

De conciencia muy delicada, que temía aun la sombra del pecado, nunca nos manifestó ni la menor duda o temor sobre el particular, consultándonos en cambio sobre cualquier otro punto. Esto nos hace pensar que la librase el Señor de tal combate. Nos admira, al mismo tiempo, la suma delicadeza que usaba cuando debía, por necesidad, decir ciertos términos que pudieran sugerir algún pensamiento contrario a esta celestial virtud. En el desempeño de sus obligaciones, respecto al cuidado de los animales, le correspondía a veces tener que decir alguna de estas palabras, que otras, por no ser un pecado, pronunciaban sin consideración. Entonces la Hermana María, si se podía dar a entender diciéndolas a medias, no las decía enteras. Parecía tuviese siempre presente la advertencia del Apóstol, de que «llevamos este tesoro en vasos de barro» (1).

Nuestro Santo Padre, para conservarlo intacto, nos recomienda mucho, como medios, la oración y mortificación y el pronto recurso a la Inmacula-

(1) II Cor. IV, 7.

da Virgen María, corriendo en los peligros a esconderse en sus brazos, como la niña huye, de quien le infunde miedo, a esconderse en el regazo materno.

¡Cuánto le gustaba a la Hermana María este punto de nuestra santa Regla, y cuántas veces y con qué tierno amor lo practicaría, siendo por la celestial Madre defendida y aún preservada de todos los peligros! Veremos, en otro capítulo, cuánto amaba a María y cuán grande era su confianza en ella. Ahora diremos sólo que su oración debía ser continua, por estar siempre en la presencia de Dios, teniendo por fin en todas sus acciones agradecerle y glorificarle. Su mismo porte modesto y grave indicaba que no estaba sola, sino en compañía y en presencia de Aquel que es llamado «Candor de eterna luz y espejo sin manchilla» (1); el cual parecía reflejara en ella algo de su luz y pureza. Esta debía ser la causa de esa simpatía y atracción que todas indistintamente sentíamos hacia ella, como lo afirman los apuntes que las religiosas nos han dado. Dice la Madre V.: «Al lado de esta hermanita yo experimentaba gran bienestar; parece que mi espíritu descansaba, y todas se encontraban muy a gusto en su compañía, recibíendolas ella, a su vez, con igualdad de ánimo y afebilidad, sin demostrar simpatías especiales ni antipatías».

Otra Hermana que también la trató mucho dice: «No sé lo que tenía la Hermana María, que atraía tanto; yo estaba muy contenta con ella; era muy graciosa y amable, la prefería a otras. Ha-

(1) *Candor est lucis aeternae et speculum sine macula...*

blando con ella, se quedaba siempre una con la convicción de ser por ella amada, pues tomaba las cosas de otra como suyas. A todas complacía; callaba cuando no convenía hablar, porque era muy prudente; en fin era en ella habitual la práctica de muchas virtudes. ¡Qué bueno sería que los santos vivieran mucho! Es una pena que el Señor se los lleve tan pronto. A mí, si hubiera vivido más, me hubiera hecho mucho bien».

Este bien era Dios que vivía plenamente en su alma y podía, por su medio, debido a su pureza y docilidad, difundirse y comunicarse a otras.

En cuanto al otro medio de que hemos hablado para conservar la angelical virtud, es decir, la mortificación, parécenos no sea menester detenernos mucho en demostrar que también fué fielmente puesta en juego por nuestra hermanita. Siempre que pudo, o fué permitido, practicó con toda fidelidad las penitencias y mortificaciones de nuestra santa Regla. Y cuando no le fueron ya permitidas, lo suplió con creces la dolorosa enfermedad que casi no le dejaba parte del cuerpo sin dolor. Pero lo que nos parece más digno de mérito, por ser más provechoso y seguro para el alma, es el espíritu de mortificación de que estaba habitualmente animada, como lo demuestran las siguientes palabras de ella, en una conferencia, dándonos cuenta de su interior: «Madre, siento un gran deseo de sacrificio y de escoger lo peor. Cuando estoy trabajando con las hermanas, si hay algo que cuesta más a la naturaleza, me siento como obligada a cogerlo para mí. No sé por qué, o lo que sea, pero siento como una gana de sacrificarme y es-

coger lo peor»...—Hija mía (le contestamos): tiene V. gana de sembrar para recoger en el cielo gracia y gloria; pues dice el Salmista que *quien siembra en las lágrimas*, o en el dolor y sacrificio, que es lo mismo, *recogerá con gozo en el cielo* (1). A esto la mueve la divina gracia: quiere recoja usted un gran premio en el cielo, y por esto la inclina ahora al sacrificio. Nuestras pobres palabras, cayendo sobre alma tan bien dispuesta, la enardecieron y fijaron más y más en su amor al sacrificio.

Otro hecho, entre otros, que demuestra también su espíritu de mortificación, es el siguiente: Estaba una vez su familia en el locutorio esperando. Sabedora ella de su llegada, se marchó a sus quehaceres de la huerta con la mayor tranquilidad, y a una religiosa que le indicó avisara a la Madre para que no esperaran inútilmente (pues parece lo había olvidado en aquel momento) contestó: «Yo no se lo aviso. Cuando ella se dé cuenta y me llame, iré». Estos sacrificios, aunque pequeños en apariencia, como eran continuados, revisten carácter de grandes, y revelan el dominio que tenía constantemente sobre sus sentidos; pues ella amaba con ternura filial a los suyos, y naturalmente hubiera tenido satisfacción de verlos pronto; mucho más, si se tiene presente que sus visitas eran raras a causa de la lejanía de su pueblo.

Tal unión con Dios y vida interior, y tan asidua mortificación, eran la guarda de su pureza y lo que también la acrecentaba incesantemente.

Tratar con ella nos causaba a todas la impre-

(1) *Qui seminant in lacrymis in exultatione metent.*
Ps. CXXV, 6.

sión de pureza que se experimenta al tratar con una niña inocente, y nos sentíamos movidas a considerarla como a tal, especialmente en este punto, respetando en ella la inocencia y candor de los niños.

Recordamos un hecho que confirma nuestro aserto. Hablando no hace mucho de la ocasión que en el mundo se le presentó de contraer matrimonio, la que esto ignoraba, al oírlo, rompió en esta admiración de sorpresa: «¡La Hermana María casarse! Qué raro se me hace el sólo oírlo». Y esta impresión hacía en verdad todo lo que estuviese de algún modo en oposición con la inocencia y pureza virginal propia de los niños, porque no cuadraba en la Hermana María.

Nos es grato cerrar el presente capítulo con las palabras del Divino Maestro: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (1).

En efecto, su porte amable, modesto y grave, revelaba bien a las claras que, con los ojos de su alma, veía al Señor y gozaba de su divina presencia.

(1) Matth. V, 8.

CAPÍTULO XII

EL QUINTO VOTO

Prisionera de Jesús.—El voto de la Pasión.—La Pasión de Jesús vivida.—La Pasión y la oración.—La Pasión y el apostolado.—Cada día más feliz.—Agradecida a Dios.—La perseverancia para los tres.

No hemos dicho nada del cuarto voto de religión que hacemos, o sea del de Clausura, porque su cumplimiento no lleva consigo ningún trabajo para las que hemos tenido la suerte de emitirlo. Por él nos hacemos felices prisioneras de Jesús, y podemos decirle a El—prisionero por nosotras en el Sagrario—: «También yo, cautiva de tu amor, soy prisionera por amor tuyo».

Al pasar delante de la puerta que nos oculta y separa del mundo en donde, según expresión de San Juan, todo es «concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida» (1), renovamos nuestro agradecimiento a la Bondad Divina, que tan misericordiosamente nos ha librado de ese primer enemigo de nuestra alma. Besa-

(1) I. Joan. II, 16.

mos con amor la llave que cierra esa puerta que tanto nos asusta e impresiona (alejándonos presurosas de ella), cuando por alguna necesidad se debe abrir.

Si estos son los sentimientos de todas las que hacen este dulce voto, no lo eran menos de nuestra hermanita, a quien hemos visto escaparse casi corriendo, cuando oía a las porteras mover las llaves para abrir.

No habiendo por lo tanto que decir nada sobre el particular, hemos pensado dedicar este capítulo al quinto voto que nosotras hacemos—peculiar de nuestra Orden y distintivo nuestro—, que nos da el nombre de Pasionistas y es la causa de nuestro ser.

Consiste, pues, éste, según dice nuestra santa Regla, «En promover la religiosa devoción y grata memoria de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo» (1).

Este voto, como los demás, impone sus obligaciones; aunque, por tratarse de un voto, para tranquilidad de las conciencias y para cumplir con lo esencial del mismo, dice nuestro Santo Padre: «Bastará que las religiosas recen todos los días con devoción cinco Padre nuestros y avemarías, y rueguen a su Divina Majestad dé fuerza y espíritu a los misioneros, propagadores de dicha devoción». Excusamos decir con cuánto empeño y fervor procuramos cumplir este rezo y cuánta importancia se le da siempre sobre todas las demás devociones. Los cinco «*Pater*» del voto eran, para la Hermana María, su oración primordial, y añadía luego una

(1) Regla, Cap. VI, 41.

larga plegaria que, aunque no sea obligatoria, es muy apta para pedir a Dios según la intención de nuestro santo Fundador, y recordarnos a la vez todos los días nuestro deber de ayudar con la oración a los que luchan para salvar las almas, otorgándoles la divina gracia por los méritos infinitos de la Pasión y Muerte de Nuestro Divino Salvador.

Cumplió con suma diligencia esta obligación todos los días de su vida, excepto los dos últimos en que ya no le fué posible. Pero esto no era más que lo esencial; y los santos buscan siempre lo mejor y más perfecto en todo. Así lo hacía nuestra querida hermana, aunque su humildad la ocultara con frecuencia bajo la vida común u ordinaria. Quien conocía su interior y penetraba en las profundidades de su alma la veía siempre atenta a las cosas del espíritu, procurando siempre hacer lo más agradable al Señor, especialmente en el cumplimiento de sus deberes, y en particular de éste, que es uno de los más esenciales para una Pasionista. Se esmeró por lo mismo en cumplirlo, penetrando su espíritu, que consiste en grabar, en el propio corazón y en la mente, los dolores y sufrimientos del Mártir del Calvario, apropiándolos por el amor, para poder luego comunicarlos a otros.

Los bienes de la Pasión de Jesús son, para muchos, tesoro sin explotar. La Pasionista, al meditar esta verdad, se enardece de santo celo y entiende su sublime misión de ser como la encargada de descubrir y aplicar estos infinitos tesoros a las almas. ¡Elevado ministerio, cuya dignidad le es designada oficialmente por la Iglesia, al serle impuesto el sagrado escudo de la Pasión, el día de

su profesión religiosa! Cumple este sagrado encargo mediante la oración y la Pasión vivida en su propia persona por el sacrificio y las inmolaciones que le impone su Regla.

«Jesús Crucificado, había dicho en una ocasión la Hermana María, el recuerdo de su amor infinito, de sus grandísimos dolores, de su amarga muerte, es el mejor medio para sufrir con paciencia». Y hubiera podido añadir: Es también el mejor medio para aprender la ciencia de todas las ciencias: la del amor de Dios.

De El aprendió en efecto el sacrificio, el desprendimiento de todo, el silencio, la paciencia, la oración. Bien grabada quedó en su mente la sentencia de nuestro santo Padre, que está en un letrero en el Noviciado, a fin de que sobre ella orienten las novicias su marcha hacia la santidad: «La Pasión de Jesucristo es la puerta real que da entrada a los jardines deliciosos del alma».

Sabía que tenía que subir a los grados superiores, a donde se sentía atraída por la gracia, a esa escuela interior en que se aprende más callando que hablando, en que, como la Magdalena a los pies de Jesús, se escucha en silencio, sin poder decir nada. La encantaban las instrucciones que nuestro santo Fundador nos da acerca de esta oración en silencio y en fe: «Salid de vos misma y abrazaos a Dios; salid del tiempo y perdeos en la eternidad. Los verdaderos adoradores adoran al Padre en espíritu y en verdad (1). Notad bien esto, porque estas palabras de Jesucristo contienen todo lo que hay de más perfecto en la oración: Su per-

(1) Joann, IV, 23.

fección no consiste en las alegrías y gustos sensibles, sino en «espíritu» y la «verdad», es decir, en una verdadera y sencilla desnudez y pobreza de espíritu, con desprendimiento de todo consuelo sensible, de suerte que el espíritu repose pura y sencillamente en Dios; y Nuestro Señor añade: «y en verdad», es decir, que es necesario mantenerse en su nada, sin robarle nada a Dios».

Esta desnudez de espíritu la alcanzó nuestra hermana entrando por la puerta segura de la Pasión.

Un día vino a enseñarnos el pequeño crucifijo, de unos 10 o 12 cm. que se usa para besar, preguntándonos cómo podía arreglarlo, pues se le había roto un brazo de la cruz. Le contestamos que no valía la pena. Estaba muy gastado y no inspiraba devoción. Ya le procuraríamos otro. Mientras tanto podía usar el grande que tenía colgado en la celda, a la cabecera de la cama. Nos contestó: «Madre, no se moleste por encontrar otro. Lo mismo me da besar éste, aunque sea gastado y pegado, pues al besarle, procuro de no pararme en la imagen, sino en la realidad. De otro modo, poco valdrían nuestros besos... A veces cierro los ojos y ni aun le miro».

¡Cuánta desnudez de lo sensible nos revelan estas palabras! Sirva el ejemplo para tantos que, bajo pretexto de que no es devota, cambian a cada paso las cosas de devoción que usan. La Hermana María había entendido que la piedad y devoción es cosa interna y debe salir de lo íntimo del corazón; que no depende de las cosas sensibles y exteriores, sino principalmente de tener el interior bien

ordenado mediante la mortificación de las pasiones y la privación, a veces, de las mismas cosas buenas. Hemos dicho *principalmente*, pues en general, en lo que no era para sí, le gustaban también las cosas hermosas y devotas. Lo demostró cuando nos regalaron el grande y hermoso Crucifijo que tenemos en el coro, facsímil del de Limpias. Al verle por vez primera, se alegró como ninguna. Entonces era la que, más que nadie, necesitaba ir a sus pies a pedirle fuerzas en su calvario y a ofrecerle sus dolores y su amor purificado por el dolor.

Le habíamos dado permiso de visitarle cuando lo desease. ¡Cuántas veces, aunque fuera brevemente, la vimos en el coro, con la mirada fija en él, o delante con los ojos cerrados y los labios inmóviles, pareciéndonos entonces que su oración fuese la de «unión» con el Divino Crucificado, cuya imagen de dolor se reflejaba también en su cuerpo, hecho un puro sufrimiento. Esto, de un modo especial, después que le pusieron el corsé de celuloide que la sujetaba e impedía moverse. Parece que entonces pudiera repetir a su Divino Esposo: ¡Oh Jesús, Vos en esa cruz por amor mío; y yo en la que Vos me habéis puesto, por amor vuestro!... ¡Cuántos de estos actos habrán salido de ese corazón que tan unido estaba con la voluntad de Dios en esos momentos de silencio pasados a los pies del santo Crucifijo! Nos era grato verla a veces de pie, derecha, derecha, como un soldadito delante de su Rey; otras, sentada en su butaca, pues no podía arrodillarse ni estar sentada en bancos—aún en el mismo sillón debía tener en el apoyo una tabla que la obligara a estar derecha—, nos parecía

que esas sus oraciones y sufrimientos debieron implorar para tantos infelices, que no conocen a Dios, el perdón y la misericordia.

«Qué compasión me dan, Madre, repetía con frecuencia, los que no tienen el consuelo de la religión y de la fe; no comprendo cómo pueden vivir. Para mí sería imposible, especialmente en ciertas circunstancias de la vida en que el corazón sufre y nadie puede comprender sus dolores. Pensando en los dolores de Nuestro Señor, y que El todo lo ve y lo sabe, nadie ya hace falta, y se siente una feliz».

Cuando el alma ha comprendido que todo lo encuentra en Jesús Crucificado, acude a El, y puede decir como nuestra hermanita: «Con El nada ya hace falta y se siente una feliz». Ha adquirido la ciencia más alta que existe, y puede ya ser maestra y enseñar aun a los más doctos y sabios, y repetir con el Angélico Doctor: «Todo lo que yo os enseño, lo he aprendido a los pies de Jesús Crucificado». Palabras que con verdad podía decir nuestra leguita sin letras ni cultura, pero llena de sabiduría celestial aprendida en la escuela de la Pasión de Jesús y de los Dolores de su Madre Santísima.

Inculcaba esta devoción a los suyos, de palabra y por escrito, de modo especial en las pruebas de la vida, dolores, enfermedades y muertes de seres queridos. Pocas son por desgracia las cartas que conservamos. Pero en todas les recuerda los sufrimientos de Jesús, y la predilección del Señor, y su dicha por haber sido escogida con una vocación especial para considerar las riquezas infinitas que en la Pasión de Jesús se encierran, y aplicarlas a

las almas que viven en pecado y al borde del eterno precipicio.

Iremos entresacando algún trozo de estas cartas, en la convicción de que lo que sale del corazón de los santos llega más fácilmente al corazón de los que oyen.

Escribía a su madre en una enfermedad de su hermana...: «Estas son visitas que el Señor nos hace, y debemos abandonarnos confiadamente en sus paternas brazos, recibiendo con resignación todo lo que El nos envíe, seguras de que todo es para nuestro mayor bien, y para los que le aman la misma muerte debe servir de consuelo, ya que sólo por ésta se puede poseer aquel Bien infinito que nos mereció nuestro divino Redentor con su Pasión y Muerte... Por mi parte no puede figurarse, mi querida madre, lo satisfecha y contenta que estoy en la santa casa del Señor... cada día me parece mayor la gracia grande que el Señor me hizo de poder pasar mi vida aquí, al pie de la Cruz y junto a la Virgen Dolorosa, pidiéndole para ustedes todas las gracias que necesitan... Pediré al Señor le conceda también la perfecta salud si es de su agrado, y si no, la resignación con su santísima voluntad. Usted procure lo más que pueda estar tranquila dejando toda preocupación; atendiendo a unirse más y más con Dios, que así tendrá mucha paz en el corazón y adquirirá muchos bienes para su alma...

Según me dijeron en la última, ha vuelto el reuma a molestarla; lo siento mucho, querida madre; quisiera darle algún alivio, pero ya que no puedo,

pido a Jesús Crucificado que por su dolorosa Pasión la asista y dé fuerza para sufrirlo todo por su amor...

Pediré por Vds. de modo especial en estos días a fin de que todos sean felices, no sólo en estos breves días de la vida, pues al fin muy pronto todo se acaba, sino por toda la eternidad, en donde tendremos la suerte de reunirnos, como esperamos por la misericordia del Señor; entonces nuestra dicha será completa y sin temor de perderla ni separarnos nunca. Tanto como se busca la felicidad, parece increíble que haya tantos ciegos que no quieran abrir los ojos para ver donde está; y ciegos verdaderamente son todos los que la buscan fuera de Dios, porque nunca la encontrarán ni en esta vida ni en la otra, pues aunque en esta vida aparentemente gocen, su dicha no es verdadera, y lo peor es lo que les espera en la otra. Así que no seamos del número de tantos desgraciados; busquemos ante todo servir al Señor, cada cual en nuestro estado lo mejor que podamos, y de esta manera gozaremos siempre la verdadera felicidad aún en esta vida, que de lo contrario nos exponemos a ser desgraciados para siempre».

A su hermano Pasionista, que le hablaba de los peligros, aun de la vida, que encontraba yendo por el mundo a *pedir*, le escribe: «...Si estás unido a Jesús Crucificado como buen Pasionista, siempre encontrarás mucha fuerza para llevar la cruz, y aún para morir en ella, si así fuera la voluntad divina.

...Experimenté mucho consuelo al ver que te encuentras bueno para seguir trabajando por el Señor y tienes por grande honor poder hacer ese

servicio a nuestro dulcísimo Jesús, que tanto hizo y sufrió por nosotros, y también porque con eso tienes motivo de ejercer muy buen apostolado, y así puedes hacerte muchos méritos para tu alma, y dar grande contento a Jesús Crucificado, si logras atraer a su amor aunque no sea más que un alma.

...Con grande satisfacción mía, recibí tu gratísima y para mí tan deseada carta, y llegó al colmo al ver que el Señor te dió luz para conocer las cosas en la verdad, y que en cierto modo te hizo participar de esta grande dicha, aspirando como dices muy bien el aroma de santidad de estas buenas Madres y Hermanas, teniéndote por muy dichoso de tener entre ellas a una hermana, que, aunque indignísima, la misericordia del Señor ha traído aquí. Gran dicha es la nuestra, querido hermano (1). Esperamos con la gracia del Señor que tantos ejemplos de virtud nos sirvan de estímulo, para que también nosotros lleguemos a la santidad. Así que tu carta me llenó de grande consuelo al ver que fuiste tan satisfecho, y que mi contento es también tuyo. Sí, no dejaré de repetirlo: mi mayor honra, mi mayor gloria es pertenecer a este santo Instituto».

En otra carta de pésame a una vecina suya, enferma, le decía: «Deseo se encuentre bien, esto es, conforme y resignada con la santísima voluntad de Dios, que la hace, a imitación de su Divino Hijo, beber sola hasta la última gota el amargo

(1) Alude a una visita que él le hizo y al gran contento que experimentó al verla tan impregnada del espíritu de Pasionista.

cáliz de la pasión: ya me hago cargo de lo mucho que sufrirá en la triste situación en que se encuentra, sin poderse valer por sí sola, y sobre todo con la pérdida de su muy amado esposo (q. e. p. d.). Verdaderamente son éstos unos golpes que, a no estar sostenida por la misma mano que la hiere, no podría llevarlos sin caer, desfalleciendo bajo su peso. Pero el Señor es bueno, y nos prometió que estará en modo especial con nosotros el día de la tribulación para sostenernos y alentarnos. Así que anímese a continuar llevando con paciencia y en unión con lo que padeció nuestro Divino Redentor por nosotros durante el tiempo que vivió sobre la tierra, y así se preparará una corona en el cielo muy resplandeciente, la cual será eterna».

A los suyos: «Yo cada día más feliz y contenta de pertenecer al Señor en esta santa casa; hoy estoy de silencio en obsequio al Niño Jesús. Todos los días de la novena hay alguna que lo guarda, para mejor prepararnos al gran día de Navidad; el silencio es riguroso, no se puede hablar nada; si hay alguna necesidad se dice por escrito, y lo más gracioso es, que en recreo todas son a hacer preguntas a la que le toca, para hacerle hablar, pero todo es inútil, porque está *muda*. También en ese día comemos de rodillas; no puede figurarse con qué satisfacción lo hacemos todo, en agradecimiento por tanto como el buen Jesús hizo y padeció por nosotros»...

Su alegría fué suma en el ingreso de su sobrineta. Así la expresaba a su madre: «Tomo la pluma para manifestarle mi sentimiento de gozo por la incomparable gracia que acaba de dispensarnos e[

Señor, admitiendo en esta santa Congregación a otro de los miembros de nuestra familia. Para mí no puede haber mayor satisfacción, y lo mismo sé que le pasa a V. Y a la verdad ¿qué mayor dicha puede haber que ser privilegiado por el Señor, prefiriéndonos a tantos otros (sin ningún merecimiento nuestro), trayéndonos a esta santa casa, dedicada a honrar su santísima Pasión, en donde, apartadas del mundo, podemos tan fácilmente amarle y servirle? Gracia es ésta que merece todo nuestro reconocimiento mientras vivamos, pues todo cuanto hagamos es nada en comparación de lo que El ha hecho con nosotras».

En otra, de felicitación por Navidad, no es menos el gozo que expresa: «Le deseo muy feliz año nuevo; nosotras, gracias a Dios, estamos pasando las más felices Pascuas.

Isabel está encantada con las fiestas de Navidad. Creo le escribiré ella, de manera que ya le contará sus impresiones; yo lo que le puedo decir con mucha satisfacción es que se la ve siempre contenta, todo le parece bien. Estos días tendremos también una «toma de hábito» ¡que no digo nada si le gustará!, pues ayer me dijo: «Si fuese la mía me volvería loca de contento»; así que, ¿qué más se le puede pedir por ahora?... todo es satisfactorio: de salud también está muy bien, corre y salta que es un gusto; sube y baja la escalera corriendo de manera, que hay que hacerle lugar, porque si no... no sé si algún día tira alguna; lo mismo que si estuviera en su casa, así anda de tranquila. Esperamos que el Señor le conceda la santa perseverancia, y nosotras debemos pedírsela todos

los días, para que no tenga que volver al mundo que tan pronto y felizmente ha abandonado, para vestir el hábito de Pasionista. Ya me dijo Silvino lo contenta que V. estaba, y que si llegase a tomar el hábito, si tenía salud no dejaría de venir; yo espero que el Señor le dará este consuelo, y así se lo pido, ya que si no todo, es en parte fruto de sus oraciones y ardientes deseos, que no puede menos de recompensar el Señor aún en esta vida. ¡Cuánto echo de menos, querida madre, que V. no sepa escribir, para que me contase sus sentimientos! Para las dos sería mucho consuelo, pero al menos quiero que, cuando me escriba alguno, lo haga por V. y digan todo. ¿De salud, cómo sigue? Yo, gracias a Dios, bastante bien y muy contenta».

Deseaba y pedía ardientemente a Jesús Crucificado poder traer, al pie de su Cruz, también a las otras tres sobrinatas que quedaban en casa. No dudamos que a sus oraciones deben tan gran favor las que ya han tenido esta suerte. Expresando con frecuencia este deseo en sus cartas, dice: «...Las niñas que nos escriban, que nos da mucha satisfacción cuando leemos sus cartas. A ver si quieren seguir a Isabelita; nosotras con gusto las recordamos, esperando que el Señor les conceda la gracia de que algún día puedan consagrarse enteramente al Señor».

«...Deseo saber algo de las niñas, si son aplicadas en la escuela y siguen siendo buenas. Dolores ya será muy crecida, deseo que me diga algo de lo que desea hacer de su grande inteligencia, y si desistió ya de su deseo de ser astrónomo para poner dos domingos a la semana ¡qué pillarina!, en esto.

se parece a Isabelita, que para hacerle coser tiene la Madre Maestra que estarle siempre encima.

Socorrito si ha hecho la primera comunión y sigue tan traviesa como de costumbre... y Severina ¿sigue con la misma afición de la escuela? Que me escriba también a ver lo que quiere ser. Me acuerdo mucho de todas ellas y pido al Señor les dé algún día la vocación...» (1).

Así, en medio de sus sufrimientos y encerrada en su convento, en el limitado círculo que le era dado, ejercitaba su celo atrayendo las almas al divino servicio, en esta casa destinada a recordar la Pasión santísima de nuestro divino Redentor.

La Hermana María era, en una palabra, una verdadera Pasionista, tanto por su entrañable amor a su vocación, como por su vida de sufrimiento continuo, tan pacientemente llevado. Por poco que hablara, o de viva voz o por escrito, acerca de la Pasión y Muerte de Jesús y con el fin de llevar las almas a su amor y compasión, pronto lo conseguía, por ser sus palabras acompañadas de obras y salir de un corazón impregnado del recuerdo de estos misterios de dolor y de amor.

¡Cuántas veces la hemos oído decir para humillarse o para animarse en medio de sus dolores: «Soy Pasionista!» En las privaciones, contrariedad-

(1) A Dolores, la mayor de las tres que quedaron en casa, como ya dijimos, se la llevó el Señor al cielo a los trece años, antes de poder cumplir su deseo de ingresar en esta Comunidad. Socorrito, actualmente postulante, ingresó a los catorce años en abril del corriente año. A su buena tía, que pidió tanto para ella la vocación, debe también tan gran suerte. La menor, Severina, de doce años, permanece todavía al lado de sus padres.

des, o bien cuando con caridad y esmero se la servía en sus dolencias, era frecuente oírla decir: «Pero soy Pasionista ¡eh! No son para una Pasionista tantas atenciones...»

Cuando se le llevaba alguna bebida refrescante, decía: «Siento vergüenza: Jesús sobre la Cruz tenía sed, y yo, Pasionista, estas delicadezas».

Los viernes, por sed o necesidad que tuviera, antes que dieran los toques de la agonía, no probaba nada. Igualmente, si no se le mandaba, se privaba siempre del postre o fruta, que a veces era su único alimento; y cuando lo tomaba por obediencia, hacía lo humillándose, y acompañando el acto con el recuerdo de Jesús sufriendo en la cruz.

Entre todas sus devociones, las preferidas de ella eran siempre las que se referían a la Pasión. Nos vino a preguntar si la devoción al Amor Misericordioso era pasionista; y sólo al serle asegurado que era muy propia para fomentar y avivar el amor a Jesús Crucificado, que es el compendio de toda la Pasión, la abrazó y practicó fielmente. Pero, sobre todas, la preferida de su corazón era el Vía-Crucis. Lo practicaba todos los días, y, con frecuencia varias veces, con grandísima devoción como viviendo los misterios meditados. Compungía y recogía sólo verla. Cuando ya no pudo de rodillas, visitaba de pie las estaciones. Parecíanos verla en pos de Jesús con su cruz—amada sobre todas las alegrías del mundo—, porque sabía que ir con ella es el mejor modo de acompañar y consolar al divino Redentor en los abandonos y olvido de sus dolores, y en el desprecio de los hombres

para el sufrimiento, que es el don con que da pruebas a los suyos de su predilección.

Ofrecía todos los días al Señor el último instante de su vida en unión de la muerte de Jesús sobre la Cruz, pidiéndole que, por su agonía y su último suspiro, le concediera que la última palpitación de su corazón fuera un acto de amor puro.

Dejó dicho que, si no podía morir vestida con el santo hábito, se lo pusieran encima de la cama y que le tocara algo a su persona, como en efecto lo hicimos. Era muy fiel en besar todas las prendas de vestir según se acostumbra.

Y para concluir, la Hermana María fué verdadera Pasionista en todo el sentido de la palabra: Su vida, toda de dolor y sufrimiento, fué una vida crucificada, a pesar de que el amor le hacía creer que sus dolores eran cosas de poca importancia, cumpliéndose así en ella a la letra lo que dice nuestro santo Padre: «Cuando se ama verdadera y sinceramente a Dios, se mira como poca cosa lo que se sufre por el Divino Amante. Quien cree sufrir mucho, es porque poco, muy poco ama al Señor».

Si le parecían poco sus dolores, era porque los miraba al lado de los de Jesús y María. En ellos solamente esperaba y confiaba todo, ofreciendo a menudo la preciosísima Sangre de Jesús y los dolores y lágrimas de María Santísima, diciendo que en sus méritos están todas sus esperanzas, porque todo lo que hace y sufre la criatura es nada si no lo une a los de estos divinos Modelos. Este vivir unido a los dos soberanos Dueños de nuestra alma la hacía estar siempre en fiesta en medio de

sus sufrimientos, porque (como dice nuestro santo Fundador) los amantes de Jesús Crucificado celebran todos los días la fiesta de la santa Cruz, con el silencio en el sufrimiento y el semblante alegre y sereno, para que sólo Dios lo vea. Esta fiesta es, para el alma, un banquete solemne.

Veremos cómo lo fué para la sierva de Dios.

CAPÍTULO XIII

COMO VIOLETA

**Vida oculta. — Las cosas pequeñas. — En la huerta. —
Unión con el AMOR MISERICORDIOSO. — Con la vaca.
— Zapatera.**

CONOCIENDO ya el lector cómo nuestra biografía cumplía sus principales obligaciones, tanto interior como exteriormente, nos es grato mirarla ahora con una vista general en su vida ordinaria y en sus quehaceres de hermana lega. Mientras sus achaques no se lo impedían, imposibilitándola en absoluto, se encontraba siempre en sus trabajos, en silencio, como los que están bajo la mirada de Dios y sólo a El buscan complacer. Su pequeñez, el porte y todo su modo de ser, la hacían pasar con frecuencia casi desapercibida. Como si nadie pensara ni se ocupara de ella. Una vez sabida o sospechada la voluntad de los Superes, allá iba sin preocuparse de ninguna otra cosa, como si nadie más existiera para ella.

Como sabemos, de ordinario había sido destinada, por ser más conveniente a su salud, a los

trabajos de la huerta y al cuidado de los animales. Allí, por tanto, la seguiremos después de haber transcrito por entero unas hermosas páginas de la Madre S. sobre su vida oculta y su fidelidad en las cosas pequeñas: «La vida, dice, de la Hermana María, ha sido, a mi humilde parecer, la imagen de la violeta, oculta y muy oculta entre las hojas de la vida común a los ojos de las criaturas, y mucho más a los suyos propios, por su sencillez extraordinaria que la hacía ocultarse insensiblemente; pero no por eso se dejaba de percibir la fragancia de sus virtudes que tanto embriagarían al Esposo divino. Yo, que la observé de continuo, vi en ella siempre una fidelidad tan grande en todas las pequeñas cosas, el coger siempre para sí lo peor, lo más repugnante y pesado. Tantos pequeños actos de caridad que nunca los dejaba escapar; y sobre todo esa serenidad e igualdad de carácter unidas a una amenidad y buen humor, que hacía tan agradable su trato, yéndole siempre bien con todas, sin tener ningún choque con nadie, a no ser alguna vez por broma y entretenimiento.

Tenía tan bien cerrado el vaso del tesoro íntimo, que para descubrirle un poco hacía falta mucha astucia y sagacidad; yo penetré alguna vez en su alma, y vi en ella una intensa vida interior, un espíritu de fe no ordinario y una vida de abandono poco común.

Nunca he conocido en ella esos artificios del amor propio que muchas veces busca pretextos y rodeos para quedar con loa ante la mirada de los demás. Al contrario, una que no la hubiera conocido, podía alguna vez haberse deseducado ante

algunas expresiones, que espontáneamente y con toda naturalidad le salían, de propia confusión y humillación. Lo que me obliga a creer que había llegado a gozarse en el desprecio. La vi muchas veces que estando con la acostumbrada animación durante el recreo, la llamaban inesperadamente a otra ocupación, y ella marchaba enseguida con toda paz y sosiego, y del mismo modo quedaba sin recreo los días que tenía que sacar la vaca a pacer.

Nunca la oí quejarse ni disgustarse de ninguna (sino cuando estábamos de broma y muy lejos de herirnos), antes bien, su profunda humildad sabía disimular con destreza los defectos ajenos, abultando en extremo los suyos propios; y al mismo tiempo su caridad le hacía tomar algo bueno de cada una, cual solícita abeja que chupa el néctar de las flores para libar su miel.

Noté siempre en ella una inclinación a tomar para sí, con prontitud y disimulo, lo más penoso y repugnante, y hacer ocultamente muchos pequeños actos de caridad; siendo tanto el amor que tenía a su propio deber, que muchas veces, cuando estaba con el reuma y apenas podía tenerse en pie, sentía tanto cuando la mandaban al recreo sin dejarla ir a fregar, que decía: «Yo soy hermana, y es mi obligación ir a fregar»; y apenas podía valerse un poquito (todavía apoyada con el bastón) iba a cumplir este trabajo, y a servir la mesa con su delantal arrastrando, pues ninguno se adaptaba a su estatura, y si le decíamos algo, nos respondía que era punto de la santa Regla que vayan las Hermanas a fregar y servir la mesa antes de dirigirse a la recreación. Mientras estuvo bien, jamás la vi

faltar a esto, aunque ella (encargada de la vaca) tuviera que quedar sin apenas recreo por tener que ir después a atenderla. Alguna vez que me encontraba también yo fregando, le dije: ahora termino yo, marche V. que tiene que ir a donde la vaca; y ella me contestó: «La Hermana T. dice que después de terminado de fregar»; y continuaba con calma hasta lo último, sin que le notase yo nunca disgusto por el poco tiempo que le quedaba de recreo, a pesar de que le gustase bastante expandirse durante el mismo.

Estando yo en el Noviciado, la R. M. Maestra nos la ponía muy a menudo por modelo, por lo cual yo la observaba muy de cerca, viendo en ella *un no sé qué* que me atraía tanto, aunque procurase ella esconderse más y más con su sencillez encantadora y profunda humildad.

Recuerdo también que procuraba con sencillez y disimulo ponerse durante el recreo a cierta distancia de nosotras, y si le decíamos algo por ese motivo, nos respondía: «Es que como traigo estos trabajos (arreglar sacos, etc.) temo echarles polvo».

En alguna ocasión en que estábamos durante el recreo en la huerta y nos faltaban las Madres Maestra y Vicemaestra, la tomábamos en medio para pasear, por ser ella la más antigua de profesión. Procuraba la humilde hermanita con todo disimulo escabullirse a un lado; y nosotras con el mismo disimulo también, insistíamos en tomarla en medio, dando bastantes paseos en esta mutua porfía, hasta que al fin le dirigíamos la palabra y

ella nos respondía con humildad: «Yo soy hermana, y Vdes. coristas».

Noté también en ella que dirigiendo a veces en broma alguna frase menos respetuosa a alguna durante el recreo, le pidió después perdón y dijo luego dirigiéndose a nosotras: «Ya me he confesado que he faltado al respeto». Y al contestarle, pero, ¡si era en broma! respondió ella: «Pero la santa Regla manda respetar a las coristas».

Estos sentimientos, habituales en la Hermana María, la hacían estar siempre en todas partes en el último lugar y considerarse la menor de todas. Cuando deseábamos hablar con ella o saber dónde estaba, dábamos una mirada por la huerta, y la cesta de hierba (de ordinario mayor que ella) nos lo anunciaba. Cuando había poca hierba, mucho le costaba reunir los dos o tres grandes cestos que se necesitaban; pero ella, sin quejarse ni dar a conocer su trabajo y molestia (que se lo hacía mayor su estado de debilidad), daba vueltas por la huerta hasta completar la cantidad que hacía falta, arrancando con las manos esa pequeña hierbecilla medio seca, que por ser tan pequeña no podía ni cortarla con la hoz. Lo dijo ella misma en confianza a una hermana para animarla al sacrificio, añadiéndole: «Al cargar las cestas para llevarlas a la cuadra, las encontraba tan pesadas que me parecía no poderlas llevar. Pensaba entonces: ¡Cuánto me ha costado reunir esta hierba! Pero Dios ha visto mi sacrificio y sabe cuántos hilos de hierba van aquí, para darme de todo una recompensa en el cielo. Con este pensamiento cargaba la cesta, y me parecía no sentir más su peso».

Convencida de que aun en las acciones más pequeñas y bajas podía glorificar al Señor, no hacía distinción de una a otra cosa: limpiar la vaca, arreglar la cuadra, cortar hierba, recoger leña; todo lo santificaba, y en todo encontraba al Señor, porque todo lo hacía para cumplir su santísima voluntad, que era el móvil de todos sus actos, como lo demuestra la suma diligencia con que todo lo ejecutaba.

Una vez nos dijo: «Madre, cuando pienso mientras estoy cortando la hierba que con este trabajo yo puedo glorificar a Dios todo lo que es posible a una criatura, me siento tan feliz, que no envidio a nadie». Bien podía repetir estas palabras que encierran la ciencia más sublime y la más alta filosofía. Cuando el alma ha encontrado el modo de santificarlo todo y de glorificar en todo al Señor, no le queda ya nada que aprender, pues todo lo sabe.

Hablando un día, dice una religiosa, de cómo las criaturas inanimadas glorifican a Dios y nos estimulan también a nosotras a alabarle y glorificarle, nos dijo: «Y especialmente a nosotras religiosas, y además de clausura, gran cuenta nos pedirá el Señor si no nos santificamos. A las de enseñanza o vida activa, aún se les podía disculpar por tantas ocupaciones exteriores como tienen; pero nosotras, que no tenemos que atender más que a nuestra propia santificación... y aún más yo, que como hermana tengo menos preocupaciones todavía. ¡Cuántas veces he pensado esto cuando estaba cortando la hierba! ¿Quién me impide a mí pensar en Dios, pues no tengo más que cortar y cortar todo el tiempo; y cuando toque la campana, ya

está, a comer? A mí me parece que las hermanas en esto están mejor que las coristas; pues, aunque tienen mucho trabajo material, tienen más libre el espíritu».

Le gustaba mucho el espíritu de la Ofrenda del Amor Misericordioso. Decimos «el espíritu», porque la letra, aunque de vez en cuando la repitiese, no satisfacía plenamente su alma, que buscaba y necesitaba la unión; y, porque el espíritu de dicha ofrenda lleva a la unión, se acogía a esta parte y la vivía, práctica y constantemente. En una carta a los suyos, les encomienda con entusiasmo esta devoción... «Procuremos ser muy agradecidos a Dios, no sólo por nosotros, mas también por tantos que desgraciadamente no lo hacen, y para esto es muy a propósito ofrecer a Jesús por María a nombre de todas las criaturas. Ya me parece que en alguna ocasión le mandé una hojita del Amor Misericordioso que tiene dicha oferta, y me gustaría la repitiesen muchas veces, pues es una oración muy breve y al mismo tiempo da mucha gloria a Dios, porque no podemos ofrecerle cosa más grata que su amadísimo Hijo en quien tiene puestas sus complacencias; y también es de grandísimo provecho para nuestra alma y para la de los demás, por abarcar dicha oración un fin universal. Así nos debemos animar y decirla con frecuencia y fervor, a fin de que sea conocido y alabado nuestro bondadosísimo Dios de todas sus criaturas».

Esto, que tanto recomienda a los que amaba, era lo que puede decirse constituía su pasión de hacer el bien a todos. «Si estoy unida a Dios—decía—, como El está siempre beneficiando a los hom-

bres, en El y con El puedo hacer también yo bien a todos». Esto no hay nada que lo impida, ni lugar, ni distinción de personas. Entre éstas, si hay preferencias son a favor de los ignorantes. Y nuestra hermanita recordaba con gusto, a este propósito, aquel caso de Fray Gil, que, instruído sobre esto por S. Buenaventura, fué a la huerta gritando: ¡Viejecita! ¡viejecita!, tú puedes amar a Dios cuanto Fray Buenaventura.

Otra relación de una Hermana, que nos demuestra a un tiempo su humildad y delicadeza de conciencia, nos descubre cómo debía también ella estar sobre sí para no caer en esas faltas o imperfecciones en que fácilmente caen aún los perfectos, en la vida de Comunidad o en el trato con el prójimo. «Un día, dice, estaba en la huerta tendiendo la ropa; pasó junto a mí la Hermana María y le dije: Hermana María ¿me hace la caridad de ayudarme a poner dentro las gallinas? Contestó: «Tengo mucho que hacer, no puedo perder tiempo con las gallinas», y continuó hacia la cuadra, a donde se dirigía. No había aún terminado de tender la ropa cuando la vi venir, toda confundida y humillada, a arrodillármese delante y decirme: «Hermana T., le pido perdón del poco respeto con que le he hablado; siento la falta que he cometido y pido al Señor la gracia de no volver a hacerlo».—Esta Hermana quedó muy edificada, viendo con qué prontitud y humildad vino a reparar enseguida ese primer movimiento natural que se le había escapado, sin duda involuntariamente. Y añade:—«Cuando la Hermana María cuidaba de la vaca, venía durante el invierno todas las mañanas a la cocina, después del des-

ayuno, a pedir agua caliente para darle de beber; y, cuando sucedía que no la encontraba o no había suficiente cantidad, nunca daba señal de impaciencia o disgusto, sin decirme siquiera que la debía de tener preparada para esa hora, sino que esperaba siempre en silencio sin media palabra de queja dejándonos a todas muy edificadas.

Caso parecido se lee en la vida del angelical San Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús. Encargado de arreglar las lámparas, fué un día a pedir aceite al hermano coadjutor. Este, olvidándose del encargo, le tuvo durante largo rato esperando, hasta que, dándose cuenta de su olvido, fué a pedirle perdón. Mas él, en lugar de manifestar impaciencia, le dió las gracias, sonriendo.

El silencio es una virtud que nunca falta en los santos, ni en las almas que, de veras, aspiran a serlo. ¡Cuántos sinsabores, disgustos y faltas de caridad se evitan con él! ¡Cuántas faltas, a veces, se dan a conocer en toda su fealdad a quien las ha cometido, mejor que reprendiendo y exponiendo razones! Así lo hacía la Hermana María como lo atestigua la Hermana A.: «Desde mis primeros días de postulante, admiré con extraordinaria atención la candidez, amabilidad y dulzura de la Hermana María; apenas si yo sabía lo que era virtud, y el sólo verla y tratarla me atraía, sin yo darme cuenta, a practicarla. Con frecuencia nada me decía con las palabras, pero todo me lo enseñaba con las obras. Con un extraordinario disimulo sabía sacarme de todos mis apuros, con una sencillez encantadora; lo que me hacía quedar confundida sin saber qué admirar más, si su heroica ca-

ridad o su grandísima humildad. Estas virtudes practicadas por ella, aún, como digo, sin yo conocerlas, me servían de gran meditación, pues, aunque parecía que no hacía nada, para mí era un continuo predicador. Su modestia me atraía tanto, que muchas veces tuve escrúpulo de faltar yo a ella por mirarla».

Más adelante volveremos a oír las declaraciones de esta hermana, que tuvo la suerte de asistir-la muchas veces como enfermera, y con la que tuvo ella una particular confianza por haber estado juntas en el Noviciado.

En el invierno, cuando por la humedad no le convenían sus ordinarios trabajos de la huerta, hacía de zapatera, arreglando sandalias y haciéndolas nuevas. Atendía a esta ocupación con tanto amor e interés, que animaba a las religiosas a llevarle el trabajo. (Alguna esperaba de propósito estuviese en la zapatería la Hermana María para llevarlas a arreglar). Tenía buen criterio para disponer lo que convenía más: si componerlas o hacerlas nuevas. Había recibido para eso plena autoridad. Lo que ella hacía, bien estaba.

Aprendió este oficio de su hermano Natalio. Puso tal empeño en aprenderlo, que pocos días le bastaron, mientras que otras necesitan meses. Dice la Hermana B. que la ayudaba en este trabajo: «No sé si por mi poca disposición o poco afecto a dicha labor, me habían enseñado varias veces a preparar el hilo con la cerda para coser y nunca supe hacerlo; y con una sola vez que me lo enseñó la Hermana María aprendí muy bien. Me explicó todo con tanta dulzura, caridad y paciencia, que no

se me olvidará más ni el trabajo ni el modo tan agradable con que me lo enseñó».

En una ocasión en que estaba aquí su hermana Benigna y le preguntó si deseaba alguna cosa, se aprovechó del ofrecimiento para proveerse de material en su oficio de zapatera. Pero, como viese aquella que pedía varias cosas, le dijo en broma: «Si gasto tanto, Froilán (su marido) me riñe». En la primera carta que luego le escribió, aludiendo a esto, le decía con su gracia y amenidad: «Dime cómo te ha ido de la riña de Froilán por el despojo que te hice. Como yo no he sentido nada, me quedé muy contenta, deseando que vuelvas otra vez para hacer lo mismo. Mis hermanas zapateras también quedaron muy contentas, sobre todo por aquel hermoso bote de pintura que tan bien les viene... ya he pintado nuestro cinturón, y ha quedado muy bien, así no me ha quedado ningún remordimiento si te han reñido o no».

A ella se debe también una guadaña que pidió igualmente a los suyos, para facilitar a las Hermanas el trabajo de cortar la hierba. En el modo que podía, procuraba favorecer y ayudar a la comunidad.

Quien lleva siempre consigo a Dios, a todos, en todas partes, tiempos y lugares, hace sentir su bondad, dulzura y amor; y excita a otros a amarle. Este don lo tenía nuestra querida hermana. Lo iremos viendo cada vez más en lo que nos queda por decir.

CAPÍTULO XIV

ALEGRÍA SANTA

Gozo en las moradas de Dios.—Fruto del Espíritu Santo.—La naturaleza vencida y la divina voluntad.—La Superiora, su apoyo y guía.—El Señor es quien sufre en mí.—Creados para gozar.—La gracia, principio del gozo eterno.

DECÍA el santo Profeta David que, en las moradas de los justos, se oyen voces de regocijo y salud. «*Vox exultationis et salutis in tabernaculis justorum*» (1). En los conventos, por lo tanto, más que en ninguna otra parte, es donde debe reinar esta santa alegría, con la que se manifiesta la justicia y santidad de sus moradores. Por la misericordia del Señor, vemos que así es, en realidad. En ninguna otra parte, decía una persona que pasó unos recreos con unas monjas de clausura, he visto alegrías más puras, frentes más serenas, sonrisas más sinceras y cordiales que entre aquellas austeras religiosas.

En efecto, esto pasa en los conventos observan-

(1) Ps. CXVII, 15.

tes; parece que no existe la vejez que hace sentir el peso de los años y arrastrar triste la vida; que no hay canas ni arrugas, puesto que los felices habitantes de estas moradas de paz parecen siempre en plena juventud. El corazón nunca envejece, y de la boca sale lo que en el corazón hay, que es el espíritu de Dios, el cual es quien alegra esa juventud perpetua.

Nadie gozó tanto de esta pura alegría como nuestra querida hermanita. Mucho es lo que tenemos que decir sobre este punto, encontrándonos confusas por no saber por dónde empezar. Aunque lo que ya sabe el lector sería suficiente para formarse una idea del espíritu de esta amable sierva de Dios. No debe sorprender esto, ni por el estado de enfermedad y continuo sufrimiento del sujeto, ni por lo austero de la vida de Pasionista. El gozo es un fruto del Espíritu Santo, el cual sabemos que habita de una manera particular en las almas de los justos, para santificarlas, colmándolas de sus dones y frutos. La causa, pues, de su alegría no era externa, ni dependía de cosas exteriores. Estas, por ser susceptibles de mudanza, exponen a cada paso al alma a quedar privada de este bien, y nunca han bastado para hacer a nadie feliz. Dependiendo por lo tanto de *Aquel* que mora como dueño absoluto en lo íntimo del alma, no es extraño viviera siempre en continuo gozo, o, como dice la Sagrada Escritura, en un «perpetuo banquete de boda».

«Mi vida es un perpetuo gozar, decía nuestro San Gabriel; paso los días, los meses y los años sin darme cuenta: ¡Qué dulzura es para un religioso, al

ir a acostarse en su pobre cama, acordarse que ha empleado todo el día en el servicio de un Señor que tan largamente recompensa a los que le sirven, con el pensamiento de levantarse de allí a pocas horas para cantar las alabanzas del Señor!» (1).

Otro tanto repetía nuestra hermana a cada rato: «Me siento feliz: no cambiaría mi vida por nadie. No siento nada, no quiero nada, no deseo nada; pero estoy siempre tan contenta como quien lo tiene todo».

Y en efecto, todo lo tenía, porque tenía el *Todo*—Dios—lo único que puede llenar los vacíos de nuestra pobre alma. Pero nos conviene conocer su secreto. ¿Cómo había llegado a la posesión de este Bien infinito? Ella misma nos lo va a decir: «Cuando uno obra conforme a lo que el Señor quiere, siempre queda en el fondo del alma una satisfacción que con nada puede compararse, y muchas veces se aumenta con los choques de la naturaleza, cuando ésta está ya vencida» (2).

«El cumplimiento de la voluntad de Dios», y el «haber vencido la naturaleza»... ¡Qué bien nos descubre, con estas palabras, la altura a que llegó y la causa segura de su perpetua paz!

Al cumplir sus quehaceres, se la veía como absorbida en lo que tenía entre manos, sin ocuparse de ninguna otra cosa ni de nadie. Cualquiera de sus deberes la hacía igualmente feliz, porque la causa de su gozo era el cumplimiento de la Divina Voluntad, y ésta acompañaba todos sus actos y era el móvil de todas sus acciones. No importaba cor-

(1) Carta de S. Gabriel a su hermano Miguel.

(2) Carta a su hermano Natalio.

tar hierba, barrer la casa, o quitar las orugas de la hortaliza. Si Dios lo quería de ella, bastaba; allá iba y era feliz... «como quien lo tiene todo».

Si alguna pasaba cerca de ella, continuaba su trabajo como si no se diese cuenta. Si le hacían preguntas, contestaba brevemente con dulzura y respeto. Si sólo se paraban a mirarla, recibían de ella una amable y dulce sonrisa; sonrisa consoladora que divulga el secreto de su gozo.

Mucha paz está prometida a los que guardan con fidelidad la ley del Señor (1); mayor aún la gozan los que, además, cumplen fielmente sus deseos.

Servíale asimismo de mucha ayuda, y era otra causa de consuelo para ella, la unión y candidez infantil que tenía con su Superiora. Nunca miró en ella a la persona, sino al cargo y autoridad de que estaba investida. Habiendo permitido el Señor no encontrarse entre sus ministros quien la entendiera, la dió en cambio la que, por el cargo que ocupaba, podía llevar a su alma la seguridad necesaria para continuar animosa su carrera.

Mas no tuvo esta suerte enseguida... Hablando con su hermano religioso de cosas íntimas, dijo había sufrido mucho sobre este particular, hasta el año 1928, en que fué elegida Superiora la que fué su Maestra en el Noviciado. Ella misma lo dirá en carta al citado Hermano Natalio: «Tengo una noticia que darté de la que vas a quedarte sorprendido (2). Para mí es una gracia muy grande que el

(1) Pax multa diligentibus legem tuam. Ps. CXVIII, 165.

(2) Con esta expresión «sorprendido», quiere decir «sabiendo cómo nunca he encontrado quien me entendiera».

Señor me ha hecho, y es, que entienda todo mi espíritu la Rda. Madre Superiora, en la manera que yo necesitaba, es decir, que entienda cómo soy sin yo decirselo; pues yo, aunque sé como soy, no sé decirlo; pero cuando me lo dicen quedo muy satisfecha. Así que ya ves si estaré contenta, pues, aunque gracias a Dios siempre he estado muy tranquila, ahora estoy mucho más, pues se me facilitan las cosas del espíritu y también las materiales. Cuando voy a ella digo muy pocas palabras y a veces ninguna, si no es que no sé decir nada; pero, como me entiende, siempre salgo tranquila y animada. Ahora veo cuán provechoso es estar abandonados en las manos del Señor, sin desear otra cosa que hacer su voluntad, estando contentas con lo que dispone y sin preocuparnos de medios para ir a El, aunque nos parezcan necesarios, pues El a su debido tiempo dará al alma que así se abandona en sus divinas manos todo lo que necesita para adelantar en la perfección. Con muchísimo gusto te comunicaría también a ti todas mis cosas, pero por lo que acabas de ver, comprenderás que soy inexplicable. Pero pediré a la R. M. Superiora te diga algo, ya que ella me conoce perfectamente; y así, si hay en mí alguna cosa reprehensible, puedes decirme la con toda confianza, por si ella no se atreve; esto temo, que a causa de mi imperfección, no se atreva a avisarme de mis defectos (aunque me ha dicho que sí lo hará). Hoy no podrá decirte nada, porque estaba muy ocupada y quiere echar esta tarde la presente, pero que en otra ocasión lo hará».

Este su deseo de que su hermano conociera sus

defectos era con el fin de que también él la ayudara en su perfeccionamiento. Decía que con su hermano y la Madre tenía bastante, y no necesitaba de otra dirección.

¡Qué fácil es ayudar a estas almas, tersas como un cristal!

Al fin de cada mes—según aconseja nuestra Santa Regla y acostumbramos a hacer—todas las religiosas tienen una conferencia con la Superiora, cuyo objeto es recibir de ella los permisos, órdenes e instrucciones convenientes, para cumplir cada una con las respectivas obligaciones de sus oficios. También, la que libremente quiera hacerlo, puede confiarle las cosas íntimas de su alma.

La Hermana María no tenía secretos. Nada hubiera ocultado a la vista de la que Dios le había dado por Madre. Al llegar su turno, se presentaba en actitud humilde, demostrando bien a las claras los sentimientos de fe y respeto de su corazón. Si cuando debía entrar venía alguna otra, ella enseguida se retiraba tranquila; o bien, se asomaba a la puerta para decir: «Madre, es mejor que atienda primero a ellas, que tienen que hacer; yo puedo volver otra vez, y me es lo mismo».

Tocante a lo exterior exponía enseguida de un modo claro todas sus dudas, concertando lo que decía. Cuando se le daba la contestación sobre un punto, escuchaba muy cuidadosa, como la cosa principal; y luego, sin rodeos ni reminiscencias, pasaba a otra. En pocos minutos quedaba todo determinado. En cuanto a lo interior, le hacíamos alguna pregunta, a ruegos de ella misma. Al ser preguntada contestaba aún a esto de un modo claro y

preciso: *Sí madre, así es lo que yo quiero, o siento; o bien: no, no es así.* A veces, quedábamos admiradas, pues lo corriente es que, en las cosas del espíritu, como no se ven, se tenga alguna duda; y en nuestra hija no sucedía esto. El espíritu de Dios o aquel «sí invariable» que estaba en ella la hacía hablar de este modo; porque «Dios no es tal (dice S. Pablo) que se hallen en El el Sí y el No, sino que en El todo es inmutable» (1).

Esta seguridad, confirmada y aprobada por la que ella consideraba como el órgano de la voz de Dios, era el manantial íntimo e inagotable de la alegría espiritual de que siempre gozaba. Con qué cara de satisfacción salía la buena hija de nuestra celda, cuando, al terminar la conferencia, le repetíamos: «Anda V. bien; continúe adelante en esta forma, dejando obrar al Señor, y esté segura de que El completará la obra de su santificación».

Sabiendo que los pobres enfermos tienen con frecuencia días de tristeza y de soledad, le dijimos una vez: Hermana María, si alguna vez le viniere melancolía, en cualquier tiempo que sea, vaya unos minutos al coro a los pies de Jesús Crucificado, o bien, venga a nuestra celda. Nos contestó: «La melancolía nunca me viene, Madre, me siento siempre contenta; porque aun cuando me dan los dolores fuertes y me encuentro mal, siento en mi alma mucha paz y alegría, porque pienso que es el Señor que sufre en mí».

Bien podía repetir con el citado Apóstol: «Es-

(1) Dei enim Filius Jesus Christus non fuit Est et Non, sed Est in illo fuit. II Cor. Cap. I, 19.

toy repleta de gozo, en medio de mis tribulaciones» (1).

Escribiendo a los suyos, después de ponderarles la dicha de la vida religiosa, les dice: «Aquí no se sufre, porque aunque se siente el sufrimiento, se experimenta también siempre tanta paz... A mí a lo menos así me pasa». A pesar de tener tantos y tan frecuentes motivos para ello, nunca se encerraba en el sufrimiento, como hacen, con frecuencia, equivocadamente muchas almas. Fiel a una enseñanza que le dimos, de que nosotros hemos sido creados para la felicidad y no para el dolor, y que, relativamente al estado de desterrados, podemos y debemos procurarla (dándonos para ello buen motivo la posesión de la gracia divina, alegría de los Bienaventurados), siempre se detenía su espíritu en los motivos de contento y consuelo, alabando y bendiciendo al Señor por los beneficios a ella y a otros compartidos. Uno de los que más le movía era el de la vocación religiosa. ¡Cuán deudora se reconocía a Dios por este favor! Cuando recibió su sobrina tal gracia, era doble su agradecimiento y consuelo:

«Isabelita (escribía a los padres de la misma) está muy bien y ha crecido bastante; se encuentra muy contenta, por lo que por ahora podemos estar completamente tranquilos. ¡Si la vierais la buena traza que se da para hacer travesuras! muchas veces os reiríais aunque no tuviéseis ganas; pero no vayáis a creer que sean travesuras malas, que son únicamente de risa (2). Gracias a Dios tiene buena

(1) II ad Cor. VII, 4.

(2) Una de estas travesuras consistía en recoger los casca-

voluntad y esperamos pueda perseverar. Ahora se me acuerda de lo que me decíais cuando estuvísteis aquí, de que yo no descansaría hasta que estuviese Isabelita dentro; y es verdad, porque siento ahora una satisfacción muy grande de que esté aquí, y vosotros también la debéis tener, porque os lo digo yo, que he vivido ya tantos años en esta santa casa, y podéis estar seguros de que os digo la verdad».

En otra que les escribió por Navidad del 1929 les decía: «Mucho me he acordado de Vds. en la noche de Navidad, y pensaba y decía para mí; si mi madre tuviera la dicha de presenciar nuestras funciones, le parecerían un cielo anticipado; y verdaderamente lo es; todo parece que llama a devoción. A las diez nos levantamos y tenemos la procesión por los claustros, con el Santo Niño, cantando por el convento; luego los maitines solemnes, cantados; y después la santa Misa, también cantada, comulgando al fin de la misma; y así damos principio a la santa Pascua. Por lo que pueden comprender qué motivos tenemos de pasarlas muy alegres; no como los mundanos, sino con la verdadera alegría que el Señor proporciona a los que le sirven...»

Una vez a su hermano religioso le sucedió un hecho extraordinario. Postulando, tuvo que atravesar por lugares inhabitados, y al fin se perdió en un bosque, y anduvo dando vueltas, sin saber adónde ir, haciéndosele muy tarde. Habiendo pasado

rones de los huevos que habían sido tomados pasados por agua y ponerlos de nuevo en el nido, a fin de que, al ir las Hermanas a recogerlos, se llevaran el chasco.

un día sin comer, muerto de hambre, se encomendó al Señor. Y de repente encontró en aquel desierto, a sus pies, un hermoso pan fresco, como recién sacado del horno, y comió de él dando gracias a la divina Providencia, que así, de un modo extraordinario, venía en su ayuda (1).

Hubiéramos deseado transcribir este hecho con las mismas palabras con que el hermano Natalio lo escribió, si hubiésemos encontrado la carta; mas no la tenemos, por habérsela mandado nuestra hermana a su madre, como se colige por las siguientes cartas. «...No sé si en otra anterior Natalio le habrá contado lo que le pasó en el mes de octubre, cuando salió a pedir, del caso tan providencial que le acaeció al verse en tanta necesidad, y se encontró con un pan, en un despoblado. Si no se lo ha contado, dígamelo, que quiero decírselo minuciosamente, para que den gracias a Dios y pidan por él, para que el Señor le dé la santa perseverancia». Y en otra fechada el 1.º de enero les decía: «Tenía intención de sacar una copia, pero por no tardar les mando la misma carta que él me escribió, que me parece les ha de dar grande consuelo ver con qué providencia cuida el Señor de él».

Llenaba este suceso de inmenso consuelo a nuestra hermanita. «Cada vez que recuerdo esto, nos decía, me siento obligada a alabar al Señor y abandonarme más y más a ciegas en esas manos divinas, que si estos milagros hacen para acudir a

(1) Con esto quizá ofenderemos en algo la humildad del buen hermano; pero nos perdonará, teniendo presente que quien se ensoberbeciere de los dones de Dios los convertiría en veneno mortal para su alma.

nuestras necesidades materiales, ¿qué harán para nuestra alma?» Y se lanzaba más adentro, tranquila y serena, en ese inmenso mar del abandono, de la fe y del amor, en Aquel que ama a los suyos como a las niñetas de sus ojos. «No hay cosa más feliz que entregarlo todo a Aquel en quien no hay defecto» (1).

Nos dijo había encontrado el siguiente verso de un salmo comentado: «El Señor me gobierna y nada me faltará; en un lugar de pastos escogidos me ha colocado» (2), y que le parecía fuese escrito para ella y que simbolizase su alma, colocada por el Señor en un lugar donde nada le faltaba. Le parecía fuese así, desde que se había entregado a Dios por completo, mediante la vida de fe y de abandono. La confirmamos en esa opinión, diciéndole que estuviese muy agradecida al Señor, teniendo presente que amor con amor se paga, y que el suyo debía ser muy grande para corresponder al que Dios le tenía.

Su alegría y consuelo con estas palabras llegaban a lo sumo. Hubiera querido derretirse por Dios. Se le conocía por todo su ser. Y cuando El la visitaba con el dolor, cargando su mano sobre ella, sufría el cuerpo, pero el alma gozaba por tener así con qué mostrar su agradecimiento. Este gozo interior, que nunca le faltó, lo manifestaba exteriormente con su gracia característica, como veremos, continuando esta misma materia, en el capítulo siguiente.

(1) S. Alberto Magno: *De adhaerendo Deo*, Cap. V.

(2) Dominus regit me, et nihil mihi deerit: in loco pascuae ibi me collocavit. Ps. XXII, 1.

CAPÍTULO XV

CONTINÚA LA ALEGRÍA ESPIRITUAL

La despedida del Noviciado.—Con las Madres.—En una fiesta onomástica.—Las místicas pláticas del P. Arintero.—El improvisado predicador.—La impresión con los santos.—El Crucifijo y el Niño Jesús.

ANTES de ver los últimos resplandores de esta alma privilegiada y oír las notas de su ardiente y doloroso amor, tenemos todavía que asistir a varias escenas muy graciosas, en las que, a vuelta de actos y dichos triviales, ella misma nos irá completando el hermoso cuadro que acabamos de trazar, mostrándonos aún exteriormente la íntima alegría de su alma.

Sea la primera escena cuando tuvo que dejar definitivamente el Noviciado, al cumplir los cinco años de profesión, como ya lo advertimos en otra parte.

La noche anterior estaban recreándose en la huerta ella y las diez o doce que, entre Maestras, postulantes, novicias y profesas menores, formaban el Noviciado. A nosotras, en la celda donde al

presente estamos, aunque ocupadas en nuestros asuntos, nos distraía y chocaba una animación inusitada en el recreo, y oír repetir a cada rato a unas y otras y, a veces, a varias juntas el nombre de la Hermana María. Cuántas y cuántas veces oímos decir y repetir en voz muy alta o en tono extraordinario: ¡Hermana María! ¡Hermana María! Nos levantamos para ir a advertirles que ese extraordinario alboroto podía llamar la atención de los vecinos y no hacerles buena impresión. Deteniéndonos unos instantes para oír mejor esa gritería, caímos en la cuenta: era el último recreo que nuestra amable hermanita tenía con las del Noviciado. Todas se aprovechaban, a porfía, de esa última hora en que podían hablar con ella, para mostrarle su afecto y su pena por la separación, y darle los encargos y recomendaciones que cada una quería (1). Tenían, pues, justo motivo de alborotarse y las dejamos terminar en esa forma el recreo. Quien oyera esas voces sin saber la causa pensaría: ¿Qué personaje tan interesante será esa Hermana María a quien tanto nombran y tanto entusiasmo suscita? Nos parece habríamos podido responderle. La Hermana María es una santa, y, por eso, es grande y tan amada de todas. No hay mayor grandeza que la santidad, ni cosa que merezca más el aprecio de todos.

El 16 de julio de 1929, la Hermana María, a la hora de la recreación, subió con las demás para el

(1) La absoluta y rigurosa separación del Noviciado se atenúa en dos o tres principales festividades del año y en la fiesta onomástica de la Superiora, en que, durante el recreo, se reúne toda la Comunidad.

Noviciado; pero, al llegar a la cancela del mismo, todas entraron menos ella, que, desde ese día, era extraña a él. A los pocos instantes de espera, como quien no sabe dónde ir, se le presentan, festivas, todas las Madres y Hermanas de la nueva categoría de que deberá formar parte, para acompañarla a la habitación del nuevo recreo. A nosotras cupo la suerte de llevar por el brazo a nuestra hermanita, mientras las demás acompañantes tocaban campanillas y batían alegres las manos. Se había improvisado un trono, sobre elegante alfombra, y un exquisito refresco que hizo sonreír a la recién llegada, el que tomó a insinuación nuestra. Frente a la festejada, sobre una mesa, había ramos de flores y un Crucifijo. Le pusimos una hostia sobre su pecho, semejando al «AMOR MISERICORDIOSO», y a los pies el verso siguiente:

HERMANA MARÍA

Ven, hermanita triunfante,
Al lugar de tu reposo;
Aquí te espera anhelante
Jesús Misericordioso.

Aunque eres tan miniatura
También tienes tu misión,
Lo que falta a la estatura
Que lo supla el corazón.

Como sencilla violeta,
Derrama en tu derredor
Aquella esencia secreta
Que se llama «puro amor».

Hasta que llegue aquel día,
Entre todos venturoso,
En que te lleve María
A los brazos del Esposo.

Nuestras esperanzas, expresadas en esta felicitación, no quedaron frustradas: la humilde violeta aromató pronto con sus virtudes su nueva residencia. Aunque, con gran pena nuestra, fué sólo dos breves años. «Los santos deberían vivir siempre», repetiremos con la Hermana P. Pero, por lo mismo que son santos, el cielo también los reclama para coronar sus méritos. Es por lo tanto necesario, cuando tenemos la suerte de estar al lado suyo, darnos prisa en aprovecharnos de sus ejemplos.

Preguntándole una religiosa si había sentido pena en dejar a sus compañeras del Noviciado, contestó: «Estoy indiferente; me encuentro bien con todas y cada una de las religiosas, siéndome igual una Superiora que otra. Compadezco a la religiosa que está apegada aún a la Superiora... Esta indiferencia me la concedió el Señor después de varias luchas y sufrimientos».

Con estas palabras tenemos otra prueba de que la causa de su paz y alegría era la victoria sobre sus pasiones, y que ésta la consiguió, como la conseguiríamos todos si quisiéramos, luchando y sufriendo.

En nuestra vida de soledad, de silencio y recogimiento, el único, o casi único tiempo de expansión y en que nos comunicamos mutuamente, es en las recreaciones. ¡Cuánto le gustaban a nuestra hermanita! ¡Es tan dulce para las almas puras recrearse en el Señor! Allí es donde se muestra «sua-ve» el yugo del Señor, y «dulce» el vivir muchos hermanos en uno. Y aquí es también donde conoceremos y tocaremos con la mano el espíritu de

Dios en esta alma escogida, por la serena paz y alegría santa con que tomaba parte en todo, mostrándose siempre pronta, como una niña, a cualquier inocente entretenimiento a que nos dedicásemos en dicho tiempo. Nos parece verla aún en una ocasión cuando todavía estaba en el Noviciado, y nosotras en el cargo de Maestra. Estábamos todas ocupadas en los preparativos para obsequiar a la Rda. Madre Superiora en su santo. ¡Con qué empeño y afán, cuando llegaba la hora de recreo, la Hermana María preguntaba: ¿Cómo van los trabajos? ¿en qué punto están? ¿puedo ayudarles en algo?

Un año nuestros obsequios consistían en ropitas para niños pobres. Nuestra buena hermana estaba loca de contento. ¡Con qué ansia esperaba ver terminada cada prenda, para deshilvanarla, o bien enhebrar las agujas de las que cosían!

Un día llegó al colmo su contento al darle el encargo de lavar unas ropitas interiores que teníamos hechas. Le encomendamos: Cuidado ¡eh! Que la Madre no las vea; y no sólo la Madre, sino también la Hermana T... (una muy lista que de todo se daba cuenta, y temíamos descubriera a la Madre nuestros preparativos).— «Ya tendré cuidado, ya tendré cuidado, dijo; he de hacer de modo que no me lo ha de ver...» Efectivamente, puso el mayor cuidado, llevándosela primero a la celda cuando estaba enjabón, y luego para tenderla. Al volver al recreo, enseguida le preguntaban: Hermana María ¿se ha dado alguien cuenta de la ropa?— «No, contestaba, ni se la darán, porque está muy bien cuidada; he cortado un poco de hierba en medio de un prado

y la he puesto allí al sol, para que la hierba del rededor la tape». Empezamos todas a decirle: Allí no está segura, pues la Hermana T... suele ir por ahí; busque otro sitio. Entonces dijo muy complaciente: «La pondré allá, cerca de la puerta de la huerta; pues, como tiene una bajada y tan raras veces se abre, allá es más seguro que nadie la vea». Y así lo hizo, a fin de darnos todas las seguridades posibles. Al siguiente recreo le recomienda una postulante: Hermana María, cuide bien de la ropa para que no la encuentre la Hermana T., que es la que más temo. «Esté tranquila, venga a mirar dónde la he puesto»; y fué a indicárselo por la ventana. Pero ¡cómo se quedaron al ver que allí precisamente estaba la temida hermana! Hacía meses que no se abría esa puerta, y cabalmente en aquel día, y podemos decir en aquella hora misma, hubo necesidad de abrirla. ¡Puede imaginarse el alboroto y las risas y cómo terminaría el recreo! Tanto como había hecho la pobrecita, y todos sus cuidados quedaron frustrados...

Tomaba con interés lo que las demás decían, como si fuesen cosas de ella. Prescindía en todo de su persona, y no ocultaba el relato de cosillas ocurridas en el siglo que herían el amor propio, como la rusticidad y pobreza de los suyos, refiriéndolas sencillamente, sin ocultar sus imperfecciones, y hasta riéndose de las mismas, pues era muy amena.

Dice a este propósito una religiosa: «Tenía durante el recreo unas bromas tan oportunas, que hacían tan atractiva su compañía... Una vez que faltaban las Maestras del recreo, la nombramos a ella de sustituta por unanimidad, y ella sentía tanta re-

pugnancia para ello (aun en broma) que, cogiendo un palo, seguía tras nosotras cada vez que la nombrábamos. Se bromeaba de sus cosas y hasta de su enfermedad, tanto, que nos hacía morir de risa.

Ella nos confesaba con ingenuidad de niña, que tenía mucho miedo a los muertos, por lo cual nosotras para darle en rostro, le solíamos encargar nos amortajase después de nuestra muerte, y con esto solíamos pasar una buena broma».

Decía que no sabía distinguir lo *físico* de lo *moral*, y rogaba con gracia se lo explicáramos. Al hacerlo, terminábamos diciéndole: Ahora ya lo sabe ¡eh!... Y ella, riéndose: «Sí, lo sé; pero si llega el momento de tener que decirlo, no sé si viene al caso o no, y me quedo como si no supiera nada».

Mandaron una vez de su casa una semilla de hierba aromática, que les había sido pedida para uso medicinal. Se esperó al recreo para decírselo. Al escribir a los suyos, les dió las gracias en la forma siguiente: «Recibimos a su debido tiempo el espliego. Dios se lo pague, pues hacía tiempo que lo deseaba. Quisieron darme una sorpresa en tiempo de recreo; cuando llegué me dijeron: ¿sabe lo que hemos recibido? No sé nada, contesté. Pero no querían terminar de decírmelo, porque como saben que yo cuando me dicen las cosas a medias no quedo tranquila hasta no saber todo, les gusta verme afanosa preguntando y buscando por todas partes, hasta que lo encuentro; pero ese día lo descubrí pronto, porque me enseñaron el saquito que al instante conocí, y así pasamos un rato de recreo santamente alegre. Aquí no es como se creen en el mundo, que los conventos son cosa triste; al contra-

rio, en ellos es en donde reina la verdadera alegría...

En cuanto a mí, gracias a Dios, me encuentro bastante mejorada; hace ocho días que ando sin palo... Sólo cuando el tiempo cambia, tengo algún rato que volver al bastón, pero por mí no tengan ninguna pena, que estoy muy contenta dando gracias al Señor que me concedió la gracia de la vocación religiosa...»

No hay carta en donde no exprese su contento y agradecimiento al Señor por el don de la santa vocación. Por ella se siente feliz en la casa de Dios. Ni sus enfermedades ni nada alterará su dicha y alegría, que llevará consigo a todas partes y lugares, aunque, obligada por sus males, tenga que permanecer en cama, o reclusa en su celda. Así nos lo demuestra el trozo que vamos a copiar, de una carta dirigida a su hermano religioso: «Te voy a contar la manera con que encubro mi holgazanería: Fué un caso gracioso que ocurrió hace poco: Estábamos tres medio enfermas, y dió la casualidad de estar las celdas juntas. Llega al recreo la enfermera y nos dice que la Madre necesita evangelios, a ver si tenemos alguno hecho. La primera le dió dos o tres y le dijo: dígale que soy zapatera; la segunda dice, pues yo, dígale que hago de holgazana; y por fin, yo dije que hacía de contemplativa; por manera que la pobre enfermera tuvo que marchar con las manos vacías a enterar a la Madre, que ni lo podía decir de risa, de la determinación que habíamos tomado. Pero ¿qué iba hacer? nos dejó por imposibles. Así que ya sabes, yo quedo muy bien... por mas que las monjas son *muy listas*,

y no sé si les entrará esta clase de *contemplación* (1).

Así era como este ángel de paz poseía y derramaba la alegría en torno suyo.

Nos haríamos interminables al querer referir toda la gracia y amenidad de su trato y conversación. Mas no podemos dejar de hacer conocer otro punto que hacía muy amable a nuestra hermanita, habiendo servido varias veces de entretenimiento durante los recreos. De excelente memoria, se acordaba con bastante precisión de las cosas que oía, hasta poderlas referir, especialmente de las cosas espirituales o pláticas.

Cuando el santo y sabio religioso dominico Padre Arintero pasaba por Bilbao, a invitación nuestra venía al convento a darnos alguna plática o conferencia, hablando, como él acostumbraba, de cosas muy elevadas o místicas, comentando siempre algún punto del «Cantar de los Cantares», especialmente aquel en donde trata del alma que entra en la vía unitiva y experimenta ya las dulzuras y caricias del Amante Divino, compendiadas en el hermoso verso que dice: «Sostenedme con flores, confortadme con manzanas, que desfallezco de amor».

Cualquiera que fuese su argumento, este verso casi nunca dejaba de citarlo. Y nos hacía mucha gracia oírlo, porque lo estábamos siempre esperando. A nuestra hermanita le gustaban mucho estas

(1) El motivo de que no les agradara dar sus labores era porque, estando cerca la fiesta de la Superiora, deseaban ofrecérselas en ese día, como acostumbramos a hacer todas las religiosas en semejantes circunstancias.

pláticas (porque «le hacían un gran bien»), y, con su buena memoria, se acordaba de las mismas. Durante los recreos y especialmente cuando estábamos en la huerta, con bastante frecuencia la invitábamos a que nos repitiese las pláticas del P. Arintero. Ella, tan complaciente como siempre, nos decía: «Bueno, se la haré; pero vámonos primero debajo del manzano, para tener cerca las manzanas y podernos confortar con ellas, por si acaso languidecemos de amor».

Toda la comitiva, obedeciendo a la disposición del pequeño predicador, iba en pos de ella hasta que se paraba en el lugar indicado. Una vez allí, y sentado todo el auditorio en torno suyo, con una gracia indescriptible, imitaba la voz, los modales y la expresión del venerado Padre. Y empezaba su improvisada plática. No podemos dejar de transcribir las palabras que con más frecuencia repetía, para dar siquiera una idea del ameno cuadro formado por el grupo sentado sobre la hierba. Decía: «Es necesario, para apreciar los dones de Dios, tener bien despiertos los sentidos espirituales. El Tacto espiritual hace desear el abrazo y ósculo del Amado divino. «Bésemme con el beso de su boca». ¡Tacto espiritual!

«Su fruto es dulce para mi garganta». Tacto y gusto espiritual.

«Atráeme en pos de ti, y correremos al olor de tus ungüentos». Olfato espiritual.

«Miradle que viene saltando por montes y collados». Vista espiritual.

Pero sólo puede saciarse el alma cuando descansa en sus divinos brazos. «*Laeva ejus sub capi-*

te meo, et dextera illius amplexabitur me.—Su izquierda bajo de mi cabeza, y con su diestra me abraza».

Al llegar a este punto, el auditorio y el predicador ya no podían resistir, y rompíamos en alegres risotadas. Sería preciso haberla visto acompañar con el gesto y las manos lo que decía, y oír su voz que tan bien imitaba, para poder entender el motivo de grato entretenimiento que esto nos proporcionaba. Al terminar, imitando la voz del santo dominico, se dirigía nuestro orador a alguna del auditorio, como solía hacerlo el venerado Padre (que de ordinario hacía las pláticas en el locutorio). ¿Entiende, hija, entiende?, haciéndole, tal vez, pensar su sordera que tampoco oíamos las demás. Al repetir la Hermana María estas últimas palabras, con una gracia inimitable, ponía fin a sus pláticas, a no ser que tuviese que repetir para complacer a alguna que no había podido estar presente al interesante sermón místico.

La que llegaba tarde, por lo satisfecho y alegre de las caras, notaba que algo bueno había sucedido y preguntaba: ¿Qué han dicho, qué han dicho? Y la Hermana María contestaba luego: «Cosas místicas; aquí sólo se habla de cosas místicas».

También a este propósito añade una religiosa: «Era muy atenta a los sermones, pláticas y cualquier explicación que se le daba; y como tenía muy buena memoria, de todo sacaba mucho provecho, pues también era muy inteligente. Siempre que se hablaba de paciencia preguntaba: «¿Y es de la que no se acaba?; porque la paciencia que se acaba no es paciencia». Decía esto aludiendo a una frase que había oído en unos ejercicios.

Otra cosa que nos proporcionaba asimismo ratos muy alegres, era decirnos que le parecía que los santos, cuando se encuentran con otra alma también santa, debían sentir alguna impresión especial, y terminaba diciendo: «Yo no soy santa, porque no he sentido nunca esa impresión; y al mismo tiempo me parece imposible que aquí, entre todas ustedes, no haya santas». Y nosotras, riéndonos, le decíamos: Hermana María, le echaremos un cubo de agua encima para hacerle sentir la impresión, y a ver si con eso nos tiene por santas.

Luego, refiriéndose también a lo del P. Arintero, decía que ella no debía tener los sentidos espirituales, porque no sentía nada y que nunca vió ni sintió nada, y preguntaba si nosotras sentíamos y veíamos, con esa sencillez que no hacía otra cosa que revelarnos siempre mejor la candidez de su alma. Ella no sentía la «impresión» a nuestro lado; pero nosotras sí la sentíamos al lado suyo. Y con la «impresión» de santidad, nos comunicaba como una virtud o un poderoso atractivo para llevarnos al bien.

Resplandecían en ella aún en estas conversaciones y bromas un cúmulo de virtudes que hacían admirable la suma sencillez con que las practicaba: todo lo hacía con desenvoltura, sin pequeñeces de escrúpulos, o temores de faltar, de haber hablado demasiado, etc. Bien tenía ella presente en sus chistes que la santa Regla dice que, durante los recreos, se esté alegre, que seamos las unas con las otras afables, condescendientes, hablando con la alegría cordial propia de una santa conversación.

La Hermana María cumplía con exactitud, como

hemos visto, todos estos puntos. Recreábase y recreaba a las demás, induciendo a repetir con el Profeta: «Cuán bueno y cuán dulce es habitar los hermanos en uno» (1).

Cuando fué dispensada de levantarse con la Comunidad a la media noche, nos pidió permiso para cumplir, después del Rosario, los rezos de obligación que las legas dicen mientras las coristas rezan los maitines.

Luego que la Comunidad se retiraba, solíamos quedarnos las dos solitas en la capilla. Estaba ella en un rinconcito en su sillón mirando al santo Cristo. Nos complacíamos nosotras en ver el sacrificio que se imponía, pues, a pesar de su debilidad, le gustaba cumplir sus devociones a esa hora, por ser más recogida. Y explicaba su preferencia: «También la Comunidad reza de noche; a lo menos, la imito en algo». Al terminar nos encantaba la gracia y alegría con que dejaba la capilla. Se acercaba al gran Crucifijo, y con una mirada afectuosa parecía despedirse de El. Luego dirigía su sonrisa al Niño Jesús. Si el santo Niño estaba sentado, le acostaba y le tapaba con la sabanita, dejándole a veces un piececito descubierto; otras, una mano fuera; a veces le tapaba casi toda la cara, o bien le ponía boca abajo con las espaldas descubiertas, o le tapaba la cara con pétalos de rosa, y se marchaba riéndose como quien dice: Hago contigo lo que quiero: ¿cómo he de temerte?

Y en verdad podía repetir esto la que amaba tan tiernamente e imitaba con tanta fidelidad con sus dolores a Jesús Crucificado; con su candor e inocencia, a Jesús Niño.

(1) Ps. CXXXII, 1.

CAPÍTULO XVI

LA CELESTIAL MADRE

Sobre los brazos de María.— Su dulce nombre.— El mes de mayo.— Las flores del campo.— Visitas a la Virgen.— El rosario.— San Pablo y Santo Domingo.— La barquilla protegida por María.

SI todos los santos han tenido que amar a María para llegar a ser tales, según afirma San Bernardo—no hay gracia que no pase por las manos de María—de un modo particular la aman y necesitan de Ella los que, en su viaje hacia Dios, han ido por el sendero de los pequeñuelos y humildes, reconociendo su impotencia para escalar la alta cumbre del monte del Señor.

La Hermana María pertenecía a este número. Era pequeña entre los pequeños, y había reconocido su absoluta impotencia para tan ardua empresa. Lo dijo ella misma muchas veces, y lo repetía en una carta a su hermano Natalio, animándole al sacrificio: «A mí en este punto debe encontrarme muy débil Nuestro Señor, pues me quita todo sufrimiento; y no sólo eso, sino que parece se adelanta a sa-

tisfacer todos mis deseos, y si alguna vez me hace entrever alguna crucecita, me la pone cubierta de rosas para que no me asuste; por lo cual me parece que Jesús procede así conmigo por ser muy débil y pequeñita... Mas, si soy fiel al Señor, puedo llegar a la cumbre de la santidad a pesar de mi pequeñez; pues Nuestro Señor parece cada vez más condescendiente y bondadoso con sus miserables criaturas, por lo que le debemos eterno agradecimiento».

Nuestra hermana, por tanto, reconoce su pequeñez, se alegra de la misma. A pesar de ella, aspira y espera llegar a la cumbre. ¿Y no tendrá necesidad especial de los cuidados de la celeste Madre un alma pequeñuela para llevar a efecto sus grandes aspiraciones? Sí, y su *necesidad*, humildemente reconocida y confesada, le da—¿diremos la palabra?—*derecho* a tan valiosa protección.

María, que nunca se deja vencer en delicadeza y amor hacia sus hijos—no hay madre que cuide así de sus pequeños—, vela por los suyos con ternura celestial, los protege y defiende de los peligros, o mejor diríamos, los coge y los lleva en sus brazos maternos, a fin de que no tropiecen sus pies y se lastimen. Así hizo con esta pequeña amante hija suya. María, podemos decirlo sin temor de equivocarnos, formó su alma, la llevó en sus brazos y, en ese mismo regazo, la modeló, asemejándola tan perfectamente al divino Modelo. Atribuímos a esto (es decir, a ser obra de la dulce Reina) el atractivo y encanto que, para todos los que la hemos conocido, tiene la santidad de esta sierva de Dios.

Veamos cómo se hizo acreedora a tan gran favor; cómo y cuánto amaba a María. En sus cartas, cuando habla de la Santísima Virgen, es casi siempre bajo la advocación de la Dolorosa. No es mucho lo que dice, tanto que hubiera podido venirnos la duda de si era tan extraordinario su amor y devoción hacia Ella. En cambio, los pocos escritos que de su puño tenemos están la mayor parte dedicados a esta tierna Madre. Pero más que ninguna otra cosa, lo que mejor nos asegura de este su filial amor a María, es lo que hemos oído de su boca y visto con nuestros propios ojos. ¡Con qué ternura, fidelidad y amor la invocaba y obsequiaba y acudía a Ella, y de Ella lo esperaba todo! Tenemos de esto tantas pruebas, que habrá que prescindir de muchas cosas, compendiando lo que nos hemos prefijado.

Experimentaba gozo tan grande en llamarse María, que dijo en confianza a una religiosa: «Era tan grande mi deseo de tener este nombre, que no quería demostrarlo por temor de que la Madre me lo quitase, por lo mucho que lo deseaba». ¡Cuánto se alegraría cuando le dijimos que estábamos muy contentas de haberle dado este nombre, porque esperábamos que lo honrase haciéndose santa, y así sería una gloria más de la Sma. Virgen!

Llevaba siempre, sobre el corazón, escrito en un papel, el dulce nombre de María, para que Ella lo custodiara como cosa suya, y el enemigo no se atreviera a entrar en él, ni robarle ninguno de sus afectos. Y como el papel se deterioraba y rompía con frecuencia nos pidió permiso para hacerlo con

la aguja, sobre un pedacito de tela, que ponía luego, con un imperdible, sobre el corazón.

Sentimos no haber encontrado dicho letrero bordado por sus manos. Hubiera sido una reliquia más, entre las cosas que de ella guardamos, y sería para nosotras doblemente querido, tanto por haber sido trabajo suyo, como por haber posado tanto tiempo sobre ese corazón que latía tan tiernamente por la amada Señora. El no poder valerse por sí misma en los últimos meses de su vida, pensamos haya sido la causa de que se extraviara.

El amor hacia tan dulce Madre le hacía tener su nombre dentro y en medio de su corazón, como lo demostraban las tiernas palabras con que hablaba de María y el amor con que oía todo lo que con Ella se relacionara.

Una vez le escribió su hermano Natalio que había visitado el célebre santuario de Covadonga y allí rogado mucho por ella. En medio de los grandes dolores que la atormentaban, experimentó con esto sumo gozo y agradecimiento, y, al contestarle, le decía: «Yo sigo medio patifusa, un día acostada y otro levantada, y no me parece que estoy para muchos golpes, aunque el médico dice que me falta aún mucho camino que andar, pero yo no creo que sea tanto; mas con todo el Señor me concede la gracia de permanecer tranquila y abandonada para todo lo que de mí quiera disponer; esta gracia la atribuyo a las oraciones que tantos hacen por mí, y en particular la que tú hiciste en el célebre santuario de Covadonga. ¡Cuánto me alegro saber que estuviste allí a ofreeer a la Virgen todas tus fati-

gas, y cómo me parece que complacida te daría una especial bendición, para que continúes animoso en ese penoso cargo hasta que sea la voluntad de su divino Hijo!»

Hablarle de María era tocarle en uno de los puntos más delicados del corazón. Cuántas veces, especialmente durante sus novenas, se repetía a sí misma, como nuestro San Gabriel. «¿No podrás vencerte por amor a María? ¿No podrás callar, no podrás sufrir esto y lo otro por amor a tan excelsa Madre?»

¡Qué aliciente tan poderoso era éste para hacerse santa, y, por María, ayudar a que otros se santificasen!

Dijo a una compañera que, cuando oía tocar la campanilla que llamaba a las novicias al examen e instrucciones que sobre la oración y virtudes les hace la Maestra, rezaba a la Sma. Virgen, para que el Señor iluminara a la Maestra, y las novicias aprovecharan, diciendo que del buen espíritu de las novicias depende el porvenir de la Comunidad.

Desde el Noviciado tomó el compromiso de amor con María Santísima de hacerle todos los días las dos visitas en la forma que indica «La asociación de amor a María Santísima». Para recordar mejor este su propósito, lo escribió... «María, Madre mía, os prometo una constante devoción, crecer cada día más en vuestro amor, y ser fiel en la práctica de la Asociación de amor».

Al dar cuenta de su espíritu, nos decía el modo como la cumplía, dejándonos muy consoladas, al oír las santas industrias que el amor le sugería para ser fiel. Le habíamos dado permiso para ir antes

del trabajo a hacer las breves visitas, mañana y tarde, a sus dos estampas; la Inmaculada para la mañana y la Dolorosa para la tarde. Pero comprendió que ir donde las tenía hubiera producido con frecuencia algún pequeño trastorno y pérdida de tiempo, llamando la atención de las demás; y así, para evitar esto y ser al mismo tiempo fiel a su promesa, nos expuso el modo cómo había determinado cumplirlo, con el fin de que se lo aprobáramos: «He visto—dijo—que de ordinario no conviene ir a hacer las visitas a la estampa antes de empezar el trabajo, y con frecuencia ni sería posible, porque se podría dar mal ejemplo no yendo cuando las otras; pues algunas veces tengo que decirles lo que han de hacer y cómo, evitándoles así el que pierdan tiempo. Por eso he pensado hacer del modo siguiente: A la mañana, después del desayuno, voy enseguida al trabajo; luego, en el primer momento en que estoy más tranquila y no tengo que hablar con nadie, me hago la señal de la cruz y voy con el pensamiento a los pies de la Sma. Virgen; y así hago las visitas. A veces, cuando estoy sola cortando la hierba o en la cuadra, me arrodillo un momento para pedir a la Virgen la bendición, y continúo mis quehaceres. Lo mismo a la tarde. De este modo puedo hacer las visitas no sólo de unos minutos, sino tan largas como quiero, sin que nadie se dé cuenta y sin ningún inconveniente. Así puedo cumplir siempre esta devoción que tanto me gusta».

No hay que decir que aprobamos con gusto todo, sirviéndonos su diligencia y fervor de reproche y de ayuda para imitarla, recomendando a

otras almas la práctica de «La Asociación de amor a María Santísima» en esta forma.

Nos parece ver todavía en el Noviciado llegar la Hermana María, con algunas florecitas en la mano, dirigirse callando al altarcito de la Inmaculada y meter en los floreros esas florecillas embalsamadas de su ardiente amor. Si era durante el recreo, al depositarlas a los pies de María, acompañaba el don con alguna estrofa cantada muy bajito, y a veces, también fuerte, invitando a otras a que la ayudaran. «Vengan, vengan, decía, yo hago el bajo, y ustedes que tienen más voz, el alto».

Las postulantes y novicias encargadas de dicho altarcito querían ver siempre, en los floreros, flores muy bonitas y finas; las de nuestra hermanita, en cambio, eran del prado, y no estaban ciertamente en armonía con las hermosas rosas y claveles. Pero nadie se atrevió nunca a quitarlas. Sabiendo que eran de la Hermana María, daban como respeto y veneración, no ignorando que el puro amor era quien le había inducido a depositarlas a los pies de la Madre del Amor Hermoso, y no podían dejar de ser muy gratas a tan dulce Madre.

Cuando llegaba mayo, el entusiasmo y fervor de nuestra hermana era extraordinario. ¡Con qué amor tomaba la florecita que el último de abril sorteábamos, y con qué fidelidad la cumplía! Un año le tocó cantar con frecuencia cancioncitas y procurar que otras también alabaran del mismo modo a la Virgen Santísima. Antes de sacar las papeletas, se acostumbra leerlas todas; luego, cada cual cumple en secreto el obsequio que le ha tocado en suerte, para que suba más puro su aroma a María.

Así, una no sabe lo que ha tocado a la otra. Pero a la que le toca el canto fácilmente se manifiesta, especialmente cuando lo cumple con la fidelidad con que lo hacía nuestra pequeña amante de María. El año que le tocó, aprovechaba todas las ocasiones y lugares en que es permitido el canto, particularmente en los ratos que estaba en la cuadra atendiendo a los animales. Si nos acercábamos allá, era casi seguro que oíamos su voz alabando a María. Una hermana de las profesas mayores, que no sabía el motivo, dijo: «Se conoce que la Hermana María tiene mucha alegría, pues, cuando está en la cuadra, se oye siempre cantar». Otro año le tocó rezar un avemaría por las personas que veía ocupadas en obsequiar de algún modo a la Virgen, como las sacristanas al coger flores, arreglar el altar o hacer cualquiera otra cosa en su honor. Durante los recreos solíamos ir a visitar a la Inmaculada que habíamos puesto en una esquina al extremo de la huerta, pequeña imitación de la gruta de Lourdes. Pronto nos dábamos cuenta de que la Hermana María movía los labios para cumplir su «florecita» de rezar el avemaría, moviéndonos su ejemplo a obsequiar a la Santísima Virgen con más frecuencia.

¡Cuántas visitas hacía a esta misma imagen, especialmente cuando, ya dispensada de todo, era libre y podía hacerlo sin temor de quitar tiempo al trabajo!

Nos complacía mirarla con frecuencia cogiendo flores a su paso por la huerta, dirigirse luego hacia la gruta de la Sma. Virgen—estrechando su ofrenda, con el brazo colgante, y en el otro el bastón—

como a quien le absorbe el pensamiento de un grave compromiso que tiene que cumplir. Varias botellas llenas de agua metidas en el suelo, hacían oficio de floreros. Siempre había en ellas flores. La mayor parte eran de la Hermana María: las que ponía ella eran, como ya hemos hecho notar, flores del campo, amarillas y margaritas. No cogía las rosas y flores del jardín, aún habiendo permiso de hacerlo, por el delicado temor de que no agradara a las sacristanas que alguien cogiera las flores que ellas necesitaban para el Altar. Cuán cierto es que el verdadero amor de Dios y de María Santísima a nadie es molesto, sino que a todos agrada, atrae y hace bien.

Al empezar o terminar cualquier trabajo, acostumbraba rezar una avemaría, teniendo presente lo que dice San Alfonso: «Felices las acciones encerradas entre dos avemarías».

Era fidelísima en cumplir el punto de Regla que nos manda rezar de rodillas una avemaría delante de una imagen de María, pidiéndole la bendición, cada vez que se entra y sale de la celda. Cuando por el mal no pudo ya arrodillarse, la rezaba de pie, con la cabeza inclinada, como para suplir el no poderse arrodillar.

Hemos hablado ya de la despedida de sus compañeras, la víspera de dejar el Noviciado, en el recreo de la noche. El del mediodía lo dedicó a despedirse de su tierna Madre, en la forma que acostumbramos al dejar el Noviciado. Después de pedir perdón a todas y dar las gracias porque la han tenido durante siete años en su compañía, la que tiene que abandonar ese lugar de paz—cuna de la

vida religiosa—postrada de rodillas delante de la Virgen Inmaculada, en presencia de todas, hace en voz alta la siguiente

Protesta de fidelidad a María Inmaculada en el último día de permanencia en el Noviciado.

«¡Oh María, mi tierna Madre! Al dejar este santo lugar, cuna de mi vida religiosa, siento el deber de postrarme a vuestros pies y daros gracias por los beneficios que por vuestras manos he recibido del Señor desde que ingresé en esta santa Casa; como también de hacer a vuestros pies, aquí delante de todas, mi protesta de fidelidad en amarnos siempre con *ardor*, con *ternura*, con *constancia*, procurar con todas mis fuerzas crecer siempre en vuestro amor y haceros amar.

Vos que habéis presenciado mis primeros pasos en la vida religiosa, mis luchas y esfuerzos para alcanzar la virtud, como también mis flaquezas y debilidades, de las que recibí a vuestros pies el perdón y ánimo en el camino de la perfección, continuad ¡oh Madre mía!, mientras viva en este destierro, mirando mis pasos con vuestros ojos de misericordia, para que todos sean del agrado del Señor, y al terminar mi carrera mortal, sea también vuestra mirada piadosa la que me defienda y consuele en el último combate, y me haga digna de ir a contemplaros y daros gracias eternamente en el cielo. Así sea».

Con qué sinceros sentimientos de humildad, de

amor y de agradecimiento la acompañase nuestra hermanita, se puede colegir por haber escrito esta protesta en un librito de apuntes; pues, tratándose de una oración de circunstancias y no para repetir, parece que el copiarla no tenía otro objeto que recordar sus promesas para mejor cumplirlas. Nos confirma en esta idea el haber puesto la fecha del día que hizo la «Protesta»—15 julio 1929.—Tenemos también escritas por ella dos poesías a la Virgen Santísima, copiadas, pero que expresaban o contenían de un modo particular los sentimientos de su corazón; pues de otro modo nos parece no se habría tomado el trabajo de copiarlas, siendo como era tan poco aficionada a escribir. Son ambas muy bonitas. Transcribiremos sólo la más breve al terminar el capítulo.

La preparación especial en disponerse para las fiestas de la Santísima Virgen la hacía consistir en el ejercicio de las virtudes, particularmente en practicar la caridad y la negación de la propia voluntad. La hemos observado varios días seguidos venir al recreo con su cajita de trabajo, escapularios, evangelios, etc., y marcharse sin abrirla. Alguna hermana, encontrándola siempre tan dispuesta a ejercer la caridad, le pedía su ayuda para ciertos trabajos, sin tener en cuenta los que nuestra hermanita tenía que hacer, no imaginando siquiera que la obligaban a renunciar al número de escapularios que se había prefijado venirnos a entregar el sábado. Nosotras, que sabíamos estos sus planes, y veíamos la suma indiferencia con que los desbarataba sin decir una palabra de queja, quedábamos admiradas de tanta virtud. Cuando venía a entre-

garnos sus escapularios o evangelios, decía: «Madre, deseaba darle quince en honor de la Virgen del Rosario, pero no he podido hacer más que siete en honor de los Siete Dolores». El motivo lo sabíamos: era la caridad, el sacrificarse para ayudar a otras; pero de su boca no salía media palabra de excusa, a pesar de haberlo podido hacer tan fácilmente, y no pasar por pesada y poco trabajadora. Estos sentimientos tan bajos no tenían lugar en el corazón de nuestra buena hermana, como no cuadran bien en ningún corazón que se precia de ser amante de María, siendo las virtudes y mortificaciones, el mejor modo de mostrarle nuestra devoción y amor, como dice nuestro santo Padre.

Según practicaba el mismo santo Fundador, solemos prepararnos a la solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen con privarnos de la fruta, en los cuarenta días que preceden—llama San Pablo de la Cruz tal devoción la cuaresma de la Santísima Virgen. No nos lo ha mandado en la Regla: es sólo una piadosa costumbre que practicamos, si nos es permitida. Devoción doblemente apreciada de nuestro corazón, por obsequiar a María y hacerlo del modo como la obsequiaba nuestro santo Padre. ¡Con qué amor y empeño pedía la Hermana María tal permiso, a pesar de que nunca le fué concedido por su estado de enfermedad! ¡Con qué razones procuraba inducir a que se le concediera! Del mismo modo solía pedir también ayunar a pan y agua en la vigilia de la Inmaculada, según acostumbramos hacer. Siempre pidió estos permisos, y con unas palabras tan convincentes para que le fueran concedidos como decirnos que quizá le haría



Estampa simbólica que la Maestra regaló a la Hermana María el día de su toma de hábito.

bien estar un día a pan y agua, puesto que no podía retener los alimentos. De no estar muy sobre aviso, se le hubiera concedido. Alguna vez que se encontraba en cama y no podía venir a pedirlo, mandaba a la enfermera, suplicándola que hiciera todo lo posible para obtenerlo de la Madre. ¡Señal de que le salía del corazón y que era el amor quien la movía! Las negativas sabía suplirlas con creces del modo arriba indicado. «Me quedo tranquila, decía, aunque no me los concedan, puesto que si quiero mortificarme, en todas partes hay ocasiones para hacerlo».

Terminaremos con un dato que nos revela, una vez más, su ardiente amor a María: la fidelidad y amor con que la obsequiaba con el santo Rosario. Era en esto, como en otras cosas, digna hija de San Pablo de la Cruz, el cual, al fin de su vida, contestó al enfermero, que le dijo dejara de rezarlo, pues ya no podía: «Quiero rezarlo todos los días de mi vida, y cuando ya no pueda con la boca lo rezaré con el corazón». Era también la Hermana María fiel amante del Patriarca del Rosario, Santo Domingo, al cual nuestro santo Fundador moribundo encomendó la Congregación en la persona del General de su Orden, que fué a visitarle, diciéndole que la ponía bajo su protección. El santo Rosario es, pues, doblemente amado de una Pasionista. Además de obsequiar con él a la excelsa «Reina de nuestra Congregación» (1), imita a su santo Padre, que tan devotamente lo rezaba, y se hace acreedora a la protección del santo Fundador de los Do-

(1) «Regina Congregationis nostrae», advocación que añadimos a las letanías con autorización de la Santa Sede.

minicos, quien tuvo la suerte de recibir de las manos de María esta celestial prenda de salvación.

Nuestra hermana, por no dejar de ofrecer cada día esta corona de rosas a la Reina del Rosario, hizo grandes sacrificios. En los días que estaba peor y le subía más la calentura, a la mañana después de la Misa, terminado el desayuno, subía al coro, y allí, con su rosario en la mano, pagaba este tributo de amor a María Santísima. Dándonos pena del sacrificio que esto le ocasionaba, le dijimos que no estaba obligada, y la dispensábamos de ese rezo. Podía ir a la celda y rezarle en la cama. Contestó: «Madre, siento tanto contento rezándole que hago con gusto el sacrificio, y prefiero rezarle en el coro para ganar la indulgencia plenaria; me apresuro a rezarlo por la mañana, pues ahora me sube más pronto la calentura, y a la tarde ya no puedo».

Dichosos sacrificios hechos para obsequiar a María, puesto que por este medio se obsequia también a Dios del modo más seguro y agradable a su Corazón divino: «El triunfo de la gracia divina es el que celebramos ensalzando las grandezas de María» (1) y «el Creador mira como hechas a sí mismo las alabanzas y la gloria que a María tributan los hombres, porque todo lo que Ella es, y lo que en Ella hay, es hechura de sus manos».

No temas, querida hermanita nuestra, en las pruebas que aun esperan a tu alma. A semejanza de la simbólica y mística barquilla de la estampa que te regalaron el día de tu profesión, guiada por María, desafiarrás segura todas las tempestades de

(1) San Bernardo.

la vida y el poder de los espíritus malignos, y arribarás felizmente a las riberas eternas conducida por tan excelsa Madre, Reina de nuestros corazones.

¡A M A R Í A!

Tú que eres dulce Madre,
Virgen María,
y lees en el fondo
del alma mía,
Tú sabes que deseo
con ardor santo
amar al que es mi vida
con amor tanto,
que al mundo y a mí misma
por su amor muera,
y en amor se consuma
mi vida entera.

Dame, Virgen purísima,
ese Amor santo
Tú que, por ser su Madre,
Virgen María
que eres Madre de Cristo,
mas... también mía.

Y cuando ya se abraza
mi ser entero
en ese amor divino
por el que muero,
no dejes que tranquila
quede mi alma
gozando ella tan sólo
de dulce calma;
sino que, enamorada
de mi Señor,
busque a miles las almas
para su amor.

Haz que desde la tierra
tienda mi vuelo,
cobijada en tu manto,
mirando al Cielo.

Dame un alma de apóstol.
Puedes, si quieres,
Tú que de los Apóstoles
la Reina eres.

CAPÍTULO XVII

AMOR DE DIOS

Visita a las celdas.—El cilicio.—Progresos en el amor divino.—Cartas a los suyos.—En el amor lo encuentro todo.—Entrega de su alma.—No sé lo que siento.—Un Sí a todo.

EN la primavera del año 1929, al terminar la Comunidad los Santos Ejercicios espirituales, avisamos a las religiosas que haríamos una visita extraordinaria por todas las celdas, y que estuviesen preparadas a hacer los sacrificios o desprendimientos que hubiésemos creído conveniente según la perfección de la santa pobreza. La Hermana María se alegró mucho con este anuncio; y, al ver que fuimos primero a las otras celdas que a la de ella, vino a decirnos: «Madre, estoy esperándola; ¿cuándo viene a la nuestra?...» Tocóle al fin su turno. Nos parece verla todavía en el recibimiento que nos hizo al entrar. Estaba sentada haciendo unos escapularios. En cuanto nos vió se levantó, y, con esa amable y angelical sonrisa tan

propia de ella, vino a encontrarnos, saludándonos con la palabra de costumbre—«*Benedicite, Madre*». —Luego abrió el cajoncito de la pequeña mesa, en donde había dos o tres cajitas en las que guardaba el trabajo, que destapó de par en par, y nos dijo: «Madre, puede llevarse todo lo que cree». Y nos iba enseñando los pocos hilos, las agujas y alfileres que escasamente habrían pasado de media docena; algún pequeño recorte de tela que le servía para los trabajos, diciendo: «Madre, tendré demasiado; llévelo, llévelo».—Esto es necesario, hija; si llevo algo, no le queda nada. Por último, abrió uno o dos libros para mostrarnos las estampas; y nos iba ofreciendo las mejores. Para darle la satisfacción de ver que le quitábamos algo, nos quedamos con una estampa (1), diciéndole:—Esta, con su adorno alrededor, «no es propia de una pobre descalza cuyo reino no es de este mundo». (Regla, Cap. VIII, 55).

Al terminar nuestra breve visita, cuando estábamos ya para salir, nos puso en la mano algo envuelto en un papel. Lo abrimos: era un cilicio o cadenilla. Y qué—le dijimos—¿tiene apego a éste, y quiere deshacerse de él? ¿Ha perdido el espíritu de penitencia, y ya no quiere usarlo? Contestó sencillamente: «Madre, lo pedí en el Noviciado, pero no lo he usado nunca; me ha parecido siempre que no me pedía el Señor esta mortificación, y ahora me hace entender aún más claro, que El mismo se encargará de mandarme el sufrimiento necesario

(1) Se la había mandado su primo Amiano, Marista, como lo indica la dedicatoria que tiene detrás.

para hacerme santa, y no me pide más que lo acepte todo de sus manos» (1).

Casi sobran comentarios a estas palabras que tan a las claras demuestran cómo solo Dios y su Voluntad, eran el móvil de sus actos, y que su Santo Espíritu la inclinaba a querer lo que era de su agrado, es decir, su misma divina acción en su alma. Desde esta época aproximadamente, nos dimos cuenta más precisa de sus grandes progresos en el desprendimiento de todo, y, por ende, en el amor de Dios, que, de un modo muy íntimo, intenso y constante, la iba preparando a las últimas pruebas dolorosas que debían acabar de purificar su alma, y disponerla para la eterna visión. El amor de Dios, que tan hondas raíces había echado en su corazón, era quien la sostenía serena en sus divinos brazos durante el breve tiempo que le quedaba de vida. Exteriormente, casi nadie se daba cuenta de este admirable trabajo de la gracia; pero nosotras, que penetrábamos en el fondo de su alma, conocíamos que esa vida tan ajustada en todos sus actos, esa serena e imperturbable paz en medio de tantos dolores, eran sólo efecto de su unión con Dios y del ardor con que le amaba y suspiraba por unírsele más y más.

En las cartas que escribía a los suyos, aparece también manifiestamente que su corazón no aspiraba más que a amar a su Dios y verle amado por todos. Y se conoce al mismo tiempo, por la delicadeza con que habla, cómo con adelantar en el amor

(1) Es una mortificación que, aunque se acostumbra entre nosotras, no es de Regla; y, por lo tanto, es libre.

de Dios se purifica y afina también el amor a los seres queridos.

Al dar las gracias a su madre por cierta caridad que nos había mandado, le dice:

«...El dulcísimo Jesús, que por su infinita bondad se ha dignado hacerse mi Esposo, se lo recompense con aumento de amor. Esta es mi petición para todos, el amor a Dios, pues si éste poseemos, todo lo demás se nos dará por añadidura. Pero si esto pido para todos, particularmente lo hago por V., a quien tanto debo en el orden material como en el espiritual. Muchas veces la recuerdo con gratitud delante del Señor, y le doy gracias por haberme dado una madre verdaderamente cristiana, que desde mis primeros años me enseñó ante todo a amar a Dios y a la Santísima Virgen, y después se sacrificó todo cuanto pudo para que yo tuviera la dicha de servirle en su santa casa. Esto debe servirle de mucho consuelo para estar confiada; porque el Señor no deja sin recompensa lo que se haga por su amor.

»De salud sigo regular; pero no tenga pena por mí, porque me siento muy feliz. Una vez a la semana voy a ayudar a hacer hostias. Se hacen con la electricidad; yo recorto los panales, otra las hace y otra las corta: las tres a porfía a ver quién pone en ello más amor para cuando se conviertan en Jesús. Para mí es ésta una gran satisfacción; y así, le vuelvo a repetir, no tenga ninguna pena por mí, sino se alegre y dé muchas gracias a Dios por el grande beneficio que me concedió dándome la vocación religiosa, y con ella todos los bienes. Mucho le agradezco sus oraciones, y deseo que continúen

siempre, para que pueda perseverar hasta el fin».

A su hermano Natalio le escribía en las fiestas de Navidad: «Deseo que el divino Infantito te conceda mucho aumento de su santo amor. Esta es mi petición constante para todos, pero muy particularmente para los que amo. Espero que el amor que a Jesús le trajo a la tierra lo difunda en nuestros corazones, para que pasemos alegres, no sólo las pascuas, mas toda la vida, hasta que lleguemos a aquella Patria bienaventurada, donde no se vive más que de amor. ¡Amor! esta es la palabra que me satisface por completo y por la que aspiro. Sin él no quiero nada, ni nada me atrae; pero donde él está lo encuentro todo. Parece que el Señor quiere que éste sea el medio principal de mi santificación, ya que todo otro me ha quitado, sobre todo el de la santa observancia que me era tan querido. Me parece haber escogido muy buen camino, o mejor dicho, me lo ha escogido la bondad del Señor, por poder caminar siempre, tanto en la enfermedad como con buena salud, en la alegría como en la tristeza. En todo podemos amar, si queremos; y esto me anima y consuela mucho».

En una carta dirigida al párroco de su pueblo, su antiguo confesor, se ve también cómo el amor divino que reinaba en su corazón la impelía a comunicar u obtener tan gran bien. Nos es grato transcribirla por entero por reflejar en ella, con su estilo sencillo, a la par que el amor divino que en su corazón ardía, los delicados sentimientos de su alma agradecida.

J. X. P.

D. Lorenzo García.

Muy estimado Padre en Jesús:

Aprovecho esta ocasión de escribir a casa, para saludarle y felicitarle las presentes Pascuas y días de Año Nuevo, deseando las pase muy felices con la abundancia de bendiciones que le he mandado por medio del Santo Niño. Así que ahora no venga con que no ha sentido la eficacia de mis oraciones, porque me desilusiona; pues yo tengo mucha confianza que el Señor le ha concedido todo lo que le he pedido por V., pues es una petición tan justa, y al mismo tiempo tan deseoso está El de concedernos esta gracia a que me refiero, que es su santo amor, que no puede dejar de concederla a quien se lo pide y ardientemente lo desea. Esta es mi felicitación; pues en cuanto a la de esta tierra, ya comprendo que su felicidad fuera de ésta será muy poca, ya por su poca salud, y mucho más por los desórdenes que tendrá que ver bien a pesar suyo; pues que, según dicen, la corrupción es general y el mundo corre a la perdición. No cabe duda que esto para quien conoce un poco la verdad, y sobre todo quien está al cargo de las almas, son siempre sacrificios muy penosos y que con nada pueden compararse, así que ya comprendo que de éstos no le faltarán; y por eso le pido al Señor le dé fuerza para llevar esa cruz y continuar haciendo bien a las almas, que, aunque no se aprovechase más que una, ya sería mucho el bien. Así que, en vista de todo esto, no hago más que dar gracias a Dios por

haberme traído a este bendito claustro, donde con tanta facilidad se puede servir al Señor.

No quiero molestarle más. Sólo me parece decirle que serán su corona de gloria las almas que con tanto empeño ha dirigido para el estado religioso, y que yo por mi parte le estaré eternamente agradecida por todo lo que ha hecho por mí. Si n más, recuerdos; y V. sabe no le olvida en Jesús su hija en el Señor

María de la Preciosísima Sangre.

«Antes—decía—me sentía inclinada más al temor; pero ahora el amor me es todo». Y era tanta la seguridad que este su amor y confianza en la Divina Bondad le daba, que nos parece había llegado a aquella caridad de que habla S. Pablo: «Todo lo cree, todo lo espera y todo lo puede» (1).

La hemos oído decir varias veces unas palabras que podían calificarse de atrevidas y poco respetuosas, si no supiéramos que era su grande amor quien la movía, y que todo es permitido al que ama. «Es tanta la confianza que tengo en el amor de Dios y su bondad, que me parece que, si al primer encuentro con El viera que no he acertado ni obtuviera lo que de El he esperado, tendría valor para levantarme a mayores».

Esta confianza violenta el corazón de Dios, hace prodigios y da a las almas ese santo atrevimiento propio del amor para intentar, como Jacob (2), luchar con Dios mismo; pues bien saben que la derrota con El es más gloriosa que la victoria.

(1) Ad Cor. I, XIII, 7.

(2) Gen. XXXII, 24.

En un papelito suelto encontramos escrito de su puño: «Adelante siempre con santa alegría, en el amor de Jesús, que tanto me ama... Jesús mío, toda vuestra, toda y siempre, y que Vos sólo seáis el objeto de todo mi amor. Amor, amor, amor... Dame amor, Jesús. María, mi Madre, enséñame a ser toda de Jesús y tuya; bendíceme...»

Le preguntamos una vez qué santo amaba particularmente y contestó: «Ninguno. Amando a Dios, se aman todos cuantos se deben amar, sin necesidad de amar alguno en particular».

Le preguntó también una religiosa lo que hacía cuando estaba tomando los baños de sol. Contestó: «Al ver el bien que el sol hace a mi cuerpo, me dirijo al Señor y le digo que al mismo tiempo envíe también a mi alma otro rayo benéfico de su gracia y amor, que la transforme y vivifique».

Había entrado de lleno en el sendero del amor: en todas partes lo veía, lo encontraba y lo pedía a su Dios. Cuando un alma llega a este punto ha alcanzado la libertad de los hijos de Dios, está libre de toda ley, porque el fin de ésta es la consecución de la perfecta caridad, y no tiene ya objeto el medio, una vez alcanzado el fin. El que ama es, pues, libre: todo le es permitido; el amor es su ley, y no hay peligro que traspase sus límites o se equivoque, porque el mismo amor que le da libertad la ata, la ilumina y defiende.

Y ahora es tiempo de cumplir la promesa de hacer conocer al lector la solidez del amor y de las virtudes de esta alma que había entrado tan de lleno en la verdad, como lo conocimos en una de esas conferencias mensuales en que nos abría su her-

mosa alma: «Madre—empezó—siento una cosa en mi alma... no sé lo que me pasa...»—¿Y qué ha de pasarle, hija mía? Creo que dolores en el cuerpo y amor en el alma ¿no es verdad?—Sonrió.—Al dolor ya está V. acostumbrada; a los altos y bajos, a las variaciones del amor, todavía no...; pero tiene que experimentarlas, si quiere en verdad llegar a su perfección. ¿Qué sentimientos prevalecen en su alma: de temor, de amor o de dolor? ¿Le pide Dios algo? «El amor me parece sea lo que siento; y lo que me pide es más vida interior, más vida de fe y de abandono; las palabras, las obras o cosas exteriores no bastan, ni a Dios ni a mi alma. Si leo, si rezo, si hablo, aunque sea de cosas espirituales, siento luego un vacío, y como un reproche; y, en cambio, si me recojo en silencio y escucho al Señor, me siento feliz y lo encuentro todo. Pero al mismo tiempo temo, porque me parece ésta una cosa muy cómoda; buscar el descanso y huir del trabajo y sufrimiento».

El cortejo de sus virtudes y la placidez de su alma—diáfana cual si reverberara en ella la Eterna Verdad—nos daban garantías para asegurarla por completo de que Dios obraba en ella sobrenaturalmente. Nos apoyábamos también en lo que dice el «Místico Doctor»: Que para esta obra de Dios en el alma tiene que estar ésta «muy aniquilada en sus operaciones naturales». Se extraña ella sin duda de este su nuevo estado; pero añade también el mismo Doctor: «Todo lo que no es extrañeza se le hace desabrido, porque una vez gustadas las cosas del espíritu, se hacen desabridas las de la carne».

Nos pareció estuviese en posesión de esa sabi-

duría secreta que se comunica e infunde en el alma por amor y podría repetir:

«Diréis que me he perdido,
Que andando enamorada,
Me hice perdidiza, y fuí ganada» (1).

Le redujimos a muy pocas y breves las oraciones vocales, diciéndole que todas las veces que se sentía llamada a este sagrado silencio interior se abandonara a él sin temor, y lo dejara todo. «¿Madre—añadió—y si no hago nada y pierdo tiempo?» El tiempo lo perderá si Dios obra y V., por querer hacer algo, no le deja. La mayor perfección de abandono que le pide no es ahora en las cosas exteriores y materiales, en que quizá lo ha hecho consistir V. más hasta aquí. Ahora le pide un abandono más completo de su alma a su amor, para que pueda El hacer en ella lo que quiere.—«También a mí me parece así», contestó.—Animo, pues, y adelante. Al obrar de este modo, abandona su alma al amor divino; y éste le irá quitando todo; pero piense que es para dársele luego todo.

En otra conferencia posterior nos dijo la gran paz y consuelo que experimentaba en este abandono de su alma a Dios, y terminaba diciendo: «De las cosas de mi alma no sé decir nada, si no es que siento en mí una cosa que me satisface más que todo y me hace completamente feliz. Es una cosa tan íntima, tan íntima, que no sé explicarlo».

Tratando de este estado, la Santa Doctora Carmelitana, dice: «Es en lo muy íntimo de ella (el alma) esta satisfacción, y no sabe por dónde ni

(1) Cántico Espiritual, Canc. XXIX.

cómo le vino, ni muchas veces sabe qué hacer ni qué querer, ni qué pedir. Todo parece lo halla junto, y no sabe lo que ha hallado, ni aun sé yo cómo darlo a entender» (1).

Así nadie se extrañará si nuestra hermanita no sabe explicarlo, después de haber oído decir a la gran Doctora que no sabe darlo a entender.

Cuando alguien le preguntaba qué hacía en la oración, qué había dicho al Señor después de la santa Comunión, o bien durante las horas que permanecía sola en su celda, era casi ordinario que contestara: «No hago nada». Y si le insistían: «Si no hace nada, quisiera yo hacer lo que V. hace», afirmaba de nuevo: «Créame; no hago nada, absolutamente nada».

Tal vez a algunas religiosas que esto oyeran les extrañara algo la contestación, y la atribuyeran a pereza o apatía; pero nosotras, que conocíamos el estado completamente pasivo en que se hallaba su alma, entendíamos que ese *no hacer nada* era un dejarse a Dios, para que El lo hiciera todo.

Al fin del apunte arriba citado encontramos escrita dos veces la palabra «¡silencio! ¡silencio!», alusión, sin duda, al precioso silencio interior de que habla y encomienda nuestro santo Fundador a las almas que dirigía: «El silencio que el barro y el polvo guardan en las manos del alfarero, guardadlo vos en las manos de vuestro Criador». ¡Oh qué sentencia! Y añade: «Los deseos más grandes respecto de las almas, sea con motivo de las necesidades de la Iglesia, por grandes que sean, es necesario dejarlos morir en el fuego del amor de Dios

(1) Vida, Cap. XIV.

de donde proceden, y esperar el tiempo en que Dios quiere su cumplimiento. Entre tanto cultivad un solo deseo, el más perfecto de todos, el de agradar a Dios y alimentaros con su santa voluntad» (1).

Tales máximas de tanta perfección eran practicadas constantemente por esta buena hija. Nuestras pobres palabras caían siempre en buen terreno, produciendo el ciento por uno. Su vida de fe iba siempre en aumento, y su abandono en Dios, tanto de su cuerpo como de su alma, era total. Llegó al punto, como hicimos notar en el capítulo VII de no tener ya deseo ni aún de la misma virtud y santidad. Había comprendido que, aun en estas cosas, a pesar de ser santas, puede uno buscarse a sí mismo, queriendo la perfección y santidad según las miras propias o el propio modo de entender, y no según el divino beneplácito, o por los medios que Dios quiere la busquemos, puesto que son distintos para cada alma, y no todo lo que en sí es bueno lo es para todos. El deseo de la santidad, cuando no es regulado con este principio, produce con frecuencia inquietud, turbación, apresuramiento, y, a veces, desaliento y tristeza, en vista de la inutilidad de nuestros esfuerzos.

Todos estos defectos estaban muy lejos de la Hermana María. Su alma permanecía siempre serena, tranquila y sumisa, porque su única regla era la divina voluntad. A quien le preguntó un día si esperaba, al morir, ir derecha al cielo, contestó: «Lo espero por la misericordia de Dios».

Su vida de abandono completo; su camino *sine*

(1) Cartas de dirección.



San Pablo de la Cruz.



San Gabriel de la Dolorosa.



camino; o bien, sin otro de lo que Dios momento por momento le trazaba, le daba motivo de ir derecha a gozar de la eterna recompensa.

Y, como el verdadero amor es aquel que se da por medio de un perfecto y filial abandono, nuestra hermanita amaba y amaba mucho a Dios. Y era por El correspondida con amor de intimidad; pues El, que vivía en ella y le quitaba todo modo propio para ir a El, era quien le daba ese filial atrevimiento que le hacía decir como hija al padre, o hermana a un hermano suyo: «No temo tus castigos; y, si no me das lo que he esperado de tu amor, me levanto a mayores».

Semejantes expresiones solamente son permitidas a hijos amantes y fieles, como era esta angelical criatura, en la cual tenían su cumplimiento las palabras del Divino Maestro: «Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (1).

Pondremos fin a este capítulo transcribiendo una carta íntima que escribe a su hermano, en la que brillan como a porfía todos los hermosos sentimientos que acabamos de citar de esta hermosa alma.

Hermano Natalio de la Virgen Dolorosa.

Mayo 9 de 1929.

«Muy apreciable hermano:

Recibí tu atenta, que tanta satisfacción me causó por tus buenos e inspirados consejos, y me animó grandemente a vivir según el Espíritu del Se-

(1) Matth. XII, 50.

ñor, que es espíritu de verdad, y por lo mismo el único que puede dar la verdadera satisfacción y consuelo al alma creada para gozar de un Bien infinito. También me recordó el beneficio grande que el Señor nos hizo al llamarnos a esta santa Congregación, que no puedo recordarle sin sentirme conmovida de santa alegría, porque me parece que con ella nos han venido todos los bienes. Al instante me vino al pensamiento que la mayor parte de las personas en sus enfermedades no reciben de sus familias más que sentimientos vacíos, por verlos llenos de aflicciones, que los hacen sufrir más que la misma enfermedad, mientras que yo, por gracia y misericordia del Señor, por el grande beneficio de la vocación religiosa, tengo un hermano que me da tanta satisfacción y me ayuda a ser feliz en esta vida y en la otra. Por ello doy muchas gracias al Señor y le pido te dé la santa perseverancia hasta el fin.

Si tuviere un poco más de facilidad para explicarme, con mucho gusto te contaría todos los sentimientos de mi alma; pero en este punto poco podré decirte, porque, como ya te he dicho alguna vez, el Señor, cuando trato de decir algo sobre esto, me pone tan incapaz, que parezco una boba. Si digo una palabra, a la segunda no sé qué contar ni por dónde salir. Esto parece una tontería; y no me extraña que quien no pasa por ello no lo crea, pues ni aun yo misma, después de pasarlo tantos años, cuando salgo del apuro, me parece increíble que una habladora como yo no acierte a decir una palabra. Pero sobre esto puedo decirte con seguridad que el Señor lo quiere así; y esto es más que

suficiente para estar completamente tranquila. Lo que me ha negado por parte de las criaturas, me lo ha dado por sí mismo en grande abundancia (1), que, si yo hubiera correspondido siempre, sería para esta hora una gran santa. Con todo, espero de su amor misericordioso que ya me haya perdonado todas mis infidelidades, y la gracia de en adelante serle más fiel.

En toda mi vida religiosa el Señor me ha concedido mucha tranquilidad, y siempre he sentido que verdaderamente su yugo es suave y su carga ligera, lo cual me ha sido motivo de vivir con el corazón dilatado alegremente, aun en los pequeños sacrificios que necesariamente, unos más y otros menos, todos tenemos que pasar mientras vivamos en este destierro.

Nada de esto es cosecha mía, sino que la bondad de Dios se ha mostrado tan liberal con este ser tan miserable, como si no tuviera que ocuparse más que de mí; y todavía continúa derramando sus gracias, porque también al presente me da grande paz y tranquilidad, que me mueve a estar confiadamente abandonada a sus santas disposiciones.

Me he puesto a escribirte sobre este asunto por ser a ti, que lo demás con nadie lo haría, porque siempre voy a parar en algún disparate, que ni viene a cuento con lo que me propongo, ni mucho menos, ¡como esta vez!... Pero contigo no me preocupó, y digo sencillamente lo que me sale, con toda confianza, y me parece que me entiendes, aunque no sepa explicarme. Así que puedes mejor que na-

(1) Hermosa confesión, que nos da la llave de los tesoros depositados por Dios en su alma.

die decirme alguna cosa a propósito para mi adelantamiento espiritual. Quiero que me lo digas sencillamente como lo sientas; que así hago yo contigo. Y también, si conoces que hago mal alguna cosa, quiero me lo digas.

No vayas a tomar en broma esta carta; porque es toda muy seria y en secreto.

A la verdad que he escrito mucho y no te he dicho nada, y al mismo tiempo me parece habértelo dicho todo; porque ninguna otra cosa tengo que decir. Yo confío que me comprendes, y así por hoy no quiero multiplicar más palabras.

En cuanto a mi enfermedad estoy mejorada...; pero a estas mejoras, como puedes comprender, no hay que darlas mucha importancia; que, a no ser un milagro, no tengo esperanza de curar. Para quitarle todo el horror que me inspira su nombre, me voy hermanando con ella y la llamo la enfermedad de los santos; y con este nombre me da esperanza que con esto puedo santificarme. ¿Y si esto consigo qué me importa que esté sana o enferma? ¿con una enfermedad o con otra? Con la que el Señor me ha mandado estoy muy contenta, aunque no creo en esto tener mucha virtud ¡porque, como yo digo muchas veces, el Señor se ha propuesto llevarme en aeroplano al cielo! Así que de esta manera ya se puede ir contenta. A mí me parece que el Señor lleva a todo el que quiera en este vehículo con sólo que diga un *sí* a todo lo que El disponga.

Y ahora me ha venido la curiosidad de saber si a ti también el Señor te lleva en aeroplano; porque, como se va tan bien, me daría tanto contento que tú también fueses en él. Verdaderamente el Señor

es tan bueno, que si nosotros le amamos con todo corazón, no sólo nos lleva en aeroplano, sino en sus brazos paternos, para que nada temamos. Así que, en estos hermosos días de la novena del Espíritu Santo, pidamos mucho para que este divino Espíritu se digne venir a nuestro corazón y lo llene de su santo amor, como a María Santísima y a los Apóstoles.

Esta es la felicidad que te deseo en el día hermoso de Pentecostés, y así se lo pediré en especial en estos días al Espíritu Santo, y a María Santísima, de cuyas manos vienen todas las gracias.

Si tardo en volverte a escribir, es señal que sigo para ir pasando y que todo marcha bien; de manera que puedes estar tranquilo.

Nada más. Saludos a tus Superiores y demás comunidad. Y tú sabes que no te olvida en Jesús y María tu hermana

María de la Preciosísima Sangre.

Esta carta trasparente de por sí, sin necesidad de comentarios, la perfección de quien la escribe. Sólo llamaremos la atención del lector sobre esas palabras: «Me parece que el Señor lleva a todos en este vehículo con sólo que digan un *sí* a todo lo que El disponga».

¡Cuánto nos dice con esto! Ese *sí* lo había dicho ella, y lo repetirá constantemente, aún en medio de los más agudos dolores físicos que todavía le esperan, y de penosos abandonos y desolaciones de su alma.

CAPÍTULO XVIII

AMOR DOLOROSO

El invierno del alma.—Sin hojas y sin flores.—Temor de haber caído en la tibieza.—El pájaro solitario.—Única expansión.—Luz en las tinieblas.—Amor puro.—Junto al Sagrario.

CSTANDO un día nuestro santo Padre en oración, al pie del tabernáculo, oyó estas palabras: «Hijo mío, el que se acerca a mí se acerca a las espinas»; y añadía: «¡Oh qué gracial ¡Oh qué dón! ¡Sustentarse de lo que fué el alimento de nuestro divino Salvador!». Y a un alma dirigida suya le decía: «Vuestra alma tiene necesidad de un pequeño invierno. El invierno purga el aire y la tierra de los malos vapores y sacude las hojas de los árboles para que profundicen más sus raíces. Luego viene la primavera, en que todo reverdece y florece».

Lo mismo hubiera podido decirse a nuestra hermana, pues así se cumplió en su alma. Aunque la primavera no despuntó para ella sobre esta tierra. ¿Por qué? Dios lo sabe; pero nos parece que el go-

zar en esta vida no es para una Pasionista, que debe vivir sobre el Calvario al pie de la Cruz y, como su divino Esposo, sufrir y morir sufriendo, para resucitar con El a la gloria inmortal del cielo. Por esto, esta humilde hija de la Pasión, al terminar su breve invierno, fué trasladada a las eternas primaveras del cielo.

Cuando un alma se ha dado enteramente a Dios, Dios se da a su vez a ella. Pero, para que pueda gozar de este Sumo Bien y poseerle más en la verdad y según El es, le va quitando toda idea, especie y modo como antes se lo imaginaba, cosas que no existían en realidad en Dios, y se le da El a sí mismo en forma negativa; es decir, en la negación de todo, sin que la débil inteligencia pueda dar ya nada a ese *Ser* increado, foco de eterna luz que cambia en oscuridad tenebrosa todas nuestras luces. Esta verdad hizo decir al Doctor Místico San Juan de la Cruz: «¡Oh miserable suerte la de nuestra vida, donde con tanto peligro se vive y con tanta dificultad la verdad se conoce!, pues lo más claro y verdadero nos es más oscuro y dudoso... En cuánto peligro vive el hombre, pues la misma lumbré de sus ojos natural con que se ha de guiar es la primera que le encandila y engaña para ir a Dios»; y añade que: «si ha de acertar a ver por donde va, tiene necesidad de llevar cerrados los ojos e ir a oscuras para ir segura de los enemigos domésticos de su casa, que son sus sentidos y potencias» (1).

Nuestra biografiada tuvo la incomparable suerte de pasar este benéfico aunque doloroso invierno; de ver caer todas las hojas de las ideas y gus-

(1) *Noche oscura*; II, Cap. XVI.

tos sensibles que hasta entonces, quizá, habían entretenido algo sus miras y esperanzas. Dios la acercó más a Sí, y ella sintió las punzadas de las espinas que su cercanía produce en el alma que no está todavía purificada para unirse a El, infinita y sustancial pureza. Se le ocultó la luz que iluminaba sus pasos; perdió de vista el Bien que hasta entonces la había atraído, y parecíale haber quedado sin rumbo, sin luz, sin sostén, sin esperanza. Fuera de tiempo dos o tres veces tocó a la puerta de nuestra celda, entrando sin demora como aquel que tiene un asunto entre manos de suma urgencia e importancia. —¿Viene para decirnos que se encuentra mal y que va a acostarse?, le preguntamos al verla. —«No, Madre, no; tengo otra cosa que decirle». —¿Qué le pasa?—«Me parece que estoy en un estado muy grande de tibieza; temo haber sido infiel al Señor en alguna cosa, y El, disgustado, no me dé ya su gracia para continuar adelante; y a mí me parece imposible salir de este estado. Dígame, Madre, lo que he de hacer».

Comprendimos enseguida de lo que se trataba. Háblala privado el Señor de la gracia sensible y como de las operaciones de su alma, dejándola a oscuras en esa penosa noche que nada deja entrever, quedándose ella como perdida en esa oscura soledad de donde no sabe ni puede salir, y cree que ni aún quiere. Le parece haber perdido a Dios y que ya no haya remedio en su pérdida: «Me parece imposible salir de este estado—repetía—, y hasta parece que no quiero». —La aseguramos y consolamos con pensamientos de fe, diciéndole que el Señor le había quitado su luz e imposibilitado

para querer aún lo bueno, porque deseaba ser El su guía y quien amara en ella. Por lo tanto, su imposibilidad era cierta. Dios mismo la había imposibilitado; y ese parecerle *no querer*, era también cierto: mientras Dios no quisiese saliera de ese estado, no le daría tampoco el deseo de querer salir de él. Que procurara pensar cuanto menos podía en sí, y que, a ciegas y sin temor, dejara su alma en poder de Aquel cuya existencia le aseguraba la fe, a pesar de que ella no viera ni entendiera cómo podía ser eso. Era este el momento de la prueba; que fuese fiel al Señor, pues sólo el que es probado recibirá la corona de vida (1).

«Prueba—añadió con su acostumbrada humildad—no creo que sea, Madre, sino castigo de mis pecados. Si pienso en esto, lo veo tan natural que el Señor me trate así; y pensando en esto siento, al mismo tiempo que pena, gozo y contentó».

«En este estado, dice S. Juan de la Cruz, trae la memoria en Dios con solicitud y cuidado penoso, pensando que no sirve a Dios, sino que vuelve atrás... y siéntese sola y necesitadísima por estar por encima de todas las cosas criadas y de sí misma» (2). «Vigilando como un pájaro solitario en lo alto de un techo» (3); vigilando en espera del Amado y sin que nadie pueda dársele, pero al mismo tiempo sin querer bajar de esa altura, ni dejar esa amada soledad, pues, aunque el ansia la hace su-

(1) *Beatus vir, qui suffert tentationem; quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae.* Jac. I, 12.

(2) *Noche oscura:* I, Cap. IX.

(3) *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto.* Ps. CI, 8.

frir, su sufrimiento es gozoso; porque, si bien no le conoce, ya posee el Bien que desea, formando El mismo su más grata felicidad. Oiremos de su misma boca las quejas melodiosas que, al oído de Aquel que moraba en su corazón, debían ser más dulces que todas las más exquisitas y delicadas músicas.

«Madre, volvía a preguntarnos, dígame, le ruego, si es necesario hacer algún grande esfuerzo para salir de este estado y salvarme; dígamelo, Madre, dígamelo».—No, hija, no tiene que hacer esfuerzo ninguno, ni salir de este estado, sino esperar en él con paciencia al Señor. No hay otro camino, no hay otra salida. Ahora no está V. en tiempo de los esfuerzos, sino de amor; el amor es quien así la trata y debe dejarle. Se quedaba muy tranquila y animada a perseverar así toda la vida, si Dios lo hubiese dispuesto de este modo.

«Las almas generosas que han entrado en la bodega del amor no quieren ni necesitan regalos; quieren y necesitan trabajos y dolor» (1).

En la escuela práctica del dolor, habla como experimentada maestra que recibe luces especiales del cielo, tanto tocante al mismo, como a las cosas del espíritu que penetra y entiende como nunca. Oigámosla en algún trozo de carta a su hermano: «A veces se me ocurre que por ahí en algún camino te hagan mártir; no me parece esta suposición sin fundamento, pues estando fuera del convento, en grandes peligros te encontrarás, y, aunque tú no me lo dices, ya sé que en algunos te

(1) P. S. Lozano, O. P. «Unidad de la Ciencia Sagrada», página 62.

has encontrado; dispensa si te hablo con demasiada franqueza, diciéndote que siento gran satisfacción cuando se tiene que sufrir algo por el Señor (ya sé que comprendes el sentido con que lo digo). Siento grande aprecio por las personas que el Señor les concede esa gracia de sufrir algo por El, pues es la prueba más cierta del Amor, y es señal también de que el Señor las ve ya fuertes y puede tratarlas como a tales... Ya sabes que contigo trato con confianza, y no miro tanto si va bien o mal expresado lo que digo, porque sé que tú no te paras en eso y me comprendes muy bien; lo cual es para mí grande satisfacción poder tratar así con un hermano. Cuando dos corazones están unidos y tienden al mismo fin con unidad de sentimientos y afectos, pocas palabras son necesarias, y a veces ninguna, pues yo (a pesar de que tú nunca me has dicho nada, digo yo muchas veces: éste cuando quiere es más cerrado que una noche de espesa niebla) con todo entendí tanto de tí... mucho más que todo lo que tú pudieras decirme y sin temor de equivocarme. Es bien cierto que, cuanto más la criatura se humilla, tanto más el Señor la ensalza. Y de esto tenemos muy buen motivo de confundirnos delante del Señor por tantas gracias como tan gratuitamente nos dispensa, aunque tan indignísimos somos. Yo para mí no hay cosa que más me confunda, y al mismo tiempo me anime, que el pensar en tanta predilección y misericordia del Señor para con nosotros, pidiéndole constantemente que termine la obra que ha comenzado».

Mientras ella se encontraba sin luz, nosotras la

vemos brillar más pura y viva en sus dichos, en sus obras y en todos sus actos.

Unos siete meses antes de su muerte (en noviembre de 1930), encontrándose su alma en la sequedad y aridez dicha, esperaba con vivo deseo la toma de hábito de su sobrina, para que, en aquella ocasión, viniera su hermano, como en efecto vino, y de viva voz darle a conocer el estado de su alma y recibir de él el consejo y la luz de que su humildad la hacía sentirse tan necesitada. Pero estaba en el invierno. No era tiempo de hojas y de flores. El Señor la privó también de este consuelo. Oigámosla en la carta que al mes siguiente de su visita le escribió: «...Te he dicho que quedé muy satisfecha (1); pero tengo también que añadir que contigo no quedé como esperaba, pues era tanto lo que había deseado tu visita, y también las cosas que había pensado decirte o preguntarte, que no te puedes hacer idea. Así que cuando vi que después de una ocasión tan favorable todo se redujo a cuatro palabras, y éstas las dije yo sin dejarte a ti hablar, y ni aún yo decirte lo que deseaba, puedes figurarte cómo me quedé. Verdaderamente estuve como una boba; y aunque luego comprendí de dónde provenía todo esto (pues fué una confirmación de lo que te dije de palabra), con todo, aun después de estar tan acostumbrada a estos pequeños golpes, tuve que hacer un acto enérgico para no dejarme llevar de mis sentimientos naturales. Mas, como en esto

(1) Satisfacción de ver a los parientes que en esa ocasión vinieron, especialmente a su buena madre, a quien amaba cada vez con más puro y delicado amor.

ya sé lo que el Señor quiere y pretende, que es que renueve mi ofrenda ciega en sus manos para llevarme, no por donde mis desarreglados apetitos quieren, sino por aquel camino que me ha trazado su amor misericordioso, con nueva fuerza tendí hacia El, que con tanta condescendencia me invitaba, a fin de ser mi plena expansión y mi todo, con tal de que le deje obrar libremente. Así que, después de tanta bondad del Señor, no me parece mucho me prive de estos pequeños desahogos con las criaturas, que acepto con entera sumisión, no deseando más que cumplir en todo la voluntad del Señor, siempre santa y adorable».

Detengámonos unos instantes a considerar aquellas palabras: «Con nueva fuerza tendí hacia El, que con tanta condescendencia me invitaba, a fin de ser mi plena expansión y mi todo».

¡Cuánta energía en su alma en medio de su dolor, y qué bien orientada se la ve, puesto que tiende «hacia El», no hacia alguna criatura, reconociendo que estos desengaños están dirigidos para desprenderla siempre más de todos, y que Dios, y sólo El, sea su plena expansión en todo! Este dicho suyo no era para nuestra hermanita solamente la expresión de una verdad conocida; era su vivir o la regla de su vida. Vea la mano de Dios en estos sucesos, aunque dolorosos para la naturaleza, y servíase de ellos para lanzarse con más ardor hacia El. Por esto, durante este su doloroso estado, no buscó apoyo y consuelo en las criaturas, a excepción de dos o tres veces, como dejamos dicho, en que vino a exponernos sus temores y recibió las seguridades necesarias.

En una de las veces que oímos el estado de desolación, de incapacidad e imposibilidad absoluta en que su alma se hallaba de las operaciones de sus facultades, y que todas sus respuestas se reducían siempre a «no hago nada, no puedo nada y no deseo hacer nada», quisimos probar si le hubiese servido de algún consuelo y arrimo el proponerle el camino de los pequeños, enseñado por Santa Teresita. Se alegró ella, porque esta simpática santa le gustaba mucho. Le dijimos que, cuando sintiera más su debilidad e impotencia, pensara que era una niña sin fuerza, y que Dios, como Padre, se compadecería de ella, y, sin pedir ella nada, se contentaría con su amor y con que esparciera flores como los angelitos en la procesión del Corpus. Y terminamos diciéndole que, al ver que otras sabían, podían y hacían lo que para ella era imposible, se acogiera y amara más esa impotencia suya, recordando que esto era lo que atraía sobre ella las tiernas y compasivas miradas de Dios. Pensando que, por proponérselo nosotras, era el Señor el que le pedía esto, quedóse muy contenta y con el deseo de ponerlo por obra. Pero aun esto era hacer algo, y el estado en que Dios le había puesto no era ya para hacer, ni para darle amor a modo propio, sino para recibir, aunque dolorosa y secretamente, el suyo, y con este mismo amor amarle y complacer su divino Corazón.

Cuando nos volvió a dar cuenta de su alma, al preguntarle ¿qué tal va la niña? ¿le da Dios algún caramelo? «No, Madre, dijo, lo que santa Teresita dice era fácil para ella, porque Dios la tenía en ese camino, y lo será también para todos los que el Se-

ñor ponga en el mismo, pero no para todos indistintamente, o a lo menos en todas las épocas. Dios tiene que ser el que da el pensar, el querer, el sentir; y si El no da, todo es violento y penoso, y poco aprovecha al alma el propio querer».

Continuó, pues, adelante en su amor doloroso, contemplando caídas todas las hojas y marchitas las flores que adornaban el cielo de su alma, quedando en la oscura noche de un interior invierno. Mas de ella podía decirse en verdad, «el calor y el frío, la luz y las tinieblas, igualmente bendicen al Señor» (1), o mejor, en el hielo y la noche del alma, con más pureza y perfección, porque era más puro su amor.

¡Qué hermoso debió ser para el Amante divino el contemplar esta alma generosa, mística paloma del Calvario, que gemía y suspiraba en busca del Amor perdido, mientras El era el agente que en ella obraba, y de este modo la envolvía e invadía dolorosamente, sin que ella lo advirtiera, para purificarla más y más y hacerla enteramente suya!

Hasta en sus últimos días se oían de sus labios algunas notas de este su doloroso amor, parecidas a las que, desde la Cruz, nos hizo oír el Mártir del Calvario en su dolorosísima agonía. Era su esposa fiel; y quiso darle la gloria de imitarle hasta el fin.

«Madre, nos dijo un día en los últimos meses de su vida, parece que quiero evadirme de lo que el Señor permite en mí, y no quiero hacer ya su voluntad, o que la hago como por la fuerza». Y esto porque había sentido alguna contrariedad en las disposiciones del ortopédico, que le mandaba rigu-

(1) Cántico de los tres niños en el horno de Babilonia.

rosa inmovilidad, casi imposible de guardar a causa de los frecuentes vómitos. La tranquilizamos diciéndole que Dios no pedía lo imposible, y que su contrariedad no estaba en la voluntad, sino en la parte sensible de la naturaleza, que el Señor dejaba sintiera para darle mejor a conocer que sin una gracia especial suya nada de bueno hay en nosotros.

En medio de estas contrariedades, no hubo ni la más mínima resistencia a lo que se le hacía, sino que, en alma y cuerpo, dejaba a otras el cuidado de todo. Tanto que le pareció imperfección haber dicho a la enfermera dónde debía poner unas cosas que estaban sobre la mesita de su celda, pues no quería manifestar su voluntad, a no ser preguntada. Era su máxima, que una religiosa, para estar segura de hacer siempre la voluntad de Dios, debe dejar que otros hagan lo que quieran, imitando en esto a San Gabriel de la Dolorosa, que, en su lecho de muerte, decía y repetía, aún delirando: «*La propia voluntad no agrada a Dios, aunque se tengan las mejores intenciones del mundo; no agrada, no agrada a Dios*».

Así se portó en las pruebas esta pequeña víctima de amor. Cuanto más doloroso era para ella, tanto más buscaba sólo a El y se alejaba de las criaturas. En este tiempo copió una oración y una poesía que ahora transcribiremos. La primera nos parece del seráfico y gran penitente San Agustín, cuyos sentimientos de humildad y amor expresaban perfectamente las necesidades del alma humilde de nuestra hermana, arrepentida de *tantos* pecados cometidos... (Ella decía había cometido mu-

chos... sin encontrar luego ninguno que confesar).
He aquí la oración:

COLOQUIO

¡Oh Jesús de mi vida, ya sé quién eres; he comprendido, Señor, tus finezas, tus extremos, tus afa-
nes, las amorosas trazas de que te vales para cau-
tivar las almas; aquí tienes la mía, toda te la doy,
recíbela por tuya, que ya no quiero vivir sino para
conocerte y amarte! ¿Qué hacía yo que no te cono-
cía? Ciega estaba, mi Jesús, ciega estaba, que, te-
niéndote a mi lado, nada te veía. Tanto afán por
saber, tanto empeño por estudiar todo lo que no
eras Tú, y cada vez más ignorante, más vacío el
corazón, más lejos de Ti. Pero aquí me aguardabas,
esperando que viniese de llenar el cantarico de mi
alma en la cisterna del mundo, que sólo da aguas
salobres que no apagan la sed, antes la irritan y la
aumentan, y me pediste de esta agua para darme
de la que salta hasta la vida eterna, agua de enten-
dimiento, agua de sabiduría... ¡Bendita, bendita
sea tu caridad que así se compadeció de mis mise-
rias, que así tuvo piedad de mis males! ¡Ya no quie-
ro saber otra cosa que a Ti, a Ti Crucificado!
¡Dame, Jesús, entendimiento para que pueda com-
prender cuál es la anchura, y largura y alteza y
profundidad de tu amor para conmigo, que sobre-
ponga a todo entendimiento! ¡Dame espíritu de sa-
biduría para conocerte! Tú, Señor, has prometido
darla abundantemente a quien te la pidiere, pues
dátame a Ti mismo, y seré sabia y entenderé tus
maravillas. Tú has dicho que es bienaventurado el

hombre a quien Tú enseñares, a tu escuela voy, tu doctrina aprendo, y aunque desaprovechada discípula que no he pasado del a, b, c, tengo hambre de saber, tengo ansia de cursar todas tus enseñanzas y llegar a ser maestra. Que mucho me admira, Jesús mío, que allá muchos pobrecitos, a quienes el mundo despreciaba, tengan argumentos tan fuertes que no los pudieron soltar los sabios; y si por unas pocas veces que a tu escuela fueron, tanto aprovecharon que no hubo sabiduría humana que pudiera convencerlos de error ni de impostura, prueba esto que Tú eres buen Maestro y que enseñar sabes, pues tan buenos discípulos sacas. A tus pies me tienes; habla, que Tu sierva te escucha; tengo fe en tus enseñanzas, escúlpelas, Señor, con el cincel de tu amor en las tablas de mi alma para que no se borren nunca. Tú has dicho que tus ovejas oyen tu voz, porque te conocen: oveja tuya soy, pues sé que eres mi Jesús y mi Dios, y por tal te confieso y conozco, reverencio y adoro. Amén.

Aunque acaso no haya repetido todas las palabras de esta oración, nos parece habrían de sugerirle mucho sus expresiones, en el tiempo que a solas se quedaba en la capilla. Allí, en el sagrario, estaba Aquel que se había escondido a su alma tras las espesas tinieblas de su misma luz. Allí le buscaba como nos lo manifiesta la poesía, que nos da también idea del estado de su alma, y nos dice cuál era su conducta en él y el modo como llevaba su prueba, es decir, acercándose más a Aquel que era la causa de su dolor.

IRÉ AL SAGRARIO

¿Qué haré cuando me encuentre
Desanimada
Y de fuerzas y aliento
No sienta nada?
¿El querer sufrir sola
No es temerario?
Y por eso yo entonces
Iré al Sagrario.
¿Qué haré cuando se ofrezca
Un vencimiento,
Si mucha repugnancia
De hacerlo sienta?
¿Dónde hallar el esfuerzo
Tan necesario?
Confiada, en su busca
Iré al Sagrario.
¿Y qué haré si estoy triste,
Si estoy cansada?
¿Cuando me crea sola
Y abandonada?
Pensaré que me espera
Dios solitario,
Y a hacerle compañía
Iré al Sagrario.
Cuando la larga ausencia
De hogar y madre
Con sus tristes recuerdos
Mi alma taladre,
No desmayaré nunca
En mi calvario;
A buscar madre y patria

Iré al Sagrario.
En fin, siempre en mis dudas
Y tentaciones,
Cuando la guerra sienta
De mis pasiones,
Hallaré esfuerzo y vida
En el santuario,
Y siempre a buscar remedio
Iré al Sagrario.

.....

=====

CAPÍTULO XIX

LAS ÚLTIMAS PINCELADAS

El fin del hombre.—Último año.—Me glorí en mis enfermedades.—Una muerte repentina.—El sacrificio preparación a la comunión.—Acto heroico.—Como rí a la mar.—De las cosas visibles a las invisibles.—En el puro dolor.

EL fin del hombre sobre la tierra es alcanzar el grado de gracia, o el punto de semejanza con el divino Modelo, Nuestro Señor Jesucristo, a que Dios le destinó, y luego ir a gozar eternamente de El—su fin último—en el cielo.

Al ver a nuestra hermanita en su vida de sufrimiento, paciencia, abnegación, humildad, obediencia y caridad, sobre todo de fe, de abandono y de tan puro amor de Dios, nos preguntábamos a veces y decíamos a las religiosas: ¿Qué más puede hacer una criatura? Y nos contestábamos todas a una:—En verdad, que yo no sabría pedir más de lo que hace la Hermana María. No sabíamos qué añadir a las virtudes que en su estado de enfermedad ejercitaba. Y eso que la Comunidad no conocía

como nosotras el estado de penosa aridez y desolación en que su alma se hallaba. Así que, al verla practicarlas en pura fe, nos embargaba cierto respeto y veneración y nos hacía pensar que el cielo la reclamaría pronto para darle el premio de tanta virtud.

Al solo pensamiento de perderla, la Comunidad se afligía, y, con novenas y oraciones, luchaba en cierto modo con el cielo para retenerla algo más entre nosotras, siendo para todas su vida ejemplar un aliciente muy poderoso para llevarnos al bien. Apoyaba nuestra esperanza el ortopédico, que, después de haberla tenido enyesada durante tres meses, a mediados de julio de 1930, al ponerle el duro corsé de celuloide que sujeta e inmovilizaba su cuerpo, nos aseguró curaría. Decía que otras, en peor estado que ella, habían curado. Nunca tuvimos plena confianza en sus palabras, pareciéndonos no hubiese conocido completamente el estado general, ya muy gastado y débil de la pobre enfermita, y también por ignorar el estado de su alma, que suspiraba por la eterna visión del Único Bien. Sólo Dios, aunque escondido, la sostenía en los grandes sufrimientos de alma y de cuerpo que aún padecería en el último año de su paso sobre la tierra.

Parecía, en su humildad, no aprovecharse bien del tiempo ni de la gracia que el Señor le hacía permitiendo en ella tantos sufrimientos. Años antes, cuando aún se ignoraba la índole de su dolencia y se creía fuera reuma, al ver a una religiosa guardar cama algún tiempo por sentir este mal y que ella se encontraba algo mejor, dijo: «El Señor lo ha

mandado a la Madre P. porque yo no me aprovechaba bien de esa enfermedad; tengo que tener más cuidado cuando de nuevo me vuelva a sentir como antes». Y a la Madre S. en sus confidencias le decía: «He leído que la enfermedad o hace santos o hace peores; espero en la misericordia del Señor quedarme entre los primeros. Me parece que el sufrimiento unido al amor es la cosa mayor que podemos ofrecer al Señor. Comprendo muy bien que el Señor me ha dado un gran tesoro con esta enfermedad. He tenido sufrimientos más que suficientes para santificarme, si hubiera sabido aprovecharme bien».

También le dijo en otra ocasión: «Yo que estaba tan contenta porque me veía ya que iba acabando, acabando... y ahora que me empiezan otra vez con estas curas... En el mundo, cuántos sacrificios hacen por curarse por amor de la vida. Yo le digo al Señor: Jesús mío, sólo por Ti, por tu amor; que lo que es por curarme...» Y añade la misma citada religiosa: «Aquí creo oportuno atestiguar de mi parte, cómo, habiendo tenido la suerte de asistirle durante su penosa enfermedad, llegó a edificarme en sumo grado. Sobresalía en ella una inalterable serenidad y buen humor; una sola vez la vi llorar, por no poder subirse sola a la cama, a causa de la imposibilidad que tenía de moverse; mas aun esta vez se secaron bien pronto sus lágrimas y recobró enseguida su buen humor. Nunca noté en ella esas pequeñas exigencias o rarezas que se notan a veces en los demás enfermos, sino que a todo se acomodaba con la sencillez de un niño».

Parecida es la opinión de la Madre M., la cual

atestigua a su vez: «La Hermana María fué una hermanita siempre tan observante, humilde y amante del trabajo, que me llamaba la atención el verla, aun cuando estaba enferma en el último año de su vida, ayudar a recoger la vajilla de la mesa y hacer las pequeñas labores que podía de una parte o de otra, pues nunca estaba ociosa: siempre se la veía pronta y atenta a todo. ¿Y qué decir de su piedad? Me daba mucha edificación el verla rezar, por la gran atención y recogimiento con que lo hacía. ¡Con qué devoción se la veía hacer el Vía Crucis! Era muy inteligente de las cosas espirituales, sabiéndose aprovechar de todas las ocasiones para santificar su alma y hacer bien a otros.

Ahora estará gozando el premio de sus virtudes, ya que tan fiel fué en practicarlas. Cuando estaba en cama e iba a visitarla, al preguntarle alguna cosa, decía con mucha sencillez que nada le hacía falta, o mejor, sólo el amor, y añadía: «porque sólo el amor basta». Siempre estaba muy alegre, y aun en medio de sus males, tenía bromas oportunas para hacer reír y consolar a quien no lo estuviese».

Y a la verdad que en esa época, es decir, en el año 30 y 31, no nos faltaron dolorosas ocasiones en que las palabras y los ejemplos de la Hermana María nos sirvieran de consuelo y aliento. En el 30 murió, casi repentinamente, una religiosa muy robusta, a consecuencia de una hemorragia interna, cosa que no dejó de impresionar a todas. Más parece hubiera debido afectarse nuestra enfermita, tanto por su estado de salud, como por haber sido

su compañera de Noviciado (1). Que no fué así, nos lo demuestra la siguiente carta que, poco después del suceso, escribió a su hermano Natalio: «Muy apreciable hermano: Deseo que al presente te encuentres bueno de salud. Yo, gracias a Dios, por aquí ando muy tiesa; pues, como dice una hermana muy graciosamente, que éstas que están que se mueren a cada paso, nunca acaban de morir y suelen quedar para abuelas de la comunidad; en cambio mueren las más robustas y sanas, como ha pasado aquí con la Madre Trinidad (q. e. p. d.), pues en pocas horas nos fué arrebatada cuando menos pensábamos, con gran sentimiento de toda la comunidad. Se ve que el Señor la encontró bien dispuesta, pues tenía grande deseo de morir, y solía decir a menudo, cuando hablábamos de tener miedo a la muerte, que ella no tenía miedo, sino que le causaba grande alegría; y no se desdijo en la última hora, pues, a pesar de los grandísimos dolores que sufría, decía que estaba contenta de morir. Y verdaderamente, que un alma religiosa, no debe temer la muerte, pues que por ella tiene la esperanza de unirse para siempre con el objeto de su amor».

Esta esperanza era la que también a ella hacía consolador el pensamiento de la muerte, a pesar de que nos declaró sencillamente que le impresionaba bastante ese momento, y tenía que hacer, también respecto de ésta y de las circunstancias

(1) Hemos hablado en otra parte de esta buena religiosa y consignado sus hermosos elogios (suyo es el que aparece en el texto) de las virtudes y bondad de la Hermana María. En la carta que sigue, es nuestra hermanita la que alaba a ella.

que la acompañaran, actos ciegos de abandono en las manos del Señor.

Sabido es, según dicen los santos, que puede subsistir la sensibilidad, a pesar de las más santas disposiciones de la voluntad.

El insigne Obispo de Ginebra considera «como una quimera la imaginaria sensibilidad de los que no quieren ser hombres; sino que, añade, después de haber pagado tributo a esta parte inferior, es preciso dar lo que se debe a la superior, en donde se sienta como en su trono el espíritu de fe, que nos ha de consolar en nuestras aflicciones y por nuestras aflicciones» (1).

Nuestra hermana era según el espíritu y el sentir de este santo Doctor. Sentía las debilidades de la naturaleza y parecía se gozase en ellas, complaciéndose en manifestarlas, y aún en hacer ver que era más débil que los demás, haciendo suyo aquel dicho de S. Pablo: «Con gusto me gloriaré en mis flaquezas y enfermedades, para que more en mí el poder de Cristo» (2).

Por ejemplo, no disimulaba tener miedo a los muertos, por lo cual pedía la caridad de que le acompañasen hasta la celda, las primeras noches después de la muerte de alguna religiosa, por tener que pasar delante de la puerta donde estuvo la difunta. «Recuerdo, dice la Hermana A., cómo venía a pedirme tal caridad y me seguía, agarrada a mi hábito como una niña». Pero esto nada quitaba a su abandono.

Oyendo a una religiosa que pedía al Señor no

(1) S. Francisco de Sales, Lettre 448.

(2) II Cor., XII, 9.

morir de noche para tener más fácilmente a la mano los auxilios espirituales, dijo: «Yo no lo pido, ni podría pedirlo; el momento y la hora que quiere el Señor, ese es en el que yo quiero morir».

Esta su vida de abandono era absoluta y se iba haciendo en ella cada vez más perfecta. Aseguraba que no tenía ni conocía otro modo para santificarse. Tampoco le hacía falta otra cosa. Este abandono lo abarca todo, porque, según dice S. Alfonso de Ligorio: «No hay mejor manera de servir a Dios, que abrazar con alegría su santa voluntad, porque lo que glorifica a Dios, no son nuestras obras, sino nuestra resignación y la conformidad de nuestra voluntad con su beneplácito».

La vida de la Hermana María en esta época, es decir, después que le pusieron el corsé, estaba dispuesta en esta forma: A la mañana se levantaba de ordinario cuando tocaban a Misa, para bajar a comulgar. Alguna vez que pasaba la noche peor, le subíamos la Santa Comunión, pero aun en este caso no tardaba mucho en levantarse, porque decía que no podía estar más en la cama por el dolor o malestar que le causaba el apoyarse sobre el duro corsé. El copioso sudor que le producía la fiebre (con frecuencia muy alta) le causaba una gran sed, hasta el punto de que a veces, por la sequedad de la boca, con trabajo podía deglutir la sagrada forma. «Madre, nos dijo un día, ¡cuánto me cuesta el no tomar a la mañana algún vaso de agua, para poder comulgar!» ¡Qué hermosa preparación, le dijimos, es el sufrimiento! «No hago otra cosa; por esto soy contenta de hacer este sacrificio».

Los días que peor estaba, por la mañana tem-

prano le llevábamos alguna bebida fresca, con jugo de naranja o de limón, que le aliviara alguna hora el penoso sufrimiento que la sed le producía. Lo miraba, y luego decía: «Madre, prefiero esperar a tomarlo después de comulgar». Alguna vez, movidas a compasión de tantos sufrimientos y sacrificios, le decíamos: Tómelo, y por hoy comulgue espiritualmente. Sin replicar nada, nos daba una mirada suplicante que parecía decir: Madre, no me quite a Jesús. Pero en cuanto repetíamos «tómelo, tómelo, Jesús viene lo mismo a su corazón porque su deseo de recibirle es su comunión», bajaba los ojos y lo tomaba sin decir palabra (1).

Su comunión, podríamos decir que era continua, por la unión de su voluntad con la de Dios, que la encontraba siempre dispuesta a tomar la forma que quería darle, de ordinario con sacrificios y sufrimientos, dirigidos a perfeccionar su configuración con el divino Modelo Crucificado, a quien estaba consagrada. Un día le dijo una religiosa que con este fin le enviaba el Señor tantos sufrimientos. Respondió con gracia: «Sí, ya le pienso decir, a ver si me ha configurado con El, que ya sería hora». No cabe duda de que sí lo estaba, pues cargó tantos años con su cruz, con gran generosidad y alegría. Aunque a veces sintió todo su peso, pues dijo a varias religiosas: «¡Ay, cuánto cuesta hasta acostumbrarse a la enfermedad!»

(1) Para no privarla del gran consuelo de la sagrada Comunión, y no obligarla al mismo tiempo a tantos sacrificios, pedimos permiso a Roma para que pudiera tomar algún líquido. Pero, como tardó bastante en llegar, cuando vino, no hacía falta, por haber recibido ya nuestra enfermita el santo Viático.

Los días buenos, cuando bajaba a comulgar, iba, después del desayuno, un poco a la huerta, y allí permanecía, o sentada en un sillón, o echada sobre un colchoncito que tenía para eso. Luego iba al coro, cumpliendo allí sus rezos, especialmente el santo Rosario, y se retiraba a la celda. Cuando estaba peor, volvía a acostarse. Los demás días, dedicábase a algún trabajillo de manos, en la celda, o en la huerta, especialmente cuando el buen tiempo la convidaba a tomar allí los baños de sol, como había mandado el médico.

Al fin del verano, en que, según el facultativo, esperábamos todas una notable mejoría como años anteriores, por ser los baños de sol el mejor remedio para su enfermedad, en este año no se vió ninguna. Después de cuatro o cinco meses de cura, al volverla a ver el ortopédico, no quedó satisfecho. Sin embargo, dijo que la cosa iría más despacio, pero que esperaba se curase. Aunque nosotras, que la veíamos continuamente, a pesar de estos pronósticos, íbamos perdiendo la esperanza de salvarla. Nuestros temores se confirmaron más hacia el fin del invierno. Al salir el ortopédico de visitarla, dijo moviendo la cabeza: «No hemos tenido suerte; no ha ganado nada en estos ocho meses de cura. La cosa anda muy despacio; pero se ha de curar».

Ella misma conocía perfectamente su estado, como lo veremos en una carta que escribió en mayo a su hermano religioso. Pero antes queremos referir, entre tantos, uno de los actos heroicos de virtud de nuestra enfermita.

En el citado mes acaecieron los funestos y tris-

temente inolvidables sucesos de la quema de los conventos y el consiguiente peligro de tener que abandonar, de un momento a otro, nuestra pacífica morada, como a tantas otras religiosas había sucedido. Fueron tomadas para el caso las prudentes precauciones a fin de prevenir un peligro repentino. Cada religiosa tenía preparado en su celda un atadito de las cosas más necesarias, siendo las principales el crucifijo y el breviario. Estaban todas avisadas para cogerlo y marchar a donde la Providencia dispusiese, y con Dios ser feliz en todas partes, puesto que con El en cualquier lugar está la dicha. Como decía la Venerable Gema, «aún en la calle está Dios». También la Hermana María tenía su fardito listo para la marcha, y su vestido de seglar colgado de un clavo detrás de la puerta de su celda. Cuando íbamos a visitarla, nos hacía reír no poco al ver esos preparativos. «Cada vez que lo miro, decía, me viene la risa; pienso que si tuviera que marchar y Vds. se olvidaran de venir a recoger mi paquete, ahí se quedaría, pues yo no puedo llevarlo». Todas nos ofrecíamos a hacerle con gusto este servicio, asegurándola que pensaríamos en él y en la persona a que el paquete pertenecía. «De modo que, decía bromeándose, yo soy más feliz que Vds., porque tengo tantas manos cuantas son las monjas».

Para su mayor tranquilidad y consuelo, le manifestamos nuestra determinación de que, si se daba el caso que se temía, de tener que marchar y repartirse en varias casas, llevaríamos las enfermas con nosotras a la mejor casa que nos hicieron la caridad de ofrecernos, en donde había capilla, por

tener ellas más derecho a estar mejor, y a los cuidados maternos. Mucho les consoló esta determinación a ella y otras tres algo delicadas que había. En esto nos advirtió la señora de la casa, que sólo había sitio para cinco, y, como habíamos determinado ir seis—dos sanas y cuatro enfermas—, era preciso quitar una enferma, cosa que fácilmente podía arreglarse por tratarse en las demás sólo de achaques.

La Hermana María al saber esto, previendo la pena que produciría a las otras el no ir en nuestra compañía, nos llamó y dijo: «Madre, le ruego me deje a mí; si me deja, me parece me quedaré más contenta aún que si me llevara, porque sentía tanto consuelo y estaba tan contenta de ir en compañía de V. R. que me parece uno de los mejores sacrificios que puedo ofrecer al Señor, y sería sumamente feliz en ofrecerlo en estos tiempos en que se cometen tantos pecados».

Era tanta la sinceridad con que decía esto, que, por no privarla del mérito de tan virtuosa renuncia, le dijimos que estuviese en esta indiferencia sin pensar en ir ni en quedar, y haríamos lo que nos pareciese mejor en el Señor. No hubiera sido necesario hacerle esta advertencia, pues el grado tan elevado que ya poseía de abandono en la Providencia nos daba toda seguridad. Su vida o su vivir no era suyo, sino que vivía en ella Aquel que dijo: «Hago siempre lo que es del agrado de Dios» (1).

La voluntad divina era para ella como un sacramento, y, como tal, la veneraba y adoraba en to-

(1) Quae placita sunt ei, facio semper. Joan. VIII, 29.

dos los momentos y en cualquier forma se le manifestara.

Un día que fuimos a visitarla, la encontramos muy desasosegada por el grande sufrimiento que no la dejaba descansar en ninguna postura. Le preguntamos: ¿Qué hace, o en qué piensa cuando se encuentra así? Sonrió amablemente y contestó: «Nada, Madre, ni puedo hacer nada».—¡Nada! ¿Y no está haciendo la voluntad de Dios?—«Sí, espero».—Luego eso es todo. ¿Y cuánto tiempo y cómo o hasta qué punto quiere hacer la voluntad de Dios? Contestó: «Sin punto, ni tiempo, ni nada. Estoy tan convencida de que no puedo nada, que no me atrevo a pedir nada al Señor; ni un minuto más de sufrimiento ni que me los aumente de un punto, sino que haga El en mí todo lo que cree y lo que quiere. De este modo me parece imposible no me haya de dar la gracia necesaria. Aunque siento que sufro mucho, si El me manda más, espero poder sufrir más, y hasta que El quiera».

Apoyada sobre esta base segura, nada ni nadie podía turbar la paz profunda que su alma gozaba, aunque tan oculta e insensiblemente la poseyese, que apenas se daba cuenta de su tesoro, y de que éste informaba y elevaba a un alto grado de virtud todos sus actos.

Al salir de su celda o de hablar con ella, cuando podíamos, tomábamos nota de sus palabras, pareciéndonos todas llenas del espíritu del Señor y que servirían para ayudar y dar luz a otras almas. ¡Qué lejos estaba de sospechar ni remotamente nuestra intención! Lo que decía era con tanta naturalidad y sencillez, que no le daba lugar a

pensar que dijese nada de bueno. Pero las enseñanzas y doctrinas de los que hablan desde la cátedra del dolor, tan heroicamente llevado, tienen un poder especial y una virtud sobrenatural para penetrar en las almas y llevarlas al conocimiento de la verdad.

La carta que vamos a transcribir, dirigida a su hermano, nos confirmará sobre lo que hemos ido diciendo; es decir, tanto acerca del estado de sufrimiento físico en que se hallaba, como del de su alma, abandonada por completo en Aquel que amaba, y a quien, antes de dos meses, iría a contemplar sin el velo de la fe, en el cielo.

27 de Mayo de 1931.

«Querido y muy apreciable hermano:

Paréceme muy largo el tiempo que no te escribo y con mucho gusto lo habría hecho antes, pero me siento tan desganada para todo que no encuentro momento a propósito para hacerlo; pues, si vieras, este invierno me ha dejado tan mal parada y abatida, que hasta ahora no he tenido gana más que de estar acostada; y eso que no he tenido nada de particular que llamase la atención, sino estas pequeñas molestias de siempre, pero que al fin se iban haciendo tan frecuentes que se sucedían unas a otras, de manera que poco a poco me quitaban las fuerzas sin darme cuenta, de manera que al terminar el invierno no daba un paso sin que me costase trabajo y teniendo que violentarme. La calentura hace dos días ha cedido un poco, que aunque no es calentura de importancia, con todo es lo que

más me ha molestado, porque me produce tanta sed, que nunca me veo harta de beber, así que con el frío, fíjate cómo quedaría después de beber tanto. La desgana de comer ha sido terrible, y continua; así que, a pesar de todas las atenciones que han tenido y tienen conmigo (que muchas veces me quedo confundida de que usen de tantas atenciones con un ser tan miserable y de tan poco provecho), con todo me he quedado como acabo de decirte; de manera que ya puedes ver las esperanzas que puedo tener de curar; después de un año de cura estoy peor que el primer día. Pero gracias a Dios estoy contenta... y no creas que por esto lleve una vida triste, no, por la misericordia de Dios; pues si el motivo verdadero de la alegría es hacer la voluntad de Dios, contentos debemos estar siempre que deseamos cumplirla. Mi oficio es acostarme cuando tengo gana, comer lo que quiero, ir a la huerta para tomar el sol y sufrir lo que el Señor me manda; y si fuese la muerte, también sería contenta, aunque por ahora no me quiere todavía llevar al cielo así con tan poco trabajo, hay que ganarlo primero. Pues bien, también estoy contenta con estar todo el tiempo que El disponga en este estado tan calamitoso de no servir más que para molestar; de manera que de todos modos estoy tranquila, confiando que mientras esté abandonada en la Providencia Divina, nada me faltará. Así que tú estate tranquilo por esto, y por todo lo que pueda venir; pues por estos tiempos que atravesamos, quizá no nos falte que sufrir, pero tengámoslo a grande honra, ya que el mismo Jesús llamó bienaventurados a los que por El fuesen perseguidos.

Por aquí todo ha quedado en suspenso, pero sin seguridad. Con todo, estamos tranquilas esperando lo que el Señor dispone; en cuanto a mí no te apenes por estar así, que esta buena Madre con toda su caridad, si llegase a suceder algo, ya nos tiene preparado para las enfermas el lugar de preferencia; con todo te agradezco por todo lo que te interesas por mí y que el Señor te lo recompense; nunca olvidaré lo que te debo, y ya que por el Señor lo has hecho, a El es a quien pido en mis pobres oraciones te lo recompense.

Nada más por hoy. Ya me parece haber charlado mucho, y el motivo es, que hace unos dos o tres días me encuentro un poco mejor; de lo contrario, con cuatro letras te hubiera despachado. Me alegro que estés bueno.

Saludos a tus Superiores y demás Comunidad, y tú recibe un afectuoso saludo de tu hermana que te ama en Jesús.

María, P. >

Pocos días antes había escrito a su madre y hermanos de casa para tranquilizarlos también, no tanto acerca de su salud, cuanto tocante a los tristes acontecimientos políticos. No les habla con la claridad que al hermano religioso, su íntimo confidente. Es la última carta que les escribe.

J. X. P.

Deusto, 17 mayo de 1931.

«Muy apreciable madre y hermanos: acabo de recibir la suya por la que veo se encuentran preo-

cupados por nosotras, y con razón, pues las cosas se van poniendo mal, y el odio que tienen a la religión es tan satánico, que quisieran acabar con todo; pero el Señor eso no lo permitirá, pues ha dicho que su Iglesia será perseguida pero no vencida. Así que tengamos confianza que El sabe sacar bienes de lo que a nosotros nos parecen males.

En cuanto a nosotras, hasta ahora no nos han molestado en nada, pero en Bilbao ya de varios conventos han marchado las monjas, pues aunque no las han quemado el convento, que siempre es una ventaja, pero las han obligado a dejarle; así que nosotras, aunque por ahora estamos tranquilas, ya estamos preparadas, porque de un momento a otro nos puede suceder igual; pero Vds. estén tranquilos, pues si esto sucediese, ya en caso de apuro se han prestado por aquí personas muy buenas para que vayamos a sus casas, y después donde los Superiores dispongan. También podría ser que cada una tuviera que ir a su casa, pero esto sería en un caso muy apurado, pues confiamos en el Señor, que si nos echan de aquí, nos abrirán la puerta en otro lugar. Por ahora más noticias no puedo darles. Si alguna cosa de estas ocurriese, si es que puedo, ya les daré noticias, y mientras tanto no estén intranquilos por nosotras, porque ya hay quien cuida de nosotras y proveen a todas nuestras necesidades; los que tienen que sufrir mucho en estos casos, son los pobres Superiores que tienen que pensar en todas nosotras.

Isabelita sigue bien, y yo como siempre, pero contentas de pertenecer al Señor, y tranquilas por más que nos revuelva y persiga, porque el Señor

concede esta grande gracia a los que por su amor lo dejan todo por servirle.

Nada más por hoy. Natalio acaba de escribirme, y está bien. Sigue en Peñafiel.

Saludos a D. Lorenzo, D.^a Silvina, a la señora Juana, a mis tíos y demás familia, y Vds. reciban un abrazo de Isabelita y mío, que siempre las recordamos en Jesús.

María de la Pma. Sangre, P.»

Qué serenidad y tranquilidad de alma transparentan sus palabras. En los que nos persiguen no ve al hombre, sino a Dios. Por esto dice: «por más que nos revuelva y persiga (Dios), porque el Señor concede esta grande gracia a los que por su amor lo dejan todo por servirle».

Cuando un alma ha llegado a este punto, nada puede ya turbar su paz.

Una mañana, después del desayuno, estaba en la huerta sentada en su sillón, mirando a las hermanas ocupadas en la siembra del maíz. Nos acercamos a ella preguntándole en broma: Hermana María ¿desea también V. ir a cavar? ¿Le viene la tentación de todos los enfermos? Todas trabajan y yo no hago nada, soy inútil... Con la imperturbable serenidad del justo y la placidez encantadora del río que refleja el brillante sol de primavera y corre derecho al mar, nos contestó: «No Madre, no: antes me solían venir estos pensamientos, pero ahora no. Dios quiere que esté aquí; en la voluntad de Dios lo encuentro todo; lo mismo me da una cosa que otra; no deseo nada».

Su alma serena corría rápidamente al eterno

mar, en el que muy pronto se perderá felizmente para siempre.

Otro día, en la misma hora, nos acercamos también a ella que estaba echada en su colchoncito; le preguntamos si se encontraba bien o quería probar si estuviese mejor en otra postura, ofreciéndonos a ayudarla. «Estoy muy bien, Madre, dijo. Aquí respiro el aire puro y estoy gozando de la naturaleza tan hermosa... Me parece que no hay nadie que goce tanto como yo... Lo único que necesitaría sería de alguien que después me moviera el colchón, por si acaso llega aquí el sol». La aseguramos que avisaríamos a las enfermeras para que tuvieran cuidado, y la dejamos gozando, no sólo de la naturaleza, como había dicho, sino del Autor de ella, a quien subía por medio de las cosas visibles. Y en cuanto nos marchamos, cerró los ojos y se recogió en el mundo invisible, en esa cosa que decía sentía en sí «que la satisfacía más que todo y la hacía completamente feliz».

Concluiremos este capítulo con una carta a su hermano Natalio. Es la última. Se la escribió en su lecho de dolor diez y seis días antes de pasar al eterno descanso.

Deusto 8 de Julio 1931.

Hermano Natalio de la Virgen Dolorosa.

«Mi muy querido hermano: Recibí la tuya, por la que veo te encuentras tan apenado por mi última, en la que parece exageré algún tanto mi enfermedad; pues el estado en que me encuentro es más para sufrir que para morir, y en este estado

dicen que se resiste mucho, si bien yo, dada mi constitución débil, sin alguna mejoría no resistiría mucho.

Pero falta que te cuente ahora lo más chistoso de todo, que no sé si te reirás, o quién sabe cómo te pondrás... pues estando así le dijeron al especialista que yo estaba cada vez peor; entonces se presentó sin esperarle, cuando menos pensábamos, y vino con la cantinela de siempre, que todos curan de esta enfermedad y mucho peores que yo y que no puede ser que no me cure si hago lo que él dice; que lo que tengo que hacer es no moverme, y con sólo eso me tengo que curar, según él dice; así que hoy hace ocho días empecé la nueva cura, que es de estar en la cama tendida boca arriba sin moverme para nada; tan rigurosamente me lo han puesto, que ni aun el domingo fuí a Misa. ¡Pero qué días estos! Sin poder comer, ni descansar, y eso que no he guardado esta quietud tan rigurosa de estar como estatua, que para esto ya le dije a la Madre me atasen, porque de lo contrario me era imposible; pero gracias a Dios los peores días ya pasé, pues el cuerpo se acostumbra poco a poco a estarse quieto; dos días llevo ya que puedo descansar mejor y comer. Así que por ahora este género de vida tengo que observar, esperando lo que el Señor dispone, pues inútiles son todos los remedios de los hombres, si Aquel que es dueño de nuestro ser dispone otra cosa. Así que por ahora ninguna otra cosa te puedo decir hasta ver el resultado de la nueva cura: pero tú estate tranquilo, que aunque sufrimiento no falta, por ahora no hay nada de grave. Lo que sí te agradezco es que rue

gues por mí, pues aunque el espíritu está pronto, la carne es flaca y se resiste a los golpes del sufrimiento. Este es mi único temor, no aprovecharme como debo de este tesoro que el Señor con tanto amor pone a mi disposición; pero no por esto quiero desalentarme, sino que confío que el Esposo, que por mí toda su Sangre preciosísima derramó, y bajo cuya protección me ha querido poner honrándome con su nombre, borrará todas mis faltas y me dará nuevo vigor para serle más fiel en adelante. Esto es lo que principalmente deseo; lo demás me preocupa muy poco.

Te estoy escribiendo desde la cama, y ya ves, que si no te lo digo no lo conoces. Así que no pienses que estoy peor que lo que te digo, porque entonces me vería precisada a no hablarte con tanta claridad y me privarías de este desahogo que, como criatura miserable, me sirve de tanto consuelo. Vivimos de cuerpo y espíritu, y tanto el uno como el otro necesitamos, mientras estamos en esta tierra, sostenerlos y alentarlos con aquellos medios que más suavemente nos llevan al Señor; así que me alegra recibir tus cartas, porque siempre encuentro en ellas una palabra de aliento y consuelo. No por eso vayas a creer que me faltan aquí, que eso ya lo sabes tú que en esta comunidad son para mí verdaderas madres y hermanas, y todo les parece poco lo que hacen conmigo; sobre todo la Reverenda Madre Superiora, que nunca le agradeceré lo bastante todo lo que ha hecho y hace conmigo.

Nada más por hoy, que me canso. Me alegro de que te encuentres bueno, y que el Señor te conserve esa buena salud para servirle en su santa casa,

como acción de gracias por la gracia grande que nos ha concedido de llamarnos a ella, haciéndonos felices aún en esta vida».

De ahora en adelante, su vida será sólo de sufrimiento. Tiene que recibir las últimas pinceladas que la asemejen a su divino Esposo Crucificado. Y las recibirá, como El, sobre el Calvario del puro sufrimiento. Porque todo su ser, alma y cuerpo, estaba entregado al amor de Aquel que se nos dió todo, muriendo por nosotros sobre una Cruz, para dar a nuestras almas la fuerza y gracia necesaria en la hora de la prueba y hacerla digna de la eterna recompensa. Como dice San Pablo, solamente será coronado aquel que combate varonilmente (1).

(1) 2. Tim., II, 5.

CAPÍTULO XX

EL DÍA ETERNO

El sueño del justo.—«Fiat voluntas tua».—El desprendimiento perfecto.—El santo Viático y la Comunión diaria.—En nuestras visitas.—Última lucha y glorioso triunfo.—Recuerdos y despedida a la Virgen del Noviciado.—El «Veni» del Esposo y la eterna primavera.—Opiniones autorizadas.

QUIEN vive con Dios o en Dios en El también muere. Por eso la Santa Iglesia, para anunciar la muerte de los justos, emplea estas palabras: *Obdormivit in Domino*: Se durmió en el Señor. Palabras dulces y consoladoras que preludian un dichoso despertar en aquel Eterno Señor en quien tuvieron la suerte de dormirse al dejar esta tierra.

A principios de julio de 1931 la Hermana María se metió en cama, para guardar la prescripción facultativa de la rigurosa inmovilidad, según hemos oído a ella misma, y con esto empezó también su último calvario, del puro y desnudo padecer. Si en él no pronunció el generoso *pati et contemni pro*

te, padecer y ser despreciado por Ti, de San Juan de la Cruz, sí dijo y repitió muchas veces las adorables palabras del Divino Maestro en el huerto de Getsemaní: «no se haga mi voluntad sino la tuya», y las de la hermosa plegaria que El nos enseñó y que había sido la base de la vida espiritual de la sierva de Dios: *fiat voluntas tua*. Y, al acercarse al término de sus días, cuando más dolorosa era a su naturaleza esta soberana voluntad, al dirigirse a su Dios con dicha plegaria, «hágase tu voluntad», ansiaba cumplirla como el mismo Divino Salvador nos hizo pedir, *sicut in cælo et in terra*. Porque a esto lleva el puro amor: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Si la condición para una perfecta conformidad es el desasimiento de todo—nuestra voluntad, mientras se encuentra pegada a algo, no puede dejarse cautivar para unirse a la de Dios—no podemos menos de reconocer que la de nuestra hermana había llegado a su perfección. Su desasimiento de todo era completo. No por esto debe pensarse que era insensible. Ella misma nos lo da a entender en la última carta a su hermano cuando dice: «Vivimos de cuerpo y espíritu, y tanto el uno como el otro necesitamos, mientras estamos en esta tierra, sostenerlos y alentarlos con aquellos medios que más suavemente nos llevan al Señor». Uno de estos medios era la correspondencia con su hermano, y otro—decía—nuestras pobres palabras. La fe le hacía ver en la Superiora a su Dios, y deseaba nuestra presencia, alegrándose de nuestras visitas; pero aun en estos dos puntos, que eran

su único consuelo sensible, ¡cuánto desasimiento y abandono demostró!

Sabía o suponía que habíamos escrito a los suyos, pero nunca nos preguntó si ellos habían escrito, ni qué decían, especialmente su hermano, con quien tenía tanta intimidad y al cual hubiera podido pedirnos le escribiéramos de su parte. De su boca no salió ni una palabra que mostrara ni deseo de esto; y cuando, al encontrarse grave, le dijimos que él deseaba le escribiésemos en la gravedad, nos contestó: «Sí, Madre, se lo agradezco, porque, aunque con esta noticia sufra un poco, es para bien de su alma y de la mía, puesto que sin duda hará un acto de conformidad y rezará por mí»!

Sin dejar de sentir las naturales impresiones del dolor y de los sacrificios a que la obligaba su estado de impotencia, estaba siempre sobre sí, dominando, con la gracia divina, todos sus actos. Sin esta gracia, confesaba, no le hubiera sido posible someterse al dolor. «Quien ama la vida, nos dijo un día, comprendo que se someta a ciertas curas dolorosas; pero yo, lo que es de mi parte, como de la vida nada me importa, naturalmente se me harían insoportables. Es sólo la gracia de Dios que me sostiene y me hace someter a estos sufrimientos, llevándolos en paz y hasta con gozo, pensando que es el Señor quien me los envía».—Algún designio tendrá, hija mía.—«El pensar esto mucho me consuela, puesto que los designios de Dios sobre nosotros son de amor, y es lo que nos hace santos».

Varias veces al día la visitábamos, permaneciendo largo rato a su lado, tanto para darle este

consuelo, como por el provecho que a nuestra alma venía de su trato. A la mañana, después de misa, de ordinario íbamos a su celda para preguntarle cómo había pasado la noche y cómo la había tratado Jesús en la Comunión (desde el 6 de julio, en que recibió el santo Viático, pudo recibirla diariamente). Algunas contestaciones que nos daba, siempre amenas, sencillas y al mismo tiempo llenas de tanta perfección, merecen ser conocidas.

—¿Cómo ha pasado la noche?—«Bien no puedo decirlo, pero tampoco mal... Parece tan larga la noche cuando no se duerme...». No quería ponderar sus sufrimientos, pero bien se conocía que eran grandes.

—¿Qué hace o en qué piensa todo ese tiempo cuando no puede dormir?—«Nada, Madre, ni deseo hacer nada. Quiero dejar hacer al Señor en mi pobre persona; sólo esto me llena y satisface completamente. Todo lo mío me parece una nada; por eso no quiero ni deseo hacer nada. Si yo deseara hacer algo, parece que no me quedaría satisfecha; y así no puedo ofrecer a Jesús ni aun mis deseos». Dichosa el alma que reconoce la propia *nada* y deja así obrar a Dios en ella.

Cuando, por alguna circunstancia, no podíamos visitarla en los tiempos acostumbrados, no había temor de encontrarla disgustada en lo más mínimo, ni que nos dijera por qué no habíamos ido antes, sino que, al manifestarle nuestra pena por haber tardado, enseguida decía: «Madre, cuando no puede no se sacrifique; no importa, ya sé que no le es posible... ¡tiene tanto que hacer!...»

Así era cómo aun estas santas satisfacciones

sabía sacrificarlas, reconociendo en ello la voluntad del Señor.

Un día, antes de que la visitáramos como de costumbre, vino a decirnos la enfermera que la Hermana María deseaba hablarnos. Al entrar en su celda nos dijo: «Las enfermeras me han traído el desayuno, pero me ha dolido toda la noche tan fuertemente la espalda, y me continúa doliendo tanto, que si lo tomo temo vomitarlo enseguida; si a V. R. le pareciere, le agradecería si pudieran hacerme antes la cura». Las enfermeras tenían prohibido quitarle el corsé fuera de los tiempos determinados por el ortopédico. La cara de angustia de la enferma nos hizo creer que se trataba de sufrimientos espasmódicos. Le dijimos: Con mucho gusto, hija. Al instante se le quitó. ¡Pobrecita! ¡cómo la encontramos! Quedamos sorprendidas al ver el estado de su cuerpecito, y sin poder contener las lágrimas. La lлага supurando y las vendas pegadas; los huesos sobresalfan por un agujero del corsé; alrededor todo en carne viva y tan inflamado que parecía estaba ardiendo. Sobre el hueso saliente, se había apoyado toda la noche. En varias partes del cuerpo tenía también raspaduras muy inflamadas, debido al corsé que, por haber adelgazado ella, no correspondía ya a la forma de su cuerpo. Con la cura experimentó algún alivio. Le hicimos después una almohadita con un agujero en medio, a fin de que el hueso quedara en el aire; y con eso pasó un día algo aliviada. Pero al siguiente de nuevo le lastimaba el corsé. Al ver esto y que de nada le servía ya, sino para aumentarle el sufrimiento

en los últimos días de su vida, se lo quitamos, para darle, a lo menos, algún alivio.

«Madre, nos dijo un día, las cosas espirituales se me hacen tan dificultosas, que no puedo ocuparme nada de ellas. Parece que sólo mis males estén en mi mente. Pienso cómo se encontrarán los pobres que esperan a arreglar las cosas de su alma cuando están enfermos. Muy mal les ha de salir eso».

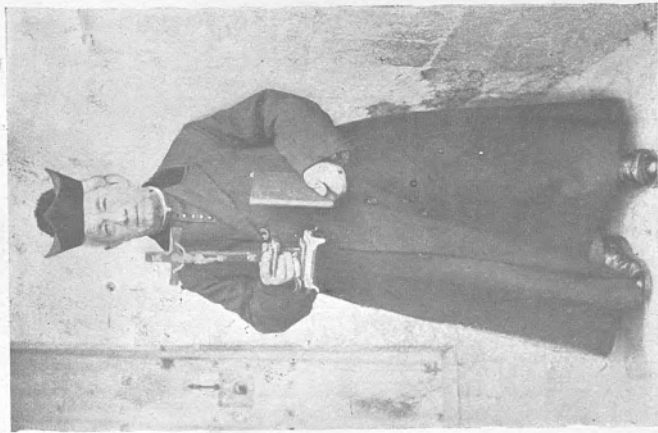
El último domingo de cada mes es para la Comunidad día de retiro, como preparación a la muerte. En mayo—último retiro que hizo levantada nuestra hermanita—vino a preguntarnos qué debía hacer para prepararse a la muerte. Le contestamos: Si hay algo que intranquilece la conciencia, sin llegar a esa hora, quitarlo; y si no hay cosa particular que haga temer ese paso, con un acto de total abandono, dejarlo todo al Señor, sometiéndonos a sus divinas disposiciones, aún sin saber cuáles sean, respecto del tiempo y circunstancias que la acompañen. Aunque bien sabíamos que éstas eran sus disposiciones habituales y lo que ella hacía, sin embargo se alegró mucho al volverlo a oír de nuestros labios, y contestó: «También a mí me parece así; ni pienso hacer otra cosa. Si tuviera que hacer una confesión extraordinaria, me parece sería sin provecho, porque no sé hacer nada de bueno, y, ocupándome en mí, no pensaría en el Señor, y El es lo principal y quien debe hacerlo todo. Quiero acostumbrarme a esto desde ahora, y que me baste el Señor y no lo que yo haga». ¡Qué bien se había acostumbrado! O mejor: el Señor mismo la había establecido en este estado; y por esto se acercaba

tranquila a su fin. Cuando un alma ha penetrado esta verdad, la ha hecho suya y la vive, ¡qué sencilla, fácil y sin trabajo es su vida! El alto monte de la perfección se ha allanado ante ella; no hay dificultad ni obstáculo en su camino, y corre siempre sin pararse hacia el Sumo Bien, como lo reconocía nuestra hermana, diciendo: «Por todas partes me rodean las misericordias del Señor; así que no puedo hacer otra cosa que darle gracias y confiar en su amor misericordioso, que las coronará con una buena muerte, para poder cantar eternamente las misericordias del Señor» (1).

Desde que se puso en cama, estuvimos en la triste convicción de que no volveríamos a verla levantada. Nos confirmamos en esto, a los diez o doce días, pues desmejoraba visiblemente. Apenas podía alimentarse; y por eso no dábamos importancia a ciertas aparentes mejorías que algún día, o mejor horas, disfrutaba. Este temor de perderla pronto, hacía que todas las religiosas, con mayor empeño y frecuencia que de ordinario, fueran a visitarla para hacerle recomendaciones para el cielo, recibir sus consejos y enseñanzas, o tener la satisfacción de hacerle algún servicio. A las novicias, en una visita que, con su Maestra, le hicieron, dijo: «¡Cuán necesario es acostumbrarse en tiempo de salud a la mortificación de la propia voluntad!; pues, aun estando bien ejercitada, cuesta tanto a la pobre naturaleza someterse a la mortificación continua, que es inevitable en la enfermedad, si no se quiere caer en muchas faltas». Y a la Maestra, que le preguntó qué nos mandaría cuando estuvie-

(1) De una carta a su hermano Natalio.

**D. Lorenzo García, Cura Párroco de Rebolledo
y confesor de la Hermana María.**



**El M. R. P. Miro, Fr. Juan G. Arintero
(Dominico).**



**La Hermana María dos meses
antes de su muerte.**

se en el cielo, contestó: «Amor; nada más que amor». Esta misma contestación la dió varias veces a ella y a otras religiosas y a nosotras, al hacerle la misma pregunta: «Amor, y nada más que amor; porque el amor sólo basta». Entre las novicias estaba su sobrina que había tomado el hábito hacía dos meses. A ella le dijo: «A ver si se hace pronto santa. Mire cómo la quiere el Señor, que la ha sacado tan jovencita de tantos peligros como hay en el mundo. Si V. no se hace santa, no sé quién se hará. Si empieza desde ahora, verá qué fácil le es; pero si no, siempre estará a medias y nunca hará nada. Si desde el Noviciado no se acostumbra a vencerse a sí misma y a renunciar a la propia voluntad, crea que después cuesta muchísimo más y es muy difícil conseguirlo».

En otra circunstancia le decía su sobrina: Cuando esté en el cielo pida por mí para que pueda perseverar y hacerme santa. Ella contestó: «Sí lo haré, y me acordaré de V.» Y al decirle: Cuando V. muera, va derecha al cielo, corroboró: «Lo espero, por la misericordia de Dios».

A una religiosa joven, que le preguntaba qué debía hacer para ser santa, le contestó: «Recibir mucho y callar...: recibir muchas contrariedades y negaciones de la propia voluntad, y callar a todo».

El día 10, al visitarla, la encontramos sufriendo mucho. Nos dimos cuenta de esto, no porque se quejase, sino por el movimiento y expresión del rostro, y el desasosiego que demostraba. Con todo, con nuestra presencia, según sucedía de ordinario, se serenó y consoló notablemente.—¡Pobrecita, cuánto sufre!—«Sí, sufro, contestó; pero pienso

que muchas veces he pedido al Señor que, antes de morir, me hiciera morir a mí misma, y ahora más que nunca me parece me concede esta gracia, pues nunca como ahora he sentido tanta repugnancia en estar aquí en la celda y sin poder salir. Y no piense, Madre, que sean los dolores del cuerpo lo más. Me viene al pensamiento que es un capricho del ortopédico el mandarme esta inmovilidad y que no sabe tampoco él lo que hace; y que, cuando me levantaba un poco y iba a la huerta, me encontraba mejor. Estas contrariedades internas son lo que más me hacen sufrir. Pero, al mismo tiempo, pienso que ahora es cuando el Señor me hace morir a mí misma, porque sin sentir nada no podría efectuarse esta muerte».

El demonio intentó quizá con eso desanimarla; pero el alma que posee a Dios de lleno, aun privada de la gracia sensible, siente que El sólo le basta. Parécenos nadie hubiera conseguido turbar su paz, porque el alma, en este punto, dice el Místico Doctor, «en sintiendo la turbadora presencia del enemigo ¡cosa admirable! sin saber cómo es aquello y sin ella hacer nada de su parte, se entra ella más adentro del fondo interior, sintiendo muy bien que se pone en cierto refugio, donde se ve está más alejada y escondida del enemigo, y así aumentársele la paz y el gozo que el enemigo la quería quitar... Todo temor le cae por defuera, sintiéndolo ella claramente, y holgándose de verse tan a lo seguro gozar de aquella quieta paz y sabor del Esposo en escondido, que ni mundo ni demonio puede dar ni quitar» (1).

(1) Noche oscura del espíritu, Cap. XXIII.

Quisiéramos poder aliviar un poco sus sufrimientos de alma—le dijimos—, ya que no podemos los del cuerpo. Diremos a Jesús le dé algún consuelo espiritual.—«No Madre, no lo pida. No merezco ningún consuelo, sino sufrimientos; y además ¿no somos Pasionistas? Tantos pecados como ahora se están haciendo en el mundo... y aun entre los buenos la mayor parte rehusan el sufrimiento».

Nos admiraba y consolaba sumamente el ver la solidez de sus ideas y pensamientos, y quisiéramos sirvieran para orientar a muchas almas que, aunque buenas, no llegan a entender que no es el sufrimiento que a ellas parece meritorio o por ellas escogido lo que más agrada a Dios y serviría para desagrarle de las ofensas que recibe, sino lo que El mismo manda o permite, aunque consista, como era en el caso de nuestra Hermana María, en contrariedades, tentaciones, repugnancias y desolaciones. En éstas les parece quizá erróneamente no deben conformarse como en las cosas exteriores, ni que sean agradables al Señor.

En cambio nuestra leguita, hecha maestra en la sublime ciencia del sufrimiento santificado, nos dice: «He pedido al Señor que me hiciera morir a mí misma. Ahora más que nunca me parece que lo hace, porque nunca como ahora he sentido tanta repugnancia... pero sin sentir no podría efectuarse esta muerte». ¡Qué lección sublime y alentadora para todos, cuando sentimos las dificultades, contrariedades y repugnancias de cualquier género que sean, en la práctica de la virtud! ¡Dichosos de nosotros si aprendemos de esta bendita sierva de Dios a apreciar y santificar todos nues-

tros dolores, diciendo, como ella, a quien nos compadece y quisiera aliviarnoslos: «No, no... aun entre los buenos la mayor parte rehusan el sufrimiento!». ¿Lo rehusaré yo también?

Al oír que estaba por dentro y por fuera repleta de sufrimientos, no quisiéramos se la imaginase presa de melancolía. Su buen humor la acompañó siempre hasta en su lecho de muerte. «Pocos días antes de que ésta sucediera, dice la Madre S., al hacerle mis acostumbradas visitas, le recomendé varias intenciones. Un día le dije: Pongo a su cuenta este pecador para que lo convierta a Dios; cárguelo sobre sus espaldas, y cuando sienta el dolor en ellas, acuérdesse del pobrecito que le encomiendo, ofreciendo al Señor sus sufrimientos por él. Al siguiente día le encargué otra intención, y al otro, le encomendé a la pobre España, diciéndole: Hermana María, ¡quién sabe los designios que tendrá el Señor sobre V. al enviarle esos sufrimientos, especialmente en estos tiempos tan dolorosos en que se le quiere desterrar de la desgraciada España...! Que sus sufrimientos, unidos a los de Jesús, hagan contrapeso a la Divina Justicia, a fin de que se apiade de tantos pobres pecadores... Después de un rato de pausa, me dijo ella con mucha gracia: «Mire que si V. me sigue visitando, no se va a contentar el Señor con esto que me ha mandado, sino que me mandará muchos más sufrimientos todavía. El otro día me encomendó aquel pecador, ayer a aquellas otras personas, y hoy me carga la España entera sobre las espaldas. No es nada lo que padezco para que abarque todas esas intenciones». Y después, al despedirme, con un tono más gra-

cioso, si cabe, me dijo: «Mire que no venga a hacerme muchas visitas de éstas, porque si no, no sé a dónde voy a parar con V.». Y yo, contestándole también con la misma broma, me marché edificada de su jovialidad en estado de tantos sufrimientos.» A otra hermana le dijo también en broma pocos días antes de su muerte: «Me estaba riendo entre mí misma pensando que, cuando yo me muera, se las va a arreglar V. bien conmigo, y le daré bien poco que hacer para ponerme el santo hábito, por la *poquita cosa* que soy.»

El 19, al salir el médico de visitarla, nos dijo: «Muy pronto se acabarán los sufrimientos de esta buena hermanita; no sé si le quedan días de vida; tiene el corazón muy débil y, de un momento a otro, podía suceder el desenlace».

Se encargó enseguida al Padre Pasionista que solía visitarla casi diariamente que al venir trajese el santo Oleo, para darle la Extremaunción, como en efecto se verificó. Era un domingo a la tarde. Mientras venía el Padre, fuimos a su lado para disponerla a recibir el Sacramento. ¿Quiere recibirle? le preguntamos.—«Sí, Madre, sí».—Pues voy a recordarle los efectos que produce para que pueda recibirlos en toda su plenitud. Acuérdesse de la bondad grande del Señor que, en todo tiempo y en todas las circunstancias de la vida, nos ofrece su gracia. ¡Cuántas ha recibido V. durante los treinta años de su existencia! Pero también ¡cuántas infidelidades a la misma! frecuentes negligencias en su divino servicio... poca generosidad en el sacrificio, descuido en la práctica de las virtudes... Estas faltas e imperfecciones dejaban manchas en su

alma, que acaso no ha borrado V. todavía enteramente. Faltas cometidas en el uso de los sentidos, que pertenecían a Dios por haberse entregado toda a El en su profesión religiosa. Ahora que está enferma y con probabilidad de ser llamada por el Esposo a las bodas en el cielo, El mismo viene con este sacramento de misericordia y amor a purificarla por completo de todas las reliquias del pecado, para que, si tuviera que dejar esta tierra, pueda admitirla enseguida a contemplar su divina faz, en el cielo. Tanta liberalidad de Dios es fruto de la Pasión y muerte de Jesús. Por parte nuestra El quiere que reconozcamos su bondad y nos aprovechemos de ella. Ya ve con qué poco se contenta el Señor. Si conviene, este sacramento cura a veces también la enfermedad. En este punto, como V. no quiere nada, lo dejaremos todo a lo que El disponga ¿verdad?—«Sí, Madre. ¡Oh cuánto le agradezco estas cosas que me ha dicho!; pues, aunque esto es lo que yo quiero, me siento tan atontada, que no soy capaz de nada».—Hija mía, esto lo sabe también el Señor, y por eso nos ha movido también a nosotras a recordarle estas cosas. Vea también en esto su paternal bondad.

Se confesó, y luego le fué administrada la santa Unción.

Después de salir el Padre, le dijimos: ¡Oh, cuánta gracia le ha dado el Señor en pocos minutos! Si pudiéramos ver su alma, quedaríamos ciegas por su hermosura: son los dones del Esposo para hacerla digna de El.—«Lo creo, estoy convencida de esto, pero no siento nada; lo mismo que si no hubiera recibido este sacramento».

Su estado de desolación y de pura fe se hacía mayor cuanto más se acercaba a su fin. La noche la pasó muy desasosegada y sin dormir. La mañana del 20, al visitarla, le preguntamos: ¿Qué tal la ha tratado Jesús en la Comunión? ¿Se le ha hecho sentir un poco?—«Nada, Madre; está tan escondido como si nunca le hubiese conocido, ni supiera nada de El».—Cuando le vea en el cielo, después de tanta oscuridad, en medio de una luz infinita, ¡oh qué momento será aquel! ¿Desea ir al cielo!—«No tengo ni ese deseo, o a lo menos no lo siento. Si le tuviera, comprendo que eso consolaría mucho y animaría a padecer; pero el Señor me ha quitado aún este apoyo».—Así ejercita más la fe pura.—«No sé si la ejercito, porque no hago ningún acto explícito de la misma. Es una cosa en conjunto lo que hago, que yo no sé explicar, ni sé lo que es». No nos hace falta la explicación. Es Dios en su alma que lo hace todo, y lo que Dios hace nadie es capaz de explicarlo.

Acordándonos de San Francisco de Sales, que, asistiendo a una sobrina suya moribunda, para inducirla a hacer actos meritorios, le proponía que aceptase para glorificar a Dios, grandes o largos sufrimientos, mayores de los que sufría, quisimos intentar otro tanto con nuestra enfermita, haciéndole la propuesta siguiente:—Si el Señor aumentara sus dolores y los prolongara por largos años ¿estaría dispuesta a sufrirlos para su mayor gloria?—«Pensar en eso es demasiado, parece que el Señor me quita este pensamiento; lo que me pide es lo de hoy, lo del momento presente; recibir todo de su mano, tranquila, sin poner nada de lo mío». Con

esto nos confirmamos una vez más en que las cosas grandes y heroicas no eran para ella, sino hacer grandes las cosas pequeñas. Cada alma tiene su camino marcado por la mano de Dios, y ese es lo que las santifica.

En otras visitas le dijimos: Ofrezca sus sufrimientos al Señor para España.—Madre, todo lo que tengo se lo he dado; que El haga de mí y de mis sufrimientos lo que quiera.—También ofrézcalos para ir derecha al cielo sin pasar por el purgatorio.—«No pienso en el cielo, no temo el infierno, ni me preocupa el purgatorio; mi único deseo y pensamiento es cumplir la voluntad de Dios y recibir de sus manos todo lo que El dispone de mí, directamente o por medio de sus criaturas; en esto no me pone límite, siempre me pide mayor perfección».

En otra circunstancia le dijimos: Sus sufrimientos físicos se los hace aún más penosos el estado de aridez y de abandono en que su alma se encuentra; pero acuérdesese que todo lo sabe y lo tiene en cuenta el Señor.—«No puedo, ni puedo pensar aún en eso. Me parece tan natural el tener que estar así, que no se me ocurre otra cosa».—¿No desearía estar un poco mejor, a lo menos algunos ratos?—«La naturaleza lo quisiera sin duda; pero yo no lo deseo, ni puedo desear nada; todo me es indiferente, porque sé que es el Señor quien todo lo hace».

¡Cómo se ve de manifiesto la naturaleza y la gracia, y que ésta es la que triunfa y domina siempre sobre aquélla! No es que la Hermana sea insensible, o su cuerpo no apetezca descanso en tan-

tos sufrimientos; es que es dueña de su alma y regula sus actos según la voluntad o la parte superior, y con ésta puede decir: «no deseo ni puedo desear nada».

El 21 de julio le dijimos en nuestra visita: Hermana María, hoy esperamos buenas noticias de su alma, pues esta mañana, mientras el Padre le estaba dando la santa Comunión, pedimos a Jesús que se hiciera sentir a su corazón: ¿Le ha dicho algo?—«No, Madre; sigue la misma ruta; viene, calla y se marcha, y me deja como estaba, a desear de que yo esta mañana le he hablado mucho».

Otras veces nos decía:—«Parece increíble; paso la noche sin dormir y, después de comulgar, varias veces me coge el sueño.»—No se apure por eso; piense que es Jesús el que se lo manda y duerma tranquila sobre su corazón, pensando que El no necesita de V. para obrar. El solo se basta; y quizá por eso haga dormir a su amada como la Esposa de los cantares: ¿Cree V. inútil el sueño que ella tomaba sobre el brazo de su Esposo? Si así hubiese sido y hubiese perdido tiempo, El mismo la habría despertado; y en cambio mandó que no se atrevieran a hacerlo. Así hace, pues, con V. por medio nuestro. Hemos advertido a las religiosas que no la despierten en cualquier tiempo que sea, cuando la encuentren durmiendo. Se refa de estas bromas y decía: «Pero Madre, mi sueño no es como ése».

Se celebró en esos días nuestra fiesta onomástica. Después de la Misa, al entrar en su celda, lo primero que hizo fué felicitarnos diciéndonos que

había pedido por nosotras y ofrecido una novena de sufrimientos.—¡Una novena! ¡Oh! es mucho; uos contentamos con nueve minutos.—«No, Madre, no es mucho, sino bien poca cosa». ¡Poco! el sufrimiento, unido al de Jesús, vale tanto...

«La noche del 22 (dice la Madre S., que la veló) a la madrugada le oí decir: «Estoy desasosegada; écheme agua bendita y no se marche de aquí, aunque vea dormite. Aun cuando duermo, me parece me están diciendo cosas buenas al oído, y yo me digo: pero qué tonta soy, si las monjas están durmiendo...». Le eché agua bendita, y le dije ser su Angel Custodio el que le hablaba esas cosas y estaba con ella para confortarle. Se hizo varias veces la señal de la cruz, dió repetidos besos al Crucifijo y a las medallas, y se quedó un rato pareciendo que descansaba. También me dijo que sentía un malestar grande, y, al preguntarle luego si se le había pasado, me dijo: «No, ya no me pasa.»

Este mismo día, al salir el médico, quedó asombrado de tantos sufrimientos tan heroicamente soportados. A pesar de que ella no se quejaba, al ver el desasosiego y la expresión de la cara que no parecía la suya sino la de una viejecita, el médico nos dijo: Las aconsejo que le pongan media inyección de morfina. Es tanto lo que sufre, que estamos obligados a calmar algo tantos dolores.

Estando con este temor, procuramos mientras tanto aprovechar todos los momentos que nos era posible para estar a su lado, pues efectivamente los tenía contados.

—Cuando esté en el cielo, le dijimos, acuérdesse de pedir por esta Comunidad, para su consolida-

ción, para que el Señor nos mande buenas vocaciones, especialmente una buena y trabajadora leguita, que la necesitamos mucho. Y en cuanto llegue allá, vaya de parte nuestra a besar los pies de la Santísima Virgen y a pedirle nos dé su bendición. Queda comprometida ¿eh?—«Madre, lo haré; pero compromisos no quiero ninguno: ¿Quién soy yo para tomar compromisos para el cielo?». Esta misma contestación, «no me comprometo», la dió repetidas veces a varias religiosas que le hacían análogas recomendaciones.

Tales palabras en su boca, que procedían del sentimiento de su humildad, equivalían a decir: La voluntad de Dios, que ha sido todo para mí en la tierra, lo será también en el cielo; y en ella lo encontraré todo para mí y para los demás.

Si el Señor quiere, dígame que nos lleve pronto también a nosotras.—Nos dirigió una mirada muy expresiva y dijo: «No, no; eso no; tiene todavía mucho que trabajar, Madre».—Nuestro trabajo es el de los ascetas; arrancar cardos y malezas; nos daremos prisa a hacerlo pronto.—Volvió a mirarnos y... «¿V. R. qué sabe? Las cosas suyas no puede saberlas. Ninguno es buen juez de sí mismo». Era sorprendente el modo firme, decidido y sin términos medios con que hablaba.

En la esperanza de darle algún consuelo al ver al Niño Jesús, se lo llevamos a su celda en su cunita, poniéndoselo sobre su mesa. Se alegró al verle, como un niño al ver a otro niño. Acordándonos luego de su tierno amor a la Virgen del Noviciado, hicimos bajar a la devota estatuita, que, con su tierna mirada y sus brazos abiertos, parece

invitar a cobijarse en ellos. Para que pudiera verla sin mover la cabeza, la improvisamos de frente a su cama un altarcito. Al ver poner el mantel, candeleros y floreros, la Virgen y el Niño Jesús, quizá su humildad le hizo presente que a la muerte de otras religiosas no habíamos hecho eso; y se volvió hacia nosotras diciéndonos: «Madre, soy pecadora»...—Por eso, hija mía, la hemos traído a la Virgen, porque Ella es el refugio de los pecadores; los pecadores son los que más necesitan de María. Usted la necesita, primero, para que la perdone todos los pecados, y luego para que la prepare y la acompañe Ella misma al Cielo. Y esté segura que Ella completará todo lo que a su alma falte.

Notamos que, de vez en cuando, fijaba sus ojos en la devota estatuita, a la que en su corazón hubiera podido repetir:

¡Oh dulce Madre mía!
Bajo cuya mirada
Di los primeros pasos
En servir al Señor!
Condúceme este día
De mi última jornada
En tus amantes brazos
Al Seno del Amor.

A las tres de la tarde le pusimos la inyección. Antes, llamamos al Padre Confesor. Se confesó y estuvo un rato hablando con él, saliendo éste muy edificado de las virtudes que resplandecían en nuestra leguita, que, en su pobre lecho de dolor, era más grande y más feliz que todas las reinas del mundo.

Al poco rato de recibir la inyección se durmió

unas horas... Al despertar, dijo: «¡Oh qué bien he dormido! Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien». Pero luego dijo que sentía la cabeza muy atontada, y, efectivamente, notamos en ella algún desacierto en las ideas que expresaba.

A las siete vino el M. R. P. Clemente de la Presentación, confesor extraordinario de la Comunidad, a visitarla, como solía. Le dijimos que, además de la confesión, le aplicase todas las indulgencias para el artículo de la muerte. Al ver al Padre tuvo un cambio notable, como si le volviera la fuerza y el completo uso de las facultades mentales. Parecía transformada; y así como antes hablaba con trabajo, estando el ministro del Señor dijo muchas cosas con la amenidad propia suya. Todas las que estuvimos presentes pasamos un rato muy consoladas, pareciéndonos como que volviera a revivir. «Padre, dijo; yo no sé cuándo moriré, y así mejor es que me dé todo (indulgencias y absolución)».—Bueno, y con eso ya está lista para ir al cielo, ¿verdad?—«Sí; ya lo deseo, Padre».—¡Ah!, le dijimos, ya le ha venido el deseo del cielo... ha cambiado de ruta ¿eh?—«Parece que sí»—nos contestó sonriendo.

Al marchar el Padre, quedó de nuevo atontada, no acertaba a hablar y no conocía. Así pasó la noche.

La mañana del 23 estaba muy aplanada. Temíamos que no pasara del día. Con este temor, deseábamos comulgara por última vez sobre esta tierra. Las enfermeras dudaban si podría hacerlo, porque al parecer no tendría conocimiento. Al entrar nosotras le dijeron: Hermana María, está aquí la Ma-

dre. ¿La conoce? Hable a la Madre. Al instante nos miró y ronrió alegrándose.—Hermana María; hemos venido para ayudarla a prepararse para la Santa Comunión ¿quiere? Contestó claramente que sí. Tal vez, añadimos, sea ésta su última comunión sobre la tierra y la preparación para la eterna comunión del cielo. Por esto deseamos reciba a Jesús con amor perfecto, como si éste debiera señalar el grado de amor con que le amará eternamente en el cielo. Dígale: Oh Jesús, deseo recibirte con el amor con que te recibía María Santísima. Te ofrezco el amor infinito de tu divino Corazón, especialmente cuando estabas sobre la cruz próximo a expirar. Con este mismo amor mira ahora mi pobre alma, purificala con tu sangre y ven a disponerla para entrar en el festín de las eternas bodas.—Ella mostraba mucho gusto.—Todo esto que acabamos de decirle lo dice V. a Jesús, besando con amor sus Llagas. Y le dimos el Crucifijo. Le cogió, y, al pasar los labios de una a otra Llaga, la oímos perfectamente decir: «Te amo, Jesús». Fueron éstas las últimas palabras que nosotras le oímos. Pero una religiosa, a eso del medio día, la oyó decir con mucha expresión y sentimiento estas otras: «¡Oh Jesús, ten misericordia de mí!»; y su voz no se oyó más sobre esta tierra. Dobló la cabeza hacia un lado sobre la almohada, y en esta postura, sin quejas ni movimientos, permaneció hasta el fin. Parecía un corderito que espera tranquilo el golpe del que debe inmolarle.

Temiendo las religiosas no encontrarse a sus últimos momentos, deseándolo todas vivamente, iban y volvían de continuo a la celda de la querida

agonizante, que pasó en esta forma toda la noche del 23 al 24, pareciéndonos varias veces llegado su fin. A las seis de la mañana entró de nuevo el Padre, para ver si era posible darle la Comunión. Aun esta vez, como todas las demás, en la presencia del Ministro de Dios, y al oír su voz que le preguntaba: Hermana María ¿quiere comulgar?, pudo todavía, con grande asombro de todas, hacer una señal afirmativa. Probamos a darle una cucharadita de agua para asegurarnos; pero no tuvo fuerza para deglutirla. Entonces el Padre le dijo: Dios está en todas partes; y está con V. también sin la Comunión. Le dió varias veces la santa absolución, le hizo la recomendación del alma y otras oraciones para los agonizantes; y a eso de las ocho y media, al ver que continuaba lo mismo, se marchó.

Era viernes, día particularmente querido de las Pasionistas. Por ser tal día y por el amor que nuestra hermanita profesaba a la Virgen de los Dolores, nos reunimos varias en su celda y rezamos el rosario de la Dolorosa, terminando con el sentimental canto del «*Stabat Mater*», que recuerda a la Pasionista, al par que la muerte de su divino Esposo, los Dolores de María Santísima, su tierna y dulce Madre, para sacar de la consideración de estos divinos Modelos fuerza en su calvario, especialmente cuando llega su última hora para ella o para algún miembro de su Comunidad.

A las diez y media le visitó el R. P. Confesor. No dió señales de conocerle. Después de haberle dado varias veces la santa absolución y rezado muchas de las oraciones para los agonizantes, le hizo de nuevo la recomendación del alma, pues pare-

cía acabarse de un momento a otro el hilo de la vida que detenía el vuelo a su alma.

A las once y media permanecía lo mismo. Pensamos que tal vez podía continuar en ese estado aún algunas horas, y determinamos que él se marchase y las religiosas fueran a tomar algún alimento, habiendo pasado más de media hora de la ordinaria en que la Comunidad va al refectorio. Quedaron con la moribunda cuatro religiosas. No habíamos todavía terminado, cuando se oye tocar la campanilla que llama a todas a la celda de la querida agonizante. El cambio de color y un fuerte estremecimiento en toda su persona anunciaba que su próximo fin había llegado. La Comunidad doiente, arrodillada en derredor de su cama, invocaba de nuevo, con el rezo de las letanías, el auxilio de la Madre de Misericordia, para que Ella, como Puerta del cielo, «*Janua Caeli*», lo abriera para admitir en él a nuestra querida hermanita, que, con el dolor nuestro que puede imaginarse, nos dejaba para siempre.

Se avisó de nuevo al R. P. Clemente, el cual llegó a tiempo para echarle las últimas bendiciones, pues aún daba señales de vida. De este modo, con la Virgen delante y en el dulce ósculo de Jesús Crucificado, que con frecuencia acercábamos a sus labios, y ofreciendo todas con ardor su Sangre, sus Llagas, su Pasión y Muerte al Eterno Padre, dejó la tierra esta angelical criatura, para unirse a los ángeles del cielo y cantar eternamente las misericordias del Señor, cumpliendo perfectamente y para siempre esa voluntad divina que había sido, sobre esta tierra, el único alimento de



La Hermana María muerta.

(El caballero que sostiene la caja es D. Teodoro Aguirre).

su alma. Aunque no nos diéramos cuenta del momento preciso de su muerte, nos parece que fué a las doce; pues las campanas invitaban a saludar a María con el «*Angelus*». La primera plegaria que rezamos al lado de nuestra hermana difunta fué esta hermosa salutación, a María, en la seguridad de que ella, más dichosa que nosotras, la repetiría, allá en el cielo, con los ángeles y santos, de los que es Reina la celestial Señora.

Así en «pleno medio día», fué a descansar en los brazos del Amado, oyendo el «*Veni, ya pasó el invierno y aparecieron las primeras flores en nuestra tierra*». Ven a la eterna primavera del cielo (1).

En la hora en que Nuestro Señor fué elevado por amor nuestro sobre la cruz consumó su sacrificio de amor y de dolor esta pequeña víctima.

Entre las enfermeras y otras varias religiosas se armó una piadosa contienda; pues cada cual deseaba amortajarla.

Al marcharse el Padre, dijo: En estas almitas la muerte parece que pierde todo su horror: Da la misma impresión que si hubiera muerto una niña.

En medio del dolor sentimos todas mucha paz y consuelo, como nunca habíamos experimentado en iguales circunstancias, producidos sin duda por la seguridad que todas teníamos de que nuestra hermana estuviese gozando de Dios, y nos mirara con amor desde las alturas, sin dejar por eso de hacerle enseguida todos los sufragios, pasando aviso para que los hicieran todos los miembros de la

(1) *Veni... Jam enim hiems transit... Flores apparuerunt in terra nostra. Cant. II, 11-12.*

Congregación, como manda nuestra santa Regla. También le hicimos sufragios particulares, aunque nos pasara lo que dice Santa Teresa, que, cuando hacía sufragios a uno alma que Dios le había hecho conocer estaba en el cielo, le parecía dar la limosna a un rico.

Terminaremos el capítulo, con las siguientes autorizadas opiniones que acerca de nuestra hermana nos han entregado los confesores, ordinario y extraordinario, de la Comunidad con su respectiva firma.

A. M. D. G.

Requerido por la M. Superiora a decir algo acerca de la Hermana María de la Preciosísima Sangre, apenas encuentro cosa particular, pues en nada llamaba la atención, pasando como inapercibida entre las demás. Hablaba poco, y sus palabras eran humildes, sencillas, breves. Así pasaron los varios años que la conocí como confesor de la Comunidad, hasta que las Madres me hablaron de la virtud no ordinaria de la misma. La examiné entonces más detenidamente, ofreciéndome oportuna ocasión en el haber tenido que entrar varias veces en la clausura para administrarla los santos Sacramentos. Pronto comprendí que a ella hubieran podido aplicarse las palabras de la Sagrada Escritura: «*Omnis gloria filiae Regis ab intus*» (1). Además de una profunda humildad y sencillez, que la caracterizaba, poseía una intensa vida de fe y de abandono en los brazos de Dios, descansando en El, como una niña en los de su padre; y esto

(1) Ps. XLIV, 15.

aun en medio de los grandes y continuados sufrimientos que le ocasionó su grave enfermedad al hueso de la espina dorsal. Pero ni lo largo ni agudo del mal alteró nunca su serenidad y paz.

¡Jamás se borrará en mí la beatífica expresión de aquel semblante, fiel reflejo—a pesar de los acerbos dolores—de una absoluta conformidad con la voluntad de Dios; como tampoco la dulce y angelical sonrisa de profunda gratitud, con que, como enviado del Señor, me recibía cuantas veces tuve la dicha de visitarla!

Tranquila siempre con lo que Dios disponía en torno suyo y de su persona, no deseaba ni pedía otra cosa sino la gracia de cumplir siempre su adorable voluntad, habiendo entendido que ésta es lo único que santifica, y lo que más seguramente lleva al alma a la cumbre de la santidad.

La visité varias veces, especialmente en sus últimos días, y cada vez salía más edificado de sus sólidas virtudes.

El último, 24 de julio 1931, a eso de las diez y media fuí llamado; estaba esta pequeña víctima para consumir su sacrificio, con la serenidad envidiable del justo. Después de haber terminado todas las oraciones de los agonizantes, me marché, por no notar ningún cambio de próxima muerte; la cual supe luego con pena que acaeció media hora después de haberme yo ausentado de su lado.

Nada me extrañaría que glorificara el Señor— aun sobre esta tierra—a esta alma tan humilde y fiel en cumplir la misión que le confió en ella.

Eliodoro Bidaurrázaga, Pbro.
Confesor Ordinario.

J. X. P.

Cierto día fué llamado al Convento de las Religiosas Pasionistas, para asistir a una enferma; allí fué tan prontamente como pude, y al llegar me dijeron se trataba de la Hermana María de la Preciosísima Sangre.

Si bien tomé con calma asunto tan delicado, poco tiempo me bastó para quedar satisfechos ambos a dos, y de parte mía altamente edificado. Así y todo, me rogó volviera a visitarla por lo menos cada dos días: modesta manifestación de un deseo que comprendí inmediatamente en todo su alcance, a pesar de no ser ella nada exigente en esta materia de confesores.

Así es que, los pocos días que sobrevivió, la visité una y más veces cada 24 horas, admirando en ella un alma cándida, cuya vida sencilla de Hermana Pasionista se deslizaba hacia el océano de la eternidad, cual arroyuelo que saltando bajo la peña del monte, corre silencioso entre matorrales y praderas, que acaricia y fertiliza a la vez. Llamó poderosamente la atención de las religiosas y mía en dos ocasiones, en que al llegar a su celda me dijeron las enfermeras que ya no conocía ni contestaba, a ellas ni al médico, por su extrema debilidad, y con todo me contestó claramente una y otra vez al interrogarla sobre cosas espirituales.

Al fin murió como vivió; su muerte fué resignada, tranquila, edificante.

P. Clemente de la Presentación, Pasionista.
Confesor Extraordinario.

CAPÍTULO XXI

ULTIMOS RECUERDOS

**La virtud no pasa.—El entierro.—Aroma sobrenatural.
—Gracias y favores.—Recuerdos del Noviciado.—Fisonomía física y moral.—El amor nos basta.**

TODO PASA Y SE ACABA, es una expresión muy corriente en boca de muchos, especialmente de los buenos. Diríase que el recuerdo de esta verdad los hace vivir con el corazón más desprendido de todas las cosas.

Pero si en un sentido es cierto que todo pasa y se acaba, pues el Espíritu Santo dice, hablando de los pecadores, que con su muerte se acabarán todos sus designios (1); al hablar en cambio de los santos, afirma que su memoria es eterna (2), y sus virtudes no acaban con la muerte, sino que entonces es cuando empiezan a resplandecer y exhalar su aroma divino. Sus obras les acompañan (3). En-

(1) In illa die peribunt omnes cogitationes eorum. Ps. CXLV, 3.

(2) In memoria aeterna erit justus. Ps. CXI, 7.

(3) Apoc. XIV, 13.

tonces es cuando se empieza plenamente a caer en la cuenta de sus virtudes, de que su vivir no era como la de tantos, sino que vivían la vida de Aquel que no muere y continuará viviendo en los actos y ejemplos virtuosos de los que le han amado y vivido por El.

Esto es también lo que sucedió con nuestra hermana. Violeta oculta bajo su humilde condición de lega, y entre las pobres paredes de este convento de clausura, al cerrar los ojos a la tierra, empezó enseguida a difundir el suave aroma de sus virtudes, no sólo dentro de la casa, sino fuera de ella.

Hasta el día siguiente, mientras permanecieron sus restos mortales con nosotras, todas las religiosas fueron varias veces a su celda, a pedir a su lado, con la devoción con que se reza ante las reliquias de un santo.

Al día siguiente a porfía tejimos una guirnalda de hermosas rosas para el fondo de la blanca caja, donde parecía estuviese durmiendo el sueño de los inocentes nuestra querida hermana.

Las novicias se ocuparon también en hacerle una alfombrita de flores con el nombre de «María» en medio, que fué puesta encima del pequeño féretro, mientras, acompañada por los Padres Pasionistas, fué conducida al cementerio de Deusto. Al salir del convento por la iglesia, fué abierto el ataúd y fotografiado. Desgraciadamente, por ser un día malo, salió muy oscura la fotografía.

Varias veces, al preguntar a nuestra hermana qué nos mandaría después de su muerte nos había contestado: «Amor y nada más, porque sólo el amor basta». Con esto venía a decir que su parti-

cular misión había sido el bien espiritual de las almas. La primera que sintió el efecto de esta promesa fué la Comunidad, pues dejó en ella como un aroma sobrenatural que atraía a Dios y a la imitación de las virtudes de nuestra hermanita. Qué consuelo nos producía oír a una y a otra religiosa, especialmente a las jóvenes, que venían a decirnos: Madre, quiero hacerme santa como la Hermana María. ¡Me atrae tanto la santidad tal como ella la practicaba, y me parece al mismo tiempo tan fácil y sencilla!—Madre, desde que ha muerto la Hermana María, siento un deseo tan fuerte de atender de veras a la santidad, que parece me siento como obligada a ella.

Y especialmente decían estas cosas las que tuvieron más relación con ella por hallarse juntas en el Noviciado. Dice la Madre S... «La Hermana María fué la primera florecita que la Santísima Virgen cogió de su pequeño plantel, para ofrecerla lozana y fragante a su Divino Hijo por los desposorios religiosos.

Yo, que tuve la dicha de ingresar poco tiempo después en esta santa Casa y tratarla de cerca, nunca olvidaré la buena impresión que me causaba todo su porte, especialmente la modestia de los ojos. Otra compañera sentía el mismo atractivo hacia ella, y me decía muchas veces que era de veras una santita; por lo cual esperábamos con ansia el momento de tenerla junto a nosotras durante el recreo, y ella siempre tenía a mano alguna cosa santa y amena al mismo tiempo, para animarnos y hacernos reír.

Veía siempre en su conducta, prácticamente,

las instrucciones y consejos que nos daba nuestra R. M. Maestra, que, aunque me edificaban mucho, entonces me parecía ser aquello ordinario; pero luego al tocarme a mí ponerlos en práctica después del Noviciado, he visto que su conducta no era ordinaria, sino heroica. Muchas veces lo oí decir, que las que estábamos en este Noviciado, no teníamos ninguna excusa para hacernos santas.

El día 8 de diciembre de 1925 se celebró la inauguración de nuestra pequeña imagen de María Inmaculada, que en adelante había de presidir nuestras reuniones y como Madre tierna servirnos de apoyo, ayuda y fortaleza en esta primera época de nuestra vida religiosa, si bien fué también marcado con el sello del dolor, dándonos a entender que las fiestas del destierro son siempre con mezcla de amargura, hasta que llegue para nosotros aquella fiesta perenne en la patria de los cielos, donde con gozo cantaremos eternamente las misericordias del Señor.

La postulante Rosario Seoane, a quien debíamos la linda imagencita, se hallaba ausente, adoleciendo de una penosa enfermedad, y la pobre Hermana María se encontraba con una especie de reuma fuerte que la impedía todo movimiento: así que la tuvimos que acomodar en una silla, llevándola en esta forma a presenciar la inauguración. Sin duda que la Santísima Virgen acogió con benevolencia nuestra fiestecita y bendijo con maternal amor su pequeño noviciado, pues dos meses más tarde vino a buscar a la joven citada, primera postulante corista que formó parte de él, y que, bajo su mirada maternal y la sabia dirección de

la R. Madre Maestra, hizo rápidos progresos en la perfección, recorriendo en breve una larga carrera, por lo cual quiso llevar a esta su primera florecilla para trasplantarla a los vergeles celestiales. Y después de seis años casi no interrumpidos de enfermedad y sufrimiento, la dichosa Hermana María tuvo la misma suerte, pues en los nueve breves años de vida religiosa, pero aprovechados con suma fidelidad, habíase cargado de copiosos frutos y sazonado prematuramente para el cielo. Así que pudo la Inmaculada Madre presentar de nuevo a su Divino Hijo esta otra florecilla de suave y embriagadora fragancia, que tuvo la dicha de ser la primera en nuestro Noviciado de unirse al Esposo Divino por los santos Votos.

Y ahora sentimos nosotras un santo orgullo, por tenerlas por primeras compañeras, y nos estimulan a seguir con santo ardor sus luminosas huellas, pues recuerdo haber oído a los principios a Rosario: «Nosotras tenemos el privilegio de ser las primeras en el Noviciado; pues, así como por lo regular las primeras que forman parte de una Comunidad religiosa suelen ser santas, a nosotras toca serlo, para ejemplo y estímulo de todas las que han de seguirnos». A lo cual muchas veces nos impelía la Hermana María con sus palabras y ejemplos, pues recuerdo haberla oído decir alguna vez: «Yo, no solamente si no me salvo, sino que también si no me hago santa, merezco el abismo más profundo del infierno, por el sinnúmero de gracias y auxilios que me da el Señor para santificarme».

Al dejar el Noviciado se despidió de la Santísi-

ma Virgen, recitando conmovida la oración a tal efecto destinada, dando después su último adiós a aquella Virgencita a quien ella había tanto obsequiado con su fidelidad y amor, y llevándole además lindas florecitas del campo, y cantándole también a menudo cancioncitas con santo fervor de su corazón, y que ya no volvería a ver más. Si bien poco antes de morir se la llevamos a su lecho de muerte, para que la diera su última mirada y su último adiós acá en la tierra, para verla y abrazarla en breve sin velos ni enigmas en el cielo.

Parecidas son las expresiones de casi todas las personas a quienes ha llegado la modesta estampita de nuestra hermana, con el compendio de su biografía. «Las pocas palabras, dicen, que en ella van de la buena leguita están tan llenas de espíritu, que me han dado mucha luz, me han traído la paz y el consuelo en las luchas y sufrimientos de mi alma».

«Entendí por ellas en dónde podía encontrar la paz que en vano buscaba, es decir, en el cumplimiento de la divina voluntad, como ella la practicaba, absteniéndose de manifestar la propia voluntad, aún en cosas indiferentes, y no dando el propio parecer, a no ser que sea uno preguntado. ¡Cuánta perfección encierra esta doctrina!»

Una piadosa señorita de Bilbao—Carmen Garmendia—, que asistió al entierro, dice que, «al llegar a la cancela del cementerio, se dieron cuenta de haber olvidado la llave del mismo; mientras fueron por ella, posaron la caja en el suelo, esperando. Para los demás, añade, este hecho no era más que una casualidad; para mí en cambio tuvo mucho sig-

nificado, pues en ese tiempo me recogí en mi interior pensando cómo aun después de la muerte, o en su último paso sobre la tierra, parecía quisiera demostrar la Hermana María con ese suceso, que ella era del número de los pequeños, humildes y olvidados a los ojos de los hombres y grande sólo a los del Único y verdadero apreciador del mérito—Dios—, el cual, por medio de su sierva, producía en mi alma efectos muy íntimos, que la llevaban al desprecio de las cosas creadas, y aún más vivo y firme deseo de abandonarse a ciegas en la divina Providencia, pareciéndole que eso era el todo para llegar a la santidad».

Estos santos afectos, que la indujeron a alegrarse hubiese el Señor permitido ese contratiempo, no sabía ella que eran la característica de la santidad de nuestra hermana. Su vida no fué sino un acto no interrumpido de ciego abandono en Dios, y sin duda, en premio de esto, debía el Señor conceder a su sierva llevar por este mismo camino a las almas.

El ya citado caballero Sr. D. Manuel Aguirre, quiso tener el honor de recibir la caja y llevarla en sus manos a la Iglesia cuando salió de la clausura, y luego sostener la misma caja para fotografiarla y acompañarla hasta el cementerio. Allí vió la devoción de los fieles, que tocaban objetos a su cuerpo para guardarlos como reliquias. Con el mismo fin le fué quitada la guirnalda de flores que tenía dentro de la caja, conservando nosotras parte de ellas. El citado señor no abandonó el cementerio, mientras no la vió colocada en el nicho, núm. 18, viniendo luego a darnos relación de todo.

El mismo día nos dijeron algunas personas los efectos producidos en sus almas por la asistencia al entierro, sintiéndose con ánimo para ofrecer al Señor lo que hacía tiempo les pedía y no se encontraban con fuerza para realizar.

Otras personas dicen haber recibido gracias por su intercesión, y afirman haberla visto glorificada.

Nosotras la pedimos nos mandara una buena hermana lega, rezando todos los días tres «Gloria Patri» a la Santísima Trinidad.

Antes de seis meses, cuatro jóvenes, tal como las deseábamos, pidieron ingresar, aunque sólo pudimos admitir a dos, que son actualmente postulantes, y con fundadas esperanzas de que lleguen a ser muy buenas religiosas y fieles imitadoras de la Hermana María, a quien, no dudamos decirlo, deben el haber ingresado en este convento.

Así es cómo continúan viviendo los justos y humildes que pasaron sobre esta tierra casi desapercibidos, como átomos en la inmensa muchedumbre de los seres.

A este propósito nos viene a la mente lo que dice un piadoso escritor: «¿Qué es lo que produce más vivamente la sensación de lo infinito: los infinitamente grandes, o los infinitamente pequeños?» —Y contesta: «No lo sé».

Y lo que elocuentemente decía Pío XI en una ocasión, aludiendo a Santa Teresita: «El mismo Dios que lanza en el espacio, regulados con una armonía maravillosa, las masas imponentes de los mundos, talla también en el secreto de la roca las facetas de los cristales, que no proclaman con menos elocuencia la perfección de su sabiduría; la

misma mano que suscita los gigantes de la vida, sobre la tierra y en los océanos, forma también los organismos invisibles de los infinitamente pequeños.

Así en el orden sobrenatural... el mismo Dios que suscita esos gigantes de la santidad y del apostolado que fueron San Ignacio y San Francisco Javier, tras los cuales se yerguen siempre, brillando en el horizonte de la santidad, las figuras incomparables de Pedro y Pablo, de Atanasio y Crisóstomo, de Ambrosio y de Carlos Borromeo; el mismo Dios se nos revela en estos momentos formando en el secreto, con un amor infinito, como una miniatura exquisitamente fina de santidad perfecta, a esta niña tan humilde, tan virginal y pequeña».

Palabras que nos parece cuadren también perfectamente a nuestra hermana, la que, si cabe, era aún más pequeña que la santa de Lixieus, pues no tenía como ella el esplendor de la cuna y su fina cultura y atractivo.

La Hermana María fué humilde y pequeña en todo. Sólo en virtud y bondad fué grande y digna de admiración.

Nos muestra magistralmente su fisonomía física y moral, la Madre V., una de las más antiguas de esta casa y que conoció a la Hermana María desde que ingresó. No hacemos sino copiar literalmente lo que dice:

«Había recibido de Dios un carácter de lo más agradable que se podía desear, tanto que todas las religiosas sin excepción deseaban tenerla a su lado, y hasta las jóvenes postulantes recién entradas se sentían atraídas hacia ella de una manera

especial. Y no era que su diminuta personilla (pues era de lo más chiquito dentro de lo normal) tuviese un gran atractivo, no: todo procedía de su fisonomía moral. Una serenidad imperturbable brillaba en su rostro, continente, grave y humilde al mismo tiempo; nada de fogoso y acelerado en sus movimientos, pero tampoco la lentitud excesiva. Pasaba entre sus hermanas como una de esas violetas ocultas que sólo se las descubre por el encantador aroma que exhalan. Poseía una voluntad firme y enérgica, que no se arredraba ante las dificultades, cuando se trataba de cumplir el deber, el que ejecutaba con singular constancia, por pesado que fuese, haciendo esfuerzos heróicos para desempeñar sus obligaciones, sobre todo cuando el débil estado de su salud la hacía sufrir bastante. En estos casos pudiera exponer a los Superiores sus achaques; pero, antes de quejarse, tenía que sentirse verdaderamente agotada, pues poseía el espíritu de sacrificio en sumo grado, cogiendo para sí lo más penoso, con una naturalidad que hacía creer (a quien no la conociese) que lo ejecutaba instintivamente. Pero aquí está precisamente la cualidad que en ella sobresalta: practicar la virtud de un modo sublime, con tal sencillez, que ni cuenta se daba de sus actos virtuosos, teniéndose en muy baja estima, y ni por asomo se le ocurría que pudiese haber en ella mérito alguno; pues, aunque es verdad que ninguna alma santa puede creerse tal, sin embargo hay ocasiones en que, aún refiriendo todo al Señor, reconocen en sí mismas que han practicado la virtud. Mas en esta jovencita brillaba esa candidez del niño, que no sos-

pecha pueda valer algo, ni se da cuenta de que es objeto de admiración para los que le rodean. Todas estas bellas cualidades, que tan agradable hacen a quien las posee, pueden encontrarse en personas que no se dedican a practicar la virtud; pero, sobrenaturalizadas por la misma, adquieren un encanto singular, ejerciendo una influencia maravillosa sobre las personas con quienes tratan. Esto sucedía con nuestra feliz hermanita; pues, como decíamos al principio, el Señor la había dotado de un hermoso carácter, de esos que se encuentran rara vez; mas ella se sirvió de él para elevarse a Dios y ejecutar todos sus actos por fines sobrenaturales. Era tan alegre y amena en sus conversaciones, que parecía el alma de los recreos, refiriendo con sencillez encantadora anécdotas de su niñez, riéndose ella misma de su ignorancia, a causa de la vida de aldeanita, oculta en su pueblecillo. A este propósito nos contaba cómo, al llegar a las puertas del Convento, la extrañó muchísimo que no hubiese ninguna religiosa asomada a la ventana para recibirla. Por esto se comprende qué poca idea tenía humanamente de la vida claustral, y que sólo el Señor fué quien le hizo amar lo que no conocía, viéndose aquí que su vocación no había tenido atractivo, siendo todo obra de la divina gracia. Enseguida se dió cuenta de lo que era la vida religiosa; pues además de su deseo de santificarse, era muy inteligente, y supo ponerse, recién entrada ya, en el lugar que le correspondía. Se veía claramente en ella que su fin, al hacerse religiosa, era llegar a ser santa, y no abandonó un momento este ideal. Bastaba mirarla en el coro,

cuando cumplía sus ejercicios de piedad: Su actitud demostraba claramente que ponía en ellos toda la diligencia y recogimiento posibles, y esto siempre, sin que una sola vez se la viera menos atenta o fervorosa, a pesar de que nos consta no gozaba de la devoción sensible, pues llegó a decir que no conocía la dulzura espiritual en la oración. Así que todo lo hacía en pura fe. Atención constante al deber del momento presente, por agradar al Señor, era su nota característica, sin preocuparse del pasado ni del porvenir, y con este fundamento sólido, fácilmente se comprende que su paz era continua, pues no estaba a merced de impresiones, ni de los varios sentimientos que se experimentan de continuo. Tampoco se preocupaba del efecto que pudiese hacer su conducta, precisamente porque obraba con rectitud, y por tener un natural sencillez y tranquilo; y además, aunque sostuviese alguna lucha inevitable, la consumaba en su interior no dejando traslucir nada afuera. Esta entereza para dominarse y no dejarse llevar de los juicios humanos no la inducían, sin embargo, a tratar con indiferencia o frialdad a sus hermanas, cosa en que fácilmente, aún sin darse cuenta, se puede incurrir; antes al contrario era para todas la misma condescendencia y afabilidad, aliviando, consolando y compadeciendo a cuantas creía necesitadas, sin dar muestras de admiración cuando veía esas fragilidades humanas de las que ella no se dejaba llevar, y, no obstante, todas eran para ella dignas de aprecio, pareciendo como que no se daba cuenta de la falta de virtud. Era una satisfacción tratar con esta joven religiosa, por lo bien

que se adaptaba a todas y sabía poner las cosas en su punto medio, sin apasionamientos, juzgando de todo con rectitud, sin tener en cuenta de quién procediese tal acción, para darle el valor que ella en sí merecía. Como no se buscaba a sí misma, se encontraba siempre en ella muy buena acogida, y razonaba de cualquier asunto con mucho acierto, precisamente por no tener en cuenta el «yo»; y esto en tal grado, que, cuando se le hacía alguna advertencia, no sólo no se ofendía, pero mostraba sincera gratitud y reconocía el error, como si se tratase de otra persona, así que parece deseaban tener que advertirla, por el agrado con que recibía los avisos; y esto la hacía sumamente amada de todas, estando a porfía para atenderla».

No nos queda ya nada que añadir a esta relación, pues, en corto espacio, completa bien toda la fisonomía de esta buena hermanita.

ENVÍO

Al llegar al término de este humilde trabajo, querida hermana nuestra e hija en el Señor, al mismo tiempo que nos sentimos contentas de haberlo cumplido, confirmadas más y más en la opinión de tus virtudes, recordándolas en la esperanza de que el aroma de las mismas haya de atraer al amor de Dios a muchas almas, no podemos dejar de recordarte lo que nos dijiste cuando te preguntábamos qué nos mandarías después de tu muerte: «AMOR Y NADA MÁS, PORQUE EL AMOR SOLO BASTA». Sí; estamos plenamente convencidas de que el amor sólo basta, y esto es

lo que ahora vivamente te pedimos. Cumple tu promesa: mándanos amor, mucho amor; puesto que, si amamos de veras a Dios, ¿qué nos puede faltar? Nada. Porque «se acabarán las profecías, cesarán las lenguas, se destruirá la ciencia, como dice S. Pablo; pero la caridad nunca fenece» (1), porque es eterna, como eterno es Dios, caridad por esencia (2).

(1) I. Cor., XIII, 8.

(2) I. Joann., IV, 16.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	5

CAPÍTULO I

La cuna

La aldea del nacimiento.—La familia ejemplar.— Primeros años de su niñez.—El primer encuen- tro con Jesús.—Los hijos de Dios.—La pequeña maestra.....	9
--	---

CAPÍTULO II

Primeros albores

Cuidados maternos.—El colegio.—La «Salus infirmo- rum».—Oración y trabajo.—Devoción a las almas del Purgatorio.—La aldeanita ejemplar....	23
---	----

CAPÍTULO III

Lucha y triunfo

El mundo y la gracia.—Luchas internas.—No quie- ro otro Esposo que Jesús.—Triunfo de la gracia.	34
--	----

CAPÍTULO IV

Sígueme: "Sequere me,,"

La gracia de la vocación.—El Esposo divino.—El adiós al mundo.—En el nido de sus amores.....	43
---	----

CAPÍTULO V

La novicia

- Primeras impresiones.— La postulante niña.— La santa túnica de la Pasión.— Jesús Crucificado.... 54

CAPÍTULO VI

Para siempre de Jesús

- Siempre a tu lado.— En la cruz con el Esposo.— Sufrir y callar.— Antes morir que ofenderle.. 68

CAPÍTULO VII

En el mundo sobrenatural

- La obra de la gracia.— Vida de fe y de abandono.— El último lugar.— Su característica.— Pequeña y grande.— Grande y pequeña..... 83

CAPÍTULO VIII

El secreto de la felicidad

- Siempre sufriendo y siempre feliz.— ¿Quién soy yo? — Sublime misión.— El martirio.— Un consuelo.— Jesús Crucificado.— El mejor medio..... 96

CAPÍTULO IX

La base de la perfección

- El aroma de la violeta.— La propia nada a la luz del cielo, y la enfermedad.— El ángel del consuelo.— Con las enfermas..... 111

CAPÍTULO X

El deber

- La regla, su fidelidad.— Aprovechamiento del tiem-

po.—Los mejores Ejercicios.—Su trabajo favorito.—Mejor obrar que hablar..... 124

CAPÍTULO XI

Los votos

La obediencia.—Me ha gustado siempre ser pobre.—Aroma de ángel.—Mortificación y oración.—Los limpios de corazón..... 135

CAPÍTULO XII

El quinto voto

Prisionera de Jesús.—El voto de la Pasión.—La Pasión de Jesús vivida.—La Pasión y la oración.—La Pasión y el apostolado.—Cada día más feliz.—Cuán agradecida era a Dios.—La perseverancia para los tres..... 149

CAPÍTULO XIII

Como violeta

Vida oculta.—Las cosas pequeñas.—En la huerta.—Unión con el Amor Misericordioso.—Con la vaca.—Zapatera..... 166

CAPÍTULO XIV

Alegría santa

Gozo en las moradas de Dios.—Fruto del Espíritu Santo.—La naturaleza vencida y la divina voluntad.—La Superiora, su apoyo y guía.—El Señor es quien sufre en mí.—Creados para gozar.—La gracia principio del gozo eterno..... 177

CAPÍTULO XV

Continúa la alegría espiritual

- La despedida del Noviciado.—Con las Madres.—En una fiesta onomástica.—Las místicas pláticas del P. Arintero.—El improvisado predicador.—La impresión con los santos.—El Crucifijo y el Niño Jesús..... 188

CAPÍTULO XVI

La celestial Madre

- Sobre los brazos de María.—Su dulce Nombre.—El mes de mayo.—Las flores del campo.—Sus visitas a la Virgen.—El Rosario.—San Pablo y Santo Domingo.—La barquilla protegida por María... 201

CAPÍTULO XVII

Amor de Dios

- Visita a las celdas.—El cilicio.—Progresos en el amor divino.—Cartas a los suyos.—En el amor lo encuentro todo.—Entrega de su alma.—No sé lo que siento.—Un «Sf» a todo..... 217

CAPÍTULO XVIII

Amor doloroso

- El invierno del alma.—Sin hojas y sin flores.—Temor de haber caído en la tibieza.—El pájaro solitario.—Su sola expansión.—Luz en las tinieblas.—Amor puro.—Junto al Sagrario..... 234

CAPÍTULO XIX

Las últimas pinceladas

- El fin del hombre.—Último año.—Me glorío en mis enfermedades.—Una muerte repentina.—El sacrificio, preparación a la Comunión.—Acto heroico.—Como río a la mar.—De las cosas visibles a las invisibles.—En el puro dolor. 249

CAPÍTULO XX

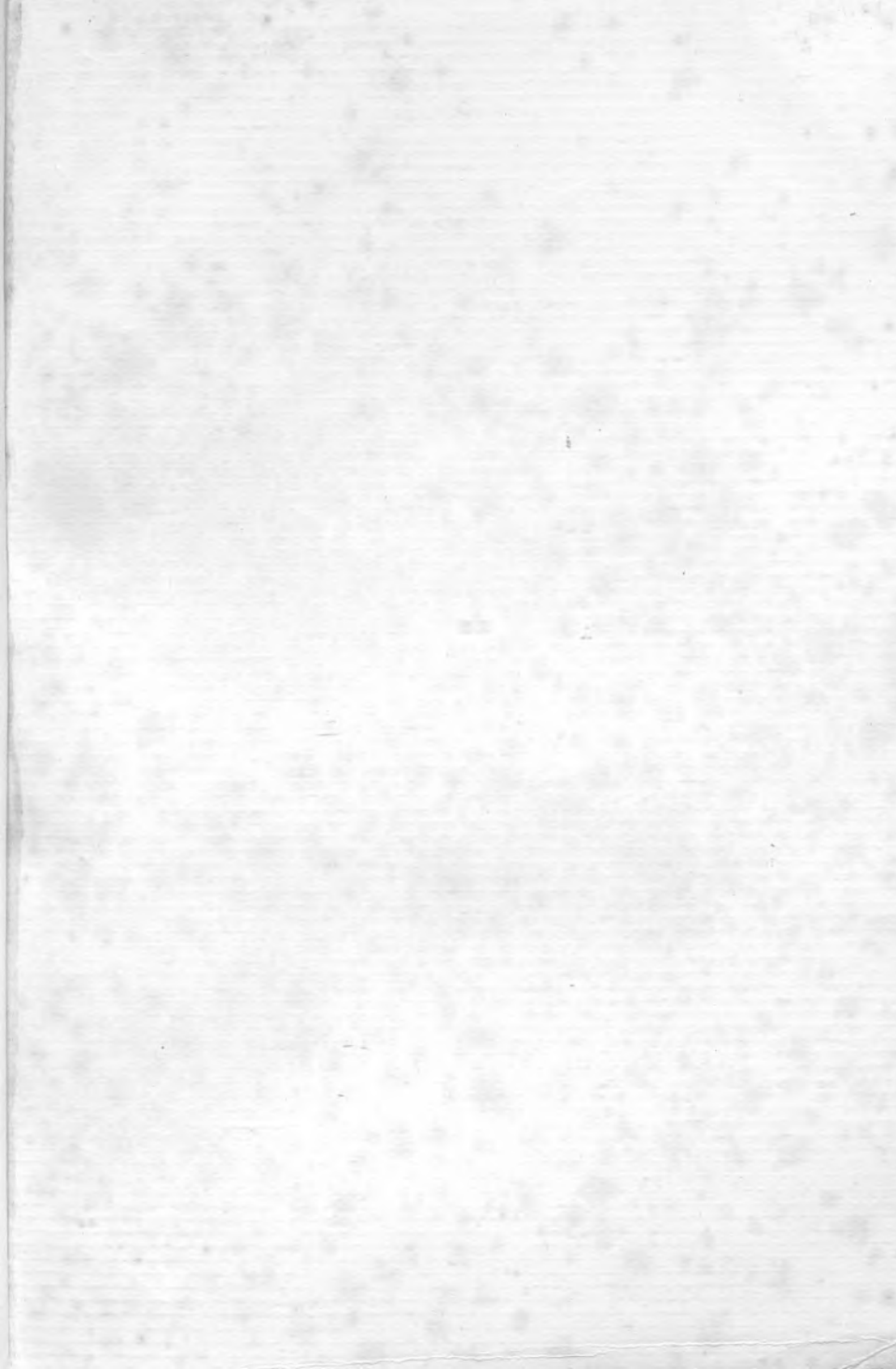
El día eterno

- El sueño del justo.—«Fiat voluntas tua».—El desprendimiento perfecto.—El santo Viático y la Comunión diaria.—En nuestras visitas.—Última lucha y glorioso triunfo.—Recuerdos y despedida a la Virgen del Noviciado.—El «Veni» del Esposo y la eterna primavera.—Opiniones autorizadas..... 270

CAPÍTULO XXI

Últimos recuerdos

- La virtud no pasa.—El entierro.—Aroma sobrenatural.—Gracias y favores.—Recuerdos del Noviciado.—Fisonomía física y moral.—El amor nos basta..... 297
-



PRECIO: 5 pesetas.

UNA
VIOLETA
DEL
JARDÍN
DE LA
PASIÓN

DEUSTO

(BILBAO)

1933

G 23461